



Aunque nadie te crea, lucha
para que la verdad salga a la luz.

EL ÚLTIMO GRITO

COURTNEY SUMMERS

Kellan Turner, el hijo del sheriff, no es el chico modélico que todos piensan, y Romy Grey lo sabe a ciencia cierta. Pero, como nadie quiere creer a una chica de los barrios bajos del pueblo, contar la verdad sobre él le sale muy caro: sus amigos, su familia, su comunidad... Todos la tachan de mentirosa y un grupo de compañeros de clase con los que solía relacionarse la acosan sin tregua, así que el único refugio de Romy es la cafetería en la que trabaja, fuera del pueblo. Allí nadie conoce su pasado; al fin puede ser una persona anónima. Sin embargo, cuando una chica vinculada tanto con Romy como con Kellan desaparece después de una fiesta, y se descubre que él abusó de otra chica en un pueblo cercano, Romy se ve obligada a decidir si quiere luchar o cargar con el peso de saber que más chicas podrían resultar heridas si no habla. Nadie la creyó la primera vez (y, sin duda, tampoco lo harán ahora), pero el precio de permanecer en silencio podría ser mayor de lo que Romy es capaz de soportar.

Con un final impactante y un estilo que te fascinará por completo, la nueva novela de Courtney Summers, *El último grito*, examina la vergüenza y el silencio que se les impone a las jóvenes en una cultura que se niega a protegerlas.



Courtney Summers es una autora bestseller de literatura juvenil, cuyas novelas han sido aclamadas por la crítica. Es conocida por sus protagonistas femeninas difíciles e impulsivas. Vive en Ontario, Canadá.

Visita su web:<https://courtneysummers.ca>

OceanofPDF.com

EL ÚLTIMO GRITO

COURTNEY SUMMERS

TRADUCCIÓN DE AIDA CANDELARIO

LUNA  ROJA

OceanofPDF.com

Para Susan Summers,
mi feminista favorita.

Te quiero, mamá.

Gracias por todo.

OceanofPDF.com



AHORA





El chico es muy guapo.

Ella quiere que la mire.

«Mírame, mírame, mírame.»

Mírala. Es joven, está llena de vitalidad, es una estrella en el cielo. Se ha obsesionado con esta noche, con cada segundo de los preparativos, como si la combinación perfecta de ropa y maquillaje fuera a desentrañar los secretos del universo. A veces, da la sensación de que todo eso está en juego.

Nunca se ha sentido tan ansiosa en su vida.

«Estás perfecta», le dice Penny, su mejor amiga, y eso es lo único que ella necesita oír para sentirse digna del nombre de seis letras que

lleva tatuado en el corazón. Penny sabe de perfección. Posee la clase de rostro y cuerpo que detiene el tráfico, que llama la atención, que deja a la gente boquiabierta de asombro. Es tan guapa que pareces más guapa simplemente estando cerca de ella, y esta chica siempre está cerca de ella, porque están muy unidas. Tan unidas que comparten secretos.

«Gracias», contesta. Nunca ha tenido una mejor amiga, y mucho menos ha sido la de otra persona. Es una sensación extraña, tener un sitio. Como si hubiera un lugar vacío al lado de otra chica (perfecta), esperándola. Se tira de la falda y se ajusta los finos tirantes del top. Tiene la sensación de que es demasiado y no lo suficiente al mismo tiempo.

«¿De verdad crees que le gustará?»

«Sí. Pero no hagas nada estúpido.»

¿Esto es estúpido? Ahora es mucho después y le está diciendo «Muy guapo, muy guapo» al chico porque no consigue mantener la boca cerrada. Se ha tomado uno, no, dos, no, tres-cuatro chupitos y esto es lo que pasa cuando bebes demasiado. Ella dice cosas como «Eres tan guapo, solo quería decírtelo».

El chico es muy guapo.

«Gracias», contesta él.

Ella estira el brazo con torpeza sobre la mesa y le pasa los dedos por el pelo, disfrutando de la sensación de los rizos oscuros. Penny lo ve de algún modo, lo ve a través de la pared de una habitación completamente diferente donde estaba abrazada a su novio, porque aparece allí de pronto, diciendo: «No la dejes beber más».

«No lo haré», promete el chico.

Eso la hace sentir bien, que cuiden de ella. Intenta expresarlo con su lengua entumecida, pero lo único que sale de su boca es: «¿Esto es estúpido? ¿Soy estúpida?».

«Una copa más y lo serás», afirma Penny, y se ríe de la expresión afligida que provoca esta noticia. Penny la abraza, le dice que no se preocupe por eso, le susurra al oído antes de volver a desaparecer detrás de la pared: «Pero él te está mirando».

Mírala.

Bebe.

Seis-siete-ocho-nueve chupitos después, ella piensa «Oh, no», porque va a vomitar. Él la guía a través de su casa, la aleja de la fiesta.

«¿Quieres tomar un poco de aire? ¿Quieres tumbarte?»

No, quiere ver a su mejor amiga, porque le preocupa haber bebido mucho más de lo necesario para comportarse como una estúpida y no sabe qué hacer al respecto.

«Está bien. Iré a buscarla. Pero primero deberías tumbarte.»

Un vehículo, una camioneta clásica muy cuidada. El frío inesperado de la caja de la camioneta contra su espalda la hace estremecer. Las estrellas se mueven en lo alto, o tal vez sea la Tierra, el lento y constante giro de la Tierra. No. Es el cielo y le está hablando a la chica.

«Cierra los ojos.»

Él espera. Espera porque es un buen chico. Un chico con suerte. Está en el equipo de fútbol americano. Su padre es el sheriff y su madre preside una cadena nacional de suministros para automóviles, y ambos están muy orgullosos.

Él espera hasta que ya no puede esperar más.

Ella piensa que es muy guapo. Eso es suficiente.

Las duras ondulaciones de la caja de la camioneta nunca se calientan debajo del cuerpo de la chica, pero ella tiene el cuerpo caliente.

Él palpa todo lo que hay debajo de la blusa antes de quitársela.

«Mírame, mírame, eh, mírame.»

Él quiere que lo mire.

Ella abre los ojos despacio. Él le separa los labios con la lengua. Ella no se ha sentido nunca tan mal. Él explora el cuerpo de la chica como si fuese un terreno mientras finge negociar los términos.

«Quieres esto, siempre has querido esto» y «No vamos a llegar tan lejos, te lo prometo».

¿En serio? Sus manos están por todas partes y su despiadado peso encima de ella le impide respirar, así que grita, y ¿cómo consigues que

una chica deje de gritar?

Le tapas la boca.

No, no estoy ahí... Ya no estoy ahí. Eso pasó hace mucho tiempo, hace un año, y esa chica... No soy ella de nuevo. No puedo.

Estoy en el suelo. Voy a gatas y me arrastro por la tierra, de donde he salido. No recuerdo cómo ponerme en pie, no recuerdo haber sido nunca algo que pueda mantenerse en pie. Solo esta tierra, este camino. Abrí la boca contra el suelo, noté su sabor. Tengo tierra debajo de las uñas. Ha transcurrido una noche. Ahora es por la mañana temprano y tengo sed.

Un viento seco sopla a través de los árboles situados junto a mí al borde del camino, agitando sus hojas. Consigo formar saliva para humedecerme los labios hinchados y me paso la lengua por los dientes manchados de sangre. Hace calor en el exterior, el tipo de calor que se va apoderando de ti y crea espejismos en la carretera. Del tipo que hace que los ancianos se marchiten y los conduce a la muerte, que los aguarda con los brazos abiertos.

Me tumbo de espaldas. La falda se me sube por las piernas. Me toco la blusa y la encuentro abierta, noto que tengo el sujetador desabrochado. Introduzco los botones con torpeza en los ojales, cubriéndome, a pesar de que hace tanto calor que no puedo soportarlo. Me toco la garganta con la yema de los dedos. Respira.

Me duelen los huesos, he envejecido de algún modo en las últimas veinticuatro horas. Aprieto las manos contra la grava y el repentino dolor penetrante que siento me despeja un poco la mente. Tengo las palmas con arañazos, de color rosado y en carne viva, que es lo que pasa cuando te mueves a rastras.

Un lejano ruido sordo llega hasta mis oídos. Un vehículo. Pasa y luego disminuye la velocidad, retrocede, se detiene a mi lado. La puerta se abre y se cierra de golpe. Cierro los ojos y oigo el suave crujido de unas suelas blandas contra la grava áspera.

Los pájaros cantan.

Los pasos se detienen, pero los pájaros siguen cantando, cantando acerca de una chica que se despierta en un camino de tierra y no sabe qué le

ha pasado la noche anterior, y la persona que permanece de pie encima de ella proyecta una sombra sobre su cuerpo que bloquea el sol. Puede que sea alguien amable. O puede que sea alguien que ha venido a terminar lo que sea que se empezó. Acerca de una chica.

No la mires.

OceanofPDF.com



DOS SEMANAS ANTES





Antes de que les arrancara las etiquetas, uno se llamaba «Paraíso» y el otro, «Ataque relámpago». Da lo mismo cuál es uno y cuál es el otro. Ambos son de color rojo sangre.

La aplicación correcta del esmalte de uñas requiere un proceso. No puedes pintártelas sin más y esperar que dure. Primero, la preparación. Empiezo con un pulidor de uñas de cuatro caras, que elimina las rugosidades y le proporciona al esmalte una superficie lisa a la que adherirse. A continuación, uso un deshidratador y limpiador de uñas porque es mejor trabajar con una superficie seca y limpia. En cuanto se ha evaporado, aplico una fina capa de base. La base protege las uñas y evita las manchas.

Me gusta que la primera capa de esmalte sea lo bastante fina para que ya se haya secado cuando termine con la última uña de la misma mano. Empleo movimientos firmes y ligeros. Nunca arrastro el pincel, nunca vuelvo a mojarlo en el bote más de una vez por uña si puedo evitarlo. Con el tiempo y la práctica, he aprendido a calcular si la cantidad que hay en el pincel será suficiente.

Algunas personas son perezosas. Piensan que, si usas un esmalte con un color fuerte, una segunda capa es innecesaria, pero eso no es cierto. La segunda capa reafirma el color y te proporciona protección contra el uso diario de las manos, todas las formas en las que puedes provocar daños sin querer. Cuando la segunda capa está seca, cojo un bastoncillo mojado en quitaesmalte para limpiar cualquier resto de esmalte que pueda haberme manchado la piel. El último paso es la capa superior. La capa superior es la que fija el color y protege la manicura.

La aplicación del pintalabios requiere un proceso parecido. Siempre es mejor contar con un lienzo liso y se debe quitar la piel muerta. A veces, basta con una toallita húmeda, pero otras me froto la boca con un cepillo de dientes solo para asegurarme. Una vez hecho esto, añado una pizca de bálsamo, para que no se me sequen los labios. Además, eso le proporciona al color algo a lo que aferrarse.

Paso las finas fibras del pincel por la parte superior inclinada del pintalabios hasta cubrir mis labios y luego desplazo el pincel desde el centro de los labios hacia afuera. Después de la primera capa, me los seco con un pañuelo de papel y añado otra capa, siguiendo con cuidado el contorno de mi pequeña boca antes de difuminar el color para que parezca un poco más carnosa. Al igual que con el esmalte de uñas, las capas siempre ayudan a que dure.

Y, entonces, estoy lista.



Cat Kiley es la primera en caer.

Hoy, al menos. No lo veo pasar. Voy por delante, mis pies aporrean la pista de atletismo mientras los demás jadean detrás de mí. Noto el sol en la garganta. Me he despertado sintiendo que me asfixiaba, con la piel inundada en sudor y pegada a las sábanas. Es un verano seco y bochornoso que no sabe que se supone que ya debería haber terminado. Resopla despacio, quiere que nos olvidemos de las otras estaciones. Es un calor enfermizo. Te hace enfermar.

—¿Cat? ¡Cat!

Miro hacia atrás, la veo tirada en la pista y sigo moviéndome. Me concentro en el ritmo constante de mi pulso y, cuando completo la vuelta,

Cat ya está volviendo en sí, aunque todavía no es la chica que era antes de desplomarse. Está pálida y habla con monosílabos. Está atontada por el sol. Así lo denominan los demás.

La entrenadora Prewitt está de rodillas, vertiendo una botella de agua con cuidado sobre la frente de Cat mientras la avasalla a preguntas: «¿Has comido, Kiley? ¿Has desayunado hoy? ¿Has bebido algo? ¿Tienes la regla?». Los chicos se mueven incómodos porque «Ay, Dios mío, ¿y si está sangrando?».

—¿Y eso qué más da? No deberíamos estar aquí fuera con este calor —masculla Sarah Trainer.

Prewitt levanta la mirada y entorna los ojos.

—Este calor no es nada nuevo, Trainer. Quien venga a mi clase, debe venir preparado. Kiley, ¿has comido hoy? ¿Has desayunado?

—No —consigue responder por fin Cat.

Cuando Prewitt se pone de pie, sus articulaciones de antigua atleta crujen y chasquean. Este pequeño acto, arrodillarse y levantarse, hace que le broten gotas de sudor en la frente. Cat se pone de pie con dificultad y se tambalea. Va a volver a darse de bruces contra la pista si nadie la sujeta.

—Garrett, llévala a la enfermería.

El jugador de fútbol americano se acerca. El número 63. De hombros anchos, musculoso y firme. «Nunca te fíes de un rubio», suele decir mi madre, y Brock Garrett es tan rubio que sus cejas son casi invisibles. La luz del sol se refleja en el fino vello de sus brazos y lo hace brillar. Brock levanta a Cat en brazos con facilidad. Ella deja caer la cabeza contra su pecho.

Prewitt escupe. La saliva se seca antes de tocar el suelo.

—¡Seguid!

Nos dispersamos y echamos a correr. Todavía quedan treinta minutos de clase y no podemos continuar todos aquí plantados cuando acabe.

—¿Creéis que Cat está bien? —pregunta Yumi Suzuki entre jadeos por delante de mí.

El largo cabello le ondea a la espalda. Yumi suelta un sonido de frustración mientras intenta sujetárselo con una mano antes de darse por

vencida rápidamente. El coletero se le rompió antes. Prewitt no le permitió ir a buscar otro porque nadie abandona su clase a menos que te desmayes, e incluso eso te baja la nota.

—Está fingiendo —afirma Tina Ortiz. Es muy bajita, mide poco más de metro y medio. Los chicos solían llamarla «zorra enana» hasta que le llegó la pubertad y le salieron tetas. Ahora simplemente la llaman ella—. Quiere que la lleven en brazos.

Cuando al fin suena el silbato de Prewitt y volvemos a entrar arrastrándonos, la entrenadora me agarra del brazo y me lleva a un lado porque opina que se me da bien correr, que podría ganar trofeos o medallas... lo que sea que te den por eso.

—Es tu último curso, Grey —me dice—. Haz algo relevante por tu instituto.

Preferiría quemar este sitio hasta los cimientos antes de hacer voluntariamente algo relevante por él, pero soy lo bastante lista como para no decirlo en voz alta y ella debería ser lo bastante lista como para no tentarme. Niego con la cabeza y me despido con la mano. Sus estrechos labios se contraen en un gesto de decepción antes de fundirse con las demás líneas de su rostro ajado. No me gusta mucho la entrenadora Prewitt, pero me gustan las líneas de su cara. Nadie le toca las putas narices.

Alcanzo al resto de mis compañeros de clase y atravesamos a trompicones la entrada trasera del instituto de Grebe con las piernas agotadas, pasando en silencio junto a aulas en las que aún se está impartiendo clase. Al pie de la escalera, donde el pasillo se bifurca, Brock reaparece, con pinta de sentirse tremendamente satisfecho consigo mismo.

—¿Cat está bien? —le pregunta Tina.

—Vivirá —contesta Brock mientras se pasa la mano por la cabeza, alisándose el pelo casi inexistente—. ¿Por qué quieres saberlo?

—¿La llevaste siquiera a la enfermería?

Brock examina el pasillo con cautela, pero Prewitt nunca entra con nosotros, nunca pasa en nuestra compañía ni un segundo más de lo necesario. Pero se entera si hacemos el tonto en los pasillos. Y nos lo hace pagar luego.

—Al final —contesta Brock.

—Me lo imaginaba.

—¿Estás celosa, Tina? Cáete tú mañana y te llevaré en brazos.

Ella pone los ojos en blanco y echa a andar por la parte derecha del pasillo, en dirección al vestuario de las chicas. No haber recibido una negativa rotunda convierte a Brock en el tío del momento, así que no queda más que darle una palmada en la espalda y decirle: «Seguro que lo hace. Seguro que mañana la tienes montada sobre tu polla». Hazlo, eres muy guay.

Brock le da un puñetazo a Trey Marcus en el brazo.

—¿Lo ves? Así se hace. —Entonces se fija en mí—. ¿Qué pasa, Grey? ¿También quieres montar?

Sigo a las otras chicas hasta el vestuario, donde me desnudo. Rodeo con los dedos el dobladillo de mi camiseta flácida y polvorienta. Me la paso por encima de la cabeza y me quedo en sujetador, mirando de reojo a las otras chicas: sus costillas, curvas, ombligos hacia dentro o hacia afuera, copas A, B, C, D y (en el caso de Tina) E. Ayer, Norah Landers aprendió algo nuevo sobre los pezones. «No son todos iguales, ¿sabéis?» Ya lo sabíamos, pero, por lo visto, cada tipo tiene un nombre diferente. Nos los enumeró. Aquí las cosas no son siempre así. Supongo que Norah no pudo guardarse ese dato. Por lo cual, después de escuchar, fascinadas por esta información inesperada, y después de que todas bajáramos la mirada y nos catalogáramos, le dijimos que cerrara la puta boca para poder volver a fingir que no existíamos en este sitio todas juntas a pesar de ser perfectamente conscientes de ello.

—Así que Cat estaba fingiendo —dice Tina, dirigiéndose a nadie en particular. A todo el mundo.

Me quito el sujetador.

—Si Brock Garrett lo dice, debe ser verdad.

Tina se vuelve hacia mí, cubierta únicamente por las tenues líneas de bronceado que decoran su piel de color marrón claro. Siempre es la primera en desvestirse. Desnudez hostil. Qué sé yo. Con Tina, todo implica hostilidad.

—¿Qué sabrás tú de la verdad?

—Que te follen, Tina. Eso es lo que sé.

—Déjalo estar —interviene Penny Young.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —protesta Tina.

Penny se quita los *shorts* meneando las caderas.

—Porque lo digo yo y se supone que debes hacerle caso a los mayores.

—Bueno, cumplo años pronto, así que ten cuidado. Bueno, ¿y qué tal en Godwit? No me llamaste como prometiste. —Tina arquea una ceja—. ¿El fin de semana estuvo bien?

Penny se desabrocha los botones del cuello, sin responder. Tina se dirige a las duchas con paso airado y la oigo mascullar lo puta que soy antes de entrar en uno de los cubículos cubiertos con cortinas, porque Tina siempre tiene que decir la última palabra, de una forma u otra. Las demás chicas la siguen y entonces nos quedamos Penny y yo, solas. Penny coge una toalla, pero no parece necesitar una ducha. No muestra ni rastro de su paso por la clase de Educación Física, sigue bien peinada, el sol parece haberle acariciado la piel en lugar de achicharrársela. Penny Young es la chica más perfecta que uno pueda conocer y el papel de ese tipo de chicas en este mundo es destrozarte. Si le arrancaran la piel, se podría ver su veneno. Si me arrancaran la mía, todavía podrían verse los rastros de su veneno.

—Día de mudanza —me dice.

Pero la cuestión es que no nos hablamos. A veces intercambiamos una o dos palabras, pero solo por necesidad. Este no es el caso. No le he hablado a nadie de la mudanza, pero nada permanece en secreto durante mucho tiempo en Grebe. Las noticias vuelan. Se propagan mediante balbuceos en bares, murmullos entre vecinos por encima de las verjas, susurros en la sección de frutas y verduras del supermercado y de nuevo a la hora de pagar, porque la cajera siempre tiene algo que añadir. Los móviles en este pueblo no son tan eficaces como el boca a boca.

—¿Qué has dicho?

Pero Penny no me está mirando, así que me pregunto si me lo he imaginado, si de verdad dijo algo. La dejo allí y me busco una ducha donde

hago correr el agua ardiente como el sol. Me quema la piel. Me imagino que graba líneas por todo mi cuerpo pálido: los brazos, las piernas y, sobre todo, la cara. Hasta que parezco una de esas mujeres. De esas a las que nadie les toca las putas narices.

Soy la última en salir, me aseguro de ello. Cierro el grifo y me quedo ahí un minuto, con el pelo mojado pegado al cuello, aunque empieza a secarse rápido y a encrespase. Cuando regreso al vestuario, encuentro mi taquilla abierta y mi ropa en el suelo.

Faltan el sujetador y las bragas.

Mi sujetador, uno de los dos que tengo, es ridículo. Así lo denominó Tina en una ocasión. Consiste en una fina tira de tela con tirantes minúsculos porque, en realidad, no tengo nada que necesite que lo sujeten. Llevaba unas bragas negras estilo bikini, nada especial. Cojo el resto de mi ropa. Hoy se trataba de *shorts* vaqueros y una blusa negra semitransparente que necesita algo debajo, pero procuro no pensar en eso. Las demás me observan vestirme en silencio. Me observan sacar el pintalabios y presionarlo contra mis labios. Me observan comprobar si se me ha estropeado el esmalte de uñas. En cuanto me marchó, oigo sus voces llenas de entusiasmo al otro lado de la puerta.

«¿Fuiste tú? ¿Lo hiciste tú? Qué guay eres.»

Me imagino desnuda en esa ducha, me imagino el agua recorriéndome mientras, en la habitación de al lado, alguien se llevaba las prendas que tocaban las partes más íntimas de mi cuerpo. Recorro el pasillo con los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho.



Todd Bartlett vive del cheque por discapacidad que le extiende el Gobierno por el accidente de tráfico en el que estuvo implicado a los diecisiete años. Lo golpeó un camión articulado y tuvo suerte de salir con vida. Tiene mal la espalda desde entonces. Pero no se le nota a simple vista.

«La gente no se fía de lo que no puede ver», dice Todd, y debe cargar con eso. Todos se comportan como si hubiera decidido a propósito no poder trabajar como ellos creen que debería hacerlo: de nueve a cinco en alguna oficina, detrás del mostrador de alguna tienda o fuera al sol. Lo he visto excederse, lo he visto terminar el día tumbado de espaldas en el suelo, rogándole a Dios que acabe con él para no seguir sufriendo. Me ha contado

que le duele tanto en esos momentos que se olvida de lo bueno que tiene estar vivo.

Se suponía que mi madre, Alice Jane Thomson, debía estar en el coche con él cuando ocurrió el accidente, pero el bueno de Paul Grey le echó el ojo en los pasillos del instituto de Grebe el día anterior y le pidió que pasara esa tarde con él. Más adelante, comentó asombrada con Todd el estado en el que quedaron los restos del coche, la suerte que tuvieron. El lado del acompañante desapareció tras el impacto y, si mamá hubiera ido en el coche con él, habría muerto. Y supongo que yo no habría nacido.

Todd Bartlett vive en la calle Chandler, en la casa que heredó de su madre, Mary, que lo tuvo a los dieciséis años. La casa de Mary es de esas que siempre necesitan un toque de algo más, pero probablemente nunca llegarán a tenerlo. Un agrietado camino de acceso (en el que introdujeron enredaderas a mano en el cemento antes de que se secara) conduce a una destartada vivienda de dos pisos con un desgastado revestimiento blanco y tejas asfálticas rojas con pintitas marrones. Un pequeño porche cubierto da hacia casas parecidas, todas las cuales parecen dientes rotos y astillados. Todd está sentado dentro, en una silla de jardín, junto a una nevera portátil azul. Me saluda con gesto perezoso cuando entro.

—¿Qué tal el instituto? —me pregunta.

—Prewitt quiere que me presente a las pruebas para el equipo de atletismo.

—Menuda pérdida de tiempo. —Abre la nevera y saca una Heineken de un baño de hielo—. ¿Quieres una?

Pues sí. Mantengo un brazo cruzado sobre el pecho y estiro el otro para coger una botella, pero él se ríe y me aparta la mano. Cierra la tapa antes de que el delicioso aire frío que brota de la nevera pueda rozarme los dedos siquiera.

—Quita de ahí.

—No diré nada si tú tampoco lo haces.

Me mira a través de una cortina de pelo castaño, lo bastante largo para recogerse en una coleta, pero él prefiere que le tape los ojos color avellana. Todd es sólido; da la impresión de ser un hombre con músculos a

pesar del hecho de que, en realidad, no puede hacer gran cosa sin acabar hecho polvo. Tiene un tatuaje descolorido en el bronceado brazo derecho, una inicial. «M», por la mujer que le dio la vida. Destapa la cerveza y toma un trago.

—¿Dónde está mamá?

—Fue a buscar la cena.

—Es un poco pronto.

—Hemos estado trabajando todo el día. Mira esto.

Se pone de pie despacio y la bolsa de hielo derretido contra la que se apoyaba se desliza mojando el respaldo de la silla. Entro detrás de él y pasamos junto a la cocina con el suelo a cuadros blancos y negros y una vieja nevera que chirría si la dejas abierta demasiado tiempo. Hay cajas en la sala de estar, puedo verlas desde el pasillo. Parece ser que tenemos más cosas que espacio para colocarlas. Sigo a Todd escalera arriba hasta la habitación situada justo en la parte delantera de su casa. Nuestra casa... y mi habitación.

Mamá ha sacado todas mis cosas de las cajas, aunque le dije que no hacía falta. Mi cama, que está debajo de la ventana, da a la calle. Veré salir el sol. Estanterías llenas con mis libros cubren las cuatro paredes, rodeando la habitación. Incluso los ha ordenado alfabéticamente por autor. Mi escritorio está en un rincón, con el portátil encima. Junto al armario, hay algo que no es mío: una antigua cómoda. Todd se da cuenta de que me he fijado en ella.

—Era de mi madre. —Se acerca y desliza la mano por encima—. Pero podemos trasladarla, si no la quieres.

—No, es preciosa. Gracias.

—Esta era su habitación. ¿Te parece bien?

—Ni que se hubiera muerto aquí.

Mary murió en la calle principal, demasiados años antes de lo que se supone que ese tipo de cosas le pasa a alguien, y mucho menos a alguien tan dulce como ella. Un infarto. Esa no era la forma en la que se suponía que debía morir. Toda una vida de generosidad y calidez debía culminar con

Todd junto a su lecho de muerte asegurándole que lo había hecho todo bien, pero no creo que él recuerde siquiera las últimas palabras que se dijeron.

—¿Tienes tiempo para hablar? —me pregunta.

—No he de ir a ningún sitio.

Se mete las manos en el bolsillo y saca dos llaves.

—Una para la casa y otra para el New Yorker... pero esa es solo para emergencias. Ahora también es tu casa, colega. Aparte de prenderle fuego, puedes hacer lo que quieras.

Cojo las llaves, pero, antes de poder expresar algún tipo de «Gracias», el chirrido entrecortado de la puerta mosquitera y el golpeteo al volver a cerrarse llega desde el piso de abajo.

—¿Dónde estáis? Traigo pizza.

El olor grasiento impregna el aire en cuanto mamá lo anuncia. La pizzería Gina's, uno de los últimos restaurantes que siguen abiertos en Grebe. Hay tres, en total: Gina's, la cafetería Lakeview Diner (a ocho kilómetros del lago) y el bar. Otros elegantes establecimientos de restauración han abierto y, en menos de seis meses, ya han desaparecido. Gente de fuera del pueblo (recién casados, por lo general) acaban aquí con la idea de que pueden comenzar algo que suponga el primer paso para convertir a Grebe en una de esas paradas claves justo antes de la ciudad, Godwit: «La Gran G». Pero Grebe no está destinado a ser ese tipo de sitio. Ni siquiera ser el lugar donde se fundó Grebe Auto Supplies, con sus innumerables tiendas y talleres por todo el país, pudo darnos a conocer. Como «grebe» significa «somormujo», la gente piensa que el nombre se refiere a un pájaro, no a un sitio.

—Solo estoy enseñándole su habitación —grita Todd.

—¡Oh! Subo enseguida.

Mamá sube la escalera a la misma velocidad que la baja un niño de seis años el día de Navidad y, cuando entra en mi habitación, tiene la pálida piel sonrojada de calor, pero está preciosa. Siempre está preciosa, pero es diferente ahora que es feliz. Una camisa de color azul pálido (creo que es de Todd) cubre su cuerpo menudo, extendiéndose sobre unos viejos *shorts* vaqueros que ha usado durante los diecisiete años en los que ha sido mi

madre y no sé cómo ha conseguido que duren tanto tiempo. De algún modo, yo estoy en peor forma que esa prenda.

—¿Te gusta? —me pregunta mamá.

—No hacía falta que lo ordenaras todo.

—Me apetecía hacerlo. No fue gran cosa.

Todd sale de la habitación.

—Os dejo solas. Seguro que tu madre quiere contarte sus aventuras ordenando estanterías. Te lo aseguro, colega, nunca he visto nada igual.

—Oye, listillo —protesta ella, sonriendo—, pon la mesa.

Sigue sonriendo cuando se sienta en la cama y da una palmadita sobre la colcha, a su lado.

—Ven aquí —me dice y, cuando obedezco, me pregunta de nuevo—: ¿Te gusta? ¿Crees que podrías acostumbrarte?

—Solo nos hemos mudado a otra casa del pueblo. Sobreviviré.

—Solo nos hemos mudado a otra casa.

—Pues sí.

—Pero es algo diferente.

Aparto la mirada. Puedo oír a Todd en la cocina.

—Es una habitación muy bonita —digo—. Gracias.

Mamá me abraza, me dice que me espera abajo y se dirige hacia allí. Descruzo los brazos y rebusco entre la ropa de mi nueva cómoda, doblada con cuidado.

Encuentro el sujetador y me lo pongo.

Después de colocar los platos en el fregadero, me preparo para ir a trabajar. Me pongo una falda y una blusa. Conseguí trabajo en la cafetería Swan's Diner hace seis meses, cuando comprendí que el dinero era lo único que se interponía entre cualquier otra ciudad en la que quisiera vivir y yo. Le dije a Todd que estaba buscando trabajo donde nadie me conociera. Me sugirió Swan's porque está justo en el límite entre los condados de Grebe e Ibis y «Oye, ser camarera está chupado, ¿no?». Así fue, al principio.

Antes de Leon.

Es un trayecto largo y caluroso. Cuando entro en bicicleta en el aparcamiento, tengo la impresión de que las cuatro porciones de pizza de Gina's que engullí van a acabar por todo el pavimento, aunque no sería lo peor que alguien haya vomitado aquí. Entro por la parte de atrás, hasta la cocina, y veo que todos están muy ajetreados. Holly Malhotra ni siquiera tiene tiempo de ponerme al corriente de lo último que ha hecho su hija para cabrearla, y siempre tiene tiempo para eso.

Leon se turna en la parrilla con Annette esta noche. Tiene diecinueve años y empezó a trabajar aquí el mes pasado, pero no es su primera vez. Trabajó aquí mientras iba al instituto, se marchó un tiempo y luego regresó. Me lo quedo mirando un momento. El sudor hace que su piel negra reluzca y los músculos de sus brazos brillen. Mantiene los cálidos ojos marrones fijos en la tarea que tiene entre manos. Se me forma un nudo en el estómago. Leon es... Hasta que él llegó, se me había olvidado lo que era desear algo.

Pero quién dijo que me hacía falta recordar.

Cojo mi delantal y me doy cuenta de que me está mirando.

—Tienes una pinta horrible —me dice.

—Hola a ti también —contesto.

Se me seca la lengua cuando me guiña un ojo, porque resulta que la semana pasada Leon me dijo directamente que le gustaba. Estábamos haciendo un descanso en la parte trasera, de pie junto a los contenedores de basura, cuando lo dijo. «Me gustas, Romy. Haz lo que quieras al respecto.» No fue como en las películas, pero supongo que nunca lo es. Sin embargo, desencadenó algo dentro de mí. Tal vez. Lo bastante para que me pasara el resto de ese turno en el baño intentando decidir qué hacer al respecto. Leon es agradable. Se trata de esto: conoces a un chico agradable y te gusta y eso es agradable. Hasta que deja de serlo.

—¿Cómo va la cosa ahí fuera esta noche?

—Superconcurrida. Prepárate para dejarte el culo trabajando.

—Siempre está lista para eso —interviene Tracey, nuestra gerente, mientras sale de su oficina. Me sonrío—. No quiero que nadie tenga que

esperar a que lo atiendan, ¿entendido? Con este calor, todo el mundo está buscando una excusa para quejarse.

—Entendido.

—Oye —me dice Leon—, ¿un descanso? ¿Luego?

—Claro.

Entro en el centro de la cafetería y veo que Leon tiene razón. Está superconcurrida, y eso me parece bien al principio, pero luego empieza a afectarme, como siempre. Tres horas después de empezar mi turno, apesto a grasa y se me ha soltado la coleta, así que tengo mechones de pelo pegados a la cara. Voy un segundo al baño situado frente a la oficina de Tracey y me arreglo la coleta con torpeza, con los dedos cansados de anotar pedidos. Tendré que ducharme cuando llegue a casa, para quitarme todo esto de encima. De lo contrario, me despertaré en medio de la noche convencida de que sigo aquí y tengo mesas que atender. Cuando voy a la cocina, Leon se está quitando la redecilla. Se pasa la mano por el corto pelo negro y señala con la cabeza hacia la salida trasera.

—¿Ya es la hora? —le pregunto.

—Pues sí.

—Eh, esperadme —dice Holly mientras se desata el delantal. El largo pelo negro se le está saliendo del moño, enmarcando de forma desordenada su rostro agotado—. Si no me fumo un cigarrillo, me voy a volver loca.

Me alegro de que nos haga compañía, pero un rápido vistazo a Leon me indica que él solo lo tolera. Me llevo las manos a la espalda para sacarme el delantal, pero cambio de idea. Me gusta contar con esa capa extra.

Los tres nos dirigimos afuera y adoptamos poses despreocupadas. Me apoyo en el edificio y clavo la mirada en el suelo mientras Leon se sitúa a mi lado y mira al cielo. El áspero chasquido del encendedor llena el silencio, haciéndome levantar la vista. Holly inhala profundamente y, al tiempo que observa la punta encendida del cigarrillo, dice lo mismo siempre que fuma:

—Estas cosas mataron a mi padre. Es una forma horrible de morir.

—Sí, así es —coincide Leon.

—No quiero hacerles eso a mis hijos.

Y, sin embargo, sigue fumando. Me dijo que está tan estresada todo el tiempo que es o cigarrillos o pastillas. Antes, fumar estaba de moda. Te relajabas y parecías sofisticada. Ahora, asegura, si la gente te ve fumando en público te echa *esa* mirada, como si no tuvieras derecho a hacerlo. Está criando sola a cuatro hijos mientras su marido está destacado fuera y su suegra con alzhéimer acaba de venirse a vivir con ellos porque no pueden pagar una residencia, por lo que sus cuidados recaen en el hijo de dieciocho años de Holly cuando ella no está en casa. «Pero, claro, me miran como si fuera una mierda por fumarme uno de estos.»

Holly se vuelve hacia Leon.

—Hablando de mis hijos, ¿vas a ir a la fiesta de Melissa Wade este fin de semana?

—No. Mi hermana va a celebrar una reunión con todos sus compañeros de trabajo y amigos antes de que reviente y tengo que asistir.

—Mierda. Annie va a ir a una fiesta de pijamas en casa de Bethany Slate y tengo la sensación de que terminarán en la de los Wade. ¿Conoces a alguien que pueda enviarme un mensaje si la ven allí?

—¿Vas a armar un escándalo si va? —le pregunta Leon.

—Desde luego que sí. Son universitarios. Ella tiene quince años. —Le da una calada al cigarrillo—. Le dije que ni se le pasara por la cabeza ir, así que por supuesto que irá.

—Le diré a Melissa que te envíe un mensaje si la ve.

—Gracias. —Lanza el cigarrillo a medio fumar directamente al suelo—. Lo estoy dejando poco a poco. Ni siquiera me toca descansar, pero estoy sustituyendo a Lauren, así que me lo he ganado.

—¿Llevas aquí todo el día? —le pregunto.

—Dinero, dinero, dinero. Será mejor que vuelva al tajo.

Holly entra y, entonces, Leon y yo nos quedamos solos. El silencio se prolonga entre nosotros. Las palabras no salen con tanta facilidad después de lo que admitió el otro día. Leon tarda un rato en encontrar algo que decir.

—Te advertí que estaba concurrido —comenta por fin.

—Sí, así es.

—Antes estaba de broma, ¿sabes?, cuando llegaste.

—Ah, ¿sí?

Observo el aparcamiento trasero. Los faros del viejo Sprint de Tracey reflejan la luz parpadeante situada sobre la puerta, a nuestro lado.

—No tienes una pinta horrible. Todo lo contrario, en realidad.

Me mira fijamente. El sonrojo me sube desde la punta de los pies hasta la cara. Leon vuelve a entrar antes de que pueda responder, así que el cumplido queda allí flotando y luego se desvanece. Me recuerdo que no debo darle importancia ni tampoco me comprometo a nada. Solo lo dijo para recordarme que está ahí, que le gusto. Que es agradable. Leon es agradable. Pero eso no significa que esté a salvo con él.



Sale el sol.

Me presiono los ojos con las palmas de las manos y escucho los sonidos que llegan desde la planta baja. Visualizo la escena que se desarrolla esta mañana a partir de la risa de mi madre, el chirrido de las sillas contra el suelo para situarlas más cerca, el burbujeo del café en el fogón.

Me libero de la sábana y me quedo mirando las nuevas manchas rojas junto a las desvaídas de color rosado que hay sobre la funda de mi almohada. Proceden directamente de mi boca, exasperando continuamente a mi madre porque elegí un pintalabios que no se quita al lavarlo. Me visto. En el baño, situado al otro lado del pasillo, me cepillo los dientes y me recojo el pelo. Me pinto los labios. El esmalte de uñas todavía aguanta.

Estoy lista.

En la cocina, todo es como me lo imaginé. Mamá me sonríe desde su puesto en la mesa. Los rizos negros le caen sobre los hombros, un tanto despeinados. Bebe café con una mano y tiene la otra extendida sobre la mesa, con los dedos entrelazados con los de Todd.

—¿Cómo has dormido? —me pregunta Todd.

—Bien.

—Me alegro.

—Puedo prepararte el desayuno —me ofrece mamá.

—No, gracias. Tengo que ir al instituto.

Mamá intercambia una mirada con Todd.

—Cielo, ¿pusiste mal la alarma? No tienes que estar allí hasta dentro de una hora por lo menos...

—Ya lo sé. —Salgo al pasillo y me pongo los zapatos—. Hoy tengo que llegar antes.

—¿Y eso? —me pregunta Todd—. No se me ocurre por qué mierda de motivo tendrías que llegar una hora antes que no se considere un castigo cruel e inusual.

Porque me robaron las bragas y el sujetador y, cuando roban cosas así, puedes dar por hecho que volverán a aparecer de una forma muy mala. Me ato los cordones y cojo la mochila del suelo.

—Porque sí. Hasta luego.

—Intenta tener un buen día.

—Sí, que tengas un buen día, colega.

Tardo un momento en asimilarlo, este dúo de buenos deseos para el resto del día comparado con hace un año, las mañanas en una casa diferente, mi madre sentada sola en la mesa de la cocina mientras su marido se dedicaba a la bebida, aunque hacía tiempo que había dejado de fingir que no sabíamos dónde escondía las botellas.

Cuando abro la puerta, experimento algo más: la sorpresa de la vista. Busco el terreno en el que crecí. En cambio, veo un moribundo césped desconocido y un camino de cemento con desvaídas marcas de enredaderas que me conduce a la calle en la que le diré a la gente que vivo. Durante un

momento, me olvido de que *solo* me he mudado a otra casa del pueblo, como si pudiera tratarse de algo más.

Pero solo durante un momento.

Voy caminando al instituto. El aparcamiento está desierto. Viejas tartanas ocupan la parte del profesorado y, a medida que transcurra la hora, la parte de los alumnos se dividirá entre modelos en un estado ligeramente mejor y otros más nuevos de los mismos coches, en función de los padres que los han comprado. Abro las puertas delanteras y entro en el edificio, donde me dan la bienvenida en silencio dos viejos maniquíes sin cara situados en medio de la entrada. Uno con forma de chico, John, y otro con forma de chica, Jane. John y Jane son lo primero que vemos al entrar cada mañana, nuestra dosis diaria de espíritu escolar. John lleva un antiguo uniforme de fútbol americano y Jane usa lo último en modo indumentaria de animadoras y, cuando los profesores no están mirando, los chicos le meten mano, y a veces también las chicas, un apretón rápido de una teta, porque «Ja, ja, qué gracioso».

Hoy Jane tiene algo diferente. Los pompones se encuentran a sus pies, sus brazos están cruzados al máximo y, en la curva del codo, sostiene un montón de carteles de color fosforescente. Rosas, amarillos, verdes y naranjas. Sé para qué son, pero cojo uno de todas formas y observo la llamada a la acción impresa en negrita, algo a lo que estoy obligada a responder porque por fin tengo la edad suficiente.

DESPIERTA

Ha llegado el momento de la fiesta anual solo para los alumnos de último curso en el lago Wake, esa noche del año en la que todos los padres del pueblo saben que sus hijos se van a emborrachar cerca del agua y a hacer lo que hacen los adolescentes borrachos cerca del agua. Salimos del vientre de nuestras madres conscientes de esta fiesta. Nuestros padres asistieron y sus padres asistieron y los padres de sus padres asistieron. A la mierda la graduación; esto es más trascendental. Ni las intoxicaciones

éticas ni el sexo sin protección ni los accidentes ni las heridas se interpondrán en el camino de esta honorable tradición de Grebe, este importantísimo rito de paso.

Cada pocos años, algún padre preocupado intenta ponerle fin. Nunca funciona. Nadie puede presentar argumentos en su contra porque todos los consabidos problemas que se producen en el lago los cometen chicos de familias a las que nadie quiere causarles problemas. Buenas familias. Los dueños de los negocios, miembros del ayuntamiento, amigos de los Turner... Y el sheriff Turner siempre se porta muy bien con sus amigos. Le doy la vuelta al cartel. «Para más información, envíale un *e-mail* a S. L. R.». Se trata de Andy Martin, el editor del anuario.

Arrugo el cartel porque no he venido para eso. He venido para esto: registrar el instituto. Miro en las vitrinas de trofeos, reviso cada fila de taquillas, el baño de las chicas y el de los chicos, el gimnasio y la cafetería, el expositor de «¡Libros nuevos!» en la biblioteca...

Mi ropa interior no aparece.

Me dirijo al aula de tutoría y escojo mi pupitre habitual en la parte de atrás, junto a los lavabos y no en las ventanas, porque ver el mundo exterior (aunque tenga un aspecto tan deslucido como en Grebe) hace que el día me resulte mucho más largo. El señor McClelland entra un rato después. Es el miembro más joven del profesorado y se esfuerza demasiado. No creo que yo siga aquí el día que por fin se dé por vencido, pero pasará. Siempre pasa.

Los alumnos van entrando poco a poco, sujetando en las manos trozos de papel de colores brillantes, incluso aquellos que no están en el último año. Algunos ya están usando el móvil, sin duda pidiéndole detalles a Andy por *e-mail*. Es una especie de proceso de investigación digital, a pesar de que la fecha y la hora acabarán siendo el secreto peor guardado en este instituto. Y siempre puedes contar con que unos cuantos alumnos de cursos inferiores se cuelen para participar en la gloria alcohólica.

Penny Young y Alek Turner entran en el aula. Penny aparece primero, y sigue estando perfecta. Puedo decirlo una y otra vez porque siempre será cierto. Se nota que es perfecta por la forma en la que todos la miran. Se la quedan mirando abiertamente o con disimulo... La cuestión es que quieren

mirar porque lo que ven es agradable. La entrada de Alek es algo completamente distinto. Entra con el aire despreocupado de un chico que tiene el mundo a sus pies, aunque no es culpa suya, simplemente cogió lo que se le ofrecía. Lleva una camiseta de Grebe Auto Supplies, por si nos olvidamos de que está destinado a heredar ese imperio.

Alek le murmura algo a Penny al oído. Se mueven uno alrededor del otro con la facilidad de dos personas que han crecido juntas; como todos nosotros, en realidad. Un interruptor se encendió para ellos en noveno curso y surgió el amor.

—Los anuncios serán pronto —murmura McClelland—. Sentaos todos.

Se sientan unas pocas filas por delante de mí. Incluso desde aquí, puedo oler la colonia de Alek. Me recuerda al año pasado, con nuestras cabezas inclinadas juntas, escribiendo sobre *Romeo y Julieta* para un trabajo de Lengua. Pensé que era una broma cuando la señora Carter nos emparejó: la hija de Paul Grey y el hijo de Helen Turner. «Dos familias de dignidad afín»; salvo porque no había dignidad en el lado de los Grey, solo Helen despidiendo a Paul el día que, estando borracho, la llamó «puta» delante de los demás empleados del taller porque, joder, es duro trabajar con motores cuando tu jefe tiene vagina.

Alek nota que lo observo. Se gira en la silla y nuestros ojos se encuentran. Me llevo el dedo corazón a los labios, rojo sobre rojo, la forma más sutil que tengo de decirle que se joda, porque no soy tan estúpida como para decirlo en voz alta cuando todo el mundo forma parte de su club de fans. Alek se da la vuelta, apoya el brazo sobre el hombro de Penny y acerca la boca a su oído. Ella le da un empujoncito juguetón.

A veces, me imagino dando un paseo con él. Me imagino llevándolo detrás del instituto, hacia los árboles. Me imagino pisoteándole el cráneo hasta que sus agradables facciones marcadas se convierten en papilla. Hasta que todas las partes de él que me resultan demasiado familiares desaparecen.

Últimamente, cada vez se parece más a su hermano.



—¿**Puedes llevarme** al Granero antes de ir a Swan's?

Mamá se detiene al pie de la escalera, con Todd justo detrás. Los dos están despeinados y sonrojados, pero no quiero pensar en lo que estaban haciendo antes de que yo llegara a casa. Lanzo la mochila contra la pared y decido que me gusta cómo queda allí, que esto es lo que haré cada vez que regrese de clase hasta que se convierta en un acto reflejo. Una casa no es un hogar hasta que no se convierte en un hábito.

—¿Qué necesitas? —me pregunta mi madre.

Todd pasa a su lado y se dirige a la cocina. Oigo el chirrido de la puerta de la nevera al abrirse.

—Solo me queda un sujetador. Iría en bici, pero llegaría tarde al trabajo.

—No hay problema. Déjame coger el bolso.

Mamá entra rápidamente en la cocina, le dice a Todd adonde vamos y luego oigo el breve y dulce sonido de sus bocas al unirse. Reaparece con las llaves del coche en la mano.

—Estará bien pasar algún tiempo juntas, ¿eh?

—Sí.

El Granero es una tienda de saldos situada a unos veinte minutos de Grebe, de camino a Godwit. Allí se puede conseguir de todo y conseguirlo barato, lo que significa que yo puedo comprar ropa mientras ella elige comestibles. Nos subimos en el sofocante New Yorker y bajamos las ventanillas al máximo. El coche no arranca al primer intento, ni tampoco al segundo. No arranca hasta que Todd sale y nos cuenta que hay truco. Mueve las llaves de una forma que más que un truco parece suerte, pero funciona. El motor se pone en marcha con un rugido.

—Vais a tener que llenar el depósito antes de salir del pueblo —nos dice.

Todd se queda en la entrada y se despide con la mano mientras nos ponemos en marcha. Me doy cuenta de que a mamá le gusta que haga eso, que nos diga adiós.

—Yo pagaré la gasolina —digo—. Este viaje es cosa mía.

—No te preocupes por eso.

Tenemos que poner gasolina en Grebe Auto Supplies, porque es la única gasolinera del pueblo. Se encuentra justo al lado de la pizzería Gina's y la combinación de olores a grasa y gasolina tiene algo inquietantemente tentador.

Mamá se detiene en el surtidor de autoservicio y me entrega su tarjeta de crédito.

—¿Quieres encargarte tú? Yo iré a comprar algo de beber a Deckard's.

Se dirige al supermercado situado al otro lado de la gasolinera y un poco detrás de esta. Pongo gasolina, termino antes que ella y espero en el coche. Transcurren los minutos. Cuando echo un vistazo hacia el supermercado, consigo distinguirla. Está en la entrada, hablando con el señor Conway, así que podría tardar una eternidad. Genial. Dan Conway, el

mayor chismoso del pueblo. Apuesto a que está intentando averiguar cómo es nuestra nueva situación tras la mudanza y si el siguiente paso para mi madre es casarse, aunque para él probablemente debería haber sido lo primero.

Tamborileo con los dedos sobre mis rodillas y luego un Cadillac Escalade EXT se detiene en el surtidor de autoservicio junto al mío, con la música a todo volumen. El estómago me da un vuelco al ver a Alek al volante, con Brock en el asiento del copiloto.

Nunca me parece justo, verlos después de clase.

Brock sale con una tarjeta de crédito (que no es suya) en la mano. Alek nunca llena el depósito de su vehículo él mismo, si puede evitarlo. Alek nunca hace nada que pueda conseguir que Brock haga por él. Lo veo apoyar la cabeza contra el asiento y observar el mundo a través de unas Ray-Ban. Un segundo después, se inclina hacia delante y aprieta un dedo contra el interior del parabrisas. Aparta la mano y la estudia, con el ceño fruncido. A continuación, asoma la cabeza por la ventanilla.

—Oye, de paso, limpia el parabrisas —dice. Brock le hace una peineta. Alek recorre la gasolinera con la mirada antes de posar los ojos en Gina's —. ¿Tienes hambre?

Brock levanta el dedo corazón más alto; sin embargo, después de volver a enganchar la boquilla en el surtidor, coge una mugrienta escobilla de goma, porque cómo no iba a obedecer. Brock vive a una calle de la mía ahora que me he mudado, en una zona donde las casas ya no se parecen tanto a dientes rotos y astillados; pero, si te fijas con atención, verás que sus cimientos se están pudriendo. Brock es el mayor de cinco hermanos en una familia que no es ajena a la caridad. Alek lo situó en el lado privilegiado del instituto y esa es la clase de deuda que te pasas toda la vida intentando pagar, que es precisamente el motivo por el que Alek situó a Brock en el lado privilegiado del instituto.

Cuando termina, Brock coge la tarjeta y se dirige a Gina's. Se detiene cuando se da cuenta de que Alek no lo acompaña.

—¿Vas a esperar ahí?

—Hace un calor de cojones, tío.

Brock se lo queda mirando, pero no insiste. Suspiro cuando entra en la pizzería sin verme. Puede que no tenga tanta suerte cuando regrese.

Echo un vistazo hacia Deckard's y compruebo que Conway *todavía* tiene acorralada a mamá. Salgo rápidamente del coche y voy a buscarla. Dentro, el aire acondicionado está encendido y el aire frío me hace temblar. Mi llegada hace que el sonido de la voz áspera de Conway se detenga de golpe. Mi madre me mira. Tiene dos botellas de Coca-Cola sin pagar en las manos.

—¿He tardado demasiado? —me pregunta.

—Si no nos vamos pronto, no me va a dar tiempo.

—Tienes razón. —Hay una expresión de gratitud en su rostro que me hace pensar que debería haber intervenido antes. Mamá se vuelve de nuevo hacia Conway, que muestra una mirada dura ahora que estoy presente—. Bueno, cuídate, Dan. Ha sido agradable hablar contigo.

—Lo mismo digo, Alice. —Me sonrío. Los dientes amarillentos se extienden por su cara rechoncha. La forma de peinarse el pelo rubio apenas le disimula la calva—. Espero que no te metas en problemas, Romy.

Conway le dice eso a todo el mundo, pero no lo dice en serio porque, de lo contrario, no tendría nada de qué hablar. Sin embargo, conmigo emplea un tono diferente que con los demás. Matices de pueblo pequeño. Algo que no se aprende en la ciudad. Se trata de saber cuándo «Hola» significa «Largo de aquí» o cuándo «Una noche dura» significa «Sé que te emborrachaste otra vez» o cuándo «Sí, me encantaría verte, pero he tenido mucho lío últimamente» significa «Nunca, nunca, nunca». Al decir Conway que espera que no me meta en problemas, quiere decir que yo soy el problema.

Regreso al coche mientras mamá paga y, cuando lo rodeo para dirigirme a mi lado, descubro una palabra escrita en el polvo que cubre mi puerta.

RAJA

Porque «puta» era demasiado humanizador, supongo. Una raja ni siquiera es una persona.

Solo es una abertura.

El sol se refleja en las letras limpias. Me vuelvo despacio hacia el Escalade. Alek está mirando hacia otra parte, pero tiene una sonrisita en los labios.

Con el rabillo del ojo, veo que mamá se dirige hacia mí. Deslizo las uñas por la palabra hasta que se borra del coche, entro y me froto la mano contra la pierna, ensuciándomela.

Si mamá ha visto al hijo de los Turner en su camioneta de lujo, no dice nada al respecto. Hasta que no estamos en la carretera, saliendo de Grebe, no siento que puedo respirar. Observo pasar las tierras de cultivo y me pregunto cómo alguien se establece en este sitio cuando Godwit se encuentra a solo unas horas al norte e Ibis está a tiro de piedra hacia el este, pero lo bastante lejos como para parecer otro planeta.

Todo es mejor en otro sitio.

El Granero ni siquiera tiene la decencia de parecerse a lo que hace alusión su nombre. Simplemente se trata de una tienda de saldos con forma de caja (sobre la entrada hay un letrero con grandes letras anaranjadas de neón contra un fondo azul eléctrico en el que pone «EL GRANERO») cuyo aparcamiento está bastante lleno porque la mayoría de la gente de la zona consigue aquí lo que necesita para vivir. Cruzamos el aparcamiento y mamá introduce una moneda de veinticinco centavos para liberar un carrito de color naranja antes de entrar.

Aquí hay de todo. Comida y películas, ropa y muebles baratos que tienen buen aspecto y se hacen pedazos rápido. Al fondo de la tienda, hay golosinas, juguetes, decoraciones para cualquier festividad que se avecine y luego todo lo que necesites para tu higiene personal. El departamento de alimentación está aparte. En Grebe, hay dos clases de personas: las que compran en las tiendas del pueblo y las que compran aquí.

Mamá permanece cerca de mí mientras rebusco en un cubo de sujetadores a ocho dólares situado en el otro extremo del establecimiento. Son tan baratos, tan poco espectaculares, que ni siquiera los cuelgan para

exponerlos. Trozos de tela con relleno, eso es todo. Pero eso es lo único que necesito.

—Listo —anuncio mientras los lanzo dentro del carrito.

Algo en la forma en la que mamá los mira hace que me arda la cara. Una cosa es que Tina diga que mis sujetadores son ridículos y otra que lo piense mi madre, aunque no emplee esas palabras exactamente.

—¿Son suficiente?

—Mamá...

—Me refiero a si te darán suficiente sujeción. Parecen un tanto...

—Sí. Me valdrán.

Se me queda mirando.

—Podrías tener algo más bonito. Siempre he pensado que comprarte ropa interior y pijamas bonitos es el mejor regalo que puedes hacerte a ti misma. Siempre me siento genial cuando llevo un buen sujetador o...

—Gracias por las pesadillas, mamá.

Ella se ríe y se acerca a un estante de sujetadores de color rosa ribeteados con un delicado encaje negro. La etiqueta que llevan pegada muestra una foto de unas tetas asombrosas. Es un *push-up*. Me lo ofrece.

—Pruébalo.

—No. No hace falta.

—¿Qué tiene de malo algo así?

—Tengo lo que necesito.

Mi expresión debe ser muy elocuente, porque lo suelta. Le permito guiarme por el resto de la tienda y permanezco callada mientras ella carga en el carrito alimentos para una semana. A la hora de pagar, solo hay chicos en las cajas y no soporto la idea de que sepan lo que llevo debajo de la blusa. Le digo a mamá que me duele la cabeza, le entrego mi cartera y espero en el coche mientras ella paga. A veces pienso que ojalá no tuviera cuerpo.



Estoy esperando a que un anciano me diga qué quiere comer, porque no me deja marcharme de su mesa antes de decidirse porque sabe que lo hará en cuanto me marche y luego «se pasará el resto de la noche intentando hacerme señas para que vuelva». No consigo convencerlo de lo contrario, así que me quedo allí plantada mientras él se ajusta las gafas y desliza el dedo por cada plato del menú, esperando a que algo le llame la atención, preguntándome mi opinión de vez en cuando sobre alguna opción. «Solo es comida, joder», quiero decirle. «Es combustible.» No tiene que saber bien para mantenerte vivo.

Después de los primeros minutos, me guiña un ojo, como si fuera algo inexcusable. Tras otros cinco, no puedo evitar suspirar y él me dice que la

gente de mi edad no sabe ni una mierda sobre la paciencia. Entonces, el aire acondicionado se detiene y nada de eso importa ya porque el anciano empieza a derretirse y se marcha sin pedir. No es el único. Tracey les dice a todos que la casa invita a las bebidas y, entonces, ya me toca descansar, gracias a Dios, porque la gente ha empezado a protestar como si les estuviéramos haciendo esto a propósito.

Holly tiene pinta de estar a punto de matar a alguien. Ha estado de un humor de perros desde que oyó a Annie planeando colarse en esa fiesta de universitarios que hay este fin de semana, justo como ella creía que pasaría. Ahora Annie está castigada, su hermano se quedará a cuidarla el viernes y, por lo que parece, nadie se habla en esa casa... aunque Annie da muchos portazos.

—Menos mal que no hace falta que me caiga bien para quererla —me dijo Holly.

Encuentro en la cocina a Leon, que me pregunta si quiero pasar los próximos veinte minutos con él en su coche. Acepto y nos sentamos en la parte de atrás de su viejo Pontiac con el aire acondicionado a tope y la radio con el sonido bajo, pasando el tiempo con torpeza jugando a las cartas. Utilizamos una antigua baraja que encontró en la guantera cuando compró el coche y decidió quedársela porque cuenta con imágenes de *pin-ups* sexis de los años cincuenta. Me lo cuenta con vergüenza, mientras observa cómo reviso las cartas, admirando a las chicas.

—Qué guapas —comento.

—Las he visto mejores —contesta.

Me pongo colorada.

Leon intenta enseñarme una forma de barajar llamada el corte Sybil, pero es demasiado difícil de seguir, así que me limito a observar cómo las cartas se mueven unas contra otras antes de volver a formar un mazo.

—Menuda nochecita, ¿eh? —me pregunta.

—Y que lo digas.

Se me eriza la piel de los brazos y las piernas. Noto a Leon a mi lado, con mucha intensidad. Demasiada. Miro por la ventanilla. Veo la cafetería desde aquí. Veo a los clientes dentro de la cafetería desde aquí. El soporte

para aparcar bicicletas. Mi bicicleta. Observo cómo un camionero y una mujer cruzan el aparcamiento, abrazados. Él le acaricia el cuello con la boca y ella inclina la cabeza hacia mí y juraría que nuestras miradas se encuentran durante medio segundo. Me pregunto qué ve esa mujer cuando me mira.

Me pregunto qué ve Leon cuando me mira.

Cómo se decidió por mí.

La mujer y el hombre se suben a un camión articulado.

—Bueno, ¿qué opinas de la buena comida y la buena compañía? —me pregunta Leon. Es tan inesperado que no sé cómo responder. Me sonrío—. Así que lo odias, ¿eh?

—¿Por qué?

Lanza la baraja hacia el asiento delantero.

—Voy a ir a una fiesta y estoy seguro de que me divertiría más si estuvieras allí. Es en la casa de mi hermana, este viernes. Vive en Ibis. ¿Qué te parece?

—Tengo que trabajar el viernes. Ya lo sabes.

—Podrías pedirle a Holly que te sustituya. O a una de las otras chicas.

—Tengo que... eh... —Se me olvida lo que tengo que hacer. Leon me está pidiendo una cita y eso me hace sentir mil cosas diferentes a la vez, y no todas son malas. Me miro las uñas. Sin embargo... Lo único que consigo pronunciar es—: No sé.

—Pero ¿eso no es un no?

—Tendré que ver si... Tendré que verlo.

Porque hay cosas que necesito saber, pero no sé cómo preguntárselo, no sabría cómo expresarlo con palabras. No creo que se pueda. Estudio el perfil de Leon, mi mirada desciende por la curva de su nariz hasta el suave contorno de sus labios y la marcada línea de su mandíbula. Me pregunto cómo sería acariciarle la cara con el dorso de la mano, estar lo bastante cerca como para hacerlo. *Estoy lo bastante cerca como para hacerlo.* Odio un poco a Leon, por lo que siento entre las piernas.

—¿Tengo algo en la cara?

—No —contesto. Y luego añado—: ¿Cómo te describirías?

—Soy asombroso.

—Hablo en serio.

—¡Ay! —Se lleva una mano al pecho—. ¿Qué quieres que diga?

—Si te lo digo, no será verdad.

—Creo que soy genial, por si sirve de algo.

No sirve de nada. Miro de nuevo por la ventanilla y quiero saber qué está pasando dentro del camión. Aquella chica parecía saber lo que hacía, como si fuera fácil.

No parecía asustada.

—Mira, cuando entremos, cogeré mi móvil. Podemos darnos los números. Avísame mañana si quieres venir y te recogeré. No pasa nada si no puedes.

Alarga el brazo y me aprieta la mano, sobresaltándome con ese gesto dulce. Pero, simplemente porque algo empieza siendo dulce, eso no significa que no se vaya a transformar en algo que ya no puedas seguir considerando dulce. Y, si todo empieza así, ¿cómo sabes qué va a pasar?





Cuando corro, no tengo que pensar en nada.

No tengo que pensar en Leon, ni en mi ropa interior, ni en mamá, ni en Todd, ni en Penny, ni en Alek, ni en Brock. Pero entonces este último se sitúa a mi lado y se mantiene a mi ritmo. Echo un vistazo rápido detrás de mí. Todos los demás son puntos a lo lejos. Quiero ser ellos. Ellos no tienen que preocuparse por esto. Pueden correr sin que los persigan, porque eso es lo que está pasando aquí. Brock me habla con su cuerpo. Se trata de la forma en la que lo mantiene tan cerca del mío. En la forma en la que respira, resoplando con tanta fuerza que apenas puedo escuchar mi corazón. Sus brazos azotan el aire. Brock me dice que el espacio que nos separa no significa nada, solo es algo que él me permite tener, por ahora. A duras

penas consigo mantenerme por delante de él. Soy rápida, pero él tiene las piernas más largas.

—¿Estoy demasiado cerca de ti, Romy? —jadea—. ¿Me vas a acusar de violación?

El aire me quema la garganta y mis pulmones suplican un respiro, pero no puedo bajar la velocidad. Necesito que mi cuerpo le diga al suyo que siempre podré escapar, que debería darse por vencido ahora y buscarse a alguien más débil.

El sudor me empapa la parte posterior de la camiseta, se acumula bajo mis tetas. Me voy quedando rezagada hasta situarme hombro con hombro con él y, en cuanto ocurre eso, Brock estira el pie, me pone una zancadilla y una explosión de palabras me llena la cabeza.

Meromporodillasdienteslabios contra el suelo mientras corro, eso es lo que me pasa.

La pista de carreras se me incrusta en las rodillas, haciendo brotar la sangre. Mi cara choca contra la tierra, los labios me golpean los dientes. Noto mi propio sabor a metal y sal. Me he quedado sin aliento. Dejo que el dolor me inunde. Dejo que el dolor ahogue el color y el sonido, que lo ahogue todo menos a sí mismo, hasta que unas manos ásperas me dan la vuelta y la cara de la entrenadora Prewitt aparece a unos centímetros de la mía.

Vuelvo a introducir aire con dificultad en mis pulmones mientras la entrenadora me suelta su rollo. Nunca cambia.

—¿Has comido, Grey? ¿Has comido hoy? ¿Te has hidratado?

—No ha sido eso —consigo decir.

—Entonces, ¿qué ha pasado aquí?

Me limpio la boca con el brazo y me dejo una fina línea roja en la piel. Todo lo que digo a continuación sale en ráfagas lentas mientras intento recuperar el aliento a pesar del dolor.

—Él... me hizo... caer. —Hago una pausa para toser—. Lo hizo... a propósito.

Prewitt se vuelve hacia Brock.

—¿Eso es verdad, Garrett?

—Y una mierda —contesta el aludido, pero no suena convincente, pues le falta el aliento tanto como a mí.

—Me estaba persiguiendo.

—Es *atletismo*, Grey. ¿Todos los que iban por detrás de nosotros también te perseguían? —Unas cuantas personas se ríen. Brock sacude la cabeza, sonriendo con suficiencia—. Le fallaron las piernas. Fue un estúpido accidente.

—Si no hubieras estado corriendo tan cerca...

—Ya basta —interviene Prewitt. Intento sentarme, pero ella me aprieta el hombro con la mano, manteniéndome inmóvil para poder inspeccionar las heridas—. Te has mordido el labio. Las rodillas se han llevado la peor parte, pero vivirás. —Me agarra las manos y les da la vuelta. De algún modo, las palmas tuvieron la suerte de salir ilesas—. Ve a la enfermería a que te curen.

Me pone de pie. La sangre gotea de las heridas recién abiertas. Avanzo unos pasos con cautela, con las piernas rígidas y el tobillo dolorido. Prewitt se da cuenta.

—Está fingiendo —murmura Tina.

—Sí, esto es *sangre falsa*, imbécil...

—He dicho que ya basta —repite Prewitt bruscamente—. Young, acompaña a la enfermería.

Penny da un paso adelante. Yo doy un paso atrás.

—No me hace falta que venga ella —protesto.

—Estás herida. Te ayudará a llegar.

—No. —Pero «No» es una palabra muerta—. Puedo ir sola.

—Aquí no lo hacemos así. —Prewitt me mira entornando los ojos y todas esas líneas que los rodean se contraen—. Ya lo sabes.

Tengo otro «No» en la punta de la lengua, pero Prewitt me está desafiando a decirlo y estoy cansada, así que hago que la multitud se separe mientras paso cojeando. Penny tiene que trotar para alcanzarme y, entonces, avanzamos al mismo ritmo. Incluso puede que ella esté reduciendo la velocidad por mí, lo que me cabrea más de lo que puedo expresar con palabras, pero si pudiera hablar le diría que la odio. «Te odio.» Quiero que,

de algún modo, mi silencio le transmita eso, porque ella debería saberlo por los siglos de los siglos, amén.

Llegamos al edificio. Subimos la escalera. El movimiento me tira de la piel herida y, por todos los santos, cómo duele. Veo cómo mi sangre deja salpicaduras por el suelo cuando llegamos a la bifurcación en el pasillo. Penny gira hacia la izquierda y yo voy hacia la derecha.

—Se supone que tienes que ir a la enfermería —me dice, pero yo sigo poniendo distancia entre nosotras—. Deberías ir a que te curen. —Un segundo de silencio—. ¿Brock te puso una zancadilla?

Me doy la vuelta y camino de espaldas para que pueda verme en toda mi maltrecha gloria.

—¿Tú qué crees, Penny?

Me dirijo renqueando hasta las duchas y me lavo, observando cómo el agua se tiñe de rosa antes de desaparecer girando por el desagüe. Ahora puedo ver mejor mi piel desgarrada. No tiene tan mala pinta como para ir a la enfermería. Termino y me visto, deslizando los *shorts* con cuidado por encima de las rodillas para no mancharlos de sangre.

Me estoy pasando la blusa por la cabeza cuando el tenue sonido de voces femeninas llega a mis oídos. La puerta se abre un minuto después. Tina va en cabeza. Cuando me ve, me lanza la clase de mirada que cualquiera se alegraría de no recibir.

—¿Brock te puso una zancadilla? —Las otras chicas se quedan calladas mientras empiezan a desvestirse, porque todo el mundo se queda callado cuando está a punto de presenciar algo que vale la pena repetir después—. Madre mía, ¿sobre qué chico no mientes?

Lo más estúpido es que Tina solía caerme bien. Envidiaba su actitud de «¿A quién coño le importa?» más que sus tetas, aunque también me gustaría tenerlas. La admiré, durante mucho tiempo, porque parecía pasar de todo. No era cierto: estaba esperando el momento adecuado para situarse justo en el centro del tablero. Ocupó mi lugar lo mejor que pudo. No es ni por asomo la mejor amiga de Penny, pero es la chica a la que Penny llama cuando necesita a alguien. A veces, creo que Alek la escogió para Penny después del desastre que resulté ser. El padre de Tina es el dueño del club

de golf de Grebe y, caramba, da la casualidad de que ese es el pasatiempo favorito del sheriff Turner.

—En serio, ¿por qué sigue aquí? —Tina se vuelve hacia Penny—. Es una mentirosa, ¿no? *Ella* miente y Kellan... —Mi cuerpo es una alarma en funcionamiento. Mi cuerpo no es mi cuerpo. Mi piel se tensa tanto que me asfixia, me obliga a permanecer en este momento en el que me detengo y ella no— ... tiene que irse. ¿Eso es justo? «Lo deseo.» —Tina imita la voz entrecortada de una chica locamente enamorada y quiero llevar la violencia a su vida—. «Sueño con él.»

Porque las adolescentes no le rezan a Dios, se rezan unas a otras. Unen las manos sobre un teclado y luego lo sueltan todo: el corazón de una chica (estúpida) arrojado en el corazón de otra chica. «Penny, lo deseo. Sueño con él.» Yo necesitaba que alguien oyera mis plegarias y Penny se aseguró muy bien de ello cuando le reenvió mi puto *e-mail* a todo el instituto.

—Tina —interviene Penny.

La forma en la que lo dice hace que todas se queden inmóviles en el vestuario. Su voz tiene un matiz de reproche, como si me estuviera defendiendo simplemente con la entonación.

Pero eso no puede ser verdad.

—¿Qué pasa? —Tina debe haberlo notado también, por el tono brusco que adquiere su voz.

—Deja de hablar y ayúdame a desenredarme el collar del pelo.

Me siento abatida y eso me hace darme cuenta de que quería que fuera así: quería que Penny me defendiera. Y, entonces, me avergüenzo de la parte de mí ser que todavía quiere que pase eso.

—Se supone que debemos quitarnos las joyas *antes* de correr...

—Ya, bueno, me olvidé. Ayúdame.

Salgo del vestuario con piernas temblorosas. Están sangrando de nuevo. Hay un nombre en mi mente y quiero que desaparezca. Es asombroso lo que puede conseguir cierta combinación de letras, cómo puede enroscarse alrededor de tu corazón y estrujarlo.

El enfermero DeWitt le echa un vistazo a mis rodillas y me dice lo mismo que a todo el mundo: ya soy lo bastante mayorcita para cuidarme

sola. Así que eso es lo que hago. Me siento en un rincón de la sala y me toqueteo las heridas, pintándome las uñas aún más rojas antes de pegarme por fin una tirita en cada parte de mi cuerpo que lo necesita.

Cuando termino, enciendo el móvil. Tengo un mensaje sin leer de Leon, preguntándome si ya sé si puedo ir a la casa de su hermana. Me planteo responder simplemente para decirle que algunas partes de mi ser están cubiertas de sangre, porque tal vez así se olvide de la parte de su ser a la que le gusto. Pero no lo hago. En cambio, escribo: «NO QUIERO MOLESTAR», que suena extrañamente formal, pero no se me ocurre otra forma de expresarlo.

Leon solo tarda un minuto en contestar.

«¿PUEDO LLAMARTE AHORA?»

«CLARO.»

¿Por qué he dicho eso? Deslizo el pulgar con suavidad por el lateral del móvil hasta que suena. Miro a DeWitt. Le da igual. No estoy incumpliendo ninguna norma, pero me gustaría, para que le pusiera fin a esto. Me llevo el móvil a la oreja.

—Hola.

—No dejo de hablarle a mi hermana, Caro, de una chica de Swan's que me gusta, y de que creo que yo también le gusto. —Me giro, encorvando los hombros. Si DeWitt me mira, no quiero que vea lo que la voz de Leon me provoca—. Pero no se lo cree.

—¿Resulta tan difícil de creer? —Mi voz suena más firme de lo que me siento.

—Pues sí. Entonces, aunque no vengas... también te gusto, ¿verdad? —Hace una pausa—. Porque, en ese caso, al menos podría decírmelo a mí mismo mentalmente.

—Tal vez —contesto, y casi puedo oírlo sonreír.

—A mi hermana le parece bien que vengas. Se lo pregunté antes de invitarte. No molestarías. Serías bienvenida. Es una fiesta. Nos divertiríamos.

Cierro los ojos y veo una casa tranquila aguardando al final de un largo camino de acceso y suaves luces doradas brillando en cada ventana, detrás

de cuyos cristales se escucha una leve música. Hay una camioneta aparcada en la entrada y la imagen es tan clara y horrible en mi mente que me olvido de con quién estoy hablando y me pregunto con quién cree Leon que está hablando.

—¿Qué me dices? —me pregunta.

Abro los ojos. Necesito que Leon me diga quién es en un idioma diferente, porque solo hay una forma de averiguar si estoy a salvo con él. Y no es hablando.



Encuentro el sujetador *push-up* de encaje rosa y negro sobre mi cama como si ese fuera su sitio, como si fuera una parte natural del entorno. Lo cojo. Mamá. Cree que me está haciendo un favor.

Estrujo el relleno con los dedos. Es tan suave como bonito. Le arranco la etiqueta y desabrocho el cierre. No tiene nada de malo probármelo aquí, sola. Me quito la blusa y el sujetador que ya llevo y los tiro al suelo. Le doy la espalda al espejo de la cómoda y empiezo a deslizar los brazos por los tirantes, pero necesito ajustarlos un poco. Forcejeo con ellos un minuto y casi me estropeo la manicura intentando deslizar hacia abajo el trocito de plástico. Ajusto las copas y siento que el poco pecho que tengo se acomoda dentro. Lo abrocho. Me queda un poco apretado.

Me vuelvo hacia el espejo.

El corazón se me acelera de una forma extraña, como si estuviera haciendo algo que se supone que no debo hacer, pero que no está prohibido. Me giro hacia un lado y mi perfil me gusta aún más, el soporte que me ofrece el sujetador. Estoy acostumbrada a ser plana, pero este sujetador me levanta las tetas y las acerca, creando una especie de curva entre ellas que parece un escote. Es... favorecedor.

Pero no puedo ponérmelo.

Si pasa algo... no quiero llevarlo puesto.

Guardo el sujetador rosa, recojo el otro del suelo y me lo vuelvo a poner. Me pongo una falda y luego elijo unos pantalones de estilo militar. Añado una camiseta de manga larga y empiezo a sudar. Cambio las mangas largas por una blusa con los hombros al aire y los pantalones militares por unos *shorts*. Me pinté las uñas antes, así que lo único que me queda es volver a aplicarme el pintalabios y, entonces, estoy lista.

Me siento en los escalones e inhalo el aire viciado mientras todo lo que me aguarda hace que se me revuelva el estómago vacío. Mamá está trabajando (limpia un edificio de oficinas cada dos noches) y Todd ha ido a la ferretería a comprar cajas para guardar algunos trastos de la mudanza. Los dos creen que estaré en Swan's porque no les dije lo contrario. Voy a tener una cita con un chico. No quería ver sus caras al enterarse porque, fuera cual fuera su reacción, la provocaría algo de lo que no quiero formar parte.

Escucho el ruido sordo del Pontiac de Leon antes de verlo. Dobla la esquina y recorre la calle despacio hasta detenerse junto al bordillo de la acera. Apaga el motor y se baja del coche. Lleva unos vaqueros de color azul oscuro y una camiseta gris con el cuello en pico que se ajusta perfectamente a su cuerpo. Se guarda las manos en los bolsillos, lo cual me parece bien, porque sus manos siempre me distraen, por todo lo que podrían hacer.

—¿Están tus padres? —me pregunta, mirando hacia la casa.

Me pongo de pie.

—¿Quieres conocerlos?

—Pensé que me convendría causar buena impresión.

—No están en casa.

—Qué pena. —Me mira de arriba abajo y frunce el ceño, lo que me recuerda lo destrozadas que tengo las piernas porque he decidido que se curen al aire libre y están llenas de costras—. ¿Qué te ha pasado?

—Me di un tortazo haciendo atletismo en Educación Física. No es grave.

—Parece doler. ¿Se te da bien correr?

—Cuando no me caigo de bruces.

—Entendido —dice, y sonríe—. ¿Lista para irnos?

No. Asiento con la cabeza y lo sigo hasta el coche. El aire acondicionado está encendido, pero la radio está apagada. Me hundo en mi asiento mientras salimos de Grebe. No quiero que nadie me vea con Leon. No quiero que se convierta en una pregunta en la boca de nadie.

—Bueno, ¿dónde están tus padres?

—Mi madre trabaja limpiando y Todd, su novio, ha salido.

—¿Novio? ¿Tus padres están divorciados?

—Supongo.

—¿Supones?

—Mi padre se largó. No creo que firmara nada.

—Oh. Lo siento.

—No hace falta. Yo no lo siento.

Se genera un silencio incómodo durante un minuto y luego Leon empieza a contarme que sus padres viven en Godwit. Tuvieron a Leon con bastantes años. Su madre es profesora invitada en la universidad de allí y su padre es dentista. Me dice que él vive en la calle Heron, en el sótano que le alquila una anciana que cuida a sus nietas todos los domingos. Les prepara galletas y siempre reserva una docena para él. Leon no se atreve a confesarle que, en realidad, no le gustan los dulces.

Me cuenta que su hermana, Caroline, es doce años mayor que él y que es dentista como su padre. Su marido, Adam, que es farmacéutico, y ella están esperando su primer hijo. Quieren que Leon se vaya a vivir con ellos, sin pagar alquiler. Lo único que tendría que hacer es cuidar del bebé y de la

casa cuando ella vuelva a trabajar. Supondría una oportunidad para él de ahorrar para lo que sea que quiera hacer en el futuro en lugar de regalarle su dinero a otra persona. Me pregunto qué pensaría su familia de la mía. Mi madre, con un matrimonio fracasado a sus espaldas y un novio demasiado hecho polvo para trabajar. Y yo. ¿Qué soy yo? Dentistas, farmacéuticos, profesores... Juego con un hilo de mis *shorts* y me miro las rodillas, preguntándome por qué no me las tapé.

—¿Vas a hacerlo?

—No estoy seguro. No me van mucho los bebés. No se me ocurre nada menos emocionante que cuidar de uno todo el día y luego trabajar en Swan's por la noche. Podría interponerse en mi ajetreada vida social. —Eso me hace reír, un poco. Él sonríe—. Aunque estaría bien ahorrar.

El sendero que conduce al lago Wake pasa a toda velocidad por el lado de Leon. Poco después, dejamos atrás el letrero de «ESTÁ SALIENDO DE GREBE». Me siento más erguida y observo cómo las casas que bordean la carretera dan paso a tierras de cultivo.

—¿Para qué estás ahorrando?

Él se encoge de hombros.

—No lo sé. Solo sé que todo tiene un precio.

No puedo discutirlo.



Avanzamos por una calle privada donde las casas están muy separadas entre sí y todas rezuman dinero de una forma que pretende resultar modesta, pero, si lo cuantificas, podrías enviar a un estudiante o a dos a la universidad. Ninguno de estos parterres de flores se está secando y el césped es verde, pero el clima no ha cambiado, hace tanto calor como siempre, así que eso lo dice todo.

Leon nos lleva a la última casa situada al final de la calle, rodeada de árboles que aguardan a que los arrasen para construir más casas. Escucho música, un ritmo constante al que se adapta mi corazón.

Leon reduce la velocidad y encuentra un sitio para aparcar entre dos coches *mucho* más bonitos. Me sudan las palmas de las manos. Me las froto

contra los muslos.

—No hace falta que te pongas nerviosa —me asegura.

—No lo estoy.

Me sonrío y sale del coche. Respiro hondo y hago lo mismo. Leon se reúne conmigo junto a mi puerta, me toma de la mano y me guía por el camino de acceso y alrededor de la casa antes de que me dé tiempo siquiera a pensar en sus dedos, envolviendo los míos.

No recuerdo que me hayan invitado nunca a nada tan elegante, salvo tal vez los pícnicos y fiestas solo para empleados y familiares de Grebe Auto Supplies. Hay una vistosa variedad de comida para elegir y bonitas mesitas colocadas cerca. Soy plenamente consciente de mi minoría de edad en medio de esta pequeña y refinada multitud que parece tener muchas más habilidades sociales que yo.

Leon me conduce al cenador bellamente decorado situado en la parte trasera del patio, donde una mujer alta y en un estado de gestación que tiene pinta de resultar muy incómodo está rodeada de invitados. Caroline. «Caro, para abreviar», me dice Leon. Su vestido premamá de color burdeos y su pintalabios a juego complementan su piel negra a la perfección. Tiene el cabello castaño muy corto y apoya las manos sobre su vientre en un gesto protector casi distraído. Está sonriendo, pero, por la forma en la que cambia el peso del cuerpo de un pie a otro, me doy cuenta de que es probable que quiera sentarse. He visto a las chicas de Swan's hacer eso constantemente cuando les duelen los pies. Yo misma lo he hecho. Se le ilumina la mirada al ver a Leon y eso hace que el corazón me dé un vuelco. No recuerdo la última vez que una chica se alegró de verme. O puede que sí. Pero, hasta ahora, no sabía que lo echaba de menos.

—Hola —le dice a su hermano.

—Hola —contesta él y le da un abrazo, o por lo menos lo intenta—. Madre mía, Caro. Casi no puedo rodearte con los brazos.

—Tú sí que sabes hacer que una chica se sienta bien consigo misma. — Cuando se separan, Caro se vuelve hacia mí y desaparezco bajo esa breve mirada de escrutinio, preocupada por si ve más de lo que quiero revelar. Sin

embargo, me sonrío, así que supongo que no ocurre—. Romy. Leon me ha hablado de ti.

Mi nombre suena tan... bienvenido en su boca que hace que el siguiente pensamiento aparezca en mi mente: «Quiero que seas mi amiga», y luego: «Qué patético».

—Tienes una casa muy bonita —le digo.

—Gracias. —Cruza el cenador y coge dos cervezas de una mesita de bebidas situada detrás de ella, una para Leon y otra... para mí, lo que me hace sentir tan adulta como todos los demás presentes, lo que hace que Caro me caiga aún mejor. Una leve expresión de añoranza se refleja en su rostro al verme destapar la botella—. Disfruta, porque yo no puedo. —Luego, señala mis piernas con un gesto de la cabeza. Por Dios, es como su hermano. No se le pasa nada por alto—. ¿Qué te ha pasado?

—Tropecé con mis propios pies.

—Practicando atletismo en el instituto. Es corredora —le explica Leon—. Y rápida, por lo visto.

—Eso es genial. —Se señala el vientre—. Ya ni me acuerdo de lo que es caminar, mucho menos correr. Ahora solo puedo bambolearme como un pato.

Tomo un sorbo de cerveza.

—Felicidades por... —Hago un gesto en dirección hacia su vientre porque me resulta raro felicitar a alguien simplemente porque va a tener un hijo. La gente lleva haciéndolo desde que hay gente—. Felicidades.

—Gracias. Oye, ¿cuidas niños? Porque Leon no quiere.

El aludido pone los ojos en blanco.

—No me des la lata con eso esta noche.

—¿Niño o niña?

—Parásito —contesta ella y sonrío al ver la expresión de mi cara—. ¡Es la verdad! Me está exprimiendo. Nunca he estado más cansada ni me he sentido tan mal en toda mi vida. He odiado cada minuto de este embarazo.

—Ahora lo único que haces es quejarte de ello, pero vas a adorar a ese bebé cuando salga y tengas un subidón de hormonas —afirma Leon.

—Por supuesto, y seguiré odiando haber estado embarazada.

Caro le pregunta a Leon cómo le va en la cafetería y mi atención se desvía. Todo me distrae, esto me abruma: la gente me mira y luego... deja de hacerlo. Sus ojos pasan sobre mí y continúan hacia otra cosa. Mi presencia aquí se acepta sin ponerla en duda, como si formara parte de esto. Es una sensación cálida, que anhelo profundamente, pero no me permito experimentarla mucho tiempo. No quiero acostumbrarme a algo que no tendré cuando regrese. Es mejor que me quede con las ganas.

—Entonces... ¿estáis juntos? —nos pregunta Caro y no sé a cuál de los dos le da más vergüenza (a Leon o a mí), aunque únicamente porque no puedo verme la cara. Me termino la cerveza en tres tragos. Ella añade—: Pero estáis *aquí* juntos.

—Se me ocurrió mostrarle a Romy cómo es una típica noche de viernes para mí.

—En ese caso, ¿por qué no estáis en tu piso pidiendo comida para llevar y jugando a videojuegos?

Leon me pasa el brazo por el hombro. Oigo la pregunta después de que lo haga. «¿Está bien?» Creo que no. No sé cómo tener contacto físico con él de alguna forma que me haga sentir cómoda.

—Eso es para las segundas citas, Caro. Todo el mundo lo sabe.

—Rebosas confianza, ¿eh? —comenta ella.

Parece algo por lo que yo debería estar tomándole el pelo, pero todavía me estoy esforzando por encajar. Y, entonces, me doy cuenta de que están esperando a que yo diga algo de todos modos. El silencio resulta muy incómodo. Cualquiera creería que nunca he pasado tiempo con otras personas o que no sé hablar.

Un millón de pensamientos me cruzan la mente a toda velocidad, porque quiero usar las palabras perfectas. Quiero sonar tan natural como ellos.

—Eso parece —aporto por fin.

Leon sonríe. Me estremezco cuando me acerca más a él, y noto que él lo nota, pero no sabría decir si le gusta.

—¡Eh, Leon! ¡Leon!

Y, así sin más, su brazo se aparta de mí justo cuando estoy empezando a acostumbrarme a su peso. Leon endereza la espalda y busca con la mirada a quien lo está llamando a gritos. Resulta ser un hombre tan alto como él, pero no tan delgado, con la piel de color marrón oscuro y el cabello castaño rizado. Su corbata es exactamente del mismo tono que el pintalabios de Caro.

—Ese montón de chatarra en el que has venido...

—Adam, insulta a mi coche y será lo último que hagas. —Leon se vuelve hacia mí—. Mi cuñado. Es un auténtico...

—Sé amable —le advierte Caro.

—Él ya sabe lo que opino de mi coche.

—Los faros quedan genial —comenta Adam y, aunque es imposible que pueda oír lo que están diciendo Caro y Leon desde donde se encuentra, su expresión de satisfacción indica que lo sabe—. ¿Por eso los has dejado encendidos?

Leon cierra los ojos un instante.

—Es una mierda de coche, Leon —le dice Caro.

—«*Et tu, Brute?*» —Leon me dedica una sonrisa avergonzada y me pasa su cerveza—. Vuelvo enseguida.

—Aquí estaré —contesto, y entonces desaparece, dejándome con su hermana.

Unas cuantas personas se acercan a coger bebidas y de paso le desean lo mejor a Caro.

—Adam y Leon se llevan bien, por si te lo estabas preguntando —me dice después de un minuto—. A veces, mejor que Leon y yo.

—¿Cómo lo conociste?

—Por una caries —contesta y yo sonrío con la boca cerrada, pues de pronto me siento cohibida porque mis dientes están más torcidos de lo que deberían—. Suya. Yo tengo unos dientes fantásticos. En fin, nos hicimos amigos, luego mejores amigos y luego él se enamoró de mí. Al cabo de un tiempo, me pasó lo mismo.

—Qué bonito.

—A mí también me lo parece. —Me quita la botella vacía de la mano, de modo que solo sostengo la de Leon—. Así que trabajas en Swan's. ¿Te gusta?

—Está bien.

—¿Trabajas allí para ahorrar para la universidad o...?

—No. Eso no... —Probablemente no sea adecuado soltarle a alguien a quien acabas de conocer que la universidad no es un objetivo ni un sueño para ti—. No creo que la universidad sea lo mío.

—Leon opinaba lo mismo. Eso solía sacarme de quicio, pero él me ha hecho ver las cosas de otro modo. Y él es feliz así.

—Eso es lo que importa, ¿verdad?

Caro levanta la barbilla y me observa. Su mirada sigue siendo cálida, pero tengo la sensación de que está buscando algo que no está ahí. Más. Tomo otro largo trago de cerveza y luego recuerdo que no es mía. Leon ya debería haber regresado. Toqueteo la etiqueta e intento pensar en algo que decir.

—No llegaste a decirme si vas a tener un niño o una niña.

—No lo sabremos hasta que nazca.

Espero que no sea una niña.

Ese pensamiento me asombra. Llega tan rápido que tiene que ser sincero.

Así que lo pienso de nuevo, despacio y con detenimiento, para estar segura.

Espero que no sea una niña.

Me reafirmo aún más la segunda vez.

Una mujer se acerca entonces y dice: «¡Caro, estás resplandeciente!» y yo me aparto a un lado, desconectando, mientras espero a Leon. Está tardando muchísimo tiempo en apagar los faros y, cuanto más tarda, más rara me siento. Mareada. Es una sensación familiar... Observo la botella casi vacía que tengo en las manos y... oh.

Oh... no.

No pretendía hacer eso.

Noto calor por todo el cuerpo. Yo no bebo, no he bebido desde... hace tiempo. No es que entonces tuviera una gran tolerancia, pero ahora debe ser nula.

Porque lo siento.

Trago saliva y recorro el patio con la mirada en busca de Leon, porque ahora es la última persona a la que quiero ver. No puedo estar cerca de él así. Se me revuelve el estómago, discutiendo consigo mismo. Me vuelvo hacia la barandilla del cenador y me aferro a ella. No puedo vomitar aquí, delante de todos. Me aprieto una mano contra la boca.

—Oye, ¿estás bien? —Caro me apoya una mano en la espalda y luego la aparta, como si no estuviera segura de si es correcto. Niego con la cabeza —. ¿Qué te pasa?

—Bebí demasiado rápido.

Tiene que inclinarse más cerca para oírme. Me hace repetirlo.

—¿Vas a vomitar? —me pregunta, sorprendida.

Asiento y ella dice: «No te preocupes, sígueme». Como si no fuera nada, como si llevara haciendo esto toda la vida: alejando a chicas de fiestas y trasladándolas a un lugar tranquilo. Camino despacio detrás de ella, con miedo de cubrir de vómito en cualquier momento las elegantes líneas de su casa, donde todo parece tan perfecto y hace juego. Subimos una escalera y recorremos un pasillo bordeado de puertas. Caro abre una al final de este, me hace pasar y enciende la luz. Es demasiado brillante. Cuando hago una mueca, ella presiona un interruptor hasta que se atenúa.

—La habitación de invitados. —Señala hacia el otro lado de la estancia —. El baño.

—Lo siento mucho —digo, porque deseo conservar cierto atisbo de buena impresión casi tanto como mi estómago desea expulsar la cerveza—. Estaba tan nerviosa...

—Yo conocí a la familia de Adam en Año Nuevo. Bebí más de la cuenta. Lo entiendo. Tómate tu tiempo. Voy a ir a buscar a Leon, ¿vale?

Caro apenas acaba de cerrar la puerta tras ella cuando ya estoy de rodillas en el baño, delante del inodoro. En cuanto la oigo marcharse, mi estómago da una última sacudida de advertencia y la mayor parte de lo que

he bebido vuelve a salir. Hilos de saliva cuelgan de mis labios hasta la taza y el olor ácido provoca que mis ojos ardan. Cuando estoy segura de que ya no queda nada, tiro de la cadena, me limpio la boca y me arrastro por el suelo. Me apoyo contra los armarios situados debajo del lavabo.

Idiota.

—Cierra el pico —digo.

El áspero sonido de mi voz me calma, me hace sentir que sigo aquí. Trago saliva, tengo la boca seca y dolorida, me arde por el vómito, y luego me pongo de pie. Me echo agua fría en la cara y examino el contenido del armario con espejo que tengo delante. Encuentro una botella de enjuague bucal de formato viaje, pasta de dientes y un vaso lleno de cepillos envueltos individualmente. Es tan...

Me lavo los dientes, me enjuago la boca y luego paso del baño a la habitación vacía. Casi esperaba encontrarme a Leon allí al salir, pero no está. Me acerco a la ventana y observo la fiesta. Me gusta más desde esta distancia, lejos de todos. Es seguro.

Un rato después, la puerta se abre detrás de mí.

La silueta de un chico en el pasillo me divide entre la chica que sabe que tiene que ser Leon y la que susurra que «Tal vez no sea Leon», aunque no sé si importa. No sé por qué un chico tendría que ser más o menos peligroso que el otro.

—¿Por qué has tardado tanto? —le pregunto.

—Uno de los amigos de Caro tiene dificultades para moverse. Me pidió que le cambiara el aparcamiento porque yo estaba más cerca de la casa y luego mi coche se caló a medio camino. Adam se partió de risa. —Entra en la habitación y cierra la puerta detrás de él. Me vuelvo de nuevo hacia la ventana. —¿Como te sientes? Caro me ha dicho que se te fue un poco la mano.

—Tu hermana me cae muy bien.

Lo oigo acercarse. Se mueve con la misma facilidad y confianza con las que trabaja en la cocina de Swan's, como si no hubiera ni una parte de él que no supiera lo que está haciendo, de lo que es capaz. Se sitúa detrás de mí.

—Me alegro mucho de que vinieras —murmura y pienso que solo hay una razón por la que alguien se acercaría tanto, y hablaría en voz tan baja, y diría algo dulce.

—¿Por qué te gusto, Leon?

¿Qué quieres de mí, Leon?

Él suelta una risita.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—Pues... en cuanto te vi, me gustaste.

—No te he preguntado cuándo. Te he preguntado por qué.

Se mantiene callado tanto tiempo que empiezo a cuestionarme si la respuesta va a ser muy mala, aunque no parece el momento adecuado para ser sincero... o tal vez su silencio me dice todo lo que necesito saber, que no hay un verdadero motivo. Que podría haber sido cualquier otra en mi lugar.

—El rojo —contesta—. No sé. Ese color era como una seña de identidad que te hacía... —Se interrumpe cuando quiero que termine. ¿Me hacía qué?—. Simplemente pensé: «Dios, preséntame a esa chica».

Apoya las manos con suavidad en mis caderas, pidiéndome que me vuelva hacia él, y, si lo hago, sé que me besará. Trago saliva, tengo la boca seca como un desierto. Llegó la hora, ¿no? Este momento no pasará. Tiene que ocurrir. Me doy la vuelta y, cuando lo miro, me parece muy guapo y quiero que ocurra y me da miedo y lo beso y él me devuelve el beso y me dejo llevar tanto que tengo que abrir los ojos para recordarme de quién es la boca que toca la mía.

La presión de sus labios es intensa, delicada. Me aprieto contra él y retrocedemos con torpeza arrastrando los pies. Coloco las manos sobre sus mejillas. Noto su piel cálida contra las palmas de mis manos. Leon respira hondo y me acerca aún más a él, a pesar de que no hay espacio entre nosotros. Me acaricia con manos ansiosas, explorando, como si no pudiera conseguir suficiente de mí. Llegamos a la cama. Se sienta, me coloco entre sus piernas, me rodea con los brazos y caemos sobre el colchón. Su forma de guiar mi cuerpo hace que me dé vueltas la cabeza, como si él no tuviera

que pensarlo en absoluto, simplemente lo supiera. Y entonces me encuentro debajo de él. Leon.

Acerca la boca a mi cuello y luego desliza la lengua por mi piel, provocándome un hormigueo, por todas partes. Tiene una erección. Lo noto.

Leon.

Este es Leon.

Uno mis labios a los suyos. Y entonces sus dedos toquetean el dobladillo de mi blusa, tiran de la prenda, sus manos intentan encontrar la forma de introducirse debajo, y ahí es cuando me quedo inmóvil. Su mano, mi blusa. Cierro los ojos.

—Para —susurro.

Y él... para.

Abro los ojos. Se aparta de mí despacio, con cuidado, y parpadea, aturdido, como si hubiera abandonado su cuerpo o estuviera demasiado concentrado en él. Se pasa la mano por la cara.

—¿Por qué has parado? —le pregunto.

Me mira con una expresión extraña.

—¿Quieres...? —Se le quiebra la voz. Exhala y lo intenta de nuevo—. ¿Qué te parece si te buscamos algo para comer?

Se pone de pie y me tiende la mano. Me la quedo mirando.

Cree que no estoy sobria.

Cree que no estoy sobria y me va a sacar de la habitación con la cama.

Regresamos fuera, a la mesa llena de comida. Leon me coloca un plato de papel en la mano y me pregunta lo que me gusta, me sugiere lo que cree que debería probar. Caro está allí. Mira a Leon, luego me mira a mí y sonrío como si supiera exactamente lo que hemos estado haciendo.

Más tarde, después de que Leon me deje en casa, tengo la sensación de que el mundo ha cambiado un poco. Tanto que, cuando miro a la chica reflejada en el espejo de mi habitación, es como si se tratara de una desconocida.



Todd se encuentra de pie en la puerta mosquitera y observa, con el ceño fruncido, la capa de polvo que cubre el New Yorker desde que fuimos al Granero, y que no ha hecho más que empeorar después de que él recorriera las carreteras secundarias que llevan a casa de Andrew Ryan para que le echara un vistazo al motor. Ryan es un mecánico que se jubiló antes de tiempo cuando Grebe Auto Supplies lo obligó a cerrar el negocio familiar de setenta años de antigüedad. Todd opina que es «el único mecánico del pueblo en el que se puede confiar», aunque daría igual que fuera un estafador: lo único que importa es que no es un Turner. El motor ya está bien, pero el acabado negro del vehículo está manchado de tierra. Así encaja más con el entorno, pero está sacando de quicio a Todd.

—No llueve —murmura—. El viento no se lleva la suciedad.

—En ese caso, vas a tener que hacer algo al respecto —dice mamá.

—Ya lo sé. Estoy intentando decidir si lavarlo y pulirlo compensa el dolor.

Todd termina la noche y comienza el día con pastillas para que el dolor no le pase factura, pero aun así tiene que escoger con cuidado lo que hace. Solo puede pasar alrededor de una hora en el coche, al volante. Si no conduce él, puede que una hora más, como mucho. Levantar cualquier cosa pesada siempre le corresponde a otra persona. Todd sabe lo que dice la gente de él, que es un holgazán, un inútil. Pero hace lo que puede cuando puede, se den cuenta los demás o no, y que se jodan por no darse cuenta. Me ofrezco a ayudarlo a lavar el coche.

La sonrisa que me dedica mi madre cuando lo hago se refleja en sus ojos, porque el hecho de estar juntos en esta casa, de que el aire no esté cargado de drama o tensión... Ha deseado una vida así de tranquila durante mucho tiempo y ahora que la tiene se le nota en la cara. Me veo capaz de matar a quien intentara arrebatárselo.

—Eso sería genial —contesta Todd.

Sube la escalera mientras mamá va al fregadero y llena un cubo viejo con agua y jabón. Cuando Todd vuelve a bajar, va sin camisa y lleva una vieja y raída camiseta interior en las manos. Mamá lo observa ponérsela. Me doy cuenta de que se entretiene mirándole el pecho, los brazos. Se pone colorada. Juraría que noto cómo se le acelera el pulso.

No recuerdo haberla visto mirar así a mi padre, pero debe haberlo hecho.

—Esto será el doble de rápido contigo —dice Todd. Va al pasillo a buscar los zapatos y reaparece con ellos un minuto después. Nunca usa zapatos con cordones. Le cuesta demasiado agacharse para atárselos—. Te lo agradezco. Estoy seguro de que tienes mejores cosas que hacer un domingo por la tarde.

—En realidad, no.

Mamá le pasa unos trapos y un cubo.

—Un almuerzo tardío os estará esperando.

Sigo a Todd hasta el New Yorker, que está hecho un desastre. Me pide que traiga la manguera que está al otro lado de la casa y empezamos así, enjuagándolo. Probablemente podríamos detenernos ahí si quisiéramos (cualquiera que le echara un vistazo lo vería bastante limpio), pero Todd quiere demostrar que puede hacerlo relucir, así que continuamos y empezamos a sudar.

—Así que este viernes es la fiesta en el lago Wake, ¿eh? —comenta Todd después de un rato y ahora sé que la fiesta es este viernes—. Andrew estaba hablando de eso. Supuse que sería pronto.

—¿Fuiste alguna vez? ¿Cuándo te tocó?

—Sí. —Escurre agua jabonosa sobre el parabrisas—. ¿Vas a ir?

—No me van esas cosas.

—A mí tampoco. Me atiborré de calmantes antes de llegar allí. Lo único que recuerdo es ver cómo tus padres se enrollaban al otro lado de la hoguera.

—Qué triste, Todd.

—Pues sí. Pero en aquel entonces yo no era bueno para nadie. —Se limpia la frente con el dorso del brazo—. Paul... Fue mejor que estuviera con él entonces.

—Es mejor que esté contigo ahora.

Me dedica una media sonrisa.

—Gracias, colega.

Frota la ventanilla del lado del conductor con su trapo y yo sumerjo el mío en el balde de agua tibia. Lo estoy pasando por el capó cuando el móvil me vibra en el bolsillo. Dejo caer el trapo y me limpio la mano en los *shorts* antes de comprobar quién es.

Un mensaje de Leon.

«HOLA.»

Y luego añade: «SOLO QUERÍA DECIRTE ESO».

Me muerdo el labio, sosteniendo el móvil en la palma húmeda como si fuera un secreto. No puedo dejar de pensar en la noche del viernes pasado. Después, me quedé tumbada en la cama y repetí esa palabra una y otra vez en mi mente.

«Para.»

Y él lo hizo.

Es difícil explicar lo que me hizo sentir dejar de notarlo encima de mí.

Le echo un vistazo a Todd, que me observa teclear un mensaje.

«HOLA.»

—¿Es...? —Hace una pausa—. ¿Es el chico que te recogió la otra noche para ir a trabajar?

El calor que me inunda la cara no tiene nada que ver con el sol. No sé cómo se ha enterado. No sé si quiero saber cómo se ha enterado.

—¿A qué te refieres?

—Te vi marcharte con él cuando doblé la esquina de camino a casa — comenta con una voz tremendamente inocente mientras mantiene la atención puesta en el coche.

—¿Qué te hace pensar que es él?

—Tu cara. —Se encoge de hombros—. O puede que me equivoque.

—Puede.

Pero me pregunto si desvelé algo como le ocurre a mi madre, algo sobre lo que no tenía control... si me sonrojé. Si, al mirarme, alguien podría notar cómo se me aceleró el pulso.



Me despierto con sangre en las sábanas.

Tenía once años cuando me vino la regla por primera vez. Cinco minutos antes de la hora a la que se suponía que debía ir a clase, me encontraba en el baño con un dolor sordo en el abdomen. Cinco minutos después, observaba mis bragas, aquella tenue mancha roja. No estaba preparada, pero no tenía elección. Recuerdo que busqué compresas en el baño, cualquier cosa, y no encontré nada. Papá estaba trabajando y mamá tenía cita con el dentista para que le extrajera dos muelas del juicio. Me quedé en el baño hasta que una vecina la trajo a casa, pero mamá tenía la boca demasiado hinchada y estaba demasiado atontada como para explicarme lo que me estaba pasando, para decirme algo que me ayudara.

Tenía la regla cuando, a los trece años, el asqueroso de Clark Jenkins me dio un tímido primer beso en la fiesta navideña anual solo para empleados de Grebe Auto Supplies. La tenía el día que murió mi tía Jean y no quedó ningún familiar por parte de mi madre. La tenía el sábado que mi padre llegó a casa procedente del bar más borracho de lo que habría podido pagar y se echó a llorar en la mesa de la cocina porque ya nada iba bien, nada de nada.

Cada vez que me viene, no puedo evitar preguntarme qué irá a pasar.

Me visto y me siento en la mesa de la cocina, apoyando la cabeza contra su superficie, con el estómago demasiado revuelto para comer. Mamá murmura algo sobre que debe de ser miércoles, porque en su opinión son peores que los lunes (tan cerca y, a la vez, tan lejos del fin de semana), pero no se trata de eso. Sino de que mi cuerpo ha decidido recordarme que puede hacer más de lo que me gustaría, y duele mucho.

En clase de Educación Física, le digo a Prewitt que no me siento lo bastante bien como para correr. Me deja quedarme sentada de mala gana, porque nunca lo hago. No soy la única con instinto de conservación. Trey Marcus sufre un tirón muscular y Lana Smith le dice a Prewitt que no pudo desayunar porque se despertó demasiado tarde, así que será mejor que no corra y nos ahorre ver cómo acaba desplomándose. Se gana un castigo por eso.

El sol cae a plomo sobre nosotros, me tensa la piel sobre el cuerpo. Entrelazo los dedos, convirtiendo mis manos en un puño gigante que presiono con fuerza contra mi abdomen, empujando el exterior contra el acalambrado interior. Lana y Trey hablan en voz baja sobre la fiesta en el lago Wake. Quedan dos días.

Observo cómo los demás dan vueltas alrededor de la pista. Todos galgos, ninguna liebre.

Prewitt toca el silbato por fin y nos envía a las duchas. Lo mejor de no sudar es no tener que ducharte, así que, cuando entramos, me aparto del resto de la clase y encuentro un rincón en el que meterme, entre la pared y una máquina expendedora rota, como un animal enfermo que se dirige a rastras al bosque para morir.

Caigo en un vago sueño y, cuando me despierto de golpe, con la barbilla cubierta de babas, tengo la sensación de que solo ha transcurrido un segundo, pero sé que debe haber sido más tiempo. Me limpio la boca y compruebo la hora en el móvil. Faltan cinco minutos para que suene el timbre y hay demasiado silencio. Eso es lo primero que noto. Hay demasiado silencio. Este debería ser el momento de desenfrenado ajeteo antes de la tercera hora, con los pasillos abarrotados de alumnos que intentan no llegar a su siguiente clase demasiado pronto ni demasiado tarde.

Pero no es así.

Me pongo de pie y camino hasta que un frenesí de murmullos llega a mis oídos y me guía hacia la entrada del instituto. Dos chicas pasan a toda prisa y, al verme, les entra la risa tonta, lo que me indica que lo saben. Saben de qué se trata.

Dos chicas riéndose.

Un sordo dolor de advertencia.

Esto es lo que ocurre a continuación:

Jane. Es muy gracioso lo que le han hecho. Es gracioso que su uniforme de animadora esté amontonado a sus pies, dejando al descubierto su cuerpo, todos esos años de uso y desgaste a la vista de cualquiera que quiera mirar, salvo por una pequeña concesión de recato...

Lleva puesto mi sujetador.

Mi campo de visión se estrecha. Retrocedo hasta que los bordes oscuros se desvanecen, permitiéndome ver más de esta imagen que no quiero ver.

El rojo.

Le han pintado las uñas y los labios de rojo.

Su boca forma una perfecta «O» de asombro.

John tiene las manos levantadas en señal de triunfo por encima de la cabeza.

Mis bragas le cuelgan de los dedos.



Me escondo detrás de una hilera de taquillas situadas cerca y observo cómo Prewitt ahuyenta a la multitud hasta que suena el timbre. Algunos rezagados deambulan por allí poco después, haciéndole frente a la ira de la entrenadora, con la esperanza de echarle un vistazo al espectáculo, a pesar de que nada de lo que vean será tan bueno como lo que se cuente después.

Cuando el pasillo se queda completamente vacío, Prewitt vuelve a vestir a Jane con cuidado, sacudiendo la cabeza y mascullando para sí. «Malditos críos estúpidos.» Sujeta mi ropa interior en las manos. Se queda mirando las prendas un momento, luego pone cara de asco y las tira en una papelera cercana antes de marcharse. Espero hasta asegurarme de que estoy sola y luego me acerco a ella. A Jane.

Coloco las manos junto a las suyas y exhalo. Así de cerca, puedo ver una sutil diferencia de color. Unos tonos más apagado. Ese no es mi rojo. Es el de otra chica. El problema es que, a suficiente distancia, es fácil confundirlo con el mío. Tengo que asegurarme de que nadie más lo haga. Toco la boca de Jane con los dedos. Rotulador. Permanente. En las uñas también.

Pero puedo deshacerme de esto.

Raspo la superficie de su «piel» hasta que empieza a desprenderse. El círculo que rodea los labios de Jane se borra despacio. La capa exterior se resiste. Quiero hablar con ella, preguntarle cómo le va, porque tengo la sensación de que ella es real y yo no. «¿Estás bien, Jane? No, nadie lo ha visto. Pero da igual que haya sido así. A la mierda, ¿sabes? Que les den.»

Borrar la «O» roja requiere cierto esfuerzo, pero eso lo empeora en cierto sentido: lo que queda es una mancha blanca. Me ocupo de su mano derecha, arrancándole el esmalte de las uñas con cuidado, para proteger el mío. Siseo y hago una mueca cuando algunos fragmentos se me incrustan bajo la uña del pulgar, pero continúo hasta que ya no queda rastro de rojo en ella y entonces... ya he terminado. Doy un paso atrás para estudiarla y sé quién no es.

Me acerco a la papelería y casi meto la mano dentro antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, y en ese preciso momento noto que alguien me observa.

Penny se encuentra al final del pasillo. Su rostro es inexpresivo, pero no puede haber ni una sola parte de su ser que no esté disfrutando. Me pregunto cuánto tiempo lleva allí, si lo ha visto todo. Intento recordar, intento distinguirla en medio de una multitud de caras borrosas, pero no lo consigo. Da igual. Ella sabía que ocurriría. Permitió que ocurriera.

No se me permite marcharme, pero no pueden esperar que me quede. Salgo del instituto, rascándome los brazos hasta que unas irritadas marcas de dedos se forman sobre mi piel y desaparecen despacio. No me acuerdo de mi bicicleta hasta que tengo la casa a la vista, pero no pienso regresar a buscarla.

La puerta principal está cerrada con llave, a pesar de que el New Yorker está aparcado en la entrada. Llamo a la puerta, solo por probar, y no hay nadie, pero tengo una llave de la casa, porque ahora es mi casa.

También tengo una llave del coche. Solo para emergencias.

Un sexto sentido me dice que esto podría serlo.

De pie en el porche, el silencio me llama, y distintas partes de mí quieren cosas diferentes. Una parte de mí quiere entrar para irse a dormir. Otra quiere espacio, distancia, porque todo parece estar demasiado cerca.

La parte de mí que quiere marcharse habla más fuerte.

Y, entonces, me subo al coche de Todd. Entro y lo arranco y luego salgo de Grebe, serpenteando por carreteras secundarias tan desiertas que ni siquiera importa por qué lado conduzco. Me había olvidado de lo que se siente al pisar el acelerador, al ir rápido, rápido, más rápido y frenar, viendo cómo los neumáticos levantan polvo en el retrovisor. Aprendí a conducir cuando tenía catorce años. Mi madre me llevó a un aparcamiento abandonado situado a las afueras del pueblo y me enseñó, por si había una emergencia y mi padre estaba demasiado borracho para ponerse al volante, como si viviéramos en un mundo donde la ayuda nunca podría llegar hasta nosotros. Poco después, descubrí que mi padre era la emergencia. Mamá lo vio venir, a diferencia de mí. Ella acabó consiguiendo un empleo estable limpiando y empezó a trabajar por las noches, mientras él se emborrachaba. Se bebía todo lo que había en casa y todavía seguía con sed, y ¿qué haces cuando tienes sed? Consigues más bebida. No podía caminar recto, pero «claro» que podía conducir y «ni de coña» iba a llamar a un taxi, y no puedes denunciar a tu padre ante la policía porque... porque no. Así que le suplicas que espere hasta que oscurezca y las calles estén vacías y lo llevas tú misma y nunca te descubren.

Mi padre se alegró mucho cuando por fin me saqué el carné porque ya no hacía falta andarse con disimulos. Podía ir a buscarlo al bar, o a casa de alguno de los amigos que todavía le quedaban, y daba igual quién me viera. A él le encantaban las noches en las que mamá trabajaba. Podía ponerse como una cuba sin sentirse culpable porque yo era la única persona ante la

que debía responder y, en su opinión, ningún padre debía responder ante sus hijos.

Doy vueltas una y otra vez por las afueras de Grebe, fingiendo que realmente voy a algún sitio, aunque no consigo convencerme.

No sé cuánto tiempo paso así, conduciendo sin más, hasta que unas luces destellan detrás de mí.

Ni siquiera comprendo lo que significan hasta que las acompaña el breve aullido de una sirena.

Ay, Dios mío.

Me detengo en el arcén mientras el Ford Explorer sin distintivos que tengo detrás hace lo mismo. Aprieto el volante a la vez que enumero mentalmente todas mis infracciones, como que no llevo encima el carné. Ah, y que este coche no es mío. ¿Iba demasiado rápido? Creo que sí. Mierda. «Mierda.» Apago el motor y, al bajar la ventanilla, oigo el crujido de los pasos por el suelo hasta que llegan a mi puerta.

—Romy Grey. ¿No deberías estar en el instituto?

La voz me resulta espantosamente familiar, como una pesadilla recurrente.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—¿Por qué no me lo dice usted?

Eso se le da bien, ilustrarme.

—Sal del coche, por favor.

Todos los chicos Turner se parecen. Supongo que eso significa que todos se parecen a su padre, pero, cuando veo al padre, veo a los hijos. El sheriff Turner exhala con impaciencia por la nariz porque tardo demasiado en salir, pero no podía hacerlo hasta notar las piernas lo bastante firmes como para sostenerme.

—¿Este coche es tuyo? —me pregunta.

«Te odio.»

Qué pensamiento tan sencillo, menos mal que no sale de mi boca.

—¿Qué?

—Te he preguntado si este —señala el New Yorker— coche es tuyo.

—Es de Todd. —Ya era conocedor de esta información.

—¿Y él sabe que lo has cogido?

—Sí.

Turner mira con los ojos entornados hacia la granja que hay a lo lejos.

—¿Así que ha denunciado que se lo habían robado por diversión?

Me quedo helada. Estoy tan paralizada que ni siquiera puedo tragar saliva. Turner señala hacia la casa con la cabeza.

—Recibimos una llamada del señor Conway. Nos dijo que un coche de aspecto sospechoso había pasado a toda velocidad por esta carretera casi una docena de veces. —Conway. Madre mía. Probablemente esté observando desde su ventana, con los prismáticos apretados contra los ojos para ver mejor—. ¿Has estado bebiendo?

Eso me sienta como una bofetada.

—No, señor.

—Así que, si hiciéramos una prueba para ver si estás sobria, la superarías. ¿Eso es lo que dices?

—Sí, eso es lo que digo.

—Pero ya me has mentido una vez. Hoy. —Se pasa la mano por la boca, como si estuviera considerando dejarme ir, porque intenta dejarme en ridículo, cree que puede darme esperanzas de que saldré de esta sin ningún problema. No soy tonta. Baja la mano y señala el trozo de carretera que hay delante de él—. Muy bien, Romy. Colócate ahí. Pies juntos y manos a los costados.

—¿Qué?

—Pies juntos y manos a los costados.

Lo odio tanto que mi mirada se dirige a la funda de su arma. Esa sensación me hace hervir la sangre. Aprieto los labios y, al principio, quiero resistirme, pero sé que no puedo ganar porque ese no es mi papel en este mundo. Dejo caer las manos a los costados y coloco los pies juntos. Turner extiende el brazo, levanta el índice, me indica que mire fijamente la punta de su dedo y luego guía mis ojos de un lado a otro, arriba y abajo, y ahí no acaba la cosa. Me hace caminar en línea recta, con los pies bien pegados uno delante del otro, dar media vuelta y regresar. Me obliga a mantener el equilibrio sobre una pierna y contar y, cuando paso todas estas pruebas con

sobresaliente, me dice que va a llamar a mi madre. Deseo con todas mis fuerzas que la tierra me trague mientras le oigo decir que ha recuperado el coche y, oh, adivina quién lo conducía. Su voz me está afectando, convierte este espacio abierto en un ataúd. Empiezo a arañarme los brazos otra vez.

Turner cuelga y se guarda el móvil en el bolsillo.

—Tengo muchas formas de tratar este asunto —me dice—. Conducías demasiado rápido y de manera errática. El coche no es tuyo y supongo que no llevas el carné encima. Así que esa pequeña prueba de estar sobria sería la menor de tus preocupaciones. Pero ¿sabes qué? Voy a hacerte un favor y espero que aprendas algo de ello. Ahora sube al coche de Todd. Iré detrás de ti.

Recorro el trayecto hasta Grebe a paso de tortuga, haciéndole perder el tiempo y retrasando lo inevitable. Cuando por fin llegamos a casa, mamá y Todd están esperando en el porche. Mi madre está disgustada, se le nota en la cara y en la postura, con los brazos juntos alrededor de la cintura. Todd parece demasiado serio, aunque no le pega estar demasiado serio. Hace una mueca al ver la suciedad que cubre el coche y me gustaría poder deshacer todo esto. La puerta mosquitera chirría cuando mamá la abre. Se reúnen con nosotros en la mitad del camino de acceso.

—¿Estás bien? —me pregunta mi madre. Asiento con la cabeza. Extiende las manos—. Me alegro. Las llaves. Ya. —Se las entrego, mirando a cualquier parte menos a ella—. ¿Esto es una especie de broma? ¿En qué estabas *pensando*, Romy?

Todd carraspea.

—A. J., creo que podemos resolver esto dentro. —Mamá se pone colorada al caer en la cuenta por fin de quien es la persona delante de la que me está abochornando. Todd le da la mano al sheriff—. Levi, gracias por ayudarnos.

—Es mi trabajo. Tengo que hacerlo por todos. —Se vuelve hacia mí—. En cuanto a ti... ¿Has aprendido algo?

—No dejo de hacerlo —le contesto.

Como me prohíben conducir el New Yorker hasta que nos olvidemos de que una vez lo cogí sin preguntar y el sheriff me trajo a casa, tengo que

pedirle a mi madre que me lleve al trabajo. Es un trayecto silencioso. Ella no deja de apretar la mandíbula. Cuando llegamos al letrero del pueblo, me pregunta por fin:

—¿Qué ha pasado hoy?

—Nada.

—Uno no se sube a un coche y se larga por nada. —Hace una pausa—. Si ha pasado algo y puedo ayudar, deberías contármelo.

—No ha pasado nada.

Ella suspira y enciende la radio. El ganado pasta en los campos al lado de la carretera y los animales parecen somnolientos debido al calor. Cuando yo tenía nueve años, contrataron a mi madre para limpiar un salón en el terreno que habían alquilado para una boda. Papá había estado todo el día dándole a la botella y ella no quiso que me quedara con él, así que la acompañé. Me llené los bolsillos del confeti brillante que cubría todo el suelo mientras ella barría, aspiraba, fregaba y limpiaba las superficies.

Detrás del edificio había un prado y, cuando el olor a popurrí del producto de limpieza me hizo estornudar, salí. Había terneros allí, unas criaturas tiernas que me miraban con menos interés que yo a ellas. Uno tenía un aspecto desaliñado y estaba sentado en medio del prado, con su madre cerca. No me di cuenta de que estaba enfermo hasta que intentó levantarse y no pudo. Siguió intentándolo, en vano, y, luego, al final... dejó de hacerlo. Un rato después, llegó una camioneta. Un hombre y un chico bajaron del vehículo y examinaron al ternero mientras su madre permanecía cerca. Había muerto. Estaba muerto y pesaba demasiado para cargarlo en la cajade la camioneta, así que le ataron una cuerda alrededor del cuello, ataron el otro extremo al vehículo y lo sacaron a rastras del prado de este modo. Su madre lo observó hasta que desapareció y, cuando se perdió de vista, lo llamó. Siguió llamándolo durante mucho tiempo después de que se marchara. A veces, siento algo parecido entre mi madre y yo. Que soy la hija a la que sigue llamando mucho tiempo después de que se haya ido.



El uniforme de animadora se ciñe a los suaves contornos de su cuerpo. Tiene los brazos levantados y extendidos hacia fuera y sujeta los pompones fuertemente con las manos. El megáfono descansa entre sus piernas. Esa chica encarnaba el espíritu escolar y acabaron con ello en un solo día. Ahora ya no inspira nada.

Me dirijo al aula de tutoría cuando el hombro de Brock golpea el mío y me hace retroceder tambaleándome. Un dolor agudo se propaga, anticipando un moratón. Brock se da la vuelta y se me ocurren numerosas variaciones de «Que te jodan» para lanzarle a la cara, pero me las trago todas cuando me sonrío mostrando todos y cada uno de sus dientes. Mira a Alek, que está a su lado. Alek extiende la mano, indicándole que se

detenga, y él obedece. Brock se mete las manos en los bolsillos y adopta un aire casi desenfadado.

—Oye, Brock —dice Alek en voz muy alta, mientras pasa un grupo de alumnos, que reducen la velocidad—, ¿te has enterado de que mi padre paró a Grey anoche? Estaba borracha.

Otros cuantos estudiantes se acercan por el otro lado del pasillo y se detienen al oír eso. Brock levanta la voz.

—No, Alek. No me había enterado de que tu padre paró a Grey anoche. ¿Dices que estaba borracha?

—Eso es. —Alek se acerca a mí—. Pies juntos y manos a los costados, ¿verdad, Grey? ¿Eso es lo que te dijo que hicieras porque estabas pedo?

—No estaba...

—¿Dando volantazos por la carretera? Eso es lo que dice Dan Conway, y él fue quien te denunció. —Le brillan los ojos—. De tal palo, tal astilla, ¿no? Mientras tanto, *mi* padre tuvo que malgastar su tiempo acompañándote a casa, para asegurarse de que no mataras a nadie.

Es sorprendente lo mal que puedes hacer que suene la verdad. Siempre y cuando te asegures de ajustarte en parte a los hechos cuando lo escupes, una multitud se lo tragará sin ni siquiera pensar en cuanto lo has masticado primero. Todos están ansiosos esperando la fiesta en el lago Wake, todos ellos, y yo soy el hueso que los mantendrá entretenidos mientras tanto. Se lo permito porque hay cosas que no puedes cambiar. Y así continúa de timbre en timbre, de clase en clase. Me miran, susurrando esas palabras que salieron directamente de la boca de Alek. «De tal palo, tal astilla.» A la hora del almuerzo, paso junto a un chico que me llama «Jane» y luego se disculpa de inmediato con un encogimiento de hombros.

—Lo siento —me dice—. Todas las zorras me parecéis iguales.

Cuando suena el último timbre, ya se me ha desconchado el esmalte de tres uñas.

Cuando empecé a pintarme las uñas, no sabía nada del tema. El esmalte rojo se desprendía antes de que transcurriera medio día, las uñas se me partían y, con el tiempo, se volvían amarillas. Y luego aprendí. Retirar el esmalte también requiere un proceso.

Es menos trabajoso que la manicura en sí, pero también lleva su tiempo. Abro la ventana de mi habitación y coloco todo lo que necesito sobre el escritorio antes de empezar. Cepillo, quitaesmalte, un bol y bolitas de algodón, bastoncillos, endurecedor de uñas y un trozo de cartulina para proteger la superficie del escritorio.

Me lavo las manos en el cuarto de baño y empiezo con el cepillo, deslizándolo de un lado a otro debajo de las uñas hasta que las noto limpias. A continuación, desenrollo una bolita de algodón y la divido en trozos del tamaño de una uña. Vierto el quitaesmalte en el bol y sumerjo los trozos de algodón (de uno en uno) en el líquido y luego los coloco sobre las uñas de la mano izquierda. Espero unos minutos para que el quitaesmalte haga su efecto y desgaste el color. Pasado ese tiempo, aprieto el algodón y elimino el esmalte. Utilizo un bastoncito mojado en quitaesmalte para los bordes porque nunca sale todo. Repito el proceso con la mano derecha. Aplico el endurecedor y lo dejo secar. Una vez transcurrido el tiempo suficiente, despejo el escritorio y busco todo lo demás que necesito para terminar el trabajo. Limpiador y deshidratador, base, esmalte y capa superior.

Una lima de cerámica también esta vez, para redondear los bordes.

Mi padre solía decir que el maquillaje era cosa de chicas superficiales, pero no lo es. Es una armadura. Leon no trabajó anoche en Swan's. Tuvo que cambiar turnos con alguien y, el día anterior, la cafetería estaba demasiado concurrida y nos faltaban dos chicas. Ni siquiera pude tomar un descanso. Solo hablamos para intercambiar pedidos. Sin embargo, de vez en cuando, me dedicaba una sonrisa que no le vi dirigirla a nadie más. Extiendo una fina capa de rojo en mi última uña y espero a que se seque antes de proceder con la capa superior. Aplico la capa superior y, entonces, estoy lista.



Antes de que suene el último timbre, la directora Diaz utiliza el sistema de megafonía para aconsejarnos que tengamos cuidado, nos portemos bien y no nos emborrachemos. El sueño imposible. Todos desbordan entusiasmo por la inminente fiesta en el lago, pero, si dedicaran un minuto a pensarlo, se darían cuenta de que pueden emborracharse y meterse en follones en cualquier sitio. En todas partes. Pero supongo que no es lo mismo. No es tan épico.

Aunque a mí me viene bien. Dentro de unas horas, habrá besos furtivos y peleas y, después del fin de semana, todo el mundo hablará de otra persona... durante un tiempo, al menos. Eso me proporciona cierto alivio, y

me gusta. Me aferro a esa sensación hasta que llego a la cafetería y luego dejo que Leon la reemplace.

—¿Un descanso, luego?

Me lo pregunta en cuanto entro y, en ese momento antes de ponerme el delantal, juraría que se ha dado cuenta de que hay algo diferente debajo de mi blusa. Me hace sentirme cálida y rara a la vez, y puede que no esté tan preparada para esto como pensaba... pero, de todas formas, esta noche llevo puesto el sujetador rosa.

Me llevo las manos a la espalda, me ato las tiras del delantal y asiento con la cabeza.

—Ay, ojalá pudiera volver a ser joven —dice Holly, mirándonos.

—No eres vieja —contesta Leon.

—Eres mi favorito, sigue así.

Es una de esas noches lentas y cargadas de impaciencia. Nadie tiene que ir a ningún sitio, pero todos quieren estar en otra parte, así que no están contentos. Si algo aprendí de mi padre es que no puedes hacer feliz a esa clase de gente. Solo tienes que soportarlos lo mejor que puedas. Lidio con una mujer empeñada en no dejarme propina por muy rápido que le sirva la comida o por mucho que le sonría. Un hombre que pide otra camarera al ver las costras que se me están curando en las piernas. Una anciana que pregunta por Holly, pero que se niega a trasladarse a una de sus mesas para que pueda atenderla. Un chico que devuelve su hamburguesa cuatro veces simplemente porque le apetece.

Para entonces, se acerca la hora del descanso con Leon. Echo un vistazo hacia la cocina. La puerta se abre y alcanzo a verlo en la parrilla. Sus manos. Voy al baño de mujeres a retocarme el pintalabios y entonces me parece que estoy lista para cualquier cosa que pase con él después. Me lavo las manos y regreso a la cafetería.

Lo que pensé que era la cafetería.

Este es el lugar en el que los camioneros se detienen a llenar la tripa antes de echarse de nuevo a la carretera, donde universitarios de Ibis vienen a digerir el alcohol que bebieron en la granja de Aker; este es el lugar donde los asientos son verdes, el suelo de linóleo tiene un mugriento tono gris, las

paredes están cubiertas de elementos nostálgicos y en la radio solo suena música *country*. Este lugar, donde trabajo cinco noches a la semana y nadie sabe cómo me llamo... ya no es el mismo.

Frente a la pared de la que cuelga un antiguo cartel de Coca-Cola, en una de las mesas, hay una chica. La luz dorada del techo se refleja en su largo cabello rubio, haciéndolo parecer más lustroso, y el resto de la cafetería más soso. Es tan distinta de las demás personas presentes, tan impecable, que resulta imposible no fijarse en ella.

Penny.

Vuelve la cabeza hacia mí. Me quedo completamente inmóvil, como si no pudiera verme si me quedo quieta. ¿Y si no está sola? Miro hacia la ventana y examino el aparcamiento en busca del Escalade de Alek o el Camaro abollado de Brock, pero solo encuentro la Vespa blanca de Penny. Un regalo de sus padres para ayudarla a superar el divorcio, como si eso tuviera sentido.

Veo acercarse a Holly con el rabillo del ojo y lo único que tengo claro es que no quiero que atienda a Penny. Es su zona, pero no puede ocuparse de esa mesa. Me saco el bloc de pedidos del bolsillo a toda velocidad y cojo el lápiz que llevo detrás de la oreja. Sé que me caerá una buena bronca después, pero lo prefiero. Me interpongo en el camino de Holly. Me acerco a Penny y me planto delante de ella. Penny me mira con calma. Me aliso el delantal con mano temblorosa, intentando decidir cómo hacer esto. ¿Cómo lo hago? «Es tu trabajo.»

Así que lo hago como el resto de mi trabajo.

—¿Ya sabes qué quieres pedir?

Me tiembla la voz. Me odio por eso. Y un millar de preguntas se me agolpan en la mente, exigiendo respuestas. ¿Cómo me ha encontrado? ¿Gracias a su madre? Penny pasa los fines de semana en Ibis con su madre, pero esta no es la clase de sitio donde comería un miembro de la familia Young.

Coge el menú plastificado, que consta de una única página, y finge revisarlo.

—Empezaré con algo para beber.

Se supone que debo preguntarle qué quiere tomar, porque ese es mi trabajo y tengo que hacer esto como el resto de mi jornada; pero verla aquí, en mi espacio... Solo soy capaz de pensar en que quiero hacerle daño hasta que se marche. Penny pide una Coca-Cola. Eso es todo. Lo anoto como una idiota.

Cuando voy a buscar la bebida, Holly me acorrala. Está cabreada.

—¿Se puede saber qué rayos haces, Romy?

—Lo siento —me apresuro a disculparme—. Puedes quedarte con las dos siguientes mías. Es que... pensé que era alguien que conocía. Lo siento mucho, Holly.

—Aun así, podrías haberme preguntado...

—Lo sé. No volveré a hacerte esto nunca. Fue sin pensar.

—Más te vale.

—Lo sé. Lo siento.

Holly entra en la cocina, moviendo la cabeza y mascullando para sí misma. Le he faltado al respeto y eso no está bien, pero es algo minúsculo comparado con el problema al que debo enfrentarme en este momento. Cojo la Coca-Cola y regreso. La canción *country* que suena de fondo va desdibujándose, transformándose en una única nota larga y triste, y, cuando llego a la mesa de Penny, una rabia que no puedo contener me hace temblar. Dejo el vaso sobre la mesa, derramando parte del contenido por la superficie. Veo cómo un chorrito de líquido cae al suelo. Me saco un trapo del bolsillo y lo limpio rápidamente.

—¿Qué quieres comer?

—Nada. Quiero hablar contigo.

—¿Qué?

—Quiero hablar contigo y, luego, me iré.

—Ya, bueno, pues eso no va a pasar, Penny, así que supongo que te traeré la cuenta... —Me agarra el brazo. Intento liberarme de un tirón, pero me sujeta con fuerza. Me está tocando sin permiso. Eso debería estar castigado con la pena de muerte. Veo cómo sus uñas rosadas se me clavan en la piel, pero no lo siento—. Suéltame.

—Por favor.

No recuerdo que Penny me dijera nunca «Por favor», ni siquiera cuando éramos amigas. ¿Por qué perder el tiempo con una expresión como «Por favor» cuando de todas formas vas a conseguir lo que quieres? No encaja saliendo de su boca. Suena tan mal, que una parte de mí opina que no debería tener que decirlo, nunca.

—¿Cómo supiste que trabajo aquí?

—Grey, siempre lo hemos sabido.

Al oírlo, siento que una pequeña parte de mí se me abandona.

Me suelta el brazo.

—Siéntate —me indica, y eso hago, pero no porque me lo haya pedido... sino porque lo necesito.

Me siento frente a ella y la parte posterior de los muslos se me adhiere de inmediato al vinilo. Los sonidos de la cafetería se intensifican: el rumor de la gente comiendo o hablando, el repiqueteo de los platos en la cocina, el chisporroteo de la parrilla... No miro a Penny. No digo nada.

—Entonces, ¿es verdad? —me pregunta—. ¿Lo de que te pillaron conduciendo borracha?

Eso me obliga a establecer contacto visual. Tal vez así de cerca no es tan perfecta como he dicho. Tal vez tiene defectos o tal vez necesito tanto verlos en este momento que finjo. Tal vez eso que tiene en la nariz es una quemadura solar. Tal vez tiene los labios secos y tal vez se le está pelando un poco la piel, justo debajo de la barbilla. Se muerde el labio inferior.

—Sé que no es verdad. Y yo no sabía lo de la ropa interior. —Le dedico una mirada que deja claro que no me lo creo. Admite—: Sabía que Brock convenció a Tina para que se la diera a Alek, pero yo no sabía lo que estaban planeando.

—¿Qué quieres, Penny?

Ella sonríe, pero no es una sonrisa de verdad, solo una contracción que le levanta brevemente ambas comisuras de la boca. Se lleva la mano a la frente como si un pensamiento quisiera salir, pero no estuviera lo bastante segura como para pronunciarlo. Un recuerdo cruza mi mente, se superpone a este momento. Ella, emocionada, a punto de cambiar vidas.

«La casa de los Turner. Estaremos tú, yo, Alek y...»

Aquí no.

—¿No deberías estar en el lago?

«Tú, yo, Alek y...»

—Kellan —dice Penny, como si pudiera ver dentro de mí.

Me estremezco. Ya me cuesta bastante pensar en su nombre, pero oírlo en voz alta es como un arma. Ese duro Ke... (un cuchillo afilado que se hunde con más facilidad cuanto menos resistencia encuentra) ... llan.

—No —la interrumpo.

—Yo...

—No. —Lo repito más fuerte porque no debe haberme oído si todavía sigue hablando.

—Alek me llevó a Godwit para celebrar mi cumpleaños. Nos quedamos con Kellan.

Observo las gotitas de condensación que descienden despacio por el exterior de su vaso mientras su voz... su voz...

—Fuimos a una discoteca que le gusta, Sparrow. Alek y él fueron a buscar bebidas. Y una chica... se me acercó. —Hace una pausa—. Me vio con Kellan. Me dijo que no era seguro que me quedara a solas con él. No quiso decirme por qué, pero la expresión de su cara...

Menos real, pienso. Necesito que esto sea menos real.

—La expresión de tu cara.

No está en... mi cara. Niego con la cabeza, sin apartar la mirada del vaso. No... no. Que se vaya a la mierda. Que se vaya a la mierda por decir eso. No se puede ver algo así en la cara de alguien.

No se puede.

—No lo denunciaste. Todavía puedes denunciarlo —añade. Coloco la mano debajo de la mesa y me clavo las uñas en una de las costras de las rodillas hasta que la humedad me indica que me la he arrancado—. Me he informado. Todavía estás a tiempo. Si lo haces... tendría que pasar algo.

Casi suelto una carcajada, pero la voz me ha abandonado. La posibilidad de que pase eso está tan muerta como la chica de la que habla Penny, y eso es lo que quiero decirle de verdad. «Está muerta, Penny, ¿lo sabes? ¿Conoces de cuántas formas se puede matar a una chica?»

Madre mía, hay tantas.

—Ni siquiera te lo iba a contar. Pero entonces te vi en el pasillo arañando ese maniquí y... —Aparta la mirada—. No puedo arreglar las cosas. No puedo arreglar lo que te pasó, Romy. Ya lo sé. Pero ¿y si otra chica...?

—Pues haz que *ella* lo denuncie.

Tengo que levantarme de esta mesa. Tengo que levantarme de esta mesa y hacer mi trabajo, pero no puedo moverme. Penny espera. Espera, pero yo no me muevo ni digo nada, y luego ella mete la mano en el bolsillo y lanza unos billetes sobre la mesa. Más que suficiente para pagar lo que ha pedido. Se pone de pie mientras yo me quedo allí sentada como una tonta, mirando fijamente el dinero arrugado.

—¿Qué estás haciendo, Romy?

Levanto la mirada y descubro que Holly me está mirando como si hubiera hecho muchas cosas mal esta noche. Abro la boca, pero no sale nada, y ella me dice: «No puedes sentarte aquí», como si yo no lo supiera. Me miro las manos, las uñas, hasta que el rojo se vuelve borroso.

—Romy —dice Holly. Su voz suena diferente ahora—. ¿Estás bien?

Me levanto tan rápido del asiento que Holly tiene que apartarse. Salgo por la puerta y corro hasta el aparcamiento. Oigo el leve rugido del motor de la Vespa de Penny.

La veo marcharse.



AHORA





Hay un lobo en la puerta.

No lleva puesto su uniforme. Qué raro ver al sheriff sin su uniforme, pero «Esto no tiene que ser nada oficial, todavía. Solo he venido a hablar, de progenitor a progenitor».

La madre de la chica no sabe qué hacer, no ha sabido qué hacer desde que encontró a su hija en la ducha, bajo el chorro de agua, todavía borracha y llorando, contándole la verdad a los azulejos entre balbuceos. A la mañana siguiente, entre lágrimas, su madre le preguntó por ello.

«Romy, anoche dijiste algo. Necesito estar segura de lo que me contaste.»

La caja de una camioneta y un chico.

Un mensaje de móvil, más tarde, de su mejor amiga: «NO HICISTE NINGUNA ESTUPIDEZ, ¿VERDAD?».

La devastación anquilosa a su familia si la negación no les hace avanzar. Su padre desapareció, no pudo soportarlo, y ella se quedó en casa con su madre, intentando decidir qué debían hacer y cómo debían hacerlo. Se trata de una chica cualquiera y una familia cualquiera, pero el chico... Él es especial y su familia es especial.

Y, ahora, hay un lobo en la puerta.

Así que lo dejan entrar.

«Paul estuvo en el bar la otra noche y lanzó unas acusaciones bastante serias. Ya sabes cómo corren los rumores por aquí. Dijo que mi hijo violó a tu hija.» Y, entonces, mientras procesan este hecho, que su padre (que está arriba durmiendo la mona de anoche) se lo contara a todo el mundo antes de que ella supiera si eso era lo que quería, el sheriff dice: «Nadie se lo cree, por supuesto, pero eso no significa que pueda ir por ahí diciéndolo. Quiero saber por qué lo dice».

Dios mío, están tan nerviosas, tan angustiadas, tan necesitadas de consejos, cualquier indicación, que lo invitan a entrar, le ofrecen sentarse en la mesa de la cocina, dejan que la conversación empiece con café, con «un terrón o dos», y no hacen nada cuando él pasa a hablar de que ella lleva varios meses loquita por su hijo y «No puedes negar que te atraía».

No, no puede negarlo, es lo que le contesta su silencio. No puede negar que, durante meses, se imaginó las manos de su hijo sobre su cuerpo, en esa camioneta, en una cama, en cualquier lugar. Lo visualizó una y otra vez, salvo porque en su mente ella lo deseaba y tenía los ojos abiertos.

Odia su corazón, ese órgano insensato que tiene en el pecho.

¿Por qué no se lo advirtió?

«El viernes por la noche, en mi casa, estabas borracha. He hablado con mis hijos y también con Penny. Nadie más estaba bebiendo. Eres menor de edad. Podría multarte, si quisiera. Pero no lo haré.»

Porque solo ha venido a hablar, de progenitor a progenitor.

«Gracias», dice la madre de la chica, sin pensar.

Él añade: «Dicen que lo persigues. Que te pusiste ropa provocativa con la esperanza de llamar su atención. Minifalda, blusa corta». ¿Quién le ha dicho eso? Entonces se saca del bolsillo un trozo de papel y lo desdobra. «Háblame de lo que escribiste en este correo electrónico:

“Penny, lo deseo. Sueño con él.”»

Ver su *e-mail* en las manos del sheriff es como si le clavaran un millar de cuchillos. Solo podía haberlo sacado de un sitio. La traición es insoportable; la única chica que creía en ella, no la cree.

«¿Sabes lo que están diciendo? Que Paul le está contando a la gente que mi hijo violó a su hija para vengarse de Helen por despedirlo. Vale, puede que se acostaran y puede que ella estuviera bastante borracha en ese momento, pero ¿violación? No puedes llamarlo así.»

Entonces, ¿cómo lo llamas?

Él dice: «Nadie se lo cree. Les parece horrible. A mí me parece horrible».

Dice: «Espero que podamos aclarar esto antes de que os busquéis más problemas».

Dice: «Pero quiero entenderlo, Romy, así que cuéntame qué crees que pasó».

Y no es que ella le diga que no pasó, es que, cuando se lo pregunta, ella ya no habla con sus propias palabras. Pero eso es suficiente. Como siempre.

Cada vez que cierro los ojos, hay un recuerdo. Cada vez que los abro, sigo en el camino. Nunca saldré de este camino, al menos sola. Pero me acuerdo de que no estoy sola. Los pasos se detuvieron. Una sombra sobre mi cuerpo. Puede que sea alguien amable... pero me da demasiado miedo mirar.

—¿Estás despierta?

Tierra contra mis manos. El calor me debilita, mi mente lo combate, intenta decirme cosas importantes como «Este no es un lugar seguro» y «Márchate».

Pero no puedo marcharme si no sé cómo ponerme en pie.

—¿Estás despierta?

No sé a qué se refiere. No sé nada salvo esto, el aire... demasiado seco, los pequeños movimientos que hago... dolor... el sol... calor... el cielo... me mareo. Por fin, levanto la vista con los ojos entornados hacia la cara situada encima de mí y me alivia descubrir que no es un lobo, sino una mujer, como yo.

Hasta que veo el uniforme.



—**Romy Grey**, ¿puedes oírme?

La ayudante del sheriff se agacha y coloca una botella de agua delante de mí. La botella se tambalea en el suelo, haciendo que el agua se agite contra los laterales de plástico antes de quedarse completamente inmóvil, tan inmóvil como... el lago.

—Oh —susurro. Es la primera palabra que pronuncio en todo este tiempo.

Intento reconocerla, a la ayudante. Al principio me resulta difícil concentrarme, pero, cuando lo consigo, veo ojos marrones, cabello rizado y pelirrojo, un puñado de pecas repartidas por una nariz puntiaguda. Leanne

Howard. La hija de Morris Howard, que es profesor en el colegio de primaria. Tiene casi treinta años.

—¿Estás bien? —me pregunta, pero no creo que me lo preguntara si lo estuviera. La miro fijamente—. Tienes a mucha gente preocupada por ti, ¿sabes? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Demasiadas preguntas.

Quiero... ver a mi madre. Me llevo la mano al bolsillo en busca del móvil y solo encuentro el pintalabios. Mi teléfono ha desaparecido, pero anoche lo tenía. Estoy segura. Me miro y el corazón me da un vuelco al ver los botones mal abrochados, pero... un momento. Lo hice yo. Lo hice antes de que llegara el vehículo de Leanne, me acuerdo... Lo hice porque... tenía la blusa abierta. Y algo no está bien debajo... También me acuerdo de eso. Mi sujetador. Ahora lo noto: está desabrochado.

Oh.

—Oye —dice Leanne, mirando más allá de mí, por encima de mi hombro—. ¿Estás sola? ¿Cómo has llegado aquí? ¿Puedes decirme cómo has llegado aquí? —Mi mirada se desplaza desde los botones hasta mis piernas desnudas y raspadas, que tienen peor aspecto que cuando me caí en la pista de atletismo—. *Romy*, ¿cómo has llegado aquí?

—El lago —farfallo.

Los recuerdos me llegan a una velocidad mareante, a través de destellos. Penny. Me marchó de la cafetería, voy por la carretera en bicicleta. El sendero que conduce al lago... El sendero. Y mis pies recorriéndolo. Y la música, el monótono sonido de la música, retumbando, «pum, pum, pum». Aprieto los ojos, pero ese golpeteo, el martilleo en la cabeza, continúa. El lago. Allí. Estuve allí. Había luces y ojos sobre mi persona y, justo después de que el sendero me condujera al agua, veo... nada.

Busco más, pero no hay nada.

Estuve en el lago.

Pero ya no estoy allí.

—¿Estás herida?

Necesito ponerme en pie. Basta... basta de preguntas hasta que me ponga en pie.

Me llevo el brazo a la boca y toso en el hueco del codo antes de apretar las manos contra el suelo. Me pongo de rodillas y reprimo el impulso de sisear cuando las palmas en carne viva de mis manos tocan la tierra. Sí estoy herida. Pero hasta ahí deben llegar las lesiones.

—Tu madre nos llamó. Dijo que habías desaparecido.

Leanne me ofrece la mano, pero la ignoro. Me pongo en pie por mi cuenta y me mantengo erguida, aunque no me siento como si estuviera erguida.

—Mi madre...

—¿Estás sola? ¿Penny está contigo? —me pregunta. Niego con la cabeza, pero me arrepiento de inmediato. El mundo intenta derribarme. Leanne estira la mano hacia mí. Retrocedo un paso. Mi cuerpo no funciona como me hace falta, para acabar con esto—. Ven a sentarte en el todoterreno. Encenderé el aire acondicionado. Tengo que informar de esto y luego te llevaré al hospital, para que te examinen...

—No. —No pienso permitir que nadie me vea antes de hacerlo yo misma—. No...

Leanne intenta insistir: «Lo necesitas, Romy. Necesitas que te examinen».

Pero lo único que yo puedo decir es «No, no, no» y pronuncio esa palabra cada vez más fuerte cuanto más me obliga a repetirla y, por fin, alguien la oye salir de mi boca. La ayudante cede: «Vale, *vale*... Romy, te... He dicho que vale...».

Me agarra el brazo. Me quedo mirando su mano sobre mi piel. Me suelta. Coloco mi mano donde estuvo la suya, consciente de las partes de mi cuerpo que están cubiertas y las que no.

Necesito que los lugares que no están cubiertos... lo estén.

—¿Sabes dónde te encuentras? —Recoge la botella de agua del suelo y me la tiende—. Bebe. Lo necesitas.

Miro a mi alrededor, esperando reconocer este lugar, este sitio en el que acabé, pero el camino no me dice nada. Ocurre lo mismo con los árboles situados a cada lado.

—Esto es Taraldson Road. Estás a casi cincuenta kilómetros de Godwit...

—Grebe... —No. ¿Godwit?—. Pero...

—¿Sabes cómo has acabado aquí?

Godwit. Grebe. El lago Wake... ¿Me...? ¿Cómo...?

Tengo sed, tengo demasiada sed como para pensar. Cojo la botella de agua y Leanne parece aliviada de que al menos haga eso. Desenrosco el tapón y bebo despacio, a pequeños sorbos. Está tibia, pero me reanima un poco, lo suficiente como para repetirle que no voy a ir al hospital con una voz que casi me resulta convincente.

Ella se cruza de brazos.

—Entonces, si lo he entendido bien, ¿me estás diciendo que te desmayaste, no sabes cómo has acabado así, pero no crees que deberías ir a un hospital?

La pregunta cala hondo dentro de mí. «Acabado así.» Así. Mis pensamientos se convierten en buitres y esos buitres dan vueltas, una horrible posibilidad tras otra. ¿Qué me ha pasado? No puedo...

No puedo pensar en eso ahora mismo.

—Ya sabes cómo son las cosas en el lago. ¿Qué...? —Me obligo a soltar una carcajada, que suena muy forzada—. ¿Llevarme al hospital por una resaca? A Turner le encantaría.

La ayudante duda, lo suficiente como para darme cuenta de que he dado en el blanco. Novata.

—¿De verdad no tenéis nada mejor que hacer hoy? Te lo aseguro, Leanne. A tu jefe no le va a hacer ninguna gracia que malgastes tiempo en esto, ya lo sabes.

—Bueno, qué tal si se lo pregunto, ¿eh? Tengo que informar de esto.

Mientras se dirige al Explorer, siento que empiezo a recuperarme despacio, todo lo que me ha dicho hasta ahora regresa a mi mente por segunda vez.

—¿Qué pasa con Penny?

No me contesta, así que me quedo donde estoy mientras ella llama al sheriff Turner, para informar de mí. El sujetador se me mueve de una forma

que no debería, arañándome la piel, y las partes estables de mi ser, las pocas reservas que me quedan, desaparecen. Me arden los ojos. Parpadeo. Leanne regresa un minuto después, con expresión vacilante.

—Voy a llevarte a casa. El sheriff se reunirá allí con nosotras...

—¿Por qué va a reunirse allí con nosotras?

—Vamos —me indica. Observo la botella de agua que tengo en la mano, pero no soy capaz de moverme hasta que añade—: Tu madre está muerta de preocupación, no la hagamos esperar más.

Oh, esa es la palabra mágica. «Madre.» Vale, no hagamos esperar más a mi madre. Leanne me permite sentarme en el asiento delantero. Luego, sube al todoterreno. El motor se enciende con un rugido y el vehículo se pone en movimiento. Leanne me indica que me ponga el cinturón de seguridad y obedezco. El cinturón me aprieta demasiado, no me deja respirar. Cierro los ojos.

—¿Sigues despierta? —Su voz suena nerviosa. Abro los ojos—. Di algo para que sepa que estás consciente o te llevaré al hospital. Me da igual lo que me hayan ordenado. —Hace una pausa y murmura—: Debería llevarte allí de todas formas.

Pero no lo hará. Todos se doblegan ante los Turner.

Gracias a Dios, solo por esta vez.

—Hace calor.

Mis ojos se dirigen hacia el reloj del salpicadero. Las once. Las once de la mañana. He perdido... demasiadas horas. Leanne estira la mano y enciende el aire acondicionado. Me inclino hacia delante y espero a que el aire frío me transforme en hielo, pero no siento nada salvo calor y la sensación de estar atrapada entre el camino en el que acabé y Grebe, que nos aguarda todavía a varios kilómetros. Tiro de mi cinturón, intentando averiguar qué quiere mi cuerpo. Quiere salir de este todoterreno, pero es demasiado tarde para eso. Estiro las piernas y aprieto los pies contra el suelo. Necesito estar en casa. Tengo que ir a casa. Necesito verme.

Mis dientes se hunden en un corte que tengo en el labio y que no sé cómo llegó ahí. Me siento como si... tuviera resaca, pero... peor. Porque no recuerdo haber bebido, pero... Apoyo las manos en el regazo, con las

palmas hacia arriba. Los arañazos me hacen acordarme de cuando era niña: iba corriendo por la calle, me pisé los cordones, me deslicé por la acera y mi padre... estaba allí.

Me miro las piernas. El espacio entre ellas.



No puedo verme.

Tengo la cabeza apoyada contra la ventanilla, pero el espejo lateral del todoterreno está tan sucio que no refleja ni rastro de mí. Necesito verme.

El Explorer del sheriff está aparcado delante de la casa.

Todd y mamá aguardan en los escalones. Turner permanece cerca, pero no demasiado. ¿No acabamos de hacer esto? No, en realidad no. Lo que entonces creí que era algo malo no es nada comparado con esto. Mamá se lleva la mano a la boca al verme. Lleva la misma ropa que ayer y, de la noche a la mañana, le queda demasiado grande. Todd también lleva la misma camisa y los mismos vaqueros que cuando me despedí de él, antes de ir a la cafetería.

Ellos verán mi aspecto antes que yo, sea cual sea. Seré la última en saberlo.

Abro la puerta y salgo despacio. Mis piernas parecen estar hechas de goma, como si no hubieran caminado lo suficiente o hubieran caminado demasiado. Avanzo contando los pasos, intentando garantizar que el suelo está ahí. Paso de la acera al camino de acceso, pisando las enredaderas.

Estoy en casa.

Mi madre se me acerca a toda prisa, captando todo lo que no puedo ocultar. Me toca la cara y desliza los dedos con suavidad por mi mejilla, antes de abrazarme. No asimilo del todo la importancia de esta reunión porque yo ni siquiera era consciente de haber desaparecido. Turner me recorre con la mirada y lo que ve, sea lo que sea, le hace fruncir el ceño. Dirige su atención más allá de nosotras.

—¿Dónde dices que la encontraste?

—En Taraldson Road —contesta Leanne.

—Vale, Howard. Gracias. Ya me encargo yo.

El sonido de la voz del sheriff es horrible, más horrible que nunca. Me dan ganas de vomitar. Mamá me susurra al oído: «Vamos dentro, cielo, venga», así que debo tener mala pinta. Debo tener un aspecto preocupante. Mis piernas ansían huir, encontrar un lugar en el que pueda lidiar con esto por mi cuenta. Mientras subo los escalones, Todd se me acerca. Me aprieta el brazo con la mano. Ahora mismo no puedo hacerle frente al alivio que sienten. Necesito verme.

Cuando entramos, Leanne ya se ha marchado. Me dirijo a la escalera, estiro la mano hacia la barandilla y la aferro con fuerza. Acabo de subir el primer peldaño, justo cuando mi madre dice:

—¿Dónde vas, Romy?

—Tengo que... —Puedo ver la puerta del baño desde aquí. Solo necesito encontrarme detrás de una puerta cerrada, para poder verme—. Tengo que...

—Vuelvo la mirada hacia ellos y descubro que los tres me están mirando como si no me reconocieran. No puedo explicarles lo que necesito—. No me siento bien.

—Vale. —Mamá se acerca y apoya su mano sobre la mía. Su piel desprende calor, al igual que la mía—. Pero tienes que hablar primero con el sheriff. —Niego con la cabeza—. Romy, tienes que hacerlo. Estoy segura de que no tardará mucho y luego podrás irte a la cama... ¿Verdad, Levi?

—Ya veremos.

—Por favor —susurro. Mi madre se estremece. Esta situación le duele. Le duele porque no puede concedérmelo y yo nunca le pido nada—. ¿No puede esperar hasta mañana o...?

—No —contesta el sheriff Turner—. Esto es importante.

—Lo siento —susurra mamá mientras me aparta de la escalera.

No hay elección. No me queda elección. Me guía hacia la cocina y me hace sentar a la mesa. Apoyo la cabeza en las manos mientras ellos hablan de café: café y «No, gracias, Alice». Toda esta cortesía superficial me da ganas de destrozar... todo. No quiero hacer esto. Quiero verme.

—¿Qué pinta él aquí? —pregunto.

Solo recibo silencio a modo de respuesta y el silencio me hace ser demasiado consciente de mi cuerpo. Puedo notar cómo mi mente intenta evaluar las heridas que no puedo ver, si ciertos lugares están... si los... si...

—Tengo que hacerte algunas preguntas, Romy. Luego me iré.

El sheriff aparta de la mesa la silla situada enfrente de mí. Se sienta. No lo miro.

—¿Estás herida? —me pregunta. Niego con la cabeza porque él es la última persona a la que le contaría algo así ahora. Y funciona porque no quiere tener que preocuparse por si he resultado herida. Efectivamente, añade—: Así que solo estás un poco maltrecha y tienes mucha resaca. ¿Cómo acabaste en Taraldson Road?

No digo nada, no se me ocurre absolutamente nada que decir. Siento el impulso de mentir, pero tengo tantas lagunas de memoria que no puedo hacerlo. Y no sé cuál es la verdad. El sheriff carraspea.

—Alice.

—Romy —dice mi madre.

Clavo la mirada en la mesa.

—No me acuerdo.

—¿Recuerdas si estabas con alguien?

—No.

—¿Qué es lo último que recuerdas?

—Estar en el lago.

Me vienen de nuevo a la mente el sendero, las luces. Cuerpos en el lago. El recuerdo se disuelve despacio, no llega a abarcar una noche completa...

—¿Te fuiste del trabajo en mitad de tu turno sin decírselo a nadie para ir al lago Wake?

—Holly dijo que saliste corriendo —añade mamá—. Dijo que parecías alterada.

Van a enterarse de esto en Swan's. Claro que sí. Mamá los habría llamado primero para preguntar dónde me había metido. Tengo que convertir esto en algo que pueda explicar en la cafetería.

Tengo que convertir esto en algo menos horrible.

—Tuve una clienta desagradable. Salí a calmarme y luego seguí alejándome.

—Te alejaste mucho.

—Era la mayor fiesta del año —contesto. No suena convincente.

—Así que te quedaste en la fiesta y decidiste emborracharte —afirma el sheriff. Me echo hacia atrás porque no sé cómo puede saber eso si ni yo misma lo sé. Mamá y Todd no parecen sorprendidos, así que... ellos también lo sabían—. Tenemos varios testigos que dicen haberte visto en el lago Wake, que estabas muy borracha...

—¿De qué va todo esto? —pregunto, porque no quiero escucharlo. Me da igual que lo sepan, pero no quiero estar en esta habitación con ellos, oyendo eso—. No lo entiendo...

—Penny tampoco regresó a casa anoche —me explica mi madre.

Me recuesto en la silla, asimilando esa información, aunque no sé cómo se supone que uno asimila algo así. No sé cómo tomármelo. Trago saliva y me llevo una mano a la boca.

—¿No regresó?

—La mañana después de la mayor fiesta del año siempre hay un caos enorme. Los adolescentes se emborrachan, vagan por ahí, regresan y yo

tengo que diferenciar las emergencias reales del resto. —Turner no se molesta en disimular el tono despectivo—. Siento decírtelo, pero Jack Phelps tiene el récord. Llegó hasta Godwit como una cuba en su fiesta del lago.

—Por el amor de Dios, Levi —protesta Todd—. Sí, seguro que Romy quería romper el récord. ¿Deberíamos hablar de lo que hiciste *tú* en tu fiesta del lago?

—Bartlett, no hace falta...

—No, no *haría* falta si hicieras tu maldito trabajo. Ni siquiera empezaste a buscarla hasta que los Young te llamaron esta mañana por lo de Penny, y entonces no te quedó más remedio. Yo estuve toda la noche ahí fuera haciendo tu puto trabajo...

—Y, aun así, una de *mis* agentes la trajo a casa —le espeta Turner, cuya cara va pasando por todos los tonos de rojo que existen. Todd resopla y, durante un segundo, me da la sensación de que piensa marcharse, pero se queda. El sheriff se vuelve hacia mí—. Las cosas funcionan de este modo. Se informó de la desaparición de dos chicas la misma noche. Una sigue sin aparecer. Quiero averiguar si hay alguna conexión para así poder reducir el área de búsqueda, ¿entendido? ¿Hay alguna posibilidad de que Penny estuviera contigo en algún momento o puedes decirnos algo que nos sirva de ayuda?

Pienso en Penny, sentada en la mesa de la cafetería.

En lo que me dijo.

Si dices algo en contra de un Turner, más te vale no necesitar nunca ayuda en este pueblo.

—¿Dónde la vieron por última vez? ¿Fue conmigo?

—En el lago —me informa Turner—. Pero no estaba contigo, por lo que sabemos hasta ahora.

Después de que fuera a verme.

—En el lago —repito.

Después.

Así que no tengo que contarles lo que pasó antes.

—No me acuerdo de nada, pero dudo que estuviera conmigo. No somos amigas.

—Si te acuerdas, debes decírmelo —insiste Turner—. Pero, por ahora, parece que te emborrachaste, le diste un susto de muerte a tu madre y mantuviste a buena parte de mi departamento ocupado toda la mañana.

—Pues sí, eso es lo que parece —digo. Se me revuelve el estómago. Trago saliva con fuerza—. ¿Puedo irme ya?

—Voy a hacerte un favor, Romy, porque se nota que necesitas dormir la mona. Lo dejaré aquí por ahora, pero aun así necesito que vengas mañana a la comisaría a repasar todo esto con nosotros, si sigue desaparecida. —Se aparta de la mesa, haciendo chirriar la silla. Se pone en pie despacio, como si la funda del arma le pesara demasiado. Turner conoce a Penny desde que era una niña—. Y es una estupidez enorme acabar tan borracha como dice la gente que estabas. Si alguna vez te veo así, te multaré.

—Ya sabes dónde está la salida, Levi —dice Todd.

Se hace el silencio mientras esperamos a que el sheriff recorra el pasillo, hasta que la puerta mosquitera se cierra de golpe indicando que se ha marchado. Me tiro de la falda, por debajo de la mesa.

Necesito verlo.

—Romy —dice mi madre y me detengo.



Recuerda.

Mantengo la cabeza baja, dejo vagar la mirada, dejo que recorra las baldosas del suelo y las paredes, hasta llegar a mis manos, los nudillos blancos que aferran el borde de la encimera del lavabo, el propio lavabo, el agua que gotea despacio de la fuga del grifo. Presiono los dedos contra la abertura y detengo las gotas. Oigo cada respiración que pasa a través de mis labios y, vagamente, más allá de eso, a mamá en mi habitación.

Mi cuerpo les habla a las horas que he perdido, pero no entiendo qué dice. Necesito recordar lo que pasó anoche, eso es todo. Una sola noche. «Recuerda.» Permíteme recordar. Está ahí, dentro de mí, y solo tengo que recordarlo. Aprieto los dientes y cierro los ojos.

Levanto la cabeza y los vuelvo a abrir.

Tengo el labio inferior hinchado, grueso y agrietado, me produce un dolor sordo. Hay un moretón en mi mejilla derecha. No, la tierra del camino. Tiene que ser tierra. Tengo tierra en la cara. Abro el grifo y coloco las manos bajo el frío chorro de agua, aliviando la piel dolorida. Me humedezco la mejilla y froto. Duele, pero no se borra.

Un moretón.

Mi mano desciende despacio desde mi cara hacia el cuello de la blusa. Tiro de la prenda, pero es tan difícil, todo esto es tan difícil, que cierro los ojos de nuevo. Noto la presión extraña del sujetador a mi alrededor, aunque está suelto. Borracha. Dijeron que estaba borracha. Quiero tener ese recuerdo, quiero el recuerdo de esa chica tan... *tan* estúpida. Yo, bebiendo. ¿Con qué rapidez pasó esta vez?

Estúpida.

Me faltan dos botones.

Los dos últimos.

No. No, no...

Toqueteo con los dedos el espacio vacío hasta que tengo que aceptar que no están. Me faltan dos botones de la blusa y tengo el sujetador desabrochado.

Bajo las manos y luego me desabrocho el resto de la blusa despacio. Cuando queda entreabierta, veo una mancha de color rojo oscuro en mi vientre. ¿Sangre? ¿Es...? Mis dedos se vuelven frenéticos, se ocupan con rapidez de los botones restantes, y aparto la blusa y el sujetador para poder ver.

Mi mano temblorosa se dirige hacia mi vientre, se queda suspendida en el aire sobre la mancha roja sobre mi piel, la palabra roja sobre mi piel. No es sangre, no es sangre seca. No es esa clase de rojo. Presiono una de las letras con el dedo y luego aparto la mano de golpe, como si me hubiera quemado. Me reviso los bolsillos con torpeza hasta que encuentro el tubo negro. Lo destapo bruscamente y giro la parte inferior hasta que aparece el pintalabios, con la punta aplanada y destrozada. Lo dejo caer en el lavabo y retrocedo a trompicones hasta que la parte posterior de mis piernas choca

contra el borde de la bañera. Mi reflejo sigue en el espejo. El rojo sobre mi cuerpo... Letras. Letras sobre mi piel, al revés en el espejo, transformándose en esto...

VIÓLAME

Me llevo los dedos al vientre y los clavo en la piel hasta que siento rojo bajo mis uñas rojas, rojo, mi rojo, yo, hasta que lo que siento es algo que está fuera de mí, hasta que es algo que me he hecho yo misma. Me aparto del lavabo y hundo las manos en mi pelo. La habitación parece inclinarse mientras intento tranquilizarme. Me levanto la falda, apretando la fina tela, y me muerdo el labio hasta que noto el sabor de la sangre, pero tengo la garganta demasiado tensa como para tragar, así que la sangre se asienta en mi lengua, pesada y cobriza. Tengo las mejillas húmedas. Suelto la falda y me limpio la cara. No quiero hacer esto. No quiero hacerlo.

Llaman a la puerta.

—¿Romy?

Realizo una inspiración entrecortada y me levanto la falda hasta que veo las bragas rosas. No quiero hacer esto. Me las bajo. Despacio. Están limpias.

Trago la sangre que tengo en la boca.

—¿Romy?

Deslizo las manos entre mis piernas y con facilidad encuentro con los dedos el hilo del tampón. Casi se me doblan las piernas al comprobar que sigue ahí... Sigue ahí. Clavo la mirada en la luz del techo hasta que es lo único que veo y luego aparto la vista hasta que el mundo se vuelve negro.

—Me voy a duchar —digo.

—Avísame si necesitas algo.

—Vale.

Me saco el tampón usado y me deshago de él. Aturdida, me desprendo del sujetador y lo dejo caer al suelo junto a las bragas.

Lo único que queda es la palabra en mi vientre.

Me giro hacia la bañera. Forcejeo con el grifo, intentando hacer que el agua esté lo bastante caliente. Entro y me agacho despacio hasta quedar sentada. Cojo el jabón y me restriego el vientre con fuerza hasta que la espuma se vuelve rosada, hasta que el rosado se vuelve blanco, hasta que desaparece.



Estoy sentada en mi cama, con la cabeza apoyada contra la ventana. La luz es tenue en el exterior y se va atenuando cada vez más. El sol es apenas un fragmento rosado en el horizonte. Sigue siendo el mismo día. Todavía no ha acabado conmigo.

En la mesita de noche hay una botella de agua medio vacía. Mamá quiso llevarme a nuestro médico de cabecera, por lo menos, pero me negué tajantemente, le dije que habíamos visto resacas peores, ¿o ya se había olvidado? Después de eso, me cubrió las piernas con la manta y me dijo que durmiera. Me dormí y me desperté y, cuando lo hice, en lo único que podía pensar era «Despierta». Pero esto es ahora.

La puerta de mi habitación se abre.

Mamá entra sigilosamente, vacila al verme despierta.

—¿Penny ha regresado ya a su casa? —le pregunto.

—No he oído nada.

Noto en las entrañas una rara mezcla de conmoción y anhelo. La cabeza me dice que todavía odio a Penny, pero mi cuerpo debe haber querido una respuesta diferente.

Mamá se sienta en mi cama, se echa hacia atrás hasta que puede rodearme con el brazo y me abraza. Apoya la cabeza contra mi coronilla. Escucho los latidos de su corazón y pienso en Penny, en si sigue ahí fuera o si terminó como yo, si está por ahí en algún camino, esperando que la encuentren. No tiene sentido. Penny no es una chica perdida.

—¿Sabes cuál es la peor parte de ser padre? —me pregunta un minuto después—. Es no ser capaz de...

No termina. No hace falta. Ya me lo ha dicho antes. Se trata de esto: no ser capaz de proteger a tu hijo de «las cosas malas». Mantenerse al margen, impotente, mientras sufre y no poder hacer una mierda al respecto. Pero así es la vida y hay que aceptarlo. Solo hay una cosa que pueda cambiarlo.

—No sé qué haría si estuviera en el lugar de los Young. Desapareciste, Romy. Me volví loca. Ni siquiera puedo explicarte lo que sentí al tener que quedarme aquí sentada sin saber dónde estabas ni si estabas bien...

—Lo siento.

—Pensé que... te habías hartado de todo. Y luego pensé: entiendo que lo hiciera. Lo entiendo perfectamente. ¿Por qué no iba a hacerlo? Yo podría haber hecho las cosas mucho mejor.

—No empieces con eso otra vez —susurro.

Pero, en cuanto empieza, no puede parar.

—Sigo intentando justificarlo. Es mejor tener dos padres, aunque uno... no sea gran cosa. Y tú le hiciste frente a todo. Simplemente lo aceptaste. Es tan injusto.

—No es tan simple.

No podría haberlo sido. Fue complicado. Todos éramos muy complicados, porque de lo contrario...

En ese caso, habría sido mucho más fácil.

—Tal vez —contesta mamá—. Pero no debería haber sido así. Y ahora cargas con todo y no me pides ayuda, ni siquiera cuando apenas puedes soportarlo. Me asustas, Romy. Coges el coche y te largas. Te emborrachas en el lago Wake y te encuentran en un camino y no recuerdas nada de lo que pasó.

Por su bien, debería describir una fiesta, una multitud, música, estrellas en el cielo, una chica bailando en medio de todo eso, aceptada. Puede que esté borracha, pero puede que en esta versión... la gente la cuide. Salvo que ni siquiera mi madre se lo tragaría. No en mi caso, no en este pueblo.

—Romy. —Por su forma de pronunciar mi nombre, sé qué pregunta viene a continuación y quiero marcharme de aquí antes de que la plantee—. Si te pasó algo, cuéntamelo, por favor.

—No sé a qué te refieres.

—Estuviste mucho tiempo en el baño.

—No... —Me obligo a decirlo—. No lo conviertas en algo que no es.

—Pero ¿me lo contarías? ¿Me lo contarías si... te hubiera pasado algo? ¿Si, al despertar en ese camino, algo no fuera bien? Porque yo te ayudaría... Te...

No. Asiento con la cabeza y me retuerzo para apartarme de ella, porque puedo sentirlo, la culpa con la que carga, y no quiero seguir sintiéndola. No quiero sentir nada.

—¿De verdad no sabes cómo acabaste en ese camino? ¿Penny no estaba contigo?

—No me hagas volver a repetirlo.

—Tenemos que llevarte a ver al sheriff mañana. Vas a tener que repetirlo entonces... a menos que recuerdes algo. Puede que recuerdes algo.

—Puede —contesto.



Leanne Howard Ilima cuando estoy dormida y le dice a mi madre que han recibido nueva información que descarta una conexión entre Penny y yo, pero que no se le permitía decir de qué se trataba. Quiero saber de qué se trataba. Quiero saber por qué una chica regresó y otra no. Todd dice que Grebe está destrozado por la desaparición de Penny y, cuando miro por la ventana, nuestra calle está más tranquila de lo normal. Todos se han quedado en sus casas, sin salir, mudos por la conmoción.

—Han montado una búsqueda del copón —nos cuenta Todd—. Esta mañana, me encontré con Dan Conway en la farmacia y me dijo que están cubriendo tierra y aire... con la ayuda de un helicóptero. También había unos cuantos periodistas y cámaras de televisión dando vueltas por el lago.

Se suponía que Penny debía ir a Ibis, a casa de su madre, pero nunca llegó allí.

Tiro de unos hilos sueltos del sofá e intento visualizarlo. Penny de camino a casa de su madre en la oscuridad, y yo, dirigiéndome en la dirección contraria bajo el mismo cielo.

Espero que siga desaparecida el lunes.

Otro de esos pensamientos en mi mente, que aparece con tanta facilidad que debe provenir directamente de mi corazón como «Te odio» y «Espero que no sea una niña». Espero que siga desaparecida. ¿Quién piensa algo así? No es que no quiera que la encuentren, pero quiero que mi momento expire primero. Quiero que todos estén tan distraídos al principio de la semana que nadie piense en mí, en lo que hice en el lago, fuera lo que fuera, porque no quiero enterarme por ellos. Nunca.

Pero, si es malo, me enteraré por ellos de todas formas.

—No tengo ni idea de cómo se enteró Dan de todas estas cosas — comenta mamá desde la cocina.

Me pregunto si Dan Conway habrá oído algo sobre mí.

—¿No te lo dije? Su hijo, Joe, trabaja ahora en la oficina del sheriff —le explica Todd—. Por lo visto, solo prepara café, pero le pagan bien por ello.

—¿Joe Conway? ¿Le permiten trabajar ahí?

—Venga, vamos. Los Turner siempre cuidan de sus aduladores —añade Todd—. Por muy idiotas que sean.

Todd hace una mueca al sentarse en el sillón reclinable situado frente a mí. Le duele mucho la espalda, aunque no dice que es por todo el tiempo que pasó en el coche, buscando a una chica que ni siquiera es su hija. Debería pedirle perdón, pero no soy capaz de hacerlo. En cambio, le pregunto si necesita algo.

—No. ¿Cómo te sientes?

—Estoy bien.

Me dirige una mirada escéptica.

—Erais buenas amigas.

—Éramos —recalco.

Pero no lo miro a la cara cuando lo digo. Meto la mano en el bolsillo en busca del móvil, por costumbre, simplemente para ponerme a apretar teclas, para conseguir tal vez que Todd deje de mirarme, pero entonces recuerdo que no está. Ha desaparecido.

Me invade la rabia, más rabia de la que merece un móvil perdido, teniendo en cuenta todo lo demás que ha ocurrido este fin de semana. Pero aun así... Me hace desear ir a algún sitio y destrozar algo con mis propias manos.

—Romy, ¿abres la puerta?

—¿Qué?

—Ha venido alguien.

Le echo un vistazo a Todd, que sigue observándome. Me levanto del sofá y recorro el pasillo, dejando atrás la cocina. Noto una opresión en el pecho al ver el Pontiac a través de la puerta mosquitera.

Me giro y mamá está allí, con cara de culpabilidad.

—Cuando no regresaste a casa, llamamos primero a Swan's. Todd conoció a Leon. Él también salió a buscarte. Seguía buscando cuando lo llamé para decirle que te habíamos encontrado. Lo invité a almorzar hoy. Espero que no te importe.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque, si hay un chico —contesta, apartando la mirada—, quiero conocerlo.

Abro la boca y luego la cierro. Me siento fatal, por dentro y por fuera.

Me giro hacia la puerta. Leon ha salido del Pontiac y está apoyado contra él, observando la casa con incertidumbre. No... a mí. Puede verme a través de la malla y me pregunto qué aspecto tendré desde ahí. La figura en sombras de una chica con una camiseta holgada que le llega más abajo que los *shorts* que lleva.

Me paso las manos por el pelo y luego cruzo la puerta. Me reúno con él en el camino de acceso y lo veo observarme. La forma en la que sus ojos recorren mis piernas arañadas y pasan sobre mi vientre. Cruzo los brazos, como si él pudiera ver a través de mi camiseta, ver algún rastro de lo que estaba escrito ahí. Frunce el ceño. Me roza la mejilla con la mano y su

forma de mirarme me hace sentir incómoda, al igual que su caricia. Es como cuando eres pequeño y empiezas a toquetear los grifos, haciendo que el agua salga lo más caliente o lo más fría posible, y mantienes las manos debajo del chorro todo lo que puedes soportar. No sé cuál de los dos aguanta más que el otro.

Leon baja la mano.

—Holly me contó que tuviste una cliente desagradable y te disgustaste. Creyó que habías salido al aparcamiento a calmarte. Era la hora del descanso, pero supuse que querías estar sola. No nos dimos cuenta de que te habías ido hasta un rato después. Te llamé, pero no lo cogiste.

—Perdí el móvil.

—Y luego llamó tu madre y después vino Todd...

—¿Quieres entrar? —le pregunto rápidamente, mientras un coche dobla la esquina. Podría ser cualquiera, pero es probable que se trate de alguien que me conoce. Bienvenido a Grebe, Leon. No. No deben conocerte nunca por aquí—. Deberíamos entrar.

—Pero...

—Entremos. —Le agarro la mano—. Mi madre quiere verte.

—Romy...

—Ya lo sé, Leon.

Lo llevo adentro, notando su confusión, pero no le ofrezco nada más para aliviarla. Todd se ha levantado y está poniendo la mesa. Mamá deja de cortar verduras y le dedica a Leon una sonrisa cálida, aunque comedida, como si le hubieran presentado a alguien agradable en un funeral.

—Leon. —Se limpia las manos en un paño y luego le agarra el brazo—. Ya no eres solo una voz al teléfono. Me alegro mucho de conocerte.

—Yo también me alegro de conocerla, señora...

—Alice Jane, por favor. O solo Alice. No hace falta que seas tan formal.

Leon sonrío y yo me quedo allí plantada con incomodidad, pues las presentaciones se han llevado a cabo sin mi ayuda. Todd le tiende la mano a Leon y se dan un apretón. Yo construí esto y ni siquiera estuve presente cuando lo hice. Me siento como si viviera en dos espacios distintos al

mismo tiempo: estoy aquí, pero no estoy aquí. Me llevo la mano a la boca y... No llevo pintalabios.

No me extraña que Leon me mirara de forma rara.

—Enseguida vuelvo. —Señalo por encima del hombro—. Solo tengo que...

—Claro —responde mamá—. ¿Quieres echar una mano, Leon?

—Por supuesto. ¿En qué puedo ayudar?

Mi madre lo pone a trabajar cortando vegetales para la ensalada que está preparando. Subo la escalera en dirección al baño, donde abro el cajón que Todd reservó solo para mí y encuentro mi pintalabios. Le quito la tapa, me lo acerco a los labios y entonces me detengo. La punta está toda aplastada. Agarro el tubo con más fuerza, pero no soy capaz de aplicarme el color. Lo miro fijamente y veo aquella palabra, nítida sobre la piel incluso en la oscuridad. Una chica en el camino con la blusa abierta y el sujetador desabrochado, esperando a que la lean. Si me pongo esto y abro la boca, ¿qué saldrá?

Pero el rojo es mi seña de identidad.

Eso es lo que dijo Leon.

Y paró porque esa chica se lo pidió.

—Romy —me llama mamá—, ¿bajas ya?

Tiro el pintalabios a la basura y luego busco en el cajón otro tubo sin abrir. Arranco el plástico de la tapa y giro la parte inferior hasta que aparece esa ráfaga de color, y es diferente. Es el mismo color, pero no el mismo pintalabios, y eso es lo que importa. Importa que este pintalabios solo haya tocado un lugar. Me lo aplico en el labio inferior. «Desde el centro hacia afuera», pienso. Desde el centro del labio hacia afuera. Me tiembla la mano. Lo agarro con más fuerza. Presión. Simplemente ejerce un poco de presión. Sigo adelante y me pinto los labios de rojo, pero no lo siento. No me siento lista.

Pero puede que ahora sea como la laca de uñas.

Puede que me haga falta algo para fijarlo.

—¿Romy? —Es mamá.

Contesto «Sí, ya voy», abro el agua y me lavo las manos. Bajo la escalera a toda prisa y encuentro la comida servida en la mesa. Cuando Leon me mira y ve el rojo... sonrío. Nos sentamos a comer una ensalada que sabe a verano, aunque no lo es.

—Bueno —le dice mamá a Leon—, ¿cuánto tiempo llevas trabajando en Swan's?

—Bastante. Trabajé allí mientras iba al instituto, lo dejé para ir a la universidad, brevemente, y luego regresé.

—¿No estás estudiando ahora?

Él niega con la cabeza.

—No era lo mío.

—Tampoco era lo mío —interviene Todd.

—¿Y qué es lo tuyo? —le pregunta mamá a Leon.

—Eh... —Él sonrío con nerviosismo, como si creyera que no está causando muy buena impresión, pero me buscó anoche. Ya los ha impresionado—. En realidad, tengo una empresa de diseño y desarrollo de páginas web. Eso es lo mío.

—¿Qué? —Me lo quedo mirando como una tonta—. No lo sabía.

—¿En serio? —dice mi madre.

—Pues sí. Supongo que se me dan bien el diseño y la programación. Empecé creando temas para plataformas de blogs y vendiéndolos. Uno de mis temas se hizo muy popular hace como un año y medio y ahora he ampliado el negocio al diseño y desarrollo de páginas web personales y profesionales.

—Qué interesante —comenta Todd—. ¿Y te va bien?

—Sí. Me encargo de las páginas de algunos escritores y grupos prometedores, además de algunos negocios locales de Ibis. Mi hermana me envía a todos sus amigos. Estoy trabajando en unas cuantas ahora mismo. Parece que estoy progresando, así que me gustaría seguir con ello y convertirlo en mi principal fuente de ingresos. Reducir horas en Swan's.

Me debato entre la sorpresa al oír esto y la culpa al enterarme, como si debería haberlo sabido o preguntado por ello. No sé qué decir.

—Bueno, eso es fantástico —opina mamá—. Mantener dos trabajos. ¿Te gusta trabajar en Swan's?

—Está bien. Me gusta el ritmo. Muy rápido. Y me gusta la gente.

—Como mi hija.

El tenedor de Leon se queda suspendido sobre su plato.

—Mamá —protesto.

Él sonríe.

—Sí, como tu hija.

—Te gusta mi hija —repite mi madre. Le doy una patadita por debajo de la mesa, algo que parece contradecir el orden natural de las cosas. Ella ni se inmuta—. No sabes cuánto te agradezco que salieras a buscarla.

—Faltaría más.

Silencio. Un silencio horrible, espantoso. ¿Qué se supone que debo decir? ¿Lo siento? ¿Otra vez? Salvo que no se lo he dicho ni una vez a Leon. Pincho unos trozos de pepino y tomate con el tenedor y me los meto en la boca, porque no puedo decir nada si la tengo llena.

—Esa otra chica... —dice Leon—. Penny Young.

Trago.

—¿Te has enterado?

—Sí. Su madre vive en Ibis. Ella pasa allí los fines de semana...

—¿La conocías?

—No. Pero todos hablan de eso en el pueblo. Supongo que la oficina del sheriff de Grebe está trabajando con la de Ibis. ¿Cuánto hace ya? ¿Cuarenta y ocho horas? Eso no es buena señal.

Dejo el tenedor sobre la mesa. He perdido el apetito. No sé si se debe a que eso que ha dicho es algo horrible o a que, a pesar de ello, parte de mí todavía quiere que siga desaparecida el lunes.

—Romy la conoce —suelta Todd.

—¿Qué? —me pregunta Leon—. ¿En serio?

—Vamos juntas al instituto. Está en mi curso.

—Hubo un tiempo en el que eran muy amigas —añade mamá.

—Oh —dice Leon. Mantengo la mirada clavada en mi plato—. Lo siento mucho.

Mamá y Todd lavan los platos y nos dejan a Leon y a mí solos. Él sugiere que le enseñe Grebe, pero le digo que estoy cansada y en su lugar le enseño nuestro patio trasero.

Nos sentamos en el césped seco, mirando hacia la valla del vecino.

—¿Por qué no me hablaste nunca del asunto de las páginas web?

Él se encoge de hombros.

—Supuse que ya te lo enseñaría en algún momento.

Deslizo la palma de la mano sobre el césped. Cuando levanto la mirada, Leon me está observando de una forma que me indica que vamos a hablar de cosas que es mejor dejar en paz. Soy una experta reconociendo esa mirada en la cara de la gente.

—Siento haber metido la pata con lo de Penny Young. Debería haberme imaginado...

—No te preocupes. No somos amigas. Ya no.

—Iba a decir, ahí dentro... que, al despertarme y enterarme de eso, de lo de Penny, después de estar toda la noche dando vueltas con el coche buscándote... A ver, no era lo mismo, buscarte a ti, pero enterarme de que esa chica no había regresado a su casa... No sé. Me hizo pensar. Llamé a tu madre y le pregunté si podía venir a verte. —Hace una pausa—. Tenía que verte.

—Pues aquí estoy.

—¿Qué pasó, Romy?

Arranco un puñado de hierba. Quiero decir que nada, pero supongo que tengo que ofrecerle más que eso, aunque sea lo mismo que nada de todas formas. Al menos... eso espero.

—¿Has oído hablar del lago Wake? ¿De la fiesta? La celebramos todos los años...

—Sí. Ibis también tiene tradiciones tontas. Estúpidas.

—Bueno, pues soy una estúpida.

—¿Te largaste de tu turno para ir a una fiesta?

—Ajá.

—¿En serio? —No parece nada impresionado. Me limito a asentir. Él mueve la cabeza—. Tengo la sensación de que hay algo que se me escapa,

Romy, porque...

—¿Nunca has hecho algo estúpido?

—Claro que sí, pero... —Arruga la frente. Clava la mirada en el suelo como si se hubiera enfadado y eso hace que me enfade con él, porque me doy cuenta de que no va a dejar el tema, lo que significa que tengo que adelantarme con mentiras a cualquiera de sus preguntas y no estoy segura de ser capaz de pensar tan rápido hoy—. Cuando me llamó tu madre, me contó que te encontraron en un camino a cincuenta kilómetros de Godwit. Me contó que estabas...

—¿Borracha?

Eso le hace guardar silencio un segundo.

—No. Solo maltrecha.

Miro fijamente la valla, intentando llenar el espacio en blanco con la mentira correcta, con la mentira correcta para Leon. «Jack Phelps.» Ese nombre acude a mi mente, con la voz de Turner.

—Hay un tipo, Jack Phelps... Es una especie de leyenda por aquí. Ahora debe tener la edad de mi madre. Cuando le tocó asistir a la fiesta del lago, se emborrachó y acabó en Godwit. Me pareció buena idea ver si podía llegar tan lejos. —Dios mío, suena tan estúpido que podría ser verdad—. Seguro que ahora te arrepientes de haberme estado buscando.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ha desaparecido una chica de verdad.

—¿Qué?

—Porque una chica ha desaparecido de verdad y yo estaba bien.

—¿Me estás diciendo que te emborrachaste tanto que pensaste que era buena idea irte a Godwit por tu cuenta? No me parece que estuvieras demasiado bien.

—Ahora estoy bien.

—Pues me alegro. —Me mira y me obligo a devolverle la mirada. Necesito que la chica a la que estuvo buscando sea a la que ve ahora. Me dice—: No me arrepiento de haberte buscado.

Te. A ti. A mí.

A ella.

Se inclina y me da un besito. Eso lo fija.



Me levanto en silencio. Me preparo.

Me cepillo los dientes y luego el pelo. Me lo recojo en una coleta que hace que el moretón de mi mejilla destaque más, porque me harán trizas si creen que intento ocultar algo. En la planta baja, Todd está preparando café. Me mira. Coge dos tazas y me ofrece una. La aparta cuando niego con la cabeza.

—He preferido dejar a tu madre que duerma. No ha pegado mucho ojo durante el fin de semana.

—Lo siento —farfulto. Noto que se avecina una disculpa, porque Todd no es la clase de tío que lanza pullas y cree que me lo he tomado así.

Simplemente ha dicho la verdad. Mamá no ha podido dormir mucho durante el fin de semana y ha sido culpa mía—. ¿Se sabe algo de Penny?

—Solo que sigue desaparecida. —Se cruza de brazos y se apoya contra la encimera—. Apuesto a que aparece en la portada del *Grebe News*. Sin duda será el tema de conversación en el instituto.

—Sí.

—Seguro que mucha gente se sentirá aliviada por eso, después de la fiesta del lago.

A veces me dan ganas de preguntarle a Todd cómo se le da eso tan bien. Saber más de lo que deja entrever. Pero tengo el presentimiento de que se debe a todos esos años que pasó al margen después del accidente. Cuando lo único que puedes hacer es observar, ves cosas.

—Puede ser. En fin, será mejor que me vaya.

—Directa al instituto. —Emplea un tono tan firme que me sorprende, y también parece sorprenderle un poco a él—. Ve directa al instituto.

—De acuerdo.

Camino despacio. No tengo prisa por llegar allí. Cuando el edificio aparece por fin a la vista, mi cuerpo empieza a rebelarse, una parte de mí se justifica después de la otra. Noto un hormigueo en el pecho, se me acelera el pulso, se me cierra la garganta. Ha desaparecido una chica.

Que esa chica sea la única de la que hablen.

Reina la calma cuando llego al aparcamiento, una pausa entre llegadas durante la mañana.

Diviso algo que no encaja en la zona de los alumnos, tan siniestro como un perro negro: el Explorer de Turner. Hay vida más allá de la puerta principal, cuerpos moviéndose de camino a algún sitio. Veo a John y a Jane al fondo. Jane. Eso pasó hace menos de una semana.

Inspiro hondo y entro. Muchos ojos se posan sobre mí, me dedican largas y exhaustivas miradas que me hacen querer desaparecer, pero están hablando de Penny.

Mientras me miran.

Paso por delante de la secretaría y veo a Turner, el sombrío centro de un grupo de miembros del profesorado que no dejan de hacerle preguntas. La

boca del sheriff se mueve, pero su mirada se dirige hacia mí y no se aparta. Me brota un sudor frío en la parte posterior del cuello. No quiero que la gente me vea cerca de Turner, por lo que eso les llevaría a pensar. Dejo atrás unas taquillas, doblo una curva cerrada y entonces me encuentro en un rincón y Brock está cerca, en su taquilla. Me ve antes de que me dé tiempo a encontrar otro sitio donde meterme y, al principio, tengo la sensación de que no está seguro de lo que quiere hacer al respecto. Alek no lo acompaña. Penny no está. Yo, aquí.

Cierra la taquilla y me examina desde el moretón de la mejilla hasta la punta de los pies.

—Vaya —dice en voz baja—. Menudo revolcón te llevaste el viernes.

Mi corazón en un puño. Es un puño.

—Repíte eso, Brock.

—Por el alcohol —aclara—. Me refiero al alcohol. ¿Necesitas que alguien te lo cuente?

—¿Qué te hace pensar que necesito que me lo cuenten?

—Verás, el bueno del sheriff dice que no recuerdas una mierda. Pero yo podría explicártelo. ¿Quieres oírlo?

—¿Dónde está Alek?

—Eso no es asunto tuyo.

—¿Qué haces aquí si él no está? —le pregunto y se sonroja lo suficiente como para delatarse—. Ah. Te dijo que vinieras, ¿cierto? Estás aquí, porque él te lo dijo.

—Es lo que haría un amigo. Pero supongo que tú no lo entiendes, porque no tienes amigos.

—¿No se te ocurre nada mejor?

—Podría hacer cosas mucho peores.

Miro hacia el pasillo. No hay nadie más, estamos solos, y yo soy quien tiene que lidiar con esto. Brock da un paso al frente... y me alejo.

—Entonces, ¿te gustó? —pregunta en voz alta a mi espalda—. ¿El revolcón?

Todos guardan silencio en el aula de tutoría, incluso McClelland, que tiene las manos unidas y el ceño fruncido. Me siento al fondo de la sala y

observo entrar a los demás, con caras muy tristes. Miro las sillas vacías de Alek y Penny. Suena el timbre, pero no se oye el aviso para los anuncios de vídeo.

—Habrá una reunión especial —dice McClelland—. Hay una reunión especial... —Le echa un vistazo al reloj—. Ahora. En el salón de actos. Colocaos en fila y seguidme hasta all .

Hacemos lo que nos indica. Me recuerda al colegio de primaria, donde nos escoltaban de una clase a otra porque éramos demasiado pequeños para que nos permitieran hacer nada por nuestra cuenta.

Pero ahora se supone que somos lo bastante adultos como para cuidarnos solos.

El señor McClelland abre la puerta. La clase de la señora Leven est  alineada en el pasillo y desfilamos juntos, unos al lado de los otros, hasta el salón de actos. Nos indican las filas en las que debemos sentarnos, ni siquiera podemos elegir el sitio.

Mantengo la mirada clavada en el escenario. Hay tres sillas vacías detrás del estrado y, cuando todos se han sentado y bajan las luces, aparecen la directora Diaz, el subdirector Emerson y el sheriff Turner. Emerson y Turner ocupan las dos primeras sillas, pero Diaz se dirige al micrófono.

—Ojalá os hubiera reunido aquí en mejores circunstancias —nos dice—. Estoy segura de que la mayoría, si no todos, os habréis enterado de la desgraciada noticia en relación con una apreciada alumna de último curso. Con el fin de asegurarnos de que disponéis de la información *correcta*, consideramos que era preferible que la obtuvierais directamente de nosotros y de las autoridades locales. Penny Young ha desaparecido.

Y, aunque yo ya lo sabía, la noticia es como un jarro de agua fría, como si aún no me lo hubiera acabado de creer del todo. La sala se llena de un frenesí de susurros. Los profesores nos permiten comentar un momento lo que acabamos de oír.

Examino las filas de asientos y encuentro a Tina al lado de Yumi y Brock. Yumi est  llorando, pero Tina tiene una expresión enfadada en la cara, decidida. No recuerdo haber visto llorar nunca a Tina. Cuando algo le hace daño, se lo devuelve. No permite que esa sensación se apodere de ella.

—Todavía no estamos seguros de lo que pasó exactamente, así que no tiene sentido sacar conclusiones desagradables de forma precipitada — continúa Diaz. Pienso en lo que dijo Leon: casi cuarenta y ocho horas. Pero ahora ya han transcurrido más—. Sin embargo, si necesitáis hablar con alguien, el orientador está aquí para escucharos, al igual que todos los miembros del profesorado. Los Young cuentan con todo nuestro apoyo en este momento difícil. Rezaremos para que Penny regrese sana y salva. Ahora os hablará el sheriff Turner y espero que escuchéis lo que tiene que decir con atención y respeto.

Diaz se sienta y Turner se acerca al micrófono con una expresión tremendamente seria. Penny, la hija que nunca tuvo, la nuera que esperaba tener. Intento imaginarme a Alek, buscando desesperadamente a la chica con la que pensaba que acabaría casándose, mientras los demás estamos aquí esperando a que nos expliquen cómo desapareció. Anhele tanto que los Turner sufran, que lo aceptaré en cualquier contexto.

—Buenos días.

Turner nos examina, nos hace encogernos en nuestros asientos. Todo el mundo se siente incómodo cerca de un poli, como si pudiera adivinar todas las cosas horribles que hemos hecho o hemos pensado hacer.

—Esto es de lo que tenemos noticia hasta ahora. Sabemos que vieron a Penny por última vez el viernes por la noche en la fiesta del lago Wake. Se marchó entre las diez y media y las once en su escúter, una Vespa blanca. Se suponía que debía llegar a la casa de su madre en Ibis, donde iba a pasar el fin de semana, pero no ha sido así. En este momento, no sabemos si Penny salió de Grebe ni si llegó a Ibis, pero hemos llevado a cabo búsquedas en la zona circundante y seguimos haciéndolo en este momento. Estamos trabajando con la oficina del sheriff de Ibis y contamos con su completa colaboración.

»Si alguno de vosotros tiene cualquier información... Si visteis algo sospechoso en persona, si visteis u os enterasteis de algo por internet, en las redes sociales la noche de la fiesta o después, si hablasteis con Penny y os dijo algo que creéis que podría ser relevante, uno de mis ayudantes estará en la oficina de administración del instituto hasta el mediodía y, por

supuesto, podéis llamar por teléfono a la comisaría en cualquier momento. Contamos con un número para llamadas anónimas. Si sabéis algo, os animamos a contarlo lo antes posible. El tiempo es esencial en estos casos.

—¿Eso quiere decir que creen que la han secuestrado?

Lo pregunta un chico que está sentado en algún lugar de la parte delantera.

Diaz se pone en pie y su voz retumba por la sala sin la ayuda del micrófono.

—¿Lex Sanders? Aquí no hay ronda de preguntas. Ven a verme a mi despacho cuando esto acabe.

—Os hemos contado lo que podemos —continúa Turner—. Nadie ha visto ni ha tenido noticias de Penny desde el viernes por la noche. Una vez más, debo recalcar la importancia de que compartáis cualquier información que penséis que podría resultar útil para ayudarnos a encontrarla. Gracias.

El sheriff Turner regresa a su asiento y Diaz ocupa de nuevo el estrado.

—En un momento como este, espero que respetéis a vuestros compañeros y a las personas que conocen y aprecian a Penny Young. Cuando tengamos más información, os la transmitiremos. En lugar de asistir a la primera clase, vamos a aprovechar esta oportunidad para procesar la noticia juntos, como una comunidad escolar.

Nadie hace ni un ruido hasta que Diaz regresa a su asiento. Emerson y Turner se inclinan para murmurar entre ellos en voz baja y entonces la sala entera cobra vida y no puedo asimilarlo todo a la velocidad a la que ocurre. Nuestra preciosa rubia. Lloran por ella y se retuercen las manos de un modo que nunca harían por mí. Esto es lo que ocurre cuando una chica sufre un destino que nadie cree que merezca.



Prewitt se encuentra de pie delante de nosotros en la polvorienta pista de atletismo, con la tablilla sujetapapeles debajo del brazo.

—Ya sé que es duro, pero debéis mantener la cabeza fría. La clave está en la concentración. Así encuentran a la gente. —Carraspea—. Hoy, quiero que seáis más rápidos. Mejores que nunca. Batid vuestra propia marca personal y contádselo a Penny cuando regrese.

Me parece algo bastante estúpido, pero puede que hubiera sido peor si no hubiera dicho nada. Nos colocamos en posición y el breve y agudo sonido del silbato nos da la salida. Corremos en silencio, nadie intenta siquiera charlar entre jadeos. Pero yo no consigo acallar mi mente. Mis pensamientos son como una serpiente que se muerde la cola. Penny, el lago.

Penny. Estoy muy cabreada con ella. Estoy cabreada con ella por ir a la cafetería, por hacerme ir al lago y juraría que... eso me hace correr más rápido. Más rápido que nunca.

Regresa, Penny. Déjame decirte todo esto.

En el vestuario, mientras me quito la camiseta y los *shorts*, siento que me observan y, al darme la vuelta, Tina está apoyada contra su taquilla, mirándome. Está a medio desvestir y le brilla la cara de sudor

—¿Lo tenías planeado? —me pregunta.

—¿Qué?

—Que Penny desapareciera la misma noche que te comportas como una mamarracha de mierda en el lago. Porque, si ella estuviera aquí, ahora estaríamos hablando de eso.

—Nunca he visto que nada te impida darle a la puta lengua.

—¿Sabes el pedo que llevabas? Fue la mejor imitación de tu padre que he visto. —Baja la mirada hacia mi pecho—. Bonito sujetador, por cierto.

Me cruzo de brazos, pero no digo nada. No sé si se refiere al que llevo ahora... o al que llevaba entonces.

—¿Qué se supone que significa eso?

Tina se aparta de la taquilla. Las otras chicas se desvisten a nuestro alrededor con sigilo. No quieren que ni un susurro de tela se interponga en lo que están oyendo.

—¿Sabes qué me dijo Brock?

—Sabe Dios.

—Grey se marcha de la fiesta. —Lo dice dirigiéndose a Yumi, a todas—. Ya visteis lo hecha mierda que estaba. Se larga y deambula hasta casi llegar a Godwit. Su madre denuncia su desaparición. Leanne Howard la recoge en el camino a la mañana siguiente. Tuvo a la mitad del departamento buscándola. A la mitad.

Miro en dirección a las duchas y, después de hacerlo, me doy cuenta de que estoy esperando que Penny le ponga fin a esto, que aparezca («¡Llevo aquí todo el tiempo!») y nos diga que nos callemos o algo así, porque, aunque no solía defenderme, tampoco estaba siempre de humor para las

gilipolleces de Tina. Me entristezco y ni siquiera puedo fingir que no sé por qué.

Echo de menos la molesta sensación de tener a Penny en mi vida.

—Se emborracha y coge el coche. Se emborracha, no puede conducir y se va caminando. No nos olvidemos de que también miente. Constantemente. La chica que acusa a otros de violación y la mitad del departamento estuvo buscándola el sábado por la mañana. Trajeron a Grey a casa. Pero a Penny no.

Me vuelvo de nuevo hacia la taquilla y cojo mi ropa. No me pienso quedar aquí soportando esto. Me pongo los *shorts* y me los abrocho.

Pero Tina no ha terminado, ni hablar.

—Esperemos que no fuera la mitad que podría haber cambiado las cosas —sentencia.

Y ahora esa idea está en sus mentes, que obstaculicé la búsqueda de Penny. Siento cómo un nuevo nivel de odio comienza a brotar en ellas. Me pongo la blusa e intento dejar la mente en blanco mientras el vestuario se llena de susurros maliciosos.

Oigo que una chica dice:

—¿Por qué ella?

Cuando llego a casa, voy a mi habitación, me siento en el escritorio y abro el portátil.

Las palabras del sheriff Turner me han perseguido durante todo el día, me han hecho sentir estúpida. «Si visteis u os enterasteis de algo por internet, en las redes sociales la noche de la fiesta o después...» Borré todas mis cuentas hace un año, pero debería haberseme ocurrido esto: si era malo, si me emborraché tanto como dice Tina, encontraré algo de mí, de mi noche, en el último lugar en el que quiero verlo.

Abro un buscador y vacilo un buen rato, mordiéndome el labio.

Necesito acabar con esto de una vez.

Así que acabemos con esto de una vez.

Sé qué páginas visitar, dónde están todos en mi instituto, porque yo solía estar en esos sitios con ellos. Podría empezar buscando a una chica con mi nombre, pero no estoy preparada para ser tan específica. En cambio, escribo un *hashtag*: «#LagoWake». No obtengo nada. Por supuesto que no serían tan evidentes, pero necesitarían algo, algo que los uniera por internet, para que ninguno se perdiera ni un solo momento de la fiesta a la que asistieron todos.

Lo encuentro.

«#Despierta»

Clico y una historia se desarrolla por medio de actualizaciones de estado.

Paso una semana de mensajes de expectación («me muero de ganas de ir a #LW #sí #Despierta») hasta que llego a la fiesta propiamente dicha. Empieza con Andy Martin, que publicó una foto de una mesa llena de vasitos de plástico, la mitad de ellos llenos hasta el borde de un líquido color ámbar. Doy un respingo al ver las hileras de chupitos y me da miedo que eso signifique que es un recuerdo. ¿Me bebí uno?

Andy la titula: «preparativos #Despierta».

A continuación, una foto de la tranquila superficie del lago, también de Andy.

«#DESPIERTA»

Todos lo hacen.

Bajo por la página, dejando atrás todo lo que no significa nada para mí. Selfis de ropa, selfis de «De camino», selfis de «En el lago». Son interminables y, hace mucho tiempo, también habría algunos míos. Me habría sumado a los demás, deseando que llegara la fiesta, con la sensación de que no podría ocurrir nada malo, y puede que antes... hubiera sido así.

Veo hileras de luces colgadas de los árboles, el lugar donde estaban aparcados todos los coches, rastros borrosos de personas moviéndose, demasiado rápido para una cámara. Casi puedo oír la música...

Aparecen fotografías de Penny y Alek, una tras otra. Sus rostros consiguen sobresaltarme porque estoy muy concentrada buscándome a mí

misma. Hay fotos de ellos hechas a toda prisa, a algunas les han aplicado filtros para darles un aspecto más intencionado. Es como si todos quisieran un trocito de ambos, desesperados por sacarle una foto a la pareja más glamurosa, con la esperanza de que alguno de ellos le dé más tarde a «Me gusta» o la agregue a favoritos para así poder sentirse ellos también un poco glamurosos.

Bajo y bajo, hasta que mi nombre aparece de pronto en la pantalla.

«quién invitó a grey? #Despierta»

Hay una foto borrosa... ¿De mí? Reconozco la blusa, la falda. Ay, Dios mío. Soy yo. Aquí. Aquí, aquí, aquí. He llegado a la fiesta. El corazón me late rápido, más rápido que después de correr. Estoy aquí, estoy en el lago. Ahora. Entonces. Trago saliva y bajo por la página, dejando atrás a otras personas viviendo sus propias noches. Aproximadamente una hora después de mi llegada, una actualización de estado aparece ante mis ojos y me hiere.

«cómo puede una chica emborracharse tanto en una hora? #vaya #talento #Despierta»

No significa que fuera yo. No significa que fuera yo, pero la acusación recae sobre mí porque ¿por qué no podría haber sido yo? ¿Por qué no podría referirse a mí? Me empiezan a temblar las manos. Sigo bajando hasta que aparece otro nombre conocido. No es el mío, pero me duele tanto como una patada en el estómago.

«Paul Grey está BIEN representado esta noche #Despierta»

Lo publicó Tina. Mucha gente lo ha guardado en favoritos.

No hay nada más durante un rato. Todos los demás, estrellas de sus propias películas, se comunican entre sí mediante comentarios con @, para saber qué está pasando en algún sitio e ir allí. Estoy buscando momentos en los que yo haga de extra y entonces...

«madre mía mamarracha borracha junto a la hoguera #Despierta»

Y todos aquellos que no están junto a la hoguera quieren saber «quién???»

Abro la conversación.

«RG»

Todo desaparece menos esas iniciales, mis iniciales, enlazadas una y otra vez por mis compañeros de clase. Así es como me prometió Tina que me comporté en el lago, como una mamarracha borracha. Observo los comentarios, deseando con todas mis fuerzas hacerlos desaparecer, a ellos o a mí misma, porque no quiero estar en un mundo donde soy esas palabras, donde fui esas palabras. ¿Y qué hay detrás de ellas? ¿A qué se refieren? ¿Qué estaba haciendo? Mi mente sigue exasperantemente en blanco. No me permite acceder a esa noche. Reviso el resto de *hashtags* de «#Despierta» buscando algo más, algo peor. Hay fotos, muchas fotos. Las repaso rápidamente, obligándome a mirar, pero no hay ninguna de mí, solo actualizaciones que podrían referirse a mí.

«qué patético #Despierta» y «estúpidas zorras borrachas #Despierta»

Me viene un recuerdo de la voz de Penny, suave y burlona.

«No hiciste ninguna estupidez, ¿verdad?»

¿Lo hice?

Sigo buscando, pero lo único que veo es «#Despierta #Despierta #Despierta #Despierta» y luego, horas después de los comentarios sobre mí, horas después del momento en el que creo que ya debo haberme ido, Alek hace la pregunta que ahora está en boca de todos:

«¿Dónde está @PennyYoung?»

Clico en la página de Penny y encuentro la última actualización que publicó. Está marcada con la hora a la que empezó la noche, después de hablar conmigo en la cafetería.

«Estoy aquí»



En Swan's, Tracey me hace ir a su oficina.

Está sentada detrás del escritorio, con una expresión muy severa, y se me revuelve el estómago al pensar que va a preguntarme por Penny, qué hacía Penny aquí la misma noche que las dos desaparecimos, porque a Holly no se le pasa nada por alto. A estas alturas ya tiene que haber caído en la cuenta y habérselo contado a todos.

Pero Tracey no saca el tema.

—He despedido a gente por menos de lo que hiciste tú —me dice—. Pero me alegro de que estés bien. Considéralo una advertencia. Ahora sal ahí y ponte a trabajar.

—Gracias —respondo.

Entro en la cocina, con la piel hormigueándome por la reprimenda. Odio que me echen la bronca como si fuera una niña. Cuando Holly entra, me preparo para más de lo mismo, pero pasa a mi lado, coge su delantal y se lo pone sin decir ni una palabra.

—Hola, Holly —la saludo.

Ella se dirige a la cafetería. No quiere hablarme y eso me hace pensar que Penny debe habersele borrado de la mente, debe haberse convertido en una rubia sin rostro que solo estaba de paso, como muchas otras.

El hecho de que Holly me haga el vacío es contagioso. Algunas de las otras chicas me ignoran de forma deliberada. Incluso la actitud de las que no suelen hablar conmigo ha empeorado. Miro a Leon, a quien no se le escapa nada de esto.

—¿Un descanso, luego? —le pregunto, porque quiero que él me haga olvidar todo esto, aunque no me refiero a que lo haga recorriéndome con las manos... Aunque creo que también quiero eso.

—Será mejor que no —contesta. Le dice a Annette que vigile la parrilla un segundo y entonces se acerca a mí. Baja la voz—: Trabaja durante tu descanso.

—¿Qué?

—Trabaja durante tu descanso, Romy —me repite—. Ahora que has vuelto, todas tienen tiempo para estar enfadadas por haberte largado. Deja que se les pase y demuéstrales que no vas a holgazanear.

—Pero no estaba... No fue por eso.

Me dirige una mirada que me hiere, pero... En su versión del viernes por la noche, supongo que eso fue lo que pasó.

—Ya sé que es un rollo, pero míralo de este modo: están enfadadas porque se preocupan por ti.

—Vale.

—Lo digo en serio. Holly estaba hecha polvo. Salía a ocuparse de sus mesas y, cuando volvía a entrar, se derrumbaba. Tienes que dejarlas estar enfadadas y tienes que procurar compensárselo.

—Entonces, trabajaré durante mi descanso.

—Eso ayudará, sobre todo con Tracey. Puede que te cueste más ablandar a Holly, pero cambiará de opinión y, cuando lo haga, todas las demás se calmarán —me asegura—. Y, luego, no puedes volver a hacer nada tan estúpido.

Noto un tono áspero en su voz cuando lo dice, y supongo que puede que él también esté todavía un poquito cabreado por todo el tema.

—Gracias por el consejo.

—No voy a venir mañana. Tengo que llevar a Caro a ver a su *doula*.

—¿Qué es una *doula*?

—Apoyan a la madre, durante el embarazo y el parto. De un modo emocional, más que médico. Caro dice que la ayuda mucho.

—¿Cuánto le falta?

Annette le hace señas para que regrese a la parrilla. Él asiente con la cabeza.

—Está a punto de salir de cuentas. Ese bebé no parece tener prisa por nacer.

—¿Te extraña?

Leon suelta una risita, como si hubiera sido un chiste.



Avanzo con dificultad en medio del calor que me seca la piel y los ojos. No tiene fin. Vamos a transformarnos en polvo deseando habernos preocupado por el clima antes y tal vez eso no sea lo peor. El feo instituto de Grebe aguarda más adelante y, hasta que no me encuentro en medio del aparcamiento, no me doy cuenta de que han desmontado a Jane y a John.

Hay un inquietante espacio vacío donde solía estar el espíritu escolar. Penny se ha ido y se lo ha llevado con ella. Dentro, hay un tablón de anuncios junto a la escalera y, ahora que ha pasado la fiesta, hay una nueva llamada a la acción.

ENCONTRAR A PENNY

VEN A LA BIBLIOTECA ANTES DE LA PRIMERA CLASE O DURANTE EL ALMUERZO PARA SABER CÓMO PUEDES AYUDAR

Despierta.

Debajo hay una fotografía de Penny. De algún modo, la hace parecer menos real. Sus ojos y su sonrisa son inexpresivos, tiene el pelo tan pixelado por la ampliación que ha perdido su brillo. Cierro los ojos e intento imaginármelo de otro modo. En lugar de su cara, veo un cartel que dice: «ENCONTRAR A ROMY». Me pregunto qué se siente cuando te echan de menos. Dondequiera que esté Penny ahora, tiene que saber lo que ha inspirado, que la están buscando porque la gente quiere que vuelva. ¿Qué pasaría si se tratara de mí? Tal vez se olvidaran. Tal vez les cayera mejor. ¿Eso sería posible? Creo que estaría dispuesta a ocupar su lugar para averiguarlo. En cualquier caso, conseguiría desaparecer.

La puerta se abre detrás de mí y luego un hombro me golpea en la espalda, empujándome hacia delante. Estoy demasiado apartada para haber sido un accidente, y cuando me giro... Tina.

—Han organizado una partida de búsqueda con voluntarios —me informa—. La próxima semana.

—¿Y qué?

—¿Vas a ir?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Es lo mínimo que puedes hacer.

—¿En serio?

—Me da igual quién esté ahí fuera buscando a Penny, mientras la estén buscando.

—Tal vez deberías comprobar si Alek opina igual —comento. Se pone colorada de vergüenza, no lo había pensado bien—. ¿Ya ha regresado?

No me contesta, así que ha regresado. Me sorprende que Alek no haya envuelto el instituto con su dolor, que no lo haya pintado de negro. Tina se queda mirando el cartel.

—Deberías haber sido tú —dice.

Siento tantas ganas de contratacar que tengo que mordirme la lengua. Algunas personas más entran y empiezan a congregarse en el tablón. Aprovecho la oportunidad para librarme de esta conversación, así que me alejo.

—¿Visteis el último comentario que publicó? —Le oigo decir a una chica.

—¿Quién? —pregunta Tina.

—Penny. Qué mal rollo.

Me encuentro en mi taquilla cuando alguien murmura a mi espalda: «La zorra que le hace perder el tiempo a la gente». Me doy la vuelta y ahí está Trey Marcus, con la mirada fija al frente, como si no hubiera sido él. Supone otro golpe, y tengo claro que debo devolverlo como pueda, aunque eso signifique ponerme en situaciones en las que no quiero estar. Me dirijo a la biblioteca. Me involucraré en su campaña, a ver quién me llama eso de nuevo a la cara entonces.

Van a tener que elegir.

El expositor de «Lecturas obligatorias» ya no está y, en su lugar, han colocado tres mesas juntas. Una pequeña multitud se ha congregado delante y, de pie detrás de las mesas, están Alek y Brock. Este se mantiene tan cerca de su amigo que podría ser su titiritero. Le murmura algo al oído a Alek, el cual asiente con la cabeza con aire sombrío. Intenta mantenerse erguido, parecer un hombre al mando de una crisis, pero no lo consigue. Es «el novio afligido». Su ropa, que suele estar planchada a la perfección, está arrugada y tiene un aspecto marchito, como si hubiera pasado toda la noche despierto sin quitársela. Tiene sombras oscuras bajo los ojos inyectados en sangre y el rojo hace que el verde de los iris parezca más intenso. Sus labios son tan pálidos como su cara. Empezará a pudrirse pronto. Si ya está tan

mal, y esto solo es el principio... Si ella no regresa, permitirá que esto lo devore hasta que no quede nada de él. Endereza un poco la espalda e intenta mantener la compostura. Me pregunto quién haría eso si se tratara de mí. ¿Quién estaría detrás de esta mesa, con aspecto de sentirse apenado, aunque sea un poco?

Ella.

Hay una cesta de lazos blancos delante de Alek, para que nos los pongamos. (¿De qué color serían los míos?) Un montón de carteles de «DESAPARECIDA» y una hoja de inscripción. Andy Martin merodea cerca, con la pesada cámara colgada del cuello. Toquetea el disparador con el dedo, como si no estuviera seguro de si debería estar sacando fotos de esto, para el anuario.

Todos me miran mientras me acerco despacio a la mesa. Todos. A Alek se le atasca la respiración en la garganta. Lo oigo, la contracción. Brock estira el brazo y aparta los lazos. Agarro la cesta antes de que pueda alejarla por completo de mi alcance. Cojo un lazo y me lo engancho a la blusa.

—Quítatelo inmediatamente —me ordena Alek. Voy hacia los carteles y agarro un puñado. Alek intenta arrebátármelos, pero se detiene cuando me los aprieto contra el pecho. Inspira hondo—. Quítate el lazo y devuelve eso.

—No. Tina me dijo que debería ayudar.

Alek mira a Brock y sé que a Tina le espera una buena bronca luego, así que mi trabajo aquí ha terminado. Cat Kiley se acerca, apartándome de en medio. Clava sus ojos de corderito en Alek.

—Siento mucho lo de Penny —le dice.

—Gracias —contesta Alek con un hilo de voz. Sigue mirándome fijamente.

—Pero regresará. Estoy segura. —Señala con la cabeza la hoja de inscripción situada al lado de los carteles—. ¿Qué pasa cuando anote mi nombre?

Todo esto está resultando demasiado para Alek, así que Brock se hace cargo.

—Dejas tu *e-mail* y tu número de teléfono, y te enviaremos cualquier novedad relacionada con Penny o peticiones de colaboración, como pegar

carteles por los alrededores, y nos mantendremos en contacto sobre la partida de búsqueda con voluntarios en el lago el lunes que viene. Los temas importantes como la partida de búsqueda también aparecerán en el grupo de anuncios para los alumnos del instituto, pero Diaz nos pidió que no lo colapsáramos, así que...

—Un momento, tenía entendido que la policía ya había registrado esa zona. ¿Creéis que pasaron algo por alto?

—Estoy seguro de que el sheriff Turner no pasó nada por alto — contesta Brock—. Pero no viene mal echar otro vistazo.

Ella se pone colorada.

—No pretendía insinuar eso.

Cat garabatea su nombre y luego se marcha a toda prisa. Cojo el bolígrafo. Está caliente debido a su mano. Miro fijamente el papel. Creo que me he equivocado. No debería haber venido, pero ya es demasiado tarde para arrepentirme.

Anoto mi nombre.



—**Fui al lago.** Ahora las cosas ya se han calmado por allí.

Así me saluda mi madre cuando regreso a casa del instituto. Está en la puerta, como si llevara allí horas. Me la imagino escudriñando la calle, esperando vislumbrarme, sin acabar de creerse que llegaré a casa hasta que *esté* en casa, justo delante de ella.

Saco los carteles de «DESAPARECIDA» de la mochila antes de tirarla al suelo, para que no se arruguen.

—Busqué en todas partes —me dice—. Pero no encontré tu móvil.

—No hacía falta que hicieras eso. Gracias.

Ella me aprieta el hombro.

—Todavía podría aparecer. Es rojo y tiene tu nombre grabado. Sería difícil pasarlo por alto, si no acabó en el agua.

—No estuve cerca del agua.

Pero no sé si eso es cierto. Quiero creer que sí. Quiero creer que, pasara lo que pasase en el lago, a pesar de lo que me digan a la cara o escriban en internet, hubo momentos en los que mantuve la sensatez, aunque se tratara de algo estúpido como no acercarme al agua estando borracha.

Mamá parece sorprendida.

—Ah, ¿no?

Vacilo.

—No.

Pero eso me delata y veo en sus ojos toda la compasión que no quiero. Los carteles que llevo en la mano se convierten en una distracción perfecta. Le entrego uno y ella lo sostiene con tanto cuidado como si fuera un recién nacido, deslizándolo por un lado del rostro pixelado de Penny.

—Deberías llevarlos a Swan's, si todavía no hay ninguno allí.

—Sí.

Pero no me llevo los carteles a Swan's. Al principio.

Los apoyo en mi escritorio y es peor tenerlos allí, porque no dejo de pensar en la otra cosa que me dijo Tina, que la mitad del departamento del sheriff estuvo buscándome. «Esperemos que no fuera la mitad que podría haber cambiado las cosas.» Puede que algún camionero haya visto a Penny y, como visitan la cafetería, lo único que impide que lo cuente es si los carteles están colgados o no. No sé qué hacer. Simplemente quiero que las dos (Penny y Tina) ocupen menos lugar en mis pensamientos, así que me rindo y llevo los carteles al trabajo y Tracey me da permiso para pegarlos en el tablón de anuncios de la entrada. Tracey mira la espantosa foto en blanco y negro de Penny y la ve llena de vida de una forma que a mí me resulta imposible. Murmura «Qué guapa, es muy guapa» y eso me hace sentir que el alcance de esta tragedia es directamente proporcional al aspecto de Penny. Le pido el lunes libre, para la partida de búsqueda, aunque todavía no he decidido si iré. Ella contesta «Por supuesto» y, mientras salgo de su oficina, añade:

—Estas cosas le hacen a uno pensar, ¿no? Tienes suerte, Romy.

Me pregunto si eso significa que piensa que soy lo bastante guapa para resultar tan trágica.

Pero digo «Sí», porque eso es lo que quiere que le conteste.

Leon tiene tiempo antes de que empiece su turno, así que me ayuda a colocar los carteles, encargándose de la cinta adhesiva mientras retiro folletos desfasados para hacer sitio.

—¿Cómo van las cosas en Grebe? —me pregunta mientras pega las esquinas del cartel de Penny.

—Como cabría esperar. —Coloco otro cartel justo al lado del que acabo de poner. La gente pasará por alto uno, pero puede que no dos o tres—. Tristes. Han organizado una partida de búsqueda con voluntarios el próximo lunes. ¿Cómo fue la cita con la *doula*?

Leon hace una mueca.

—Fue asqueroso. A ver, estuvo bien. Pero ahora sé que existe algo llamado tapón mucoso. Así que...

—Oh. Puaj.

—Y que lo digas. No me importaría haber tardado un poco más en enterarme.

—¿Cómo lo lleva Caro?

—Cada vez está más callada —comenta. Pega la última esquina del tercer cartel, esbozando una leve sonrisa—. Nunca he visto a mi hermana callada. —Señala con la cabeza hacia la cocina—. Tengo que prepararme. ¿Vienes ya?

Le digo que iré en un minuto y cojo la cinta adhesiva que tiene en las manos. Me quedo mirando los carteles un buen rato. Tres alineados, uno al lado del otro, casi como una obra de arte moderno. Pero me parece que eso es bueno, es llamativo. Me pregunto qué aspecto tienen al entrar, así que salgo, caminando de espaldas hasta que no puedo ver los carteles por la puerta, y luego avanzo como si fuera alguien que viniera a comer algo. Quiero saber el momento exacto en el que mis ojos detectan la palabra «DESAPARECIDA» y la cara de Penny... pero entonces Holly sale y me bloquea la vista.

—¿Vas a volver a dejarnos colgados? —me pregunta. Es la primera vez que me habla desde el viernes por la noche.

Señalo los carteles situados detrás de ella.

—Solo quería comprobar qué aspecto tenían.

—Dijiste que no la conocías.

—¿Qué?

Holly se cruza de brazos.

—Penny Young. Estuvo aquí, ese viernes. En cuanto la vi en el periódico, la reconocí. Te sentaste frente a ella en esa mesa y luego las dos os disgustasteis por algo y las dos os fuisteis, una después de la otra. Ahora ella ha desaparecido. Estaba esperando a que dijeras algo al respecto, pero no ibas a hacerlo nunca, ¿verdad?

Se me para el corazón. Creía que Holly no se había fijado en Penny, pero Holly se fija en todo. Fui una estúpida al creer que podría ocurrir.

—No —contesto al fin—. No iba a hacerlo.

No se esperaba una respuesta sincera. La pilla lo bastante desprevenida como para permitirme pasar a su lado. Me detiene.

—Romy, espera un momento...

—Déjalo estar, Holly.

Pero otra característica de Holly es que no sabe cómo dejar estar nada. Me sigue hasta la cocina, pisándome los talones. Cuando nos encontramos detrás de la puerta, empieza a sermonearme.

—¿Le contaste al menos a la policía que estuvo aquí?

Eso hace que todos nos miren. Leon gira la cabeza hacia mí. Las chicas que se encaminaban hacia la puerta (blocs de pedidos y lápices en mano) se detienen a oír lo que Holly tiene que decir.

—¿Le comentaste a la policía que Penny Young estuvo aquí? —exige saber de nuevo.

Paso de cero a cien, en un segundo exacto.

—Holly, ¿por qué no *cierras el pico*?

—¡Eh! —exclama Leon bruscamente y Holly se queda boquiabierta, porque es la primera vez que le hablo mal. Leon deja la espátula a un lado y se limpia las manos en el delantal—. ¿De qué va esto?

—Penny Young estuvo en esta cafetería la noche que desapareció —le explica Holly, señalándome—. Ella fue la clienta a la que Romy atendió, antes de largarse, y me dijo que no la conocía. Ahora me pregunto si habrá sido igual de sincera con la policía. —Me mira—. No puedes andarte con tonterías con este tipo de cosas, Romy. Es algo serio.

—Y, además, no es asunto tuyo —protesto—. Sí, se lo conté a la policía, pero este no fue el último sitio en el que la vieron, así que dio igual, y no soy tu hija, joder, ni trabajo para ti, así que déjame en paz.

Salgo de la cocina hecha una furia. Uso la puerta trasera, que se cierra detrás de mí. Le doy una patada al contenedor de la basura. Mi pie choca contra el metal con fuerza y el efecto del impacto me sube por las piernas. Hoy ha faltado muy poco, como cuando mi madre casi se monta en el coche con Todd el día que él tuvo el accidente. No debería haber colgado esos carteles. Intento hacer algo bueno por una chica que nunca me hizo ningún favor y las cosas acaban empeorando. Que te den, Penny. Que... que te den.

Me froto la palma de la mano contra la boca y entonces me entra el pánico, tan arraigado después de un año de hipervigilancia («Te despintaste los labios, arréglalo») que me llevo la otra mano al bolsillo, encuentro el pintalabios y lo deslizo por el contorno de mi boca, porque, después de un año de hipervigilancia, conozco su forma lo bastante bien como para poder hacerlo sin espejos.

Leon sale justo cuando termino. Me guardo el pintalabios en el bolsillo y me aparto del contenedor. Intento parecer arrepentida, pero sé que no será suficiente.

—¿Qué diablos ha sido eso?

—Holly me estaba pinchando.

—No. Te estaba haciendo una pregunta. Una buena pregunta —me interrumpe—. No puedes hablarle así. Ya sabes toda la mierda que tiene que soportar en su casa, Romy. Venga ya. No se merece esto.

—Yo tampoco me lo merezco. Me estaba pinchando —repito, porque no sé qué más decir, pero tengo que recurrir a algo para que la conversación no termine con su reprimenda, porque, entonces, me enfadaré tanto que haré alguna tontería. No necesito que ningún chico me diga cómo hablarles

a otras personas, pero tampoco quiero comportarme como una tonta con Leon.

—Eso no es lo que yo he visto —insiste él.

—Eso es lo que yo he sentido.

Leon suspira y levanta la mirada, como si estuviera arrancando del cielo las palabras que quiere pronunciar a continuación. Espero que sean las correctas.

—Creo que no entiendes por lo que nos hiciste pasar. Te largaste en medio de tu turno para *emborracharte*. Piensa en eso un segundo...

—Leon...

—No, tú piensa en ello.

Cierro la boca, pero no consigo pensar en eso. Puede que me emborrachara, pero no abandoné mi turno para acabar así, Leon. Y todo lo que pasó después... tampoco lo tenía planeado.

—Hay personas ahí dentro que quieren darte el beneficio de la duda, porque les cuesta creer que hicieras algo así. No lo estás poniendo fácil esta noche, Romy.

—Ella tampoco.

—No te lo debe. Y no es la única a quien se lo estás poniendo difícil.

Está enfadado conmigo. No. ¿Ahora es cuando pierdo a Leon? No quiero perderlo. Es el chico que paró y yo soy la chica por la que paró y ¿qué será de ella sin él?

—Oh —exclamo.

Me presiono la cara con las manos y me divido en dos. Aparto la mitad que contiene la verdad, porque es la parte que quiere estar enfadada con él por lo equivocado que está a causa de todas las cosas que no sabe. Me concentro en la parte que le he mostrado. Faltan muchas cosas, pero es mejor que sea así. Y, mientras falten, eso hace que todo lo que me está diciendo ahora sea... lo correcto. Tomo aire.

—Tienes razón. —Bajo las manos—. Tienes razón. Lo siento.

Mi disculpa parece aliviarlo muchísimo, como si le preocupara que yo convirtiera esto en una pelea aún más grande, como si también le preocupara que esta fuera la parte en la que lo perdía.

—No es a mí a quien tienes que pedirle perdón.

—Tienes razón otra vez.

Se acerca un poquito más.

—¿Estás bien?

—Claro. —Nos miramos el uno al otro y algo en la preocupación que veo en sus ojos me da ganas de zarandearme a mí misma. El hecho de que ya no esté enfadado conmigo no significa que ya haya arreglado esto, como debo hacerlo—. Pregúntame por Penny, si quieres.

—Pero no quieres contármelo. Porque no me lo contaste.

—¿Y si no lo hago?

—Bueno, no puedo obligarte, y si no me lo cuentas... es lo que hay. Pero deberías tener presente que se interpondría entre nosotros. Y no me gustaría que pasara eso.

No, claro que no. No tengo que contárselo, pero no hacerlo dejaría este tema abierto de un modo incómodo, aguardando a que lo retomemos, lo hagamos algún día o no. Y probablemente acabaría con nuestra relación, si no lo hacemos. Así que ahora no me queda más remedio que mentir.

—Te conté que Penny y yo habíamos sido amigas.

—Pero no me contaste que estuvo aquí esa noche.

—Porque ya no somos amigas. Es decir, nos odiamos. —Me cruzo de brazos—. Cuando estábamos en tercero, nos peleamos por un... chico.

«Chico.» Esa palabra me sabe a sangre.

—El viernes, Penny vino a la cafetería para asegurarse de que yo...

La mentira inacabada escapa de mi lengua. Para asegurarse... ¿de qué? Para asegurarse de que yo... Veo a Penny allí en la cafetería, moviendo la boca, y recuerdo las cosas que me dijo. No puedo... No quiero darles voz. Hago a un lado ese recuerdo. Recurro a lo más mezquino que se me ocurre, porque a nadie le cuesta creer que una chica pueda ser mezquina.

—Para asegurarse de que yo no iba a ir luego al lago. Así de mal nos llevamos. Podría amargarle toda una fiesta con solo asistir. Me cabreó tanto que viniera a *mi* trabajo, invadiera *mi* espacio y arruinara *mi* noche, que se me ocurrió devolverle el favor. Fui al lago para hacer eso. No es una historia agradable. Sobre todo ahora. Y por eso no te lo conté.

La expresión de Leon es un tanto abatida mientras piensa en ello, así que puede que no me haya librado después de todo. ¿Quién quiere estar con una chica mezquina? Intento que no se me note el miedo que me provoca esa idea.

—No sabía que ella acabaría desapareciendo —añado.

—Bueno... no. Era imposible que lo supieras.

—Odio pensar en eso porque, ahora que ya no está, me doy cuenta... —Tengo que redimirme, pero estas palabras también me saben a sangre—: Me doy cuenta... de lo imbécil que fui.

Su expresión se suaviza.

—Bueno, en esta historia, Penny tampoco parece muy amable. —Hace una pausa—. Puedo hablar con Holly, si quieres.

Soy capaz de hablar por mí misma, pero todo lo que ha pasado esta noche me está afectando. Apenas ha empezado y ya estoy cansada y no sé si podría volver a contar la misma mentira ni la mitad de bien, y menos a Holly. Pero Leon podría hacerlo.

—¿Lo harías?

—Sí. Dame un minuto para explicárselo.

Cuando se dirige hacia la puerta, lo llamo: «Leon», y él se da la vuelta y lo miro...

Necesito decirle algo que sea verdad.

Quiero que haya algo entre nosotros que sea verdad.

—Me gustas —le digo—. No pretendía hacer que te resultara difícil sentir lo mismo por mí.

Leon vacila y luego... se acerca a mí y me besa la comisura de la boca antes de volver a desaparecer dentro. Ocurre tan rápido que mi corazón apenas se da cuenta al principio, pero, cuando lo asimila, es como si una pequeña parte de mi mundo se hubiera enderezado.

Sigo siendo ella.

Cuando estoy a punto de entrar, la puerta se abre y sale Holly, con un cigarrillo apagado entre los labios. Me quedo ahí plantada con torpeza mientras lo enciende. No me habla ni me mira hasta después de dar esa primera y larga calada. La saborea.

—No sabía que Penny Young y tú habíais tenido problemas. De haberlo sabido, tal vez habría reaccionado de manera un poco diferente.

—Yo no debería haberte hablado así. Lo lamento, Holly.

Ella asiente con la cabeza. Da un golpecito en el trozo de pared que hay a su lado. Me apoyo allí.

—Tienes razón —dice después de un minuto—. No eres mi hija, pero me preocupo por vosotras, maldita sea. Me preocupo por mi hija y las mierdas en las que parece empeñada en meterse últimamente. Me preocupo por Annette y ese fracasado con el que ha decidido irse a vivir. Me preocupo por ti cuando te vas por ahí y ahora me preocupo por esa tal Penny Young, a la que ni siquiera conozco, porque tengo una hija. Cada vez que le pasa algo malo a una mujer que conozco, eso es lo que pienso: «Tengo una hija».

—También tienes un hijo.

Ella niega con la cabeza.

—No es lo mismo.

—La encontrarán —afirmo—. Con vida.

Holly lanza el cigarrillo al suelo y lo pisa para apagarlo.

Cuando termina mi turno, salgo por la puerta delantera para intentar echarles de nuevo un minucioso vistazo a los carteles. Mis ojos se posan en Penny y los suyos se posan en mí, hasta que rodeo el edificio. Estoy soltando mi bicicleta del soporte cuando un camión se detiene a mi lado. Hay un lugar para aparcar tan cerca que no me doy cuenta de que el conductor me está hablando hasta que repite lo que ha dicho.

—Te he preguntado adónde vas tan tarde en esa bicicleta. —Me giro. El brazo le cuelga de la ventanilla abierta con gesto perezoso. Parece joven (treinta y pocos, tal vez), pero la clase de persona joven que ha pasado demasiado tiempo al sol. Se sorbe la nariz—. No es seguro andar por aquí tan tarde. Ha desaparecido una chica.

Me la imagino subiéndose a un camión como este. Subiéndose a este camión.

—¿Qué sabe usted de eso? —le pregunto.

Él sonríe, tamborilea con los dedos contra el exterior de la puerta durante un largo minuto, y luego sacude la cabeza y se aleja.



Todd se encuentra en el porche cuando llego a casa.

Está sentado en la silla de jardín, con los pies apoyados en la nevera portátil azul y una botella de cerveza a medio beber entre los muslos. Tiene la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos cerrados. Parece una buena vida y me resulta extraño valorar de forma positiva su modo de relajarse. Cada vez que veía un vaso o una botella en las manos de mi padre, todo mi cuerpo se preparaba para el inevitable drama de un hombre que no sabía cuándo decir basta. Con Todd... sé que parará aquí, en esta única botella, y, si no lo hace, no pasará de dos. Entreabre los ojos cuando empuja la puerta mosquitera.

—Tu madre está haciendo unos recados. ¿Qué tal el instituto?

—Como siempre.

Aunque, en realidad, no es cierto. La ausencia de Penny está cambiando el panorama y el instituto cada vez se parece menos a un lugar al que vamos a aprender y más bien da la sensación de que simplemente estamos allí para absorber la conmoción de lo que ha sucedido.

Esta mañana, he visto a Alek observarse en los anuncios de vídeo. Tenía la barbilla apoyada en las manos unidas y articulaba en silencio sus frases sobre la partida de búsqueda de la próxima semana al mismo tiempo que las pronunciaba en la pantalla. Fue como si se estuviera muriendo en dos realidades: en la tele y en carne y hueso.

Brock, que siempre espera a Alek entre las clases que no comparten, que siempre le hace de chico de los recados para cualquier cosa que pueda necesitar, que siempre proporciona una barrera entre su mejor amigo y el resto del mundo como si fuera un guardaespaldas, ahora ha adaptado esta rutina a la desaparición de Penny. Espera diligentemente junto a las puertas para que Alek no camine solo, hace cola en la cafetería y coge dos almuerzos para que Alek no tenga que recibir las empalagosas condolencias de los empleados que le sirven la comida en la bandeja y se hace cargo de cualquier pregunta sobre Penny que Alek no quiera contestar por sí mismo.

—¿Estás bien? —me pregunta Todd.

—Por supuesto.

Lo veo jugar con la etiqueta de la botella. Noto que no se lo traga, pero no sé cuál es para él la definición de «bien». Tal vez sea un estándar imposible que ninguno podemos cumplir. Además, a fin de cuentas, no veo en qué sentido no estoy bien.

Antes de que Todd pueda responder, el teléfono suena en la cocina y, medio segundo después, el timbre se repite en el piso de arriba. El teléfono fijo se remonta a la época de Mary. Mamá intentó convencer a Todd para deshacerse de él porque ahora todos tenemos móvil (bueno, la mayoría) y supone una factura más que pagar, pero él se niega. Afirma que el día que uno de nosotros necesite una ambulancia o algo así será el día en el que todos los móviles de la casa estén sin batería. Teniendo en cuenta nuestra suerte, creo que podría tener razón.

Todd se levanta despacio y entra detrás de mí. Lanzo la mochila al suelo mientras él va a la cocina a coger el teléfono.

—Bartlett al habla —dice y eso me hace sonreír. Ni siquiera sé por qué. Me quito los zapatos—. Eh, un segundo... Oye, Romy.

Cuando me doy la vuelta, Todd está en el pasillo, con el cable del teléfono estirado desde la otra pared de la cocina y el auricular apretado contra el pecho. Me mira de forma rara. Noto un hormigueo en la piel.

—Es para ti —anuncia—. De la oficina del sheriff.

La oficina del sheriff de Grebe está escondida detrás de la calle principal, frente a la oficina de correos. Me dirijo al pequeño edificio en bicicleta, me bajo y la dejo tirada en la acera, bloqueando la entrada. Titubeo en la puerta principal, con la palma de la mano apoyada contra ella. No es que espere que todo se detenga cuando entre. Las cosas seguirán su curso como siempre, pero todo el que me vea...

Cuando me marche, se pondrán a hablar.

Suspiro y entro en el gélido edificio. Hace tanto frío que tiritó y me froto las manos. Cruzo otra puerta y un detector de metales, y me dirijo al mostrador de recepción donde se sienta Joe Conway, el hijo menor de los Conway. Todd me contó que lleva trabajando aquí aproximadamente un mes y que «se lo cuenta todo a Dan», así que debo tener cuidado con lo que digo. No se me ocurre nadie peor para este trabajo. Joe me dedica una amplia sonrisa y me recorre el cuerpo con la mirada. «La hija de Paul Grey.» Eso es lo que está pensando. «La...»

No puede obligarme a hacerle frente a lo que sea que piense después.

—Leanne Howard me dijo que teníais mi móvil. Que lo encontrasteis en el lago.

Me mira, confundido. No le he dado ni tiempo a decir «Hola». Mira a su alrededor, como si no supiera qué hacer al respecto, y probablemente sea así.

—Voy a comprobarlo —contesta.

Se levanta y cruza una puerta de cristal esmerilado. Me apoyo contra el mostrador. No me esperaba que hubiera tanto silencio. Por algún motivo, creía que este sitio sería como en las películas, que la desaparición de Penny se habría adueñado del lugar, aportándole un ritmo frenético, pero no es el caso. Eso es lo que quiero ver, pienso. ¿Cómo van a encontrarla si no?

Cuando la puerta de cristal por la que se ha marchado Joe Conway se vuelve a abrir, aparece Leanne. Viste el uniforme completo. Tiene el pelo recogido en un moño y hoy se ha puesto mucho delineador de ojos. Lleva mi móvil en las manos y me alivia que algo de esa noche vuelva a su sitio.

—¿Necesitas mi carné?

—Creo que eres quien dices ser.

Deja el móvil sobre el mostrador, del revés, con las letras grabadas bien visibles.

«Romy Grey»

—¿Dónde lo encontrasteis? —pregunto mientras lo cojo.

—Lo encontraron unos chicos a poca distancia del camino, en unos arbustos —me explica—. Lo tenemos desde el domingo por la noche. Les dije que te llamaran para avisarte, pero... —Qué sorpresa, no lo hicieron—. Cuando me he dado cuenta de que todavía seguía ahí hoy, he decidido encargarme yo misma.

—Gracias.

—Me alegro de que tengas mejor aspecto que la última vez que te vi. ¿Estás mejor?

No sabría decir si es una pulla o no. Al mirarla, me parece amable, no cruel, pero mucha gente de este pueblo demuestra una amable crueldad. Contesto: «Claro», pero, en lugar de irme, algo me hace quedarme donde estoy, algo que necesito saber.

—¿Puedo preguntarte por Penny?

La puerta situada a su espalda se abre de nuevo y sale Joe. Antes de responderme, Leanne se vuelve hacia él.

—Joe, ¿puedes traerme esos informes que te pedí hace más de una hora?

El aludido se pone colorado.

—Iba a hacerlo después de...

—Déjate de excusas. Ve a buscarlos ya.

Lo observa marcharse de mala gana y no se gira hacia mí hasta asegurarse de que se ha ido, y juraría que la veo poner los ojos en blanco antes de hacerlo.

—¿Qué querías preguntarme sobre Penny?

—Llamaste ese fin de semana para avisarme de que no hacía falta que viniera.

—Así es. Hablé con tu madre.

—Entonces, ¿qué descubristeis que descartaba una conexión entre ella y yo?

Leanne hace una mueca.

—Romy, lo siento, pero no se me permite...

—Necesito saberlo —insisto y noto que se está preparando para negarse de nuevo—. Porque mucha gente me estaba buscando.

—Os estábamos buscando a las dos.

—Pero puede que, si no me hubieran estado buscando, la hubieran encontrado, y puede que eso hubiera cambiado las cosas. —Trago saliva—. O puede que no... pero necesito saberlo.

—Oh... Romy, cielo... —No, odio eso. «Cielo.» No se lo he pedido. Me aparto de su amabilidad, aferrando el móvil—. Si pudiera contártelo, lo haría. Lo siento, pero...

—Olvidalo, lo entiendo —farfullo porque, si no me da lo que necesito, no puede mirarme como si se compadeciera de mí—. Gracias... por el móvil.

Tengo la sensación de que Leanne quiere añadir algo más, pero Joe entra con una carpeta llena de papeles. Nos mira con recelo.

—Que tengas un buen día, Romy —me dice Leanne, apartando la mirada.



—**Todd me ha contado** que llamó Leanne —me dice mamá cuando vuelvo a casa—. ¿Has recuperado el móvil?

—Sí.

—Te dije que aparecería.

Voy a mi habitación, busco el cargador del móvil y lo enchufo. Me acuesto en la cama y echo una cabezadita mientras la batería se carga lo suficiente para que funcione y luego lo reviso. La pantalla está bien, pero la parte posterior y los laterales se encuentran un poco dañados, con arañazos. Me resulta raro mirarlo, sabiendo que lo localizaron mientras buscaban a Penny, algún rastro de ella.

Lo enciendo y empiezan a sonar avisos, uno tras otro.

Los mensajes de voz primero.

Cinco mensajes desesperados de mi madre.

«Romy, ¿dónde estás?»

«Estamos empezando a preocuparnos...»

Cuando llego al último, mamá se ha desmoronado y me suplica «Vuelve a casa, por favor» y me promete «No estoy enfadada contigo».

Todd también me llama. «Nos encantaría que te pusieras en contacto con nosotros, colega.»

No es fácil de digerir, esta prueba de que me quieren.

El último mensaje es de Leon.

«Hola, Romy. Espero que escuches esto.» Pausa y estática. Oigo un zumbido de fondo, como si estuviera conduciendo, y probablemente fuera así. «Por favor, llama cuando escuches esto. Por favor. Eh...» Pausa. «No quiero colgar.» Se ríe con torpeza. «Así que llama cuando escuches esto. O puede que te vea primero... Eso también sería genial. De verdad espero que estés bien.»

Esto es por lo que habría pasado la familia de Penny.

Esto es por lo que todavía están pasando, sus padres, Alek. Su amor reflejado en mensajes desesperados enviados al universo, esperando una respuesta, pero solo obtienen silencio...

Silencio.

Miro fijamente mi móvil hasta que empieza a volverse borroso. Las primeras lágrimas caen, me permiten enfocar la vista, y entonces me fijo en el último aviso. «1 BORRADOR»

Un *e-mail*, esperando que lo envíe.

Pero hace mucho tiempo que no envío un *e-mail* desde el móvil.

¿Me dejé una nota y estaba tan borracha que la puse ahí? Parece estúpido, improbable, pero ¿quién más iba a...? Me apoyo en ese pensamiento antes de que se forme del todo y me estrello contra el suelo.

¿Quién más iba a hacerlo, aparte de mí?

Encuentro el *e-mail* y lo abro.

En el campo «PARA» aparece la dirección del grupo de anuncios para los alumnos del instituto de Grebe. Cada vez que un alumno quiere anunciar

algo (reuniones de clubs, plazas de voluntariado, ofertas de clases particulares y, ahora, búsquedas de chicas desaparecidas) se les invita a ponerlo en el grupo y le llega a todo el instituto: profesores y alumnos. Después de que los alumnos empezaran a insultarse disimuladamente entre ellos y a los profesores por medio de los mensajes, se redactó un código de conducta y la directora Diaz se puso dura con ello. Cada vez que alguien hace el tonto en el grupo de mensajes, todo el instituto pierde algún tipo de privilegio. Para evitar todavía más cualquier uso impropio, también han permitido que se inscriban los padres. Es cosa nuestra decidir si queremos mostrarles la clase de monstruos que están criando.

El *e-mail* no contiene texto. ¿Qué sentido tiene enviarle un *e-mail* en blanco a todo el instituto? Pero entonces veo los archivos adjuntos en la parte inferior...

Fotos. De mi móvil.

Solo aparecen los nombres de los archivos. Todas las posibilidades de lo que podrían mostrar me estrujan el corazón como una prensa, provocan que la pregunta de si hice esto yo misma... u otra persona sea mucho peor. Compruebo la carpeta de «Enviados» para asegurarme de que no haya salido nada, de que este no fuera el último en una larga lista de *e-mails*, pero está vacía. No se envió nada.

Voy a mi galería y, en cuanto entro, vislumbro miniaturas, pequeñas explosiones de color, formas que se corresponden con personas, una noche. Me permito asimilarlo. La pantalla del móvil baja de intensidad, para ahorrar batería, mientras intento armarme de valor para tocarla y seleccionar una foto.

La pantalla se ilumina cuando por fin lo hago.

Odio que me saquen fotos desde que tenía once años. Hay álbumes llenos de fotos mías antes de esa edad, de una niña feliz y sonriente, posando para la cámara. Después de ahí, todo se vuelve manos delante de la cara y «Mamá, no». Ella pensaba que era algo natural: cuando una chica llega a cierta edad, ya no le gusta verse. Pero no se trataba de eso. Yo no entendía a quién estaba mirando. Podía ver el comienzo de una toma de control, un cuerpo cambiando, creciendo, transformándose en algo que no

parecía pertenecerme y me he pasado cada momento desde entonces intentando aferrarme a las partes de mi ser que todavía entiendo.

La chica de la foto es una pena de chica.

Una penosa chica borracha en el suelo, doblada en dos, con la cabeza apoyada contra las rodillas y rodeada de una pequeña multitud de espaldas a la cámara, y no sé quién siento que me ha traicionado más: ellos o ella.

Me impido experimentar nada más mientras paso a la siguiente foto. La cámara está más cerca de la chica, demasiado cerca, con un ángulo repugnantemente perverso. La chica tiene la blusa suelta, arrugada y sucia, la mitad del pelo se le ha salido de la coleta y las partes que se pueden ver de su cara tienen algo raro, como si su mente estuviera muy lejos de donde se encuentra su cuerpo.

Paso a la siguiente foto y ahora la chica está mirando directamente hacia mí... hacia la cámara. Tiene los ojos entornados y lo noto: está muerta. Está muerta. Noto su muerte, noto que está atrapada entre dos lugares: la fiesta y la madriguera de conejo que hay debajo de ella.

«Cáete», pienso. Ve a cualquier otro sitio.

En la siguiente fotografía, tiene las manos en su blusa, se ocupa de los botones con torpeza. No, no. La siguiente foto me hace sufrir: un primer botón desabrochado, su mano por dentro del cuello de la blusa, apoyada contra la piel. En la siguiente foto, la cámara está aún más cerca. Hay otro botón desabrochado.

Me toco la blusa con la mano. Hace calor en esta habitación, el aire me pesa, más que el calor normal, presionándome desde fuera, desde dentro, es algo de lo que quiero distanciarme. En la siguiente foto, la chica está mirando hacia arriba, arriba, arriba, buscando algo que no encuentra. Las manos le cuelgan sin propósito a los costados. Parece muy pequeña y agotada.

En la siguiente foto, tiene la blusa abierta.

El sujetador *push-up* de encaje rosa y negro.

Hay manos en sus hombros, manteniéndola erguida, evitando que se incline hacia delante para que todos la puedan ver.

Pero ya se ha desprendido de esa piel. Se ha desprendido de esa piel, toda esa piel manoseada. Las células se han regenerado. Esas manos ya no están sobre ella.

Hubiera lo que hubiese sobre ella entonces, ya ha desaparecido ahora...

Me palpita la cabeza. Es el tipo de dolor de cabeza que te da ganas de vomitar, pero trago saliva para contener esa sensación y clico en la siguiente foto. Visualizo lo que debió pasar esa noche, todas estas personas alrededor de esta chica, intentando no reírse, pero es demasiado difícil. Es *muy difícil* no disfrutar de esto, porque ¿cómo puedes poner algo tan estupendo, una chica que apenas puede abrir los ojos o la boca...? ¿Cómo puedes poner algo así delante de ellos y esperar que sean mejores personas?

Porque en la siguiente foto (la última), la chica tiene las manos en el sujetador, sus uñas rojas toquetean el cierre, y siento el irracional impulso de estirar la mano y agarrarle la muñeca, como si pudiera detenerla y llevármela de allí, porque nadie más lo hace. Porque nadie más lo hizo.

Coloco la mano sobre la pantalla, cubriendo la suya.

Nuestro esmalte de uñas es del mismo color.



Me siento frente a mi escritorio con todo lo que necesito para arreglarme las uñas y cada vez que aplico el esmalte acabo sintiendo lo mismo, acabo sintiendo que me lleva de vuelta al agua. Aplico el color en varias ocasiones y, cada vez que termino, sigue pareciéndose demasiado. Tengo que quitármelo y volver a intentarlo hasta que esté bien, porque no puedo renunciar al rojo. Es mío. Es mi seña de identidad.

—Romy, vas a llegar tarde.

Aprieto el pincel con fuerza contra las uñas, dejando que mi mano extienda el color. Algo que nunca hago. No es el mejor método para pintarse las uñas, pero el peso del esmalte me resulta diferente de lo normal y, entonces, estoy lista.

En el instituto, me detengo en la entrada y pienso que prefiero el calor del exterior a ahogarme con el mismo aire que respiran las personas que se agolparon a mi alrededor, que me vieron con la blusa abierta. Mis ojos recorren sus caras, sus manos... manos sobre mis hombros. ¿Las de quién? ¿Quién sostenía mi móvil y estuvo sacando fotos con él para enviárselas a todo el instituto? Cierro los ojos, oigo un barullo de voces e intento imaginar cuál de ellas sugirió hacerlo, porque así empezó, ¿no? No. Primero es un pensamiento, un pensamiento en la mente de alguien, y luego se pronuncia en voz alta, y luego estoy yo, en el suelo, con la blusa abierta.

—Por el amor de Dios, Grey. ¿Por qué estás estorbando siempre?

Brock se encuentra detrás de mí, con Alek a la zaga. Ambos llevan dos pesadas cestas llenas de camisetas de color amarillo brillante con letras negras en la parte delantera: «ENCONTRAR A PENNY YOUNG». Y, debajo, en una tipografía mucho más pequeña pero todavía legible: «GREBE AUTO SUPPLIES». Me aparto y pasan arrastrando los pies hasta que los abordan algunos alumnos más jóvenes que les preguntan por las camisetas a modo de excusa para echarle un vistazo más de cerca a la cara demacrada de Alek.

—Son para todo el que las quiera —explica Brock. Señala a Alek con la cabeza—. La señora Turner encargó que las hicieran. Son gratis. Si cogéis una, aseguraos de ponérsela el lunes para ir a la partida de búsqueda. Es probable que la prensa esté allí. Será una oportunidad para...

—¿Hacerle publicidad gratuita a Grebe Auto Supplies? —sugiero.

Alek se gira con torpeza debido al peso de la cesta.

—¿Cómo coño te atreves? —me suelta, y los otros alumnos me miran como si fuera escoria, como si yo misma hubiera hecho desaparecer a Penny. Pero ya piensan eso.

—Exacto, porque a una marca a nivel nacional no le hace falta toda esa mierda de la publicidad gratuita —dice Brock bruscamente.

Aunque es probable que tampoco le venga mal. Brock coge una camiseta del montón y me la lanza al pecho. De ahí cae al suelo. Las letras se pierden entre los pliegues y la única palabra que queda visible es «PENNY».

—Recógela —ordena Alek, pero no se dirige a mí.

Brock se vuelve hacia él.

—¿Qué?

—No la dejes en el puto suelo.

Hay un toque de pánico en su voz, lo bastante para que un alumno de primero la recoja del suelo sucio y la vuelva a colocar en la cesta de Brock.

—Tío, yo no...

Pero Alek ya se está alejando.

Al mediodía, los pasillos son un mar de color amarillo, haciendo que Penny forme parte de cada momento, un recordatorio incesante para todos los que creen que obstaculicé la búsqueda. Estoy tan harta de las constantes miradas hostiles que, durante el almuerzo, me escondo en el baño, en el cubículo más alejado de la puerta, y me convierto en el cuadro de una chica encogida como una idiota en el asiento de un inodoro para que no la vean. En el transcurso de esa hora, las chicas entran y salen, entran y salen. No soporto todos los fragmentos de conversaciones aburridas e inútiles que oigo porque me hacen desear poder formar parte de ellas, ser una chica cualquiera sin nada que decir.

Después de un rato, entran Sarah Trainer y Norah Landers.

—Esta camiseta me queda fatal. Deberían ser de colores diferentes para poder elegir —comenta Norah. Sarah se muestra de acuerdo con un murmullo. Miro a través de la rendija de la puerta—. ¿Crees que, si se lo pidiera, Brock me conseguiría más Georgia Home Boy?

Norah esboza una sonrisita de complicidad y hace un gesto de comillas con las manos al decir «Georgia Home Boy».

—Dijo que era solo para la fiesta del lago Wake.

—Pero Trey va a venir a verme este fin de semana.

Sarah se ríe.

—¿Qué pasa? ¿Tienes planeado invitarlo a cenar y luego violarlo?

—Vete a la mierda. La fiesta del lago Wake fue alucinante y, si no hubieras sido tan gallina y lo hubieras probado, lo sabrías. Todo depende de la dosis.

—Eso sigue sin responder a mi pregunta.

—Cierra el pico. Voy a pedírselo.

—Probablemente te haga chupársela a cambio.

Norah se lo piensa.

—Hay cosas peores.

Examinan sus reflejos en el espejo y luego se marchan. Me saco el móvil del bolsillo y busco «Georgia Home Boy».

Georgia Home Boy

Usado en argot para referirse al ácido gamma-hidroxibutirato (GHB).

Leon me envía un mensaje mientras me estoy preparando para ir a trabajar, para avisarme de que le ha cambiado el turno a Brent Walker y no irá esta noche. Le escribo: «PERO NO TRABAJA EL FIN DE SEMANA», como si, después de todo el tiempo que llevamos juntos en Swan's, él no supiera que no trabajo los fines de semana. «Y EL LUNES VOY A LA PARTIDA DE BÚSQUEDA.»

La noticia me disgusta de una forma que no me hace sentir orgullosa, pero no sé por qué. ¿Es debilidad querer verlo? No puede estar mal querer ver a alguien porque te gusta la persona que eres cuando estás a su lado. Probablemente sea una de las mejores razones que uno podría tener.

En la cafetería, el aire acondicionado está haciendo cosas raras otra vez: se enciende y se apaga, se enciende y se apaga. Cada vez que pasamos por delante de la oficina de Tracey, la oímos soltar palabrotas a través de la puerta.

—¿Vas a ir a la partida de búsqueda del lunes? —me pregunta Holly mientras me pongo el delantal. Se abanica el rostro acalorado con las manos.

—¿Cómo te has enterado?

—Yo te sustituyo.

—Gracias.

—Más dinero para mí. —Se encoge de hombros—. ¿Crees que vais a encontrar algo?

Mis dedos atan con torpeza las tiras del delantal y tengo que empezar el lazo de nuevo. Me cuesta contestar porque apenas he pensado en la búsqueda, y mucho menos en ningún hallazgo. En realidad, mi opinión da igual, pero...

—Tenemos que conseguirlo —digo.

La noche fluye, y yo fluyo a través de ella, intentando mantener la cabeza despejada, intentando no pensar en cosas como Brock y el GHB, porque no quiero pensar en eso. No puedo.

No puedo pensar en eso.

El hecho de que Leon no esté aquí hace que sea difícil.

Compruebo rápidamente cómo le va a la insoportable familia a la que he estado atendiendo durante la mayor parte de mi turno. Van de camino a algún sitio que creen que debería importarme, pero se les está haciendo tarde y es culpa mía. Los gemelitos me sonríen mientras intentan agarrar todo lo que tienen a su alcance. Sus padres no sonríen. Fruncen el ceño cuando tardo cinco minutos en traerles las bebidas, a pesar de que, para empezar, tardaron más de veinte en pedir las. No les preparan la comida lo bastante rápido para su gusto. Cuando retiro los platos y les traigo la cuenta, escriben en la zona de la propina: «POCO TIEMPO PARA COMER, SERVICIO DEMASIADO LENTO - SIN AIRE ACONDICIONADO!!!!!!».

Después de que se marchen, el aire acondicionado se enciende con un traqueteo. Le doy la espalda a la cafetería un momento, disfrutando del aire frío, y, cuando me giro de nuevo hacia la sala, hay una persona conocida en una de mis mesas.

Caro.

—El tercer trimestre es un asco —afirma cuando me acerco a ella.

Tiene la mano apoyada sobre el vientre y me pregunto por qué las embarazadas hacen eso. Si es por instinto. O si es por asombro. Si es por alguna necesidad de asegurarse de que el bebé sigue allí. O tal vez lo hacen porque creen que se supone que deben hacerlo. Caro me sonríe con la misma amabilidad que en su casa, y eso me hace recordar esa noche. Me siento estúpida al instante, como si estuviera ocurriendo de nuevo en este momento.

—¿Qué te trae por aquí?

—Solía venir muy a menudo cuando estaba en el instituto. Me sentaba sola en una mesa del rincón. Me he puesto nostálgica.

—Leon no trabaja hoy.

—Ya lo sé. No he venido por él. Tengo hambre.

Anoto su pedido: una hamburguesa con extra de queso, beicon y cebolla caramelizada en un panecillo tostado acompañada de patatas fritas. Para beber, quiere un vaso de cubitos de hielo cubiertos con un poco de Coca-Cola. Me pregunta:

—¿El aire acondicionado está encendido? Mi bebé se va a cocer.

—Lleva fallando todo el día. Pero ahora está encendido. Puedo prepararte el pedido para llevar, si va a ser un problema para ti y el...

—Era una broma, Romy. Aunque no me puedo creer que Tracey todavía no haya hecho que lo arreglen. Lleva averiado desde que yo iba al instituto.

—Oh.

Qué torpe soy.

La expresión de Caro se vuelve seria.

—Leon me dijo que conocías a la chica desaparecida, Penny Young. ¿Cómo lo llevas?

Lo que acaba de decir implica tantas cosas que no sé por dónde empezar. Si Leon se lo contó... eso significa que estaban hablando de mí. Me cuesta tanto asimilar eso, que estuvieran juntos, hablando de mí, como si yo fuera algo de lo que vale la pena hablar. Me pongo tan nerviosa que digo:

—Estoy bien. ¿Y tú?

Porque supongo que estoy destinada a comportarme como una idiota delante de Caro.

Me mira, desconcertada.

—También, aparte de muerta de hambre.

—Claro.

Me dirijo a la cocina, con la cara ardiendo. Entrego el pedido y sirvo la Coca-Cola, llenando el vaso con todo el hielo que cabe dentro, y, cuando se la llevo, ella está jugando con el móvil y yo tengo otra mesa esperándome.

—Volveré pronto con tu comida.

—Gracias, Romy. —Mira por la ventana hacia el aparcamiento árido lleno de coches y algunos camiones articulados. El calor hace ondular el aire encima del pavimento—. Hace falta que llueva.

—No va a llover nunca.

Caro sonríe, pero hay algo extraño en ese gesto. No la conozco demasiado bien, pero, cuando alguien te recibe como lo hizo ella el día que la conocí, puedes notar que la chispa ha perdido su brillo, aunque sea un poco. Atiendo la otra mesa, luego regreso a la cocina y espero a que preparen el pedido de Caro. Cuando se lo llevo, le digo que me avise si necesita algo más.

—De acuerdo —contesta.

No toca su comida, a pesar de que se supone que está muerta de hambre. Dos chicas que han salido a correr llegan jadeando y hambrientas y las atiendo. Cuando ya han devorado la mitad de su comida, Caro todavía no ha probado ni un bocado de la suya. Coge el móvil constantemente y lo vuelve a dejar sobre la mesa. Cuando me acerco a comprobar cómo le va, aparta el móvil con rapidez, como si hubiera hecho algo malo.

—¿La comida está bien? No la has tocado...

—¿Qué? —Mira la comida, que ahora está a una nada apetitosa temperatura ambiente. Coge la hamburguesa y le da un cauto mordisco, pero no consigue comer más. Aparta el plato—. Qué desperdicio.

—Puedo recalentarla. O puedo envolvertela para que lo hagas tú en tu casa.

—No, olvídalo. Debería irme.

—Vale. Te traeré la cuenta.

Cojo el plato y vacilo. Su móvil vibra. Lo apaga enseguida y aprieta los labios y, durante un momento, me parece que intenta no echarse a llorar. Está claro que algo no va bien, pero no sé qué debería hacer, si es que debo hacer algo. Tengo la sensación de que debería comportarme con Caro como lo hizo ella conmigo en su casa. Debería entender mejor la situación para así poder decirle las palabras correctas. En cambio, me quedo allí plantada, con el plato de comida sin consumir en la mano. Ella me salva, como antes.

—Lo siento —se disculpa—. Sé que me estoy comportando de una forma extraña.

—Para nada. ¿Estás bien?

—Ya he salido de cuentas. —Se señala el vientre—. Si no empieza a pasar algo muy pronto, me van a provocar el parto. Con la suerte que tengo, puede que incluso me abran para sacar al bebé.

—Yo nací por cesárea —comento, aunque eso no es de mucha ayuda.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Aunque me adelanté, unas cuatro semanas. Y, cuando el médico hizo la incisión, me acabó cortando, así que yo era el único bebé de la sala de maternidad con una tirita en el culo.

Caro se ríe.

—Qué monada.

—Entonces, ¿estás bien?

Ella se encoge de hombros.

—El otro día tuve un accidente de coche.

—Ay, Dios mío. —Dejo el plato sobre la mesa—. Leon no me había dicho nada...

—Leon no lo sabe.

—¿Te hiciste daño? ¿Fue grave? —Miro hacia el aparcamiento y mis ojos se posan de inmediato en un sedán gris oscuro con el parachoques abollado—. ¿Es tuyo? ¿El sedán?

—Sí. No me pasó nada. —Mira el coche—. No fue culpa mía. Un cretino iba detrás de mí mandando mensajitos con el móvil cuando el semáforo se puso en rojo. Se suponía que hoy debía ir a ver a mi médico para concertar una cita para la separación de las membranas, que podría acelerar el parto. No me he presentado y ahora Adam está furioso.

—Eso no pinta bien.

—Se le pasará. Iba de camino allí antes de venir aquí. Es que de pronto se me ocurrió que, si funciona... —Hace una pausa—. Voy a tener este bebé y voy a ser madre y... Lo deseo tanto, Romy, que no sé ni cómo explicarlo... pero el accidente me hizo sentir... qué sé yo. Creía estar lista para esto y ahora supongo que tengo la sensación de que no hace falta que pase pronto,

así que... —Suelta una risa forzada—. ¿Por qué no parar en Swan's a comer una hamburguesa? Qué estupidez.

—No es una estupidez.

—Bueno, no sigamos hablando de eso. —Clava la mirada en algo situado detrás de mí y me doy cuenta de que se trata de los carteles de «DESAPARECIDA»—. Qué triste.

—Hay una partida de búsqueda con voluntarios el lunes. Voy a ir. Ya registraron la zona... La policía se encargó el fin de semana que ocurrió, pero...

—Bueno, espero que aparezca algo esta vez. Algo bueno.

—¿Perdona? —dice la voz de una chica al otro lado del pasillo—. ¿Nos traes la cuenta?

Las corredoras han terminado. Terminaron hace un rato, a juzgar por sus brazos cruzados y sus caras de impaciencia.

—Enseguida voy —les digo, y a Caro—: ¿Puedo traerte algo más o...?

—Solo la cuenta, gracias.

Tiro los restos de comida a la basura y les llevo las cuentas a las dos mesas. Después de pagar, Caro bosteza.

—Supongo que iré a lidiar con mi malhumorado marido.

—Buena suerte.

—No me hace falta. Cuídate, Romy.

—Igualmente.

Antes de volver a adentrarse en el calor del exterior, me sonrío como si compartiéramos un secreto, solo para chicas. El gesto amable me asombra como siempre, me recuerda que hay un lugar dentro de mí que en todo momento está abierto y vacío, aunque no solía estarlo. Observo cómo Caro cruza el aparcamiento. Su enorme vientre la precede y no alcanzo a imaginar qué se siente al tener una persona dentro de ti, al crear vida. Es un milagro, pero también es horrible, traer a alguien a este mundo, este lugar donde una chica ni siquiera puede fiarse de lo que bebe. No me cabe en la cabeza cuánto valor hace falta para hacer algo así.



—¿**Estás segura** de que quieres hacer esto?

Estudio mi imagen en el espejo. Mamá me observa desde la puerta de mi habitación. Hoy no me vestiré de amarillo, pero cojo el lazo blanco de Penny y me lo engancho en la blusa.

—¿Por qué no?

—Va a haber muchas personas allí. No creo que una más vaya a influir.

—Entra en la habitación—. No hace falta que vayas, Romy.

La búsqueda se extenderá al bosque situado en la otra orilla del lago y, después, dependiendo de cómo vaya, la «Campaña para encontrar a Penny» comenzará el proceso de cubrir las carreteras y caminos desde Grebe hasta Ibis. Recorreremos todos los lugares en los que creemos que ella podría

haber estado. Si no encontramos nada, ¿lo dejamos? ¿O examinamos esos lugares una y otra vez, hasta descubrir por fin algún rastro de ella allí?

—Quiero ir —contesto.

—¿Y si alguien te trata mal?

—Pues será como cualquier otro día.

Se estremece.

—Puedo acompañarte.

—No necesito que vayas.

—Puede que yo también quiera buscar a Penny. —Pero veo en sus ojos que, aunque opina que Penny merece que la encuentren, no cree que merezca que la busquemos nosotras. En momentos como este es cuando más entiendo a mi madre. Me siento su hija—. ¿Por qué quieres pasar por esto?

Porque me colgarán si no lo hago. Porque me colgarán si lo hago. Porque creo que Penny me habría buscado. Porque si la encontrara... al menos esta parte de la historia terminaría.

—Tengo que hacerlo.

—Romy... —Al principio, simplemente por su forma de pronunciar mi nombre, creo que me va a decir que soy valiente, que soy una buena persona por ir, pero no lo hace, lo cual supone un alivio, porque no deberías darle una palmadita en la espalda a alguien por algo así. Mamá suspira—. Si no quieres volver a casa caminando, llama y te iremos a buscar. Envíame un mensaje cuando llegues allí. Si no quieres que te recojamos, envíame un mensaje antes de salir para saber que estás de camino.

Se lo prometo y luego me aseguro de decirle que la quiero, porque últimamente cada vez pienso más en las últimas cosas que digo antes de marcharme.

Hay mucho tráfico hasta el lago, algo poco habitual en Grebe una tarde entre semana. Me mantengo cerca del arcén y luego recorro el abarrotado sendero que lleva al lago, adelantando a los coches que me

acaban de adelantar. Observo las agujas de pino de color marrón que cubren el suelo.

Caminé por aquí, esa noche. Lo recuerdo. Ese momento se superpone a este como un fantasma, hace que se me tense la piel y me hormigueen los dedos. A cada paso que doy, juraría que puedo oír el falso chasquido del obturador de la cámara de un móvil y una imagen parpadea detrás de mis ojos: una chica en el suelo, rodeada. Una chica con las manos en la blusa. Una chica... Otra chica.

Me quito el lazo blanco y lo aprieto con la mano.

Cuando el agua aparece a la vista, también lo hace la multitud. Me detengo al final del sendero, obligando a todos los que van detrás de mí a rodearme. Debe haber más de cien personas: alumnos del instituto, algunos con sus padres y hermanos, la mayoría ataviados con camisas de «ENCONTRAR A PENNY».

Veo profesores tanto del colegio de primaria como del instituto: Prewitt, DeWitt, el subdirector Emerson, ayudantes de la oficina del sheriff... La directora Diaz está hablando con unos periodistas. Reconozco a Pam Marston del *Grebe News* y estoy bastante segura de que el tío que está a su lado es del *Ibis Daily*. Es surrealista. Los coches se acercan a paso de tortuga y llenan el aparcamiento. En el centro de todo, hay una larga mesa debajo de una pancarta de «ENCONTRAR A PENNY». Brock se ocupa de la mesa y unas personas deambulan detrás de él...

Los padres de Penny.

Al verlos, se me olvida cómo pensar. Un recuerdo de Penny se desliza por mi corazón. «La única forma de conseguir que mis padres estén en la misma habitación durante más de treinta segundos sería si yo... (nosotras, en su habitación, hace un año) si yo me muriera.»

Resulta inquietante lo que Penny heredó de sus padres. Tiene el pelo rubio y la nariz perfectamente recta del señor Young y los ojos azules y la figura menuda de la señora Young. Hay un océano entre los dos, un divorcio amargo, y la situación es incómoda, desagradable. Ojalá fingieran algún tipo de cordialidad, solo por hoy, pero no lo hacen.

Alek aparece, llenando el espacio, y tiene un aspecto horrible.

Justo detrás de él está su madre, Helen. La matriarca. La reina de Grebe, Grebe Auto Supplies. Se me seca la boca.

Helen tiene el pelo negro recogido en una coleta apretada y lleva una camisa azul celeste de GREBE AUTO SUPPLIES con el mensaje «ENCONTRAR A PENNY» estampado en la parte delantera, porque es la clase de mujer que haría algo así: imprimir un color para todos y usar ella otro. Es alta, imponente, no ha cambiado en los diecisiete años que hace que la conozco. En aquellos pícnicos de empresa a los que asistí cuando era tan pequeña que apenas le llegaba a Helen por las rodillas, ella tenía exactamente este mismo aspecto.

Gira la cabeza hacia mí y me mira. Siento frío. Se hizo invisible, después de que sucediera, pero yo podía sentirla. El sheriff Turner nos dejó claro que, en cuanto quisiéramos hablar del tema con ella presente, habría que recurrir a abogados. Helen Turner me odia y su forma de odiarme me parece la peor clase de traición. Una mujer que no piensa en las hijas que no tiene.

Hay un breve momento para relacionarse, para que la gente les dé el pésame a los Young. Después de acabar con esa parte, Brock se lleva un megáfono a la boca. La inspiración que realiza antes de hablar lanza un estridente chirrido al aire.

—Que todos los presentes se aseguren de inscribirse.

La gente se acerca a la mesa despacio, como un rebaño de animales acalorados. Estoy a punto de unirme a ellos cuando llega el último coche y me paro en seco. Abro la mano y se me cae el lazo, que se agita sobre la hierba muerta. Conozco ese coche. Conozco su carrocería, su color, su asiento trasero y a su conductor.

Leon.

El Pontiac se mantiene un momento al ralentí antes de ocupar una de las últimas plazas para aparcar. Leon me saluda con la mano, pero las mías me cuelgan sin fuerzas a los costados.

Sale del coche y se dirige hacia mí.

No...

Procuro averiguar dónde están posados los ojos de todos, porque no pueden posarse en nosotros. No pueden relacionarme con Leon porque, si me relacionan con él, si nos asocian...

—No pareces muy contenta —dice cuando está lo bastante cerca y, cuando está lo bastante cerca, me aparto. Intento sonreír, porque no puedo tolerar que note que ha complicado mucho las cosas, pero no puedo sonreír porque ha complicado mucho las cosas—. Pero supongo que es comprensible.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto con un tono más duro de lo que pretendía.

Él frunce el ceño.

—Le pedí la noche libre a Tracey. Se me ocurrió venir... para que no estuvieras... —No consigue ocultar la decepción que se refleja en sus ojos cuando no reacciono como él esperaba—. Apoyo moral. Pero puede que no haya sido buena idea.

No es buena idea. Es un bonito detalle, pero ahora tiene que irse, para que lo que sea que hay entre nosotros pueda seguir siendo bonito. Les echo otro vistazo a las camisetas amarillas, para asegurarme de que la mayoría esté de espaldas a nosotros.

—Es que... —Me alejo otro paso y miro en otra dirección, de modo que no parezca que estoy hablando con él—. No me lo esperaba.

—Vale —dice despacio—. Pero te parece bien que esté aquí, ¿no?

La voz de Brock vuelve a retumbar a través del megáfono y me hace estremecer.

—Los que no se hayan inscrito, háganlo, por favor. Necesitamos llevar el recuento de todo el mundo.

Leon extiende la mano. No puedo cogerle la mano.

—¿Deberíamos ir a inscribirnos?

—No. —Otro paso atrás. ¿Cuántos más puedo dar antes de que se dé cuenta? Leon baja la mano, cada vez parece más confundido—. Es decir, yo lo haré por ti. Te inscribiré. El tío de la mesa es un... Es un gilipollas, ¿vale? Enseguida vuelvo. Espera aquí. No...

No hables con nadie.

—Tú espera aquí.

Ni siquiera los mires.

Lo dejo allí. El corazón me late demasiado rápido y las palmas de las manos me sudan mucho. Me las limpio en la blusa. Llego a la mesa, a Brock. Él me observa con actitud voraz, pero lo único que puede hacer delante de toda esta gente es mirar. Pero es suficiente. Es suficiente que un chico como Brock te mire como si fueras un trozo de carne, como si quisiera devorarte para quedarse satisfecho.

—Firma —me dice—. O lárgate.

Miro el papel. Se supone que debo anotar la hora a la que llego y hay un espacio para rellenarlo cuando me vaya. Al lado de la carpeta, hay botellas de agua, un montón de silbatos («COGE UNO») y una tarjeta con un número de teléfono en la que pone «PUNTO DE CONTACTO: si te pierdes, llama». Nunca se me había ocurrido una posibilidad tan lamentable, que alguien se pierda durante una búsqueda.

—¿Se te ha olvidado tu nombre? —me pregunta Brock, después de un minuto—. ¿Quieres que lo escriba yo o te da miedo que lo confunda con otra palabra de cuatro letras?

Anoto mi nombre, pero no el de Leon. No quiero que Brock lo sepa.

No quiero que nadie de aquí lo sepa.

—¿Cómo va esto? —pregunta una chica a mi lado.

Recorro rápidamente la mesa y agarro dos botellas de agua y dos silbatos. La atención de Brock se desvía de la chica a alguien situado detrás de mí...

Leon está detrás de mí.

Brock le hace un gesto con la cabeza.

—Necesitamos que la gente se inscriba...

No puedo soportarlo. Me pongo en marcha porque, si ellos dos están cerca, yo quiero estar lejos, lejos de allí. Me encuentro casi a medio camino de la salida (¿Me voy? Debería irme) cuando Leon me alcanza.

—¡Oye! Romy... —Lo ha dicho, mi nombre. Demasiado fuerte, como si me conociera—. Ro...

Me vuelvo hacia él a toda velocidad y le tiendo el agua. Eso le impide repetirlo, le impide preguntarme qué me pasa, aunque noto que quiere hacerlo. Coge la botella.

—Te dije que ese tío es un gilipollas. Te dije que yo te inscribiría.

Leon vuelve la mirada hacia Brock.

—A mí me pareció bastante amable. —Eso me duele, que le ofrezca a Brock el beneficio de la duda, en lugar de confiar en mi palabra. Leon mira a su alrededor—. ¿Esos son los padres de Penny?

—Sí.

—Me he dado cuenta por los carteles. Se parece mucho a ellos. ¿Quién es el chico que los acompaña? ¿Su hermano?

—Su novio. Es el hijo del sheriff... —En cuanto esas palabras salen de mi boca, me parece demasiada información. Le ofrezco un silbato—. Toma uno también.

Aparto la mano demasiado rápido cuando lo coge, como si nuestras pieles pudieran quemarse si se tocan. Miro a mi alrededor. Brock sigue en la mesa, pero... Tina. ¿Cuándo ha llegado? Tina está aquí y está esquivando a la gente, dirigiéndose hacia... ¿mí? El estómago me da un vuelco al imaginarme todas las cosas que dirá si me ve con un chico al que le gusto. Me aparto de Leon y ella... pasa de largo. Saluda a Yumi con la mano. Leon acorta la distancia que he creado (ahora es demasiado evidente) y me toca el brazo.

—Romy, ¿qué...?

Es como si Brock lo notara, que Leon me toca, porque nos mira entonces. La proximidad de Leon se vuelve en mi contra. Mi cuerpo se rebela. Aparto el brazo bruscamente y eso le hace abrir mucho los ojos, le hace retroceder, y pienso: «Bien».

Se oye de nuevo el chillido del megáfono.

—Atención, por favor —pide un ayudante del sheriff, Cory Scott. Su voz suena muy seria y tiene una expresión adusta en la cara. Leanne Howard se encuentra a su lado, con un aspecto igual de solemne—. Queremos decir algunas cosas antes de dividirles en grupos...

—No deberíamos buscar juntos —le digo rápidamente a Leon.

—¿Me tomas el pelo?

La multitud empieza a pasar entre nosotros para acercarse más a la mesa.

—No podemos buscar juntos —insisto—. Nos distraeríamos el uno al otro.

—En primer lugar, gracias por venir —dice Cory al mismo tiempo que Leon abre la boca para oponerse, desafiarme, lo que sea. Pero la cierra, porque ahora no es el momento de hablar.

Gracias a Dios.

Mantengo la vista al frente. Los Young están justo detrás de Cory, y Alek y Helen, justo detrás de Leanne. Alek se tira de la punta de los dedos, sus ojos pasan rápidamente sobre las caras de la gente, hacia la orilla opuesta del lago. Su actitud parece... expectante.

—Y gracias a Grebe Auto Supplies por financiar esta búsqueda.

Helen asiente con la cabeza con rigidez. Oigo el suave clic de las cámaras de los periodistas de Ibis y Grebe. Continúan sacando fotos mientras el ayudante del sheriff habla en nombre de los Young, que están demasiado angustiados para decir nada. Sus rostros contradicen todo lo que sale de la boca de Cory. El ayudante anuncia que creen en nosotros, que seremos quienes traigan a Penny a casa, sana y salva, cuando otros no pudieron. Ni la policía, ni unos desconocidos a los que ella no conocía, ni el helicóptero del pasado fin de semana. Solo nosotros. Aquí.

Hoy.

Mientras Cory detalla cómo se va a llevar a cabo todo esto, me olvido de los ojos de Leon, que siguen posados en mí. Primero, debemos guardar el número de contacto en nuestros móviles. Si nos separamos o nos perdemos, si nos alejamos demasiado para que nos oigan, así es como nos mantendremos en comunicación. Llamamos a ese número y contestará Helen Turner. *Solo* debemos usar el silbato en caso de que encontremos algo relevante en relación con Penny, o a la propia Penny, supongo. Si oímos un silbato, debemos quedarnos donde estamos y esperar hasta que nos autoricen a movernos. Hemos de mantenernos atentos durante la búsqueda y no olvidarnos de firmar cuando nos vayamos, para llevar el

recuento de todos los participantes. Cuanto más habla Cory, más falso me parece esto. Es un espectáculo. Es como... un funeral, algo que solo se hace por... los que siguen aquí.

—Romy —me llama Leon en voz baja, demasiado cerca de nuevo. Ese es el precio de prestarle atención a solo una cosa: pierdes otras de vista. Esto es demasiado. Alguien se da la vuelta. Andy Martin. Nos mira, arrugando la frente, intentando averiguar cómo encajamos Leon y yo—. ¿Puedes decirme qué está pasando aquí?

—Una partida de búsqueda.

—No me refiero a eso.

—Nada.

—Entonces, ¿por qué estás...?

—¿Por qué estoy qué? —Lo desafío a expresarlo con palabras.

Leon se gira cuando los ayudantes del sheriff empiezan a formar los grupos. No sé cómo evitar que esté en el mío, pero sé que no se puede incluir en el de nadie más.

—¿Por qué no has anotado mi nombre?

—Sí lo he hecho —miento.

—No. No lo has hecho. Y... —Se acerca más y yo retrocedo y lo vuelve a hacer y no estoy segura de por qué lo hace hasta que comprendo que intenta demostrar algo. Lo odio un poco, por darse cuenta—. Es evidente que no quieres que esté aquí.

—No es por ti.

Pero sí lo es. Se trata de no perderte.

—Entonces, ¿por qué estás tan...?

—Porque esto no es una cita.

—Por el amor de Dios, no he venido aquí pensando que lo fuera...

Sus palabras empiezan a desdibujarse porque la gente se mueve, y ya no sé dónde están todos.

—No quiero que estés aquí —le digo y, en el fondo, debe ser lo último que se esperaba oír, a pesar de que fue él quien lo sugirió en primer lugar. Y Brock sigue observándonos. Estos mundos no pueden encontrarse. No pueden encontrarse nunca—. No quiero que estés aquí.

—Romy...

Mi nombre otra vez. Leon alarga el brazo y me agarra la mano, la sostiene con fuerza. Es la clase de contacto que no puedo negar ni fingir que no se ha producido. Hace que mi corazón se acelere de una forma horrible y me obliga a hacer algo espantoso. Libero la mano de un tirón y digo, demasiado alto:

—No me *toques*...

Las palabras saben y suenan muy mal al salir de mi boca. La gente se nos queda mirando y Leon retrocede. Un paso. Dos. Tres. Se acerca un hombre al que no reconozco, con el pelo entrecano y una barriga tan grande que lo precede. Se interpone entre Leon y yo, como si fuera mi salvador.

—¿Conoces a este chico? ¿Te está molestando? —me pregunta.

Abro la boca, pero no sale nada, porque no sé cómo decir: «Sí, lo conozco» y «No, no me está molestando, pero necesito que se vaya» y, durante ese segundo de silencio en el que debería haber dicho algo, aunque solo fuera farfullar alguna tontería, memorizo el dolor que se refleja en la cara de Leon, que he provocado yo, y me siento asqueada.

—Creo que deberías irte. —El hombre se aproxima más a Leon—. Mira, hemos venido a buscar a una chica desaparecida. Este no es lugar para montar un numerito...

—No se preocupe —contesta Leon, indignado—. Ya me voy.

Se marcha. No se vuelve a mirarme ni una vez. Se sube a su Pontiac y sale del aparcamiento tan despacio como llegó y, cuando se ha ido, la certeza de que he metido la pata hasta el fondo solo se ve superada por el alivio que siento al saber que ninguna de estas personas tendrá contacto con él. La chica a la que Leon conoce sigue existiendo y puede arreglar esto. Sé que puede.

—Grey, ven con nosotros...

La directora Diaz aparece a mi lado y me conduce a su grupo, que incluye a Cat Kiley, unos cuantos alumnos de primero, una mujer que dice ser amiga de la madre de Penny y un ayudante del sheriff, Mitchell Lawrence.

Comienza la búsqueda.

Nos indican que caminemos en línea, uno al lado del otro, y, cada vez que la fila se tuerce, si nos adelantamos o nos retrasamos demasiado, Diaz nos grita que la enderecemos. Rodeamos el agua y nos adentramos en la maleza. La forma en la que nos intercalamos entre los árboles resulta inquietante. A nuestra espalda, el lago está en calma. Me cuesta imaginar que en este lugar se pueda hacer otra cosa aparte de esto. Ni fiestas ni agradables tardes de verano ni pícnicos familiares. Solo buscar a una chica desaparecida.

—¿Qué te hizo pensar que alguien quiere que estés aquí? —pregunta Cat, a mi lado.

No la miro.

—Solo intento compensar el tiempo que todos piensan que les hice perder.

Entonces, uno de los alumnos de primero pregunta:

—¿Estamos buscando un cadáver?

Me gustaría meterle la pregunta por la garganta hasta que se atragante.

—No —le espeta Mitchell y el chico da un respingo.

—Estamos buscando a una chica —le dice Diaz.

Se hace el silencio después de eso. Cuanto más nos adentramos en el bosque, más oscuridad hay, y el aire se vuelve un poco más fresco. Los bichos revolotean con curiosidad alrededor de nuestras caras y los espantamos con las manos. Diaz se comporta como si ya hubiera hecho esto antes, pero, que yo sepa, no ha habido casos de chicas desaparecidas en Grebe.

—No puedes —me dice Cat.

—¿Qué?

Nos rezagamos un poco. Lo bastante como para hablar, pero no tanto como para que nos griten por ello.

—No puedes compensar ese tiempo. —Cat pasa por encima de la rama de un árbol grande—. Probablemente la habrían encontrado si hubieran empezado a buscarla con gente suficiente.

Recuerdo el día que Cat se desplomó en la pista de atletismo, cómo sostuvo Brock su cuerpo lánguido. Lo celosa que se puso Tina cuando

Brock se la llevó en brazos y lo que este contestó cuando Tina le preguntó si la había llevado a la enfermería. «Al final.» Me pregunto qué pensaría Cat si supiera que Brock dijo eso y que, cuando lo dijo, la gente dedujo cosas sobre ella, cosas que ella no podía controlar.

—Desperté en un camino. —Se me quiebra la voz—. No tenía ni idea de dónde estaba...

—En ese caso, tal vez no deberías haberte cogido esa puta borrachera.

—No estaba borracha... —Y ella pone los ojos en blanco—. Creo que Brock me puso GHB en la bebida. —Aquello en lo que no quería pensar brota de mi boca, sin que pueda impedirlo. Cat se queda boquiabierta, y luego niega con la cabeza una y otra vez, y me imagino sus manos sosteniendo mi móvil, apuntando la cámara hacia mí—. O puede que, *si* de verdad me cogí una puta borrachera, alguien debería haberme llevado a *casa*...

Diaz se gira, furiosa. Hemos roto la formación y estamos demasiado atrás.

—Chicas, seguid el ritmo.

Cat avanza a toda prisa.

—Entonces, ¿por qué no me llevaste a casa? —le pregunto en voz alta.

—¿Cómo dices, Grey? —me suelta Diaz.

—Nada.

El débil rumor de otro grupo adentrándose en la maleza a nuestra izquierda llega a mis oídos. Vuelvo a concentrarme en el suelo, esperando a que algo me llame la atención. Hay basura por todas partes. Envoltorios descartados, vasos sucios y rotos de color rojo. Me pregunto cuánto tiempo llevará todo esto aquí. Si es de la última fiesta y se ha estado pudriendo desde entonces o si es de alguna fiesta de años atrás.

¿Cómo es posible que estemos haciendo esto?

Estamos rebuscando entre la basura, buscando a una chica.

Me quedo mirando una botella de plástico e intento decidir si es importante. Las ramitas se rompen al pisarlas. Algo se mueve por encima de mí. Un cuervo pasa volando de un árbol a otro.

Se oye un silbato.



—**Que todos** se queden donde están —nos indica el ayudante Mitchell, y se marcha.

Me imagino a Penny, su cuerpo perfecto, retorcido y destrozado en este bosque, desprovisto de vida. Me imagino su pelo apelmazado por la tierra. Me imagino su rostro pálido iluminando el suelo y sus ojos incapaces de ver nada.

El silbato ha sonado detrás de nosotros, a la izquierda. Llega un aluvión de voces. Otros grupos se hacen oír. «¿Qué ha pasado? ¿Es ella? ¿La han encontrado?» Las preguntas resuenan entre los árboles y, después de un buen rato, un ayudante del sheriff, con los Young y Alek detrás de él, viene a toda prisa por el sendero.

Una chica deja escapar un gemido.

Es la clase de sonido del que uno huye, en lugar de acercarse.

Pero necesito saberlo.

Diaz me ordena que vuelva, me grita: «Quieta», pero no soy un perro. Me abro paso entre la maleza hasta que encuentro a la chica y... no es Penny. Es una niña pálida, de no más de diez años, con las rodillas huesudas apuntando la una hacia la otra, demasiado alta para su edad. Se encuentra de pie frente a nosotros, temblando, con la cara roja y surcada de lágrimas. Se trata de la hermana de Lana Smith, Emma.

Y entonces llegan los Young, y Alek, y otro grupo, y otro más. Una esperanza incontrolable los invade a todos mientras acuden al lugar y luego... se esfuma.

Cuando se da cuenta de quién no es, Alek retrocede a trompicones y se gira con aire aturdido, porque nadie en este mundo puede soportar que le den esperanzas para luego quitárselas un instante después y conservar la cordura. Alek respira con dificultad y tiene la cara cubierta de sudor. Y, entonces, se pone rígido... Se tapa la boca con la mano y se aleja tambaleándose. Brock corre tras él, llamándolo. Mientras tanto, Emma solloza y Lana aparece de pronto por allí, igual que aparecimos todos, abraza a su hermana pequeña y les pide perdón a los Young por el hecho de que nada de esto sea lo que querían, aunque yo ya no sé qué quiere nadie.

—Me separé —dice Emma entre sollozos—. Me asusté...

—No pasa nada —contesta Lana—. No pasa nada. Estaba asustada. Lo sentimos muchísimo. Emma, diles que lo sientes...

Y Emma gimotea una y otra vez: «Lo siento, lo siento, lo siento...».

La señora Young hace algo que no creo que yo pudiera hacer en su lugar. No arremete, no grita ni llora. Toma a Emma en sus brazos y le dice: «No pasa nada, lo entendemos, no pasa nada...», y luego aparece más gente, más testigos de esto, toda esta nada. No es nada. Alguien sugiere que nos tomemos un descanso de cinco minutos y le oigo mascullar a un ayudante del sheriff: «Menuda pérdida de tiempo», y entonces decido que tengo que marcharme.

Emprendo el camino de regreso a través del bosque y alrededor del lago, y el olor del agua podrida y estancada me provoca náuseas.

Le envío un mensaje a mamá, rogándole que me venga a buscar y me doy cuenta de que ni siquiera la avisé de que había llegado, como le prometí.

El punto de contacto aparece a la vista. Helen Turner está en la mesa, hablando por el móvil, recibiendo la noticia de que no se trata de Penny. Toda la distancia que pueda poner entre nosotras nunca será suficiente. Estar tan cerca de ella me da ganas de enterrarme en el suelo. Dios mío, cómo la odiaba mi padre. La odiaba. Creo que, en el fondo, una parte de él se alegraba de que lo hubiera despedido, porque eso demostraba, ¿verdad?, que *sí* era una puta. Helen sigue al teléfono cuando llega el New Yorker. Todd ocupa el asiento del conductor. Subo y me abrocho el cinturón. Aprieto las manos contra las rejillas por las que sale el aire frío hasta que se me entumecen los dedos. Todd se dirige a casa.

—¿Cómo ha ido? —me pregunta.

Pienso en Leon y en cuánto debe odiarme ahora, cuando veo un destello de pelo rubio, una chica en el camino. Me giro en el asiento y... no es ella. Otra vez. Y no sé por qué esto es peor que lo que pasó en el lago, pero lo es. Lo es. Agacho la cabeza y me seco la cara. Todd alarga la mano y me da un breve y tranquilizador apretón en la parte posterior del cuello, que hace que me resulte más difícil dejar de llorar.

—No he firmado al marcharme —digo.

—¿Tienes que volver?

—No creo que nadie se preocupe por eso.



Necesito que Leon sepa que lo siento.

No necesito su perdón. No creo en el perdón. Creo que, si le haces daño a alguien, eso pasa a formar parte de ambos. Cada uno debe vivir con ello y la persona a la que le hiciste daño puede decidir si quiere darte la oportunidad de que se lo vuelvas a hacer. Si es así y eres una buena persona, no cometerás los mismos errores. Solo otros nuevos. Cojo el móvil de la mesita de noche. Podría enviarle un mensaje, pero eso no me parece correcto.

Le hice daño a Leon a la cara, así que lo mínimo que puedo hacer es pedirle perdón de la misma forma.

Pero, primero, tengo que ir a clase.

Me visto. Me miro en el espejo. Tengo los labios secos y se me están agrietando. Mis uñas están bien, pero esto no. Me arranco trocitos de piel muerta y luego me froto la boca con un cepillo de dientes hasta que queda suave. Me lavo la cara y aplico el pintalabios, capa a capa, y, entonces, estoy lista. Me recojo el pelo y me pregunto cómo empezarán ahora las mañanas de Penny. Todavía empiezan, ¿no?

Cuando bajo, el desayuno me está esperando. Una tostada con mantequilla de cacahuètes y mermelada, cortada en tiras finas. Fue lo único que comí, cada mañana, durante todo el verano, cuando tenía nueve años y, en aquel entonces, llamaba a las tiras «dedos». Dedos de mantequilla de cacahuètes y mermelada. Comida reconfortante.

—Quería que comieras con nosotros —me dice mamá.

En este caso, no sé a quién reconforta.

Mordisqueo la tostada mientras Todd, que está sentado frente a mí, hojea el periódico y mamá fríe beicon y huevos para ellos. Todd deja el periódico bruscamente sobre la mesa y le da golpecitos con el dedo.

—Va a llover esta semana.

—No me lo creo —contesta mamá.

—Pero lo pone aquí, en el *Grebe News*, así que te lo tienes que creer.

Mamá le coloca el desayuno delante y luego le apoya la mano sobre la cabeza. Todd le agarra la mano antes de que ella pueda moverse para servirse su propio plato y se la lleva a la boca.

—Te quiero, Alice —murmura, así de fácil.

Mamá me mira y veo culpabilidad en su cara, como si esto fuera algo con lo que debería haber contado toda mi vida. Todd no se parece a mi padre. Papá bebía mucho y no era dado a grandes muestras de afecto, como su padre y el padre de su padre antes de él. Una larga lista de hombres autocomplacientes que no sabían dar amor, pero vivían para cogerlo, que no es lo mismo que recibirlo. Todos sufrían mucho y esa siempre es la excusa perfecta.

—Es probable que la próxima semana publiquen algo sobre la partida de búsqueda —opino.

—Probablemente —coincide Todd.

Mamá se sienta con nosotros.

—¿Por qué no te tomas la noche libre para poder pasar un rato juntas, madre e hija? Ir de compras, acabar el día en el McDonald's de Ibis o algo así.

—¿Y qué va a hacer Todd?

—Morirse de aburrimiento —contesta él con tono seco. Estira la mano sobre la mesa y me alborota el pelo—. ¿En serio? ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Solo quiero pasar un rato contigo —insiste mamá.

—¿Tal vez el fin de semana? Ahora mismo estoy intentando demostrarle a Tracey que soy una persona responsable, después de... —Me interrumpo—. Y falté ayer para ir a la partida de búsqueda.

—Sería mejor antes del fin de semana.

La observo.

—¿Qué pasa?

—Tú hazle un favor a tu madre y síguele la corriente.

—Vale. Antes del fin de semana —acepto, pero esta noche tengo que ir sin falta a Swan's, para ver a Leon e intentar arreglar este desastre—. Pero no puede ser hoy.

Me dirijo al instituto con calma, pues no tengo prisa por enfrentarme a las secuelas de la partida de búsqueda. El aire es tan sofocante como siempre. Me cuesta imaginar que vaya a llover. Me cuesta imaginar cualquier otra estación aparte de esta, que en realidad ni siquiera es la estación que se supone que debe ser.

La calle permanece en silencio durante la primera mitad del trayecto, pero poco después oigo el sonido duro y rítmico de unos pies golpeando el pavimento a mi espalda. Echo un vistazo por encima del hombro y veo a Leanne Howard acercándose al trote. Lleva camiseta y *shorts* negros, realzados con franjas fosforescentes para hacerle saber al mundo que está haciendo esto con fines deportivos y no porque la persigan. Me aparto de la acera para dejarla pasar, pero se detiene cuando me alcanza y se inclina hacia delante para recobrar el aliento.

—¡Uf! —Se endereza, jadeando, y se limpia la parte inferior de la cara sudorosa con el cuello de la camiseta—. Hace demasiado calor para esto, ¿no?

—Estás loca.

—Bueno, tengo que mantenerme en forma. —Me mira entornando los ojos—. ¿Cómo estás, Romy?

—Voy de camino al instituto.

—¿Te importa que te acompañe un rato?

—Es un país libre.

Pero no me gusta. Leanne acomoda su paso al mío. La observo. Es joven, pero las líneas de su cara me recuerdan a las de la entrenadora Prewitt. No me atrevería a tocarle las putas narices.

—La partida de búsqueda fue de locos —comenta.

—Me marché después de lo de Emma Smith. ¿Qué pasó?

—Tuvieron que llevarse a Alek de allí. Estaba hecho polvo...

—¿En serio?

—Sí, y nadie estaba de ánimos para continuar después de eso. Para serte sincera, creo que probablemente sería mejor que revisaran las carreteras —opina Leanne—. Pero no creo que quisieran encontrar nada ayer.

Recuerdo lo que masculló para sí el ayudante del sheriff después de la falsa alarma.

«Menuda pérdida de tiempo.»

—Entonces, ¿para qué molestarse en organizarlo?

—Para combatir la sensación de impotencia —contesta ella con franqueza. Y luego, con la misma franqueza, añade—: Romy, debes ser consciente de que, a estas alturas, están buscando un cadáver.

Eso hace que me detenga. Que mi corazón se detenga.

«No», quiero decirle. «Te equivocas.» Penny no está muerta. Penny superó casi cuatro años de instituto ganándose el cariño de todo el mundo, menos el mío, e incluso me conquistó a mí durante un tiempo; uno no supera el instituto así y luego no sobrevive a lo que sea en lo que se haya metido Penny.

—He estado pensando en lo que me preguntaste, cuando viniste a por tu móvil. Que tal vez buscarte a ti fue la razón por la que no encontramos a Penny. Y luego oí a algunos chicos hablando de ti en el lago. —Me mira, con lástima—. Estaban diciendo lo mismo.

—¿Y te sorprende?

—No lo sé.

Me encojo de hombros de un modo que implica «La conversación ha terminado», con la esperanza de que me permita continuar sola, pero no lo hace. Leanne se encuentra a mi espalda y luego aparece de nuevo a mi lado. Es muy temprano para empezar el día con esta clase de dolor de cabeza.

—Mira, piense lo que piense la gente de ti, que te encontráramos no carece de importancia. —Me coloca la mano en el hombro y, entonces, nos detenemos de nuevo—. Cuando te vi en ese camino, me sentí muy aliviada. Y me carcome por dentro que no hayamos encontrado a Penny todavía, pero, cuando se trata de chicas desaparecidas, casi nunca tienes suerte una vez, y mucho menos dos. Que alguien intente culparte... es una gilipollez.

Clavo la mirada en el suelo. No sé qué responder a la idea de que encontrarme tuviera importancia para alguien aparte de mi madre, y Todd. Y Leon, que es probable que ahora se arrepienta.

—Entonces, ¿no habría cambiado las cosas?

Quiero oírse lo decir, eso exactamente, si es así.

Leanne se muerde el labio.

—Aunque hubiera influido... no habría sido culpa tuya.

—¿Qué se supone que significa eso?

Ella aparta la mirada.

—Justo lo que he dicho.

Me quedo callada un momento.

—¿Cómo descartaron la conexión entre nosotras, Leanne?

—No puedo decírtelo. Pero te prometo que no fue culpa tuya. Solo quería que lo supieras, ¿vale?

Suelto una pequeña carcajada.

—Bueno, muchas gracias. Pensaré en eso cuando me digan una y otra vez que soy la chica a la que nadie quería encontrar.

Echo a caminar de nuevo, intentando olvidar esta completa pérdida de tiempo, pero entonces Leanne dice:

—Necesito mi trabajo, Romy.

Me giro.

—¿Y qué?

—Que, cuando Turner me dice que no debo contar algo, obedezco. Aunque a veces no me parezca lo correcto. Sigo pensando que debería haberte llevado al hospital ese día. —Se interrumpe—. Pero *necesito* este trabajo por mi familia.

—No se lo contaré a nadie —le aseguro, y cuanto más parece debatirse Leanne, más desea mi corazón saber de qué se trata—. Y, aunque lo hiciera, nadie me creería.

Eso hace que las líneas de su cara se vuelvan más profundas.

—Fue la hija de Ben Ortiz —dice por fin—. Tina.

Tina.

Ese nombre es como una navaja contra mi piel.

Sé que, lo que sea que me cuente Leanne a continuación, me desgarrará.

Así es.



Apoyo la palma de la mano contra mi pecho. Me masajeo la piel. Intento oír los latidos de mi corazón, porque se quedó callado hace un rato y no estoy segura de si sigue ahí.

Espero. Estoy esperando. Esperando a que las chicas aparezcan por el pasillo. Sus voces llegan antes que ellas, flotan con suavidad por debajo de la rendija de la puerta. Clavo la mirada en las baldosas sucias del vestuario y... espero.

Tina entra. Observo sus pies mientras se dirige a su taquilla. La veo quitarse los zapatos y, cuando empieza a desvestirse, dejo que mis ojos suban, por sus piernas, sus caderas, su vientre suave y sus tetas.

—¿Sabéis por qué la mitad de la oficina del sheriff estaba perdiendo el tiempo buscándome cuando podrían haber estado buscando a Penny? —pregunto.

Los dedos de Tina se detienen a su espalda, dejan de buscar el cierre del sujetador. No dice nada, se limita a levantar la barbilla de un modo que me reta a seguir. Me reta a decir en voz alta que fue a la oficina del sheriff ese sábado por la noche, a contarles lo que me hizo para que empezaran a buscar a Penny en los lugares correctos. Me pongo en pie y las piernas me tiemblan como a un potrillo recién nacido, hasta que lo siento, un suave pum en el pecho (mi corazón, cobrando vida) y me calmo.

—Tú me dejaste en ese camino. Me arrastraste hasta ese camino. Me escribiste «Viólame» en la barriga y luego me dejaste allí.

Tina me sostiene la mirada. Esto es lo que quiero que pase: quiero que las otras chicas se den cuenta de que *ella* es la ladrona que le robó ese tiempo a Penny. Quiero que se vuelvan contra ella. Quiero que la devoren viva sin abrir la boca ni una vez. Quiero que este sea el fin de Tina Ortiz, pero las cosas que quiero que pasen nunca pasan. Nadie le echa la culpa. Nadie se lo hace pagar. Ni siquiera el sheriff lo haría. No a la hija de su buen amigo.

—Bonito cuento —contesta Tina.

Pum, otra vez, ahora más fuerte y no tan suave. Tina intenta desabrocharse de nuevo el sujetador. No le da ninguna importancia, como tampoco se la dio la noche que se situó encima de mí y escribió aquello en mi piel.

—Además, cualquiera lo hubiera hecho —añade en voz baja, para que solo pueda oírlo yo.

Mi corazón me suplica que haga algo al respecto, para poder soportarlo. Tina y ese camino.

Ella me dejó en ese camino y le ofreció mi cuerpo a la gente, a cualquiera.

No recuerdo haber decidido hacer lo que ocurre a continuación, pero, después, tengo la certeza de que lo volvería a hacer una y otra vez, mil veces.

La empujo contra las taquillas, la lanzo contra el metal con todas mis fuerzas. El sonido que produce al chocar es mejor que cualquier canción que haya oído nunca. Quiero que se repita en un bucle infinito. Le clavo las uñas en los brazos, noto cómo cede su piel blanda. Tina abre mucho los ojos y me devuelve el empujón y, entonces, se abre un espacio entre nosotras, lo bastante grande como para quedarme paralizada pensando en todas las cosas que podría hacerle ahora. Podría levantar la mano y asestarle un puñetazo en la cara o darle un rodillazo en el estómago, agarrarla del pelo y arrancarle un puñado de la cabeza. No puedes hacer esas cosas si eres una chica, así que, cuando la oportunidad para emplear la violencia se presenta por fin, lo quiero todo a la vez. Esa misma inmovilidad parece invadirla también a ella y, durante un segundo, no ocurre nada, y luego...

Algo en mi interior se descontrola, me transforma en un arma. Nací para hacer daño, igual que Tina. Le pego y le arañó la piel, pero ella no se queda allí plantada y deja que suceda. Tina contrataca con la misma intensidad y como quiero que lo haga, como solo lo haría ella.

Al principio, lo único que siento son las partes de su cuerpo que intento destrozar. Entonces, me da un codazo en el vientre que me deja sin aliento y todo mi ser cobra vida después de eso. *Todo*. Cada golpe que me propina, se lo devuelvo como puedo. Es caótico. Es mi zapato sobre sus pies descalzos y el sonido que escapa de su garganta, es su mano en mi pelo, es esos mechones que se separan de mi cabeza.

Hay chicas gritando, chicas demasiado asustadas para separarnos. Tina me empuja contra una hilera de taquillas, algunas de las cuales están abiertas, y me golpeo la frente contra el borde de metal, y me duele, pero ¿qué es el dolor, en realidad? Esto es liberador, nada por lo que valga la pena parar.

No vamos a parar.

Alguien tendrá que detenernos.

Hasta que la entrenadora Prewitt entra con la directora Diaz, no me doy cuenta de que tengo sangre en los ojos. «Está sangrando», susurra una chica. Estoy sangrando. Me llevo la mano a la frente y las yemas de los dedos se me empapan de mi propia sangre.

Bajo la mano y veo que Tina se encuentra al otro lado de la sala, con una pinta horrible. Tiene un arañazo en el hombro y un moretón en la mejilla. Se lo he hecho yo. Pero... Observo mi mano de nuevo, el rojo. Su vientre desnudo. Esto no puede acabar así.

Todavía no he escrito sobre ella.

Arremeto contra Tina, pero Diaz me agarra del brazo y grita:

—¡Eh, eh, *eh!* ¡*Basta!*

Tina tropieza con Prewitt, con los ojos muy abiertos y aterrorizados, como si no hubiera estado peleando conmigo, porque ahora es el momento adecuado para representar ese papel. Yo también debería hacerlo, pero no puedo.

Quiero hacerle daño hasta sentir que he terminado.

—¿Qué está pasando aquí? —exige saber Diaz, cuya voz resuena con ferocidad por el vestuario, pero, antes de que alguien pueda decir algo (y Tina ya ha abierto la boca para hacerlo), le echa un vistazo a mi cara y cambia de táctica—. Ortiz, vístete y ve a mi despacho. —Mueve la cabeza—. Vergonzoso. Esto es... —Busca otra palabra, pero no encuentra ninguna—. Vergonzoso. Espero que todos mis alumnos se comporten con sensatez, pero vosotras dos...

—Empezó Grey —protesta Tina. ¿Fue así?

—Te he dicho que te vistas, Ortiz —le espeta Diaz—. Grey, sígueme.

Salgo del vestuario detrás de ella, sus tacones golpetean contra el suelo. Me llevo la mano a la cabeza otra vez. El corte está situado encima de mi ceja derecha y todavía sigue sangrando. Diaz me mira.

—Estás cubierta de sangre.

Bajo la mirada. Tiene razón. El cuello de la camisa... Por todas partes.

—¿Adónde vamos? —le pregunto, con la voz un tanto pastosa.

No me mareo al ver sangre, pero la adrenalina de la pelea se está disipando y esto es muy raro.

Es raro sentir cómo me abandona.

—Te acompaño a la enfermería para que te curen —me explica Diaz—. No sé qué te ha llevado a hacer esto. Ha sido un comportamiento espantoso.

«Espantoso», pienso, y luego me río, solo un poco. Diaz se vuelve bruscamente hacia mí.

—¿Te parece gracioso?

Aprieto los labios y aparto la mirada. Me parece divertidísimo. Hay una chica por ahí que todos piensan que está muerta y tal vez lo esté, porque ¿sabes cuántas formas hay de matar a una chica? Yo sí. Pero se supone que debo preocuparme por los problemas que me pueda ocasionar esta estúpida pelea en el instituto a pesar de la satisfacción que he sentido mientras estaba enzarzada en ella.

En la enfermería, DeWitt me echa una ojeada. Espero a que me diga que soy lo bastante mayorcita para cuidarme sola, pero, en cambio, me examina la frente con delicadeza y afirma que esto supera nuestras capacidades.



Los puntos parecen innecesarios cuando puedo ver el corte, después de limpiar la mayor parte de la sangre, pero el doctor Aarons me anestesia la frente y me dice: «Es lo bastante profundo» y «No te muevas».

Es la primera vez que me ponen puntos y me sorprende la extraña presión de la aguja cuando se clava y la tensión de mi piel cuando se une. Mamá no soporta verlo y aguarda en la sala de espera. Apenas consigue mirarme a los ojos desde que me recogió en el instituto.

—Explícamelo —me dice de camino a casa. Me recuesto en el asiento y cierro los ojos—. Romy, explícamelo. ¿Qué se te pasó por la cabeza para hacerle algo así a otra chica?

—No —contesto—. Nada.

Aparca en la entrada. Ya he salido del New Yorker antes de que se apague el motor.

—Romy, espera...

Pretendo ir directamente a mi habitación, porque supongo que me va a enviar ahí de todas formas, pero Todd está en medio y me detiene en los escalones. Me mira la frente como si no consiguiera entender que yo provoqué lo que me ha pasado, porque dejé algo claro antes de marcharme del instituto: no soy la víctima de nadie.

—Madre mía —dice en voz baja.

Se echa a un lado y entro en la casa. A estas alturas, me estoy empezando a sentir como si me hubiera golpeado la cabeza contra el borde afilado de una taquilla abierta. Oigo que mamá lanza su bolso al suelo. Ya he subido media escalera cuando me dice:

—Romy, alto. Detente ahora mismo.

Obedezco, pero sigo mirando en dirección a mi habitación hasta que me dice que me dé la vuelta y la mire a ella. Me doy la vuelta y la miro, los miro. Porque Todd sigue allí y, por una vez, desearía que estuviera tan ausente como el hombre al que reemplazó.

—Explícamelo —repite mamá—. Porque no quiero oírlo por primera vez mañana en el despacho de tu directora cuando averigüemos si te permiten seguir en el instituto. *No* me harás eso.

Parece alguien que ya ha perdido la guerra, pero que no dejará de luchar a pesar de ello. Y tiene razón: no le haré eso. Nunca querría ni podría hacerle eso. Todos los días, tiene que ser mi madre en este pueblo. No hace falta que se lo ponga más difícil de lo que ya es.

—Tina es una bocazas, así que la empujé y todo se descontroló.

—¿En serio? —Mamá se cruza de brazos—. ¿Eso es todo?

—Sí.

—Me estás ocultando algo. Esto no es propio de ti —insiste. Creo que se equivoca. Tiene que ser propio de mí, si lo hice, de lo contrario no lo habría hecho—. ¿Qué te dijo?

—Eso da igual.

—No, no da igual. Si no me lo cuentas, ¿cómo voy a ayudarte?

—¿Qué podrías hacer para ayudarme?

Me mira como si le hubiera dado una bofetada. La verdad es que, en realidad, no sé si podría ayudarme, pero sé que ella quiere creer que podría y sé que quiere que acuda a ella creyéndolo también. Mi amor debería permitirme saber esto sobre ella y ser capaz de fingir, pero no puedo. Me voy a mi habitación. Nadie me lo ordena. Simplemente, voy.



Una semana de expulsión.

Pensé que el asunto me ocasionaría más problemas, pero, como fue Tina quien me dejó en aquel camino y los Ortiz saben que soy conocedora de ello, no me exigen explicaciones por lo que le hice a su hija. Yo no habría dicho nada de todas formas, pues mi madre estaba delante. Me limito a mirar fijamente al padre de Tina y odiarlo. Me pregunto si ya le habrá contado esto al sheriff o si lo está reservando para la próxima partida de golf. Como Tina y yo nunca nos habíamos comportado de un modo tan impropio de una señorita, Diaz dice que nuestro castigo es menor de lo habitual en estos casos. Me dan ganas de preguntarle a qué se refiere con «impropio de una señorita».

Salimos del despacho formando un incómodo quinteto, justo antes del timbre. Nuestros padres se escabullen en cuanto suena, decidiendo esperar en sus coches mientras Tina y yo recogemos los deberes para la semana. Ella se ve rodeada de inmediato por chicas que quieren conocer toda la historia. Capto el principio del relato de Tina («Es una puta psicópata y no van a hacer nada...»), pero no me quedo a oír el final.

Los profesores se muestran fríos conmigo cuando me entregan el material y me pregunto si se trata de una reacción sincera o Diaz les indicó que se comportaran así. Cuando llego al aula de la señora Alcott para recoger los deberes de Lengua, Brock está junto a su escritorio. La profesora le entrega un montón de papeles.

—Dale recuerdos a Alek. Y dile que esperamos verlo pronto por aquí.

—Sí, lo haré... —Brock se pone tenso al reparar en mí—. Gracias señora A.

La señora Alcott lo observa marcharse con una sonrisa triste, que desaparece cuando centra su atención en mi persona.

—Tengo tus deberes aquí...

—¿Qué le pasa a Alek? —le pregunto.

Me mira como si yo fuera idiota y, en este momento, tengo la sensación de que no le caigo nada bien.

—Ni te imaginas cuánto estrés está soportando Alek ahora mismo, pero espero que eso te dé en qué pensar, Romy. Hay gente por ahí con problemas de verdad... —Coge una pila de hojas de ejercicios y me las entrega—. Y hay gente que se busca los problemas.

Brock me está esperando cuando salgo. Apenas me da tiempo a verlo antes de que se acerque mucho.

Demasiado.

—¿Le estás contando a la gente que te eché GHB en la bebida en el lago Wake? —me pregunta y, por su tono, casi parece que le hace gracia, como si todo este asunto de Penny lo tuviera tan agobiado que esta pequeña y divertida distracción le viniera bien—. ¿En serio?

—¿Lo hiciste?

—¿Por qué lo preguntas si es lo que *ya* le estás contando a la gente?

Por mucho que me apetezca huir, también quiero acorralarlo, quiero convertir esto en un careo y asustarlo de algún modo para que confiese, pero eso no pasaría nunca, no con Brock. Lo más seguro para mi cuerpo es seguir moviéndose.

—Sé que tenías. Oí a Sarah y a Norah hablando de ello en el baño de las chicas...

—Pero ¿puedes demostrar que te di? —Me invade la rabia, como la que me hizo desear despedazar a Tina—. Es decir, ¿*afirmas* que recuerdas un momento preciso en el que te eché GHB en la bebida? Porque, si no lo recuerdas, Grey, más te vale cerrar la puta boca.

—¿Lo hiciste? —le pregunto de nuevo, porque lo único que puedo hacer es preguntar.

Los demás nos están mirando, a Brock y a mí, caminando juntos por el pasillo. Esto está mal. Todo esto. Él parece darse cuenta también. Se aparta, levantando las manos en un gesto inocente.

—¿Lo hice? —pregunta a su vez.

Cuando subo al coche con la mochila hasta los topes, estoy temblando. Tengo ganas de mordirme el puño. Procuro que no se me note en la cara mientras mamá dice:

—Vas a llamar a Tracey esta noche y le vas a decir que no irás a trabajar hasta la semana que viene...

—¿Qué? —Me la quedo mirando—. No puedo...

—No creo que el hecho de que te expulsen de este sitio —añade, señalando el edificio con la cabeza— te haga entender que lo que hiciste estuvo mal, Romy. No puedes quedarte en casa todo el día y luego ir a trabajar y a ver a Leon. ¿Qué clase de castigo es ese?

Oír el nombre de Leon supone un doloroso recordatorio de lo que todavía tengo que arreglar.

No sé cómo lo voy a conseguir porque, cuando revivo la partida de búsqueda en mi mente, no sé qué podría haber hecho de otro modo.

—¿Y qué le digo a Tracey cuando me pregunte por qué no puedo ir durante *una semana*?

—Tendrás que pensar en algo.

—¿Y si me despide?

Mamá suspira.

—¿Crees que te obligaría a hacerlo si pensara que Tracey te va a despedir? Anoche le dije que te habías metido en un lío en el instituto, que estabas herida. Está esperando que la llames.

—¿Le dijiste que lo empecé yo?

—Por supuesto que no.

Al llegar a casa, llamo a Tracey desde mi habitación y le digo que necesito cogerme unos días libres y ella me habla con voz amable, sin ese tono de jefa que mantiene a todo el mundo a raya. Holly me sustituirá. Todo irá bien. Todo irá muy bien. Necesito toda la tarde para terminar los deberes, escribiendo respuestas que no estoy segura de que estén bien, pero sí sé que me da igual que estén mal. Cuando mamá se marcha a su trabajo de limpieza, Todd deja la cena en mis manos. Se sienta en la mesa y se pone a hojear un viejo libro de bolsillo mientras yo corto patatas y cebollas y les quito la piel a unos muslos de pollo. Es bastante apacible.

—¿Empezaste una pelea con Tina Ortiz porque estás molesta por otro motivo? —me pregunta como si tal cosa, mientras pasa una página.

Era bastante apacible.

—¿Qué?

Todd echa la cabeza hacia atrás para mirarme.

—Ya me has oído.

—¿Que si empecé una pelea con una chica porque estoy molesta por otro motivo? —repito y él asiente con la cabeza—. Eso no tiene sentido.

Él dobla el lomo del libro y lo deja sobre la mesa.

—¿Me estás diciendo que nunca te has enfadado o molestado por una cosa y te has desquitado con otra persona?

—No sé de qué me hablas.

—Yo creo que sí. —Hace una pausa—. Puedes contarnos lo que está pasando, ¿sabes? No hace falta que se lo ocultes a nadie.

—No sé a qué te refieres —repito.

Él deja escapar un profundo suspiro. Espero hasta que el horno pita, luego introduzco el pollo y ajusto el temporizador.

—Sácalo cuando esté listo —le indico a Todd—. No tengo hambre.

Me despierto en mi cama, encima de las mantas.

Siento que debería ser por la mañana, un nuevo día, y supongo que lo es. Cuando compruebo la hora, son las tres de la madrugada. No recuerdo haberme acostado, pero el sueño debe haberse apoderado de mí.

Miro por la ventana. La calle está muy tranquila. Las luces están apagadas en todas las casas que puedo ver desde aquí, toda la gente de su interior tiene los ojos cerrados. Transcurre una hora antes de que las primeras señales de vida (un coche recorriendo una calle que no es esta) llegan a mis oídos. Unos minutos después, oigo otro ruido: un leve chirrido flota a través de mi ventana abierta, conocido, pero fuera de lugar tan tarde. La puerta mosquitera. Atisbo en medio de la oscuridad, intentando averiguar si es alguien que entra o sale, y luego escucho una tos suave.

Mamá.

Supongo que la veré pasar de los escalones al camino, del camino al New Yorker, porque tal vez nos parezcamos en eso. Tal vez ella también necesite a veces irse a dar una vuelta en coche. Pero no la veo aparecer y el revelador chirrido de la puerta mosquitera no se vuelve a oír, así que está ahí fuera, sola. No quiero reunirme con ella, pero creo que debo hacerlo. Es como encontrarte con el lugar de un accidente. En cuanto miras, formas parte de ello.

Sobre todo, si sigues adelante.

Me levanto de la cama y recorro el pasillo de puntillas. La puerta del otro dormitorio está entreabierta. Oigo el sonido de los ronquidos de Todd. Bajo sigilosamente la escalera y me dirijo a la puerta principal, que está abierta. Miro hacia afuera, más allá del porche, hacia donde mi madre está sentada en los escalones, con la cabeza apoyada contra las rodillas, y en ese momento me asombra darme cuenta de pronto de lo joven que es. Me había olvidado. Igual que Todd. Incluso mi padre.

A veces, tengo la sensación de que todos tenemos mucho por vivir.

Me adentro en el seco aire nocturno. Mamá endereza la espalda y me mira como si supiera que vendría. Me siento a su lado. Me rodea con el brazo.

—La cena estaba muy buena. Te guardé un plato. Intenté despertarte, pero estabas como un tronco. Me dijiste... —Noto la sonrisa en su voz—. «Mira sus plumas.» Supuse que sería mejor dejarte dormir.

Hago eso a veces, cuando estoy muy cansada. Solo permito que una pequeña parte de mi cerebro se despierte y digo tonterías hasta que quienquiera que intenta despertarme me deja en paz. Podría mantener una conversación entera mientras no haga falta que tenga sentido. Una vez le dije a mamá: «Esto no es nuestro». Otra: «El cristal no se rompe». Ella repasa esos momentos a veces, como si fueran buenos recuerdos. Desliza los dedos alrededor del vendaje de mi frente y me pregunta cómo me encuentro. Me encojo de hombros y contesto: «Bien». Un rato después, se oye el sonido de otro coche deslizándose a toda prisa por el pavimento. Este se dirige hacia aquí.

—Ford azul —dice mamá.

Se me encoje el corazón. Solíamos jugar a eso, todos juntos. Ella, papá y yo. Solo cuando él tenía un buen día. A adivinar la marca y el color por el sonido. Puesto que mi padre se pasaba todo el tiempo rodeado de vehículos, siempre acertaba el fabricante... pero el color era cuestión de suerte.

—Honda morado —opino.

Las dos nos equivocamos. Un Chevy negro pasa de largo.

—Sé por qué empezaste esa pelea.

Asimilo sus palabras despacio. Lo sabe. ¿Qué cree que sabe? Clavo la mirada en el camino de acceso, en esas enredaderas visibles incluso en esta penumbra, imaginándome diferentes posibilidades. ¿Sabe lo de las fotos? ¿La palabra en mi vientre? No... no puede saber nada.

—Porque ya te lo dije.

—No, no es verdad.

—Oye, ¿tenemos que hacer esto ahora? Me...

—Sí, tiene que ser ahora. No te presiono para que hables conmigo porque creo que no tengo derecho después de todo lo que pasó... —Hace

una pausa—. He estado esperando a que me cuentes por qué empezaste esa pelea con Tina, pero sé que no lo harás. Pero ya sé el motivo, Romy... Siempre lo he sabido.

Cierro los ojos un instante.

—¿Y cuál es?

—Kellan Turner va a volver.

Solo siento conmoción y luego dolor, y luego solo puedo pensar: «¿No se da cuenta de que un nombre puede equivaler a una declaración de guerra? ¿Que ahora puedo decirle lo que me dé la gana, por muy cruel que sea, para... vengarme?». «Va a volver.»

—Eso es lo que pasó, ¿verdad? Tina te dijo algo al respecto.

Veneno. Me corre por las venas, transformando mi sangre en algo demasiado repugnante para nombrarlo. Se abre paso por mi ser, localiza mi corazón y entonces... todos mis órganos vitales dejan de funcionar.

—Lo sabías. —Las palabras salen de mi lengua muerta, lentas y estúpidas, espesas como el sirope. Siento que algo nuevo se apodera de mí, pero no tan misericordioso como el sueño. Me resisto, lucho por quedarme aquí a pesar de que tampoco quiero seguir estando en este sitio—. ¿Lo sabías?

—Todd se enteró el lunes por Andrew Ryan. Quise decírtelo antes de la partida de búsqueda, pero no me pareció el momento oportuno... y luego quise decírtelo el martes, pero...

«¿Por qué no te tomas la noche libre para poder pasar un rato juntas, madre e hija?» Oh.

—Es que no sabía cómo darte la noticia. Pero tenía claro cómo *no* quería que te enteraras y ha acabado pasando. —Suspira—. Eso fue lo que te dijo Tina, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno, todavía no ha regresado —continúa y una parte minúscula de mí se siente aliviada, solo una muy minúscula—. El lunes... es lo que oyó Todd. No pudo conseguir que le dieran permiso en el trabajo antes...

Un trabajo. Un trabajo. Este pequeño dato se introduce en mi mente a mi pesar. No quiero saber nada de él.

—Viene por Alek, así que tengo la sensación de que procurará no llamar la atención, pero... Romy, no tienes que ser valiente todo el tiempo, ¿sabes? Deberías hablar conmigo.

Espero hasta que otro coche aparece por la calle, sus faros brillan a lo lejos. Me concentro en eso y nada más.

—Chevy negro —digo, porque puede que haya dado la vuelta.

—Eh... no —objeta ella—. No, no, creo que es un...

Se le quiebra la voz.

No termina la frase.

Dentro, en mi cuarto, escribo mi nombre en mis labios una y otra vez, pero no me siento bien, no me siento yo misma. Todas esas partes de mi ser que han dejado de funcionar. No quiero ser una chica muerta. No quiero ser una chica muerta. Necesito regresar a la vida. Cojo el móvil y le envío un mensaje a Leon.

«SOY YO», le escribo, pero significa «Por favor».



Correr me parece más importante ahora.

Lo único que quiero hacer es correr. Salgo por la mañana y corro por Grebe hasta que ya no puedo más, hasta que casi tengo que regresar a casa arrastrándome. Quiero aprender a moderar el ritmo de modo que nunca tenga que parar.

Cuando me despierto por las mañanas, estoy tan agarrotada que apenas puedo moverme. Me doy duchas lo bastante calientes como para que el calor del agua atraviese la piel hasta llegar a los músculos y los relaje. Desayuno porque no quiero que mi cuerpo se devore a sí mismo. No quiero ser débil. No quiero estar enferma. Solo quiero ser rápida.

Cuando llega el fin de semana, el aire está cambiando. Hoy, me despierto y el cielo es de un enfermizo tono gris verdoso. Hasta puede que llueva, como publicó el *Grebe News*, o tal vez solo sea una burla. Me ato los cordones de las zapatillas de deporte y le digo a mamá que volveré luego. Camino hasta que la casa se pierde de vista y, entonces, empiezo a un trote ligero, como si esto fuera un secreto vergonzoso. Encuentro mi ritmo antes de recorrer las calles laterales y salir del pueblo.

«Va a volver.»

Interrumpo ese molesto pensamiento aislado concentrándome en dejar Grebe a mi espalda y, cuando llego al límite del pueblo, noto las primeras gotas vacilantes de lluvia.

Ahora el cielo se ha oscurecido, anunciando tormenta.

Llego a la carretera. No sé adónde me dirijo. Ibis está más cerca, pero no hay nada para mí allí. Me mantengo en el arcén y la lluvia empieza a caer con un poco más de convicción. Le echo un vistazo a la cuneta, llena de hierba alta y basura, y pienso en mis compañeros de instituto buscando a Penny y en que, mientras nadie la encuentre, seguirá viva.

Ese pensamiento rompe los diques del cielo.

Es como si la lluvia hubiera estado allí arriba, acumulándose durante una eternidad, volviéndose más pesada, demasiado pesada, y ahora está cayendo toda a la vez. Me empapa, me pega el pelo a la cara y la ropa a la piel. Un camión articulado pasa a toda velocidad, haciendo tanto ruido que me duelen los oídos. Sus numerosas ruedas me salpican agua de los charcos, pero me da igual. Sigo adelante hasta llegar a Slab Road, un camino de tierra al borde de la carretera. Un camino de barro, ahora. Mis pies chapotean contra el suelo.

Al rato, veo una forma en el horizonte a través de una cortina de lluvia. Algo va mal. Entorno los ojos, intentando distinguir de qué se trata.

Es un accidente.

Hay un todoterreno en la cuneta. Hundido en ella. Está inclinado hacia delante, con la rejilla presionando la tierra. Me doblo en dos y me aprieto el vientre con un brazo, intentando llenarme los pulmones de aire, mientras busco el móvil con la otra mano.

Avanzo a trompicones hasta que contemplo con más claridad lo que estoy mirando.

Un Escalade EXT.

Solo hay uno en Grebe.

De inmediato, decido regresar por donde he venido y dejar esto aquí para que lo encuentre otra persona, pero... Observo el todoterreno accidentado. No sabría decir si es la clase de accidente que podría causar heridas graves o leves.

Solo porque quiera mirar no significa que tenga que ayudar.

Tengo las piernas entumecidas, pero las obligo a llevarme hasta el vehículo, hasta Alek. Le echo un exhaustivo vistazo al amplio espacio entre las ruedas traseras y el camino: no va a ser fácil sacarlo de ahí. Mis ojos se desplazan hacia donde el peso del vehículo hace que la parte delantera se hunda más en la hierba, en el suelo.

La puerta del conductor está abierta de par en par.

Desciendo poco a poco por el terraplén. Mis zapatillas no se agarran bien a la hierba. Caigo contra el todoterreno y mis dedos se deslizan por el exterior mojado. Examino el lado del conductor. Las llaves están en el contacto, pero el motor está apagado. Hay un móvil en el suelo... el de Alek. Lo cojo y reviso el historial de llamadas para comprobar si ha avisado a una grúa, una ambulancia o lo que sea. Pero la última llamada es de anoche, a su madre.

—¡Penny!

Me giro hacia el bosque que se extiende más allá del todoterreno.

¿Cuánto tiempo hace que no oigo pronunciar su nombre así?

Como si se dirigieran a ella.

Penny. Si ha regresado, si está en ese bosque, todo puede volver a ser como era y no hace falta que venga nadie que no haga falta que venga. Me adentro en el bosque, donde la lluvia es más ligera, y descubro un chico en el claro. Alek, en el claro. No mira en mi dirección y se aprieta el brazo derecho con fuerza contra el pecho. Nunca lo había visto tan destrozado, pero me da igual, me habría dado igual, porque la estoy buscando a ella.

Alek la llamó. Penny tiene que estar aquí. Tiene que estar. Si ella vuelve, él no lo hará.

Al oír mis pasos, Alek se da la vuelta tambaleándose, con los ojos muy abiertos. Pierde el equilibrio y cae al suelo con fuerza y, entonces, se queda allí sentado. Esconde la cabeza en las manos, hunde los dedos largos y delgados en su pelo y luego se desploma de costado y se acurruca haciéndose un ovillo.

Está borracho.

Está borracho y ella no está aquí. No la ha encontrado. Me pregunto si estaría fingiendo que sí. Si se salió del camino sabiendo que ella no estaba aquí, pero deseando experimentar la mentira solo un segundo. Alek se estira despacio, hasta quedar tumbado de espaldas, mirando al cielo, resignado a esto, a mí.

—Supongo que debería llamar a tu padre —digo.

Lamaré a su padre y no pasará nada. A mí me paran conduciendo sobria y a Alek... Él se irá de rositas, haciendo eses.

Alek cierra los ojos un momento y cuando los vuelve a abrir, dice:

—Dame tu móvil. Dame tu móvil, quiero enseñarte algo.

Me siento asqueada al comprender lo que acaba de revelar.

Él me mira, se concentra lo suficiente como para disfrutarlo.

—Ah, ya las has visto.

—Tú... —Bajo el móvil—. Tú sacaste las fotos.

Asiente, restregando la parte posterior de la cabeza contra el suelo mientras se le dibuja una sonrisa en la boca. Ese recuerdo le hace sonreír, es lo único que podría hacerle sonreír en este momento. Cierro los ojos y veo a Alek, veo mi móvil en sus manos y no quiero volver a tocarlo si ha estado en sus manos. No quiero mi piel, si él ha visto una parte tan grande.

—Me dejaste hacerlo —añade.

—No.

No lo hice. Nunca lo habría hecho.

—Sí. —Se echa a reír y se le cierran los ojos—. Le dije a Penny que me dejaste hacerlo, pero le dio igual. Me dijo que... Me dijo que parara. La

última vez que hablé con ella, nos *peleamos*... —Deja de reír y abre los ojos —. Por ti.

Me alejo, pero no puedo escapar de esto, de lo que me acaba de decir. No puedo...

—Pero me dejaste hacerlo, querías hacerlo. —Intenta sentarse, pero no puede, no puede, y Penny está en mi mente y me está quitando algo, siempre me está quitando algo. Una chica en una cafetería, una chica sentada frente a mí en la mesa de una cafetería. La chica abre la boca y dice —: Igual que le dejaste a él. Raja frígida.

Últimamente, se parece mucho a su hermano. Quiero enterrarlo. La lluvia cae sobre los dos y quiero enterrarlo. Él se desploma sin fuerzas sobre las hojas mojadas y el barro, demasiado borracho para ponerse en pie e irse caminando. Los latidos de mi corazón se van debilitando hasta que se detienen y planto las piernas a cada lado de Alek. Lo agarro por el cuello de la camiseta y lo incorporo a medias para poder empujarlo de nuevo contra la tierra, porque quiero ser la raja frígida que lo entierre. Intenta agarrarme los brazos con desesperación hasta que me coloco encima de él, apoyo las rodillas en el suelo a ambos lados de su cuerpo, él está debajo de mí y me aprieto contra él. Me llama de nuevo de ese modo y la lluvia cae sobre los dos. Quiero enterrarlo. Quiero grabar a fuego en él un momento de impotencia para que pueda experimentar una fracción de lo que sentí yo, lo que siento, lo que me ha perseguido cada minuto desde entonces, así que le **Le tapo tapas la la boca boca.**



He estado lejos, pero no he estado en ningún sitio.

Salgo del bosque a trompicones y utilizo el todoterreno accidentado para trepar por el terraplén. Alek sigue en el bosque, tirado en el suelo, y me siento como si estuviera arrastrándome a través del tiempo, un tiempo que me embota la mente y me entumece manos y piernas. Algo quiere salir de mí, alguien, una chica. No. Ella no. Ella no. Me resbalo y caigo con fuerza sobre una rodilla. Me levanto despacio.

Cuando me presento en casa de Leon, no soy yo misma.

La lluvia me sigue hasta Ibis, hasta la calle Heron, hasta su piso en el sótano. Camino hasta que veo su Pontiac y luego rodeo una casita de piedra hasta que encuentro una puerta que debe ser la suya. Levanto el puño y

llamo. Unos minutos después, Leon abre y, al ver que soy yo, me cierra la puerta en las narices.

—**No debería** haber hecho eso —dice Leon mientras saca su Pontiac de la entrada dando marcha atrás.

Voy sentada en el lado del copiloto, jugueteando con el cinturón de seguridad. Mantengo los ojos dolorosamente abiertos porque, si parpadeo, las lágrimas se derramarán. Me lleva a casa. No estoy segura de si habría obtenido tanto de él antes de que viera lo empapada que estaba, antes de que se fijara en el vendaje que tengo en la frente y el barro que me mancha las piernas.

—Claro que sí.

—No —contesta con firmeza—. No, no debería haberlo hecho. Yo no trato así a las personas.

—Pero yo sí.

—Sí, supongo que tú sí.

—No me dejaste explicártelo.

Sale de su calle.

—Me enviaste *un* mensaje.

—No respondiste.

—Cuanto más lo pensaba, menos me apetecía.

Siento una opresión en el pecho.

—¿Por qué?

—Te comportaste como si no me conocieras. Parecía darte vergüenza.

—No...

—Sí, es la verdad. Y, cuando te toqué, fue como si... —Hace una mueca—. Como si estuviera haciendo algo malo. Casi haces que me saquen *por la fuerza* de una partida de búsqueda...

—No —repito—. No, no estabas... No te habrían...

—¿No crees que fuera a acabar así? —me suelta—. Por el amor de Dios, Romy, yo era el único negro allí y por cómo me trató ese gilipollas

cuando creyó que te estaba molestando... Reconozco la forma en la que me estaba mirando.

Esto... De *esto* me avergüenzo. Puedo saborearlo, mi vergüenza, su sufrimiento, y, de pronto, lo único que puedo decir no es lo bastante bueno. Aunque, claro, nunca lo fue.

Pero no me había dado cuenta hasta ahora.

—Tienes razón. Lo siento mucho, Leon.

—Dices eso muy a menudo. —Llega a una señal de *stop* y continúa sin mirarme a los ojos—. No se me ocurre ninguna razón lo bastante buena para justificar lo que me hiciste.

La razón es que lo necesito. Necesito que aparte este fantasma de mí, porque todavía la siento. Todavía la siento y quiero que siga muerta. El coche empieza a moverse de nuevo. Parpadeo sin tener consciencia de ello. Lágrimas. Intento secármelas antes de que las vea, pero el suspiro que deja escapar me indica que se da cuenta y eso me hace sentir mal, como si fuera una especie de manipulación. Tengo claro que una chica nunca debe defenderse llorando. Solo demuestra que hay otra parte más de ella en la que no se puede confiar. Leon sigue conduciendo un rato y la lluvia salpica el parabrisas mientras salimos de Ibis.

Después de un tramo de carretera, se detiene en un aparcamiento abandonado donde solía estar la gasolinera Fontaine's, antes de que se incendiara.

Apaga el motor.

—Bueno, explícamelo —me dice.

El espacio que hay entre nosotros solo parece lo bastante grande para la verdad. Intento calmar mi creciente pánico, de ese que te impide respirar. No puedo contarle la verdad.

—Romy.

Pero no tiene que ser la verdad, solo tiene que acercarse lo bastante para parecerlo.

Así es como cada mentira sobre mí se convirtió en algo sincero.

—Grebe no es un lugar agradable —digo.

—¿Y?

—No aprecian mucho a mi familia y no quería que tuvieras que enfrentarte a eso. —Su forma de mirarme me resulta agobiante—. Eso fue lo que pasó en la partida de búsqueda.

—¿Me estás diciendo que conocerte me supondría un problema en Grebe?

—Ajá.

—Sabes cómo suena eso, ¿no?

—Grebe Auto Supplies... —Me interrumpo—. Supongo que te suena.

—¿Y a quién no?

—La empresa es de Helen Turner, todo el tinglado. Está casada con el sheriff Turner. Su hijo menor es el novio de Penny Young. Te lo señalé el lunes. Alek Turner.

—Me acuerdo.

—Los Turner odian a mi familia y, en cuanto les caes mal a ellos, también les caes mal a todos los demás; así que, sí, habría sido un problema para ti.

—¿Y qué rayos hicisteis para caerles mal a todos?

—Mi padre...

—Tu padre.

—Trabajaba para Helen Turner y la llamó «puta». Bebía... Es un borracho. —Cierro los ojos un momento—. Ella lo despidió. Fue muy desagradable.

Leon espera a que añada algo más y, cuando no lo hago, estira la mano hacia las llaves.

—Si eso es lo único que puedes ofrecerme, entonces yo estaba en lo cierto. No es una razón lo bastante buena.

—Vale.

—No te ayuda que ni siquiera tengas cara de estar diciendo la verdad.

Tengo ganas de... Tengo ganas de salir del coche. ¿Cómo puede ver eso? ¿Cómo puede ver eso, si no puede verla? ¿La ve? No puedo... Aparto la cara para que le sea más difícil observarme y luego, antes de poder contenerme, le pregunto:

—¿De qué tengo cara?

—Romy, vamos. —Suspira—. Algo no va bien.

No. Llevo el rojo. Estoy... Tiro del cinturón de seguridad, intento desabrochármelo con manos torpes, y él dice: «Pero ¿qué... qué haces?». Noto un sabor metálico en la boca. Si puede verlo... Me toca el brazo, me impide marcharme. Me obligo a respirar, a no revelar nada.

—Empezó con mi padre —continúa—. Imagina... que desapareces la misma noche que una chica a la que todos adoran... y tú eres la chica a la que todos odian, y tú eres la que regresa. —Leon no dice nada, pero no sé qué significa eso. No conozco sus silencios como debería—. Te presentaste en la partida de búsqueda y... ¿crees que te haría daño así, a propósito? Tú eres la parte buena...

—No podrían haberme hecho nada —me interrumpe—. Si hubiera sabido por qué no querías que estuviera allí, me habría marchado para que estuvieras tranquila. Solo tenías que contármelo. Pero no lo hiciste. Lo empeoraste aún más...

—Tienes razón. La cagué.

Miro por la ventanilla hacia el cielo, esperando a que el sol separe las nubes. Qué curioso, tanto tiempo esperando la lluvia, pero ahora es demasiada.

—Así que soy la parte buena —comenta.

Exhalo de forma entrecortada.

—Pues sí. Pero te traté mal y a causa de eso te pasó algo malo y no hay excusa para ello. Lo siento.

Me vuelvo hacia él. No me está mirando.

—Quiero que tú también seas la parte buena. Y, si quieres ser la parte buena, no vuelvas a hacerme algo así nunca, Romy.

—No lo haré.

Leon gira las llaves y acciona el motor del coche. Sale marcha atrás del aparcamiento. Escucho el silbido de los neumáticos mientras se deslizan por la carretera cubierta de lluvia. El destello de los relámpagos surca el cielo cuando llegamos al letrero de «BIENVENIDO A GREBE».

—Bueno, nos vemos en el trabajo —me dice.

Nuestros ojos se encuentran. Me veo reflejada en los suyos y, en mi interior, algo encaja en su sitio. Esta vez ocurre más despacio, pero lo que fuera que Leon creyó ver antes... ya no está ahí. Ella ya no está ahí. De forma impulsiva, extendiendo la mano y le toco la mandíbula, deslizando las yemas de los dedos por esa línea, y él deja de respirar. Bajo la mano y salgo del coche. Me dirijo hacia mi casa y, cuando vuelvo la mirada, Leon sigue allí, pasando los dedos con suavidad por donde estuvieron los míos.



Me retiran los puntos.

Me siento en la consulta con la cabeza inclinada y, cuando termina, el médico afirma que estoy «Como nueva». Mamá me lleva a Ibis y bebemos batidos y nos sentamos en el New Yorker en un aparcamiento que da al río Egret, viendo caer la lluvia. No hablo y ella no tiene palabras que ofrecer. Estira el brazo y me aprieta la mano. Al salir de Ibis, mamá se detiene en un semáforo en rojo y veo un cartel de «DESAPARECIDA» de Penny pegado al poste. Está desgastado por estar a la intemperie. Con los bordes enroscados y arrugas en el centro. Tengo la sensación de que se ha ido para siempre.

—Vosotras... —dice mamá, observando el cartel—. Os hicisteis amigas muy rápido.

El tono nostálgico de su voz me trae recuerdos que no quiero. Yo, en la mesa de la cocina con la cabeza agachada, intercambiando mensajes de móvil con Penny sin parar y, cuando termina la cena, en mi habitación hablando con ella hasta que pudiera verla en clase, y luego en el instituto. La veo en el instituto.

Después de que despidieran a papá por llamar «puta» a Helen Turner y nos emparejaran a Alek y a mí para aquel trabajo de Lengua, él quiso ponerme las cosas difíciles, quiso que fueran tan horribles como lo son ahora. Alek me hacía responsable del comportamiento de mi padre, así que me pareció justo responsabilizar a Penny del suyo. No sé por qué siempre parece que son las chicas quienes tienen que asumir esa carga. Después de que despidieran a mi padre, mi madre fue quien se llevó la peor parte de la lástima y el desprecio del pueblo, nunca él.

Debí haber impresionado a Penny, haber expuesto bien mis argumentos, porque habló con Alek y él se volvió más amable. Fue como si ya no fuera la hija de mi padre: era uno de ellos. Nos hicimos amigas rápido, demasiado rápido... y esas dos chicas desaparecieron y ahora ninguna de ellas existe.

El semáforo se pone en verde. Cuando regresamos a Grebe, el pueblo me parece diferente. Horrible. Este lugar siempre es horrible, pero de una forma con la que al menos podía contar. Ya no puedo contar con nada, ahora que él ha vuelto.



Cuando Todd me lleva al trabajo el martes, le pregunto si ha oído algo sobre Alek.

—¿Como qué?

Como si tuvo un accidente por conducir estando pedo. Si pasó la noche en la celda de los borrachos. Si le retiraron el carné. Pero me limito a encogerme de hombros y contesto:

—Cualquier cosa.

—Pues no.

Nos detenemos en Swan's, que tiene un aspecto bastante deslucido, pues la lluvia hace que el color del exterior del edificio sea más apagado. Salgo del coche y le doy las gracias a Todd por traerme.

—Nos vemos en unas horas —me dice.

Cruzo el aparcamiento lo más rápido que puedo y, cuando entro por la parte de atrás, hasta a la cocina, solo estoy medio empapada.

—Hola —me saluda Leon mientras me sacudo.

—Hola.

Me dedica una sonrisa, una sonrisa muy cautelosa. Una sonrisa que todavía no está segura de si me la merezco. Un pequeño regalo. Tracey sale de su oficina y también me sonrío.

—Espero que estés lista para trabajar. La lluvia ha hecho venir a la gente en avalancha.

—Hola, desconocida —exclama Holly. Me doy la vuelta. Ella coge un periódico—. Has estado fuera tanto tiempo que casi me había olvidado de tu cara hasta que vi esto.

—¿El qué?

Cojo el periódico y el estómago me da un vuelco. Es el *Ibis Daily*, de hace una semana, y ahí estoy yo en blanco y negro. Debieron sacar la foto antes de que Leon llegara a la partida de búsqueda porque no lo distingo, solo me veo a mí de brazos cruzados, observando un mar de personas, todas con la misma camiseta, todas buscando a una chica. Pero, sin lugar a dudas, la chica a la que estoy mirando soy yo.

En la portada.

Sujeto el periódico con más fuerza para que no tiemble y me delate, porque en lo único que puedo pensar es en quién habrá visto esto, en que ahora sabe qué aspecto tengo. No, solo qué aspecto tengo en blanco y negro. Yo vivo en color. No hay rojo en esta foto, sigue siendo mío. Podría... podría cortarme el pelo, si quisiera. Puede que ahora tenga una cicatriz.

Me toco la frente. Si no, podría hacerme una.

—Siento que la partida de búsqueda no diera resultado —me dice Holly.

Arrugo el periódico y lo tiro a la papelera de reciclaje. Cojo mi delantal y me lo ato e intento volver a concentrarme en el trabajo. Cuando entro en la cafetería, las luces fluorescentes parpadean y oigo quejarse a alguien en

la cocina antes de que la puerta se cierre. Cómo no: puede que Tracey pase de tener problemas con el aire acondicionado a apagones.

Les echo un vistazo a mis mesas y veo un hombre sentado en un rincón, esperándome. Me resulta conocido, pero no acabo de recordar de qué. No me gustan las caras que no puedo identificar, ni tampoco las que sí. Me saco el lápiz y el bloc del bolsillo y me acerco.

Él me saluda con la cabeza, frunciendo el ceño.

—¿Te conozco? —me pregunta.

—No —contesto, pero lo observo con más atención.

Este hombre tiene algo, algo frustrante, porque creo que sí lo conozco. Lleva una camisa a cuadros. Mantiene una pierna medio estirada en el pasillo. Tiene un agujero en los vaqueros. Es joven, treinta y pocos, tal vez. La clase de persona joven que... ha pasado demasiado tiempo al sol. El hombre del aparcamiento, el del camión.

«No es seguro andar por aquí tan tarde. Ha desaparecido una chica.»

Él parece acordarse al mismo tiempo que yo y chasquea los dedos.

—Vaya por Dios. No sabía que trabajabas aquí. Eres muy joven para trabajar aquí.

—¿Ya sabe qué va a pedir?

—¿Cuántos años tienes?

—Eh... —Muevo un poco la cabeza—. El especial de hoy es sándwich club y viene acompañado de sopa. La sopa del día es de tomate.

—Solo mantengo una conversación amistosa.

—Solo intento hacer mi trabajo.

—Bueno, ¿y si te doy más propina por hablar?

Aprieto los labios. Él sonríe de oreja a oreja y se recuesta en su asiento, mirando hacia la ventana. La lluvia ha aflojado un poco.

—Pediré ese especial, con una taza de café. Solo.

—Vale.

—¿No vas a anotarlo?

—Lo recordaré.

Pero lo anoto mientras me marchó y, por el camino, casi me choco con Claire, que me dice: «Cuidado, Romy». Cuando entrego el pedido, me

siento incómoda. Ese hombre me hace sentir incómoda. Holly se da cuenta. Se está preparando para salir a fumar.

—¿Qué pasa?

La llevo hasta la puerta y lo señalo. Ahora el tipo está mirando el techo mientras tamborilea con los dedos sobre la mesa.

—Ese tío de ahí.

—¿Qué ha hecho? —me pregunta bruscamente, porque ella es así.

Holly lleva aquí tanto tiempo que sabe cuidarnos mejor de lo que nos cuidamos a nosotras mismas. Pero no sé qué decirle. Que me haga sentir incómoda no es una respuesta lo bastante buena.

Pero creo que debería serlo a veces.

—Simplemente no me gusta.

—¿Quieres que me ocupe de esa mesa por ti?

Sí.

—No.

Holly me da una palmadita en el hombro y sale. Observo trabajar a Leon.

—El pedido está listo —anuncia.

Lo saco. El hombre se frota las manos con entusiasmo mientras le coloco la comida delante.

—Muchas gracias —me dice.

Espero a que salga alguna grosería de su boca, porque eso es lo que mi instinto me dice que debería pasar... pero no pasa. Atiendo otra mesa y regreso a la cocina con la sensación de que debería sentirme aliviada de que ese hombre no hubiera cumplido mis peores expectativas, como si de alguna forma yo fuera la mala de su historia.

—¿Estás bien? —me pregunta Leon.

Es uno de esos escasos momentos tranquilos en los que Tracey se encuentra en su oficina y la mayoría de las otras chicas están en la cafetería o descansando y casi no hay nadie alrededor.

—¿Un descanso, luego? —sugiero, porque me parece la forma más sencilla de asegurarme de que me ha perdonado.

Me hace esperar un largo minuto antes de limpiarse las manos en el delantal y cruzar la cocina para darme un abrazo. Me entran ganas de llorar. Me olvido de todo y el olvido es muy agradable.

—Claro —contesta.

Leon me recuerda una época antes de mudarnos a otra casa del pueblo. Cuando Todd venía a vernos con mucha frecuencia, intentando convencer a mi madre de que debíamos vivir todos juntos. Un día llegué del instituto y la casa estaba en silencio, hasta que un leve gemido llegó del piso de arriba y lo seguí hasta la puerta cerrada de la habitación de mamá. No pude evitar escuchar. Había oído a mis padres haciendo el amor un puñado de veces en mi vida. Cuando él estaba borracho, cuando estaba sobrio, cuando ella estaba triste o tan enfadada que no podía hablar con él, pero todavía estaba dispuesta a besarlo. Siempre sonaba a algo desesperado, como si los dos se aferraran al único modo que les quedaba de entenderse. Cuando mi madre estaba con Todd... no sonaba así. Parecía tierno, más que cualquier cosa que yo hubiera experimentado con otra persona. Esto es tierno. Presiono los dedos contra la camiseta de Leon e intento memorizar esta sensación, pero él se aparta. Quiero que me haga olvidar de nuevo quién soy.

En cambio, vuelvo al trabajo. Saco otro pedido y, para entonces, el tipo ya ha terminado de comer. Le traigo la cuenta. Él la recoge de la mesa y comenta:

—Oye, ¿sabes que puedes ser profesional y simpática? —Luego, agarra una servilleta, garabatea unos números en ella y la desliza hacia mí—. Llámame si quieres algunos consejos.

No sé por qué cojo la servilleta. Mi cuerpo lo hace sin consultarlo primero con mi mente, igual que la obligación de ser amable con él es superior a mí.

Vuelvo a la cocina, reviviendo ese momento en mi cabeza, detestando haberlo hecho, detestando que ya esté hecho y no se pueda deshacer. Me meto en el baño y compruebo que el pintalabios se me ha borrado. ¿Por la lluvia? No lo sé. Solo sé que casi había desaparecido cuando ese hombre me obligó a aceptar su número de teléfono. Me vuelvo a pintar los labios y,

cuando salgo del baño, la melodía del móvil de Leon resuena en su bolsillo trasero. Se aparta de la parrilla para contestar.

—¿Qué pasa? —Escucha un momento—. ¿Qué? ¿Cuánto tiempo? Deberías... ¿Por qué no llamaste antes? ¿En serio? Bueno, no... sí, si salgo ahora podría... sí. Puedo hacer eso... Vale, dile que la quiero. Allí estaré. Hasta luego. —Cuelga con cara de incredulidad—. Eh... Caro va a tener al bebé... ya.

—¿Qué?

Tengo la sensación de que mi expresión refleja la suya, ese mismo extraño asombro. No sé de dónde proviene. Ni que no supiéramos que estaba embarazada.

—Pues sí. —Mueve la cabeza, luego se dirige con paso decidido a la oficina de Tracey y abre la puerta—. Tracey, alguien tiene que hacerse cargo de la parrilla por mí. Me tengo que ir. Mi hermana está de parto. Va a tener a su bebé...

—¿Qué? —Tracey sale a toda prisa y le echa los brazos al cuello—. ¡Oh, felicidades! Es maravilloso. ¿Cuánto le queda?

—Llevan allí desde esta mañana. Por lo que... el bebé va a llegar en cualquier momento, así que me tengo que ir... —Se aparta, riéndose un poco—. Guau. Me tengo que ir.

—Felicítalos de mi parte —le pido.

Me sonrío.

—Te avisaré de cómo sale todo.

Observo desde la puerta trasera cómo se abre paso entre la lluvia con su Pontiac y abandona el aparcamiento. Me meto las manos en los bolsillos, la izquierda se cierra sobre la arrugada servilleta de papel y aquel antiguo pensamiento regresa, pero ahora es más fuerte.

Tal vez sea una plegaria.

«Espero que no sea una niña.»

Espero que no sea una niña, pero, luego, después de mi turno, cuando me estoy desvistiendo para acostarme, Leon me envía un mensaje para decirme que sí lo es.



El suelo se ablanda.

El lago se llena hasta rebosar y el río lleva tanta agua que no sabe qué hacer con ella. A veces, la lluvia es tan ligera que nos hace creer que se ha detenido, hasta que salimos y descubrimos que está lloviznando. Otras veces, parece furiosa y atrapa a los peatones bajo los toldos de las tiendas y hace que los coches patinen.

Pero, sobre todo, es constante.

Le pido a mamá que me lleve al instituto y que me recoja luego. Es sorprendente lo fácil que resulta permanecer dentro de casa si eso significa no arriesgarte a ver una cara que no quieres ver, oír un nombre que no

quieres oír. Leon se toma la semana libre en el trabajo para ayudar a Caro y a Adam a adaptarse. Lo echo de menos.

El sábado me llama y me habla de Ava, su sobrina.

—Es asombrosa. Una monada feúcha.

—¿Una monada feúcha?

—Pues sí. Está toda arrugada, parece un anciano —me explica y me río—. ¿Qué pasa? ¿A ti no te parece que los bebés son unos monstruitos diminutos y feos hasta que tienen unos seis meses? A mí sí.

—No suelo ver suficientes bebés como para poder opinar. ¿Cómo están los nuevos padres?

—Con un subidón de hormonas, como predije. Los dos. La naturaleza en acción.

—Eso está bien.

—Es raro. A Caro le encantaría verte. Me pidió que te invitara. —Hace una pausa—. ¿Qué tal si vienes a Ibis mañana? ¿A almorzar y conocer a Ava? Te recogeré.

Oh. Me alegro de que no pueda verme la cara porque la idea me produce tal repulsión que no sé cómo expresarlo con palabras. Pero es probable que eso sea algo bueno, porque tengo la sensación de que a Leon no le sentaría muy bien oírlo. No quiero conocer al bebé.

—Claro.

—Genial. ¿Sabes qué? Después de todo esto, tengo una cosa clara: no quiero venirme a vivir aquí para cuidar del bebé. No he podido trabajar en las páginas web. A ver, les ayudaré cuando lo necesiten, pero me parece que... esto no me va.

—Te entiendo.

—¿Sí?

—Sí.

—Bueno, tengo que colgar. Caro y Adam están intentando dormir un poco y Ava está inquieta. Te recojo por la mañana, ¿alrededor de las diez?

—Me parece bien —miento.

Cuelgo y me quedo mirando el móvil. Me preocupa cómo irá a terminar mi segunda visita a Caro. Si volveré a hacer el ridículo. Intento pensar en

qué decir al ver a Ava. Y, seguramente, no deba ir con las manos vacías.

Voy al baño y descubro en mis bragas una mancha de color marrón oxidado y, encima, sangre fresca. Esta vez, sin previo aviso. No sé si llega con un par de días de adelanto o de retraso, pero, de todas formas, no me hace gracia. Me pongo un tampón y me cambio de bragas y, cuando termino, me dirijo a la planta baja donde mamá está acurrucada con Todd en el sofá. Están viendo la tele y el cálido resplandor de la pantalla sobre sus caras les hace parecer muy relajados. Mamá me pregunta qué necesito.

—¿Puedes llevarme al Granero? Leon me ha invitado mañana a que conozca al bebé y me parece que debería llevarle algo. Juguetes o qué sé yo.

Mamá sonríe.

—Qué detalle, cielo, pero no creo que vayas a encontrar nada adecuado para un regalo en el Granero.

Me pongo un poco a la defensiva y me pregunto si intenta insinuar que es un lugar demasiado barato para comprar algo bonito. Sería verdad, pero no me apetece nada tener que comprar en el pueblo. A saber qué contaría Dan Conway si me viera con cosas de bebé.

—¿Por qué no?

—¿Cuánto tiempo tiene el bebé?

—¿Como una semana?

—En este punto, el bebé probablemente tiene todo lo que necesita —opina mamá—. Así que piensa en Caro. ¿Qué necesita Caro?

—No lo sé.

Mamá se separa con cuidado de Todd. Es un proceso lento; él siempre parece reacio a dejarla ir y creo que a ella le gusta saborear esa sensación todo lo posible.

—Tiempo. Eso es lo que necesita. Tiempo y una cosa menos de la que preocuparse.

—Bueno, dime dónde puedo comprar eso y lo haré.

—Comida —añade mamá, mirándome—. Llévale comidas caseras que pueda congelar. Así Caro no tendrá que dedicar tiempo a la cocina y tendrá una cosa menos de la que preocuparse. El primer mes después de que

nacieras, cada vez que alguien aparecía con comida, me echaba a *llorar* de alegría. —Me empuja hacia la cocina—. Venga. Tenemos trabajo que hacer.

Elaboramos un menú que requiere más comida de la que tenemos en la nevera. Hago una larga lista de la compra y se la entrego, junto con dinero, a Todd, que nos dedica un saludo militar al salir.

—Y yo también me ganaré una cena, ¿no? —pregunta.

—Si te portas bien —le contesta mamá.

Todd se va y ella empieza a sacar lo que tenemos en los armarios y la nevera. Me pasa una bolsa de zanahorias para que las corte, porque vamos a empezar con su famosa sopa de zanahorias. Nos situamos en la encimera de la cocina, hombro con hombro.

—¿Cómo estás? —me pregunta un minuto después.

—Mantuvieron el sexo del bebé en secreto —digo, aunque eso no es una respuesta—. Caro y su marido. No quisieron saber lo que era hasta que naciera.

Mamá aplasta un poco de ajo con la parte plana del cuchillo.

—Tu padre y yo hicimos lo mismo.

—No lo sabía.

—En cuanto descubrimos que estaba embarazada, quise mantenerlo en secreto. Tu padre no estaba de acuerdo, pero, como yo era quien iba a dar a luz, me salí con la mía.

—¿Querías una niña?

—Quería un bebé.

—¿Papá quería una niña?

Lo pregunto antes de darme cuenta de que, en realidad, no deseo saberlo. Ella se queda callada un momento y luego responde con demasiada cautela.

—Se alegró cuando naciste, Romy. Las cosas eran diferentes entonces.

—No te he preguntado si se arrepentía de tenerme. Era saber si quería una niña.

—Vale. Bueno... al principio, quería un niño porque le ponía nervioso tener una niña. Le daba miedo no poder entenderte o no poder identificarse

contigo si eras una niña, pero cuando naciste... lloró más que yo. Estaba emocionado.

Me cuesta imaginármelo, así que no lo hago.

—¿Con qué frecuencia hablas con él?

No sé por qué esa es la siguiente pregunta que surge de mí.

—Nunca —contesta.

Eso me sorprende. Creía que todavía mantenían el contacto. Siempre me la imaginaba escondida en su habitación, susurrándole con furia a través del teléfono. Eso es lo que hacían cuando yo era muy pequeña. Susurraban a puerta cerrada, como si no me fuera a dar cuenta de que las cosas iban mal si hablaban mediante susurros.

—¿Ni siquiera cuando desaparecí?

Vacila.

—¿Quieres que... si alguna vez hay una emergencia...?

—No. Es que... Es que pensé que lo habrías hecho.

—Antes, tal vez —dice, y sé que las dos estamos pensando en una época en la que ella inventaba una excusa tras otra para justificar el comportamiento de mi padre hasta que, al final, se le acabaron—. Tu padre te quiere, Romy.

—Mamá, no...

Porque no necesito que me lo diga, porque...

—Pero con eso no basta.

Lo sé.

Lo supe antes que ella.

—Y en cuanto a ti... —añade—. Puedes sentir lo que quieras por tu padre. Nunca va a estar mal, ¿entendido?

No sé qué decir. Ella continúa con los preparativos y yo intento hacer lo mismo, pero me cuesta concentrarme. Todd regresa a casa cuarenta minutos después con toda la compra. Mantengo la mirada fija en la tabla de cortar, no me doy cuenta de que hay algún motivo para levantarla hasta que mamá pregunta:

—¿Qué pasa?

Me giro. Todd se encuentra en la puerta de la cocina, las asas de las bolsas de plástico se retuercen lentamente en sus manos. Nunca lo había visto tan pálido, ni siquiera cuando le asaltan los dolores más intensos. Deja las bolsas de la compra en el suelo y se pasa las manos por la boca un par de veces antes de hablar por fin y, cuando lo hace, dice:

—Anoche sacaron el cuerpo de Penny Young del río Gadwall.



«¿ESTÁS BIEN?», me pregunta.

«NO PUEDO VERTE MAÑANA», contesto.

Me dice: «LO ENTIENDO».

Me dice: «SI NECESITAS ALGO...».

Pero ¿qué podría necesitar?

¿Qué podría necesitar yo, que ella ya no necesite?



ENCUENTRAN A LA CHICA DESAPARECIDA

Un titular tan horrible que detiene corazones y una historia que los destroza. Una historia que se supone que el *Ibis Daily* todavía no debería tener. No pudieron incluir el artículo en la edición impresa del fin de semana, pero la subieron a su página web, y eso es lo que nos muestra Todd: la arrugada versión fotocopiada que alguien le pasó en el supermercado, como una nota en clase.

Un amigo de la familia, que no quiere identificarse, afirma que recuperaron el cuerpo de Penny Young, de 18 años, del río Gadwall el viernes por la noche. Se le ha comunicado el descubrimiento a la familia Young esta mañana a primera hora.

Las oficinas del sheriff de Grebe e Ibis no han querido confirmar esta noticia, pero han anunciado que ofrecerán una rueda de prensa el domingo a la 1 de la tarde para tratar las últimas novedades del caso.

Young, que dividía su tiempo entre la residencia de su madre en Ibis y la de su padre en Grebe, fue vista por última vez en una fiesta en Grebe. Su madre denunció su desaparición cuando no llegó a su casa a la mañana siguiente.

Aliso el papel sobre mi escritorio y luego presiono la mano izquierda contra él. Cojo el esmalte de uñas. Antes de que le arrancara la etiqueta, este color se llamaba «Paraíso» o «Ataque relámpago». Me pregunto cómo se llamaría si tuvieran que ponerle el nombre de lo que es de verdad. «El color de tus entrañas. El líquido que bombea tu corazón. Algo que no puedes permitirte perder.» Levanto el pincel y observo cómo el rojo vuelve a gotear sin prisas en el bote.

—Romy —me llama mamá.

Paso el pincel por el borde de la abertura del bote, hasta que sus pelos apenas están cubiertos. Empiezo por el meñique y lo pinto con cuidado. No me tiemblan las manos. Ni un poco.

—Romy, va a empezar pronto.

La primera capa ya se ha secado cuando llego a la última uña de la primera mano. Paso a la siguiente. Y luego la segunda capa. No me salgo de los bordes. Si no te sales de los bordes, ni una sola vez, puede que te sea más fácil ser la persona que intentas ser.

Y, entonces, estoy lista.

—Romy, está empezando ya.

Me siento en el sofá entre mamá y Todd. Los lados de mis piernas tocan las suyas. Me inclino hacia delante, con mis uñas recién pintadas contra mis labios recién pintados.

Una mesa de funcionarios del Gobierno se extiende a lo largo de la pantalla del televisor, todos con expresión sombría. Un hombre que no reconozco se encuentra en un estrado, que es demasiado alto para el micrófono. Me dan ganas de estirarme de algún modo y ajustárselo. El hombre le da las gracias a un público que no puedo ver por asistir y, cuando nos cuenta lo sucedido, no le tiembla la voz.

Ni siquiera un poco.

Dice que dos campistas localizaron el cuerpo de una chica en el río Gadwall. Que se fijaron en que había algo enredado en las ramas bajas de un árbol en el agua, río arriba de su campamento. La autopsia indicó que es probable que el cuerpo estuviera atrapado en esas ramas, que es probable que estuviera sumergido hasta que la lluvia removi6 el río y arrastró los restos lo suficiente como para exponerlos a la vista. La autopsia indicó que la difunta falleció por causas no naturales, en circunstancias sospechosas, pero no se ofrecerá más información al respecto en este momento, para no comprometer la investigación en curso... sobre la muerte de Penny Young.

Mamá me rodea con el brazo y me aprieta fuerte, como si quisiera asegurarse de que no es un error, de que, sin lugar a dudas, están hablando de otra chica que no soy yo.

Escucho mientras el hombre repasa cada pequeño paso que dieron para intentar lograr un final más feliz. Interrogar a todos los alumnos que asistieron a la fiesta (que supongo que es como denominan a que el sheriff Turner se siente frente a ti y te diga que estás bien), los rastreos por tierra y aire, investigar doscientas llamadas telefónicas, partidas de búsqueda con voluntarios... Para lo que sirvió. Si el mundo quiere que una chica desaparezca, puedes darla por perdida.

—Madre mía —dice Todd cuando termina la rueda de prensa. Apaga el televisor—. Todo lo que hicieron cuando el suelo estaba seco y no pudieron encontrarla. Ahora la lluvia se ha llevado todo rastro de esa noche. No sé qué pistas van a seguir.

Siento que mamá me está mirando. Me aparta un mechón de pelo de la cara.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Tengo la mirada clavada en la pantalla en blanco del televisor y todo me parece muy lejano.

—¿Qué significa que sea una muerte sospechosa? ¿Alguien la dejó allí? ¿En el río? —Mi voz suena torpe y también noto la cabeza así. Alguien la dejó en el río después de... ¿qué?—. No entiendo qué significa.

Todd comenta:

—Tiene que ser malo si no quieren contárnoslo.



Mamá me lleva al instituto.

Adelantamos a Leanne Howard, que trota bajo la lluvia, y quiero echarle un vistazo a su cara, para ver cómo la ha afectado todo esto, pero no hay suficiente luz para ello. El cielo es de un tono gris oscuro y las nubes cuelgan tan bajas que ni siquiera parece que sea de día.

Mamá se detiene lo más cerca posible del edificio. Observo la entrada principal. El tablón de «ENCONTRAR A PENNY» ya no está. Sé que no podían dejarlo, pero no me parece correcto que no haya nada en su lugar. Ella no está aquí, así que nunca ha estado aquí.

Salgo del coche y avanzo a toda prisa bajo la lluvia. Dentro, todo está tan silencioso que me viene a la mente el fugaz pensamiento de que estoy

sola en este sitio, pero, al subir la escalera, llego hasta los dolientes que abarrotan los pasillos. Todos forman grupos, cerca de sus taquillas, con las cabezas inclinadas juntas, susurrando, sus cuerpos bullen de pena. Todo me resulta familiar y desconocido a la vez. Aquel momento en el que descubrimos que Penny había desaparecido está aquí de nuevo, más real que antes, y esta vez no podemos superar nuestra impotencia por medio de la esperanza.

Ella nunca regresará.

Saco mis libros de la taquilla y me dirijo al aula de tutoría. Soy la primera en llegar. McClelland está sentado en su escritorio, revisando unos papeles. Su expresión es imperturbable, pero la respiración lo delata: cada vez que toma aire es una inspiración entrecortada, cada inspiración entrecortada es un intento fallido de recuperar el control. Me siento al fondo del aula e intento obligarme a no oírlo, pero es lo único que puedo oír. Observo la puerta, observo cómo los alumnos entran en fila, de uno en uno. Algunos tienen un aspecto descuidado y lloroso, otros parecen haber logrado dejar de llorar un momento antes y otros se muestran decididos a no derramar ni una lágrima, como McClelland.

Suena el timbre.

McClelland enciende el televisor. Después de un breve retraso, en la pantalla aparece una fotografía de Penny, nada más, y ahora ella también está aquí. Es la misma que usaron en los carteles de «DESAPARECIDA», más clara en el monitor que en el papel. No es una ampliación en blanco y negro, sino una foto en color y sus ojos parecen... más vivos que cuando yo creía que había alguna posibilidad de que todavía pudiera seguir con vida.

McClelland se pone de pie, apoyando las manos contra su escritorio.

—Nos han recomendado que dediquemos unos minutos esta mañana a hablaros de... —Se pasa la mano por la boca, ya abrumado—. De la muerte de Penny Young. Penny era... —Se interrumpe de nuevo—. Una luz... en la vida de todos los que la conocían. Tuvimos el privilegio de conocerla. Esta pérdida es inconmensurable. Esta pérdida es cruel.

Miro las dos sillas vacías situadas en la parte delantera del aula. ¿Y si esa silla vacía fuera la mía?

¿Qué dirían de mí?

—Hay libros de visita en la biblioteca y os animamos a dejar en ellos vuestros recuerdos de Penny y vuestras condolencias. Se los enviarán a su familia al final de la semana. Se está organizando una ceremonia conmemorativa. Os mantendremos informados de cuándo será el funeral...

—No puede lidiar con esta palabra y aprieta los labios durante un buen rato —. Han empezado a llegar periodistas, pero os pedimos que honréis a nuestra amiga y compañera de clase y a sus seres queridos al no hablar con ellos.

McClelland se sienta. El discurso ha terminado. Clava los ojos en el reloj. Sigo su mirada y observo el tembloroso avance del segundero hasta que suena el timbre. Hago recuento de los ausentes: Brock, Penny, Alek. Y ya está. Todos los demás se encuentran aquí para compartir la devastación. El timbre suena una y otra vez y, cuando llega la hora de Educación Física, hay un poco más de vida en los pasillos. La presencia de las furgonetas de la prensa en el exterior no ha disminuido la magnitud de la tragedia, sino que... la ha convertido en un espectáculo. De eso está hablando Cat Kiley en el vestuario.

—¿Vas a hablar con ellos? —le pregunta a Yumi.

—No —sentencia Tina antes de que Yumi pueda responder—. Ni tú tampoco.

—¿Y por qué no? —pregunta Cat—. Marie Sinclair estuvo ahí fuera y dijo que solo querían un comentario sobre cómo lo llevaba la gente...

—Penny *no* es un puto comentario. —Tina se quita la blusa. Cat tuerce el gesto y se da la vuelta. Tina le lanza la prenda. Le da justo en medio de la espalda. Cat se gira bruscamente, furiosa—. ¿Me oyes? No digas nada, Cat...

—Vale.

Cat recoge la blusa de Tina y se la lanza de vuelta.

—Eso va también por el resto de vosotras. —Los ojos de Tina se deslizan sobre todas antes de posarse en mí—. Si veo a alguna esta noche en la tele, más vale que valga la pena mañana.

Nos estudiamos la una a la otra desde lados opuestos del vestuario, buscando grietas. Tina emana ira, se envuelve en ella, se aferra a ella, sin dejar espacio para nada más, porque algo más sería demasiado. No permitirá que nadie vea su dolor, pero habría que ser idiota para pensar que no sufre.

—Bueno, ¿qué crees que le pasó? —le pregunta Yumi en voz baja.

Tina aparta por fin la mirada de mí. Lanza la blusa sobre el banco y busca su ropa de gimnasia en la taquilla.

—Lo que yo piense da igual.

—¿Has hablado con Brock? ¿Te ha dicho...?

—¿Qué iba a tener que decir Brock sobre esto?

—No lo sé. Tal vez habló con Alek. Quizá su padre se lo contó a Alek...

—El sheriff Turner ya no le dirá nada a Alek ahora —masculla Tina.

Cat cruza los brazos sobre el pecho.

—Tengo toque de queda, y mi hermana también. Las ocho en punto. Por si algún perverso la atacó y sigue todavía ahí fuera. Eso es lo que piensa mi madre. Piensa que violaron a Penny. Cree que eso es lo que no están contando porque...

—Cierra la puta boca.

Espero oír la voz de cualquiera menos la mía, ni siquiera me doy cuenta de haber dicho eso hasta que las palabras me resuenan en la cabeza. Fui yo. He sido yo. Clavo la mirada en mi taquilla abierta, con las manos en el dobladillo de la blusa. Me olvido de lo que estaba haciendo. Me olvido de para qué estoy aquí. Hay un objetivo en todo esto, pero ya no sé cuál es.

Se hace el silencio y luego:

—¿Qué has dicho?

Me muerdo el labio para que no se me escape nada más por accidente.

—¿Qué le has dicho a Cat, Grey? —me pregunta Tina.

Cierro mi taquilla y me giro hacia las demás. Todas me están mirando. Cat parece estar ahora más cerca de Tina. Puede que Tina muerda, pero yo soy la que termina las peleas cubierta de sangre.

—Le dije que cerrara la puta boca.

—¿Por qué?

—Porque no sabe de lo que está hablando.

—¿Y tú sí? ¿En serio? —Tina se pasa la lengua por los dientes y me arrepiento profundamente de haber empezado esto. No quiero ser el blanco de su ira—. Bueno, un momento. A ti se te da bien fingir este tipo de cosas. Entonces, ¿crees que la violaron antes de que acabara en el agua?

Frío. Tengo frío. No siento el suelo bajo mis pies, no siento nada. Doblo los dedos y no sabría que se mueven si no los estuviera viendo hacerlo. Parpadeo y las chicas siguen mirándome y quiero preguntarles si lo sienten, ese frío, porque yo no puedo ser la única.

—Tú... —Tina se interrumpe.

Tú.

Si hubiera sido yo en lugar de Penny, nadie habría dicho que era una luz. No, pensarían de mí lo mismo que piensan ahora, lo considerarían una especie de conclusión natural de mi historia, triste, tal vez, *merecida*... bueno, no, por supuesto que nadie se merece eso, pero... Esa chica. Puedes verla. Lo lleva escrito en el cuerpo.

Se lo escribieron en el cuerpo.

—Vamos, quiero oírtelo decir —insiste Tina—. ¿Y si le pasó eso?

—Entonces, está mejor muerta.

En el baño de las chicas, abro el agua caliente y mantengo las manos debajo del chorro hasta que siento.



Un periodista intenta hacerme señas en el aparcamiento para que me detenga. Es de un canal de noticias de Ibis. Viste un traje de aspecto rígido con corbata y huele a una repugnante combinación de laca para el pelo y colonia. «¿Querías decir unas palabras sobre Penny Young?» Niego con la cabeza y me dirijo al otro lado de la calle, donde Todd espera en el New Yorker. Echo un vistazo por encima del hombro, deteniéndome brevemente para ver cómo el periodista intenta que alguien haga algún comentario sobre Penny y fracasa de nuevo, y, luego, por fin... alguien pica. Un alumno de primero dispuesto al que, por lo visto, le gusta más la idea de salir por televisión de lo que teme las consecuencias que pueda acarrearle. Me subo al coche. Todd espera a que pasen algunos peatones antes de ponerse en

marcha. Apoyo la cabeza contra la ventanilla y observo cómo el instituto se aleja cada vez más.

—Debería calmarse pronto.

—¿El qué? —me pregunta Todd.

—Todo. Después de que la entierren. —No me hace falta mirarlo para saber que está haciendo una mueca—. Y, entonces, todos se irán... —Volverán al sitio del que vinieron. Todd no dice nada, así que lo repito—. Todos se irán. ¿Verdad?

—Probablemente, sí —contesta por fin.

—¿Crees que deberíamos preocuparnos por si hay alguien por ahí que le hizo esto?

—Bueno, se nos ha pasado por la mente. A tu madre y a mí.

—Ah, ¿sí?

—Sí, te llevaremos al trabajo y te recogeremos. Deberíamos haber empezado a hacerlo antes. No sé en qué rayos estábamos pensando. —Tengo la sensación de que quiere añadir algo más, pero se reprime. Unas cuantas gotas de lluvia golpean el parabrisas, y luego otras cuantas más—. Debo parar en la ferretería para comprarle unos estantes a tu madre. Será un segundo.

Tomamos la calle principal y aparcamos delante de la ferretería Baker's. Al principio, me planteo quedarme en el New Yorker, pero luego pienso en quién podría pasar caminando o en coche y verme. Entro detrás de Todd. Un aroma manufacturado a pino me invade la nariz. Pino manufacturado y polvo real.

—Hola, Bartlett —saluda una voz débil. La sigo hasta la caja registradora, donde está sentado Art Baker. Tiene unos setenta y cinco años, pero aparenta noventa—. Romy.

—¿Cómo te va, Art?

—Sigue lloviendo, no quiere parar.

Todd se ríe con amabilidad.

—Y que lo digas.

—Qué lástima lo de la hija de los Young, ¿eh?

—Sí, así es. —Cualquier rastro de sonrisa que hubiera en la boca de Todd desaparece—. Desde luego que sí. Esperábamos que el asunto acabara mejor.

—Como todos.

Deambulo un poco por el pasillo hasta que llego a los aparejos de pesca y me pongo a revisar las moscas artificiales. Mi padre intentó enseñarme a pescar una vez. Un breve experimento fallido. Pero me encantaban las moscas. Los señuelos reflectantes. Eran demasiado atractivos para un deporte tan aburrido.

—Ken Davis por poco mata a tres chicos buscándola la semana pasada —le está contando Art a Todd—. Estaban inspeccionando los caminos en la oscuridad, ninguno de ellos llevaba nada reflectante. Puse a la venta cinta adhesiva reflectante. Pensé que aumentaría las ventas. Fue justo antes de que la encontraran.

—Pues... vaya.

Chicas desaparecidas. Bueno para el negocio.

—¿Y qué hay de ti? ¿Te encanta que te hayan domesticado?

—Ahora tengo una familia, Art. ¿Por qué no me iba a encantar?

Art se ríe.

—Has conseguido alguien que te mantenga y ahora tienes que trabajar aún menos.

Carcamal gilipollas. Le echo un vistazo a Todd, que se limita a mirar a Art sin unirse a la risa a su costa, hasta que este se siente incómodo por haber hecho esa broma.

—Bueno... no recuerdo qué necesitabas. ¿Qué era?

—No te lo he dicho. Pero unos estantes. ¿Los del folleto?

—Claro. Sí. Sígueme.

Art sale de detrás del mostrador arrastrando los pies y guía a Todd a través de la tienda. Podría indicarle simplemente dónde está lo que busca (este sitio apenas tiene dos zonas), pero sin duda quiere tener una excusa para seguir hablando. Me toca el brazo al pasar.

—¿Todo bien por ahí, Romy?

No lo miro.

—Sí.

Desaparecen, pero me llega la voz de Art. Dejo de prestarle atención y me acerco al escaparate. Ahora llueve más fuerte. La calle principal ni siquiera puede fingir que es bonita con esta clase de clima. Me doy la vuelta y un expositor situado junto a la caja registradora me llama la atención.

NAVAJAS

PROHIBIDA LA VENTA A MENORES DE 18 AÑOS

Las navajas se encuentran en una caja, sobre un soporte de plástico. Hay una abierta en la parte superior y puedo verme reflejada en la hoja, como una mancha distorsionada. Examino los colores y los diseños expuestos debajo. Las navajas de la izquierda no son iguales que las de la derecha. Son de color gris acerado, verde oscuro, marrón y rojo intenso. A la derecha, los colores parecen más suaves. Uno no se referiría a ellos como se llaman, sino que les pondría nombres como «Rubor» o «Rosa». Hay una con un diseño de camuflaje rosado. Estoy segura de que es la navaja perfecta para alguna chica, pero me pregunto en qué estaba pensando el fabricante, si es que estaba pensando en algo. Si tuvieron en cuenta a esa chica o solo les pareció una broma.

Tal vez no saben con qué facilidad podría una chica convertir esta navaja en algo serio.

Estiro la mano.

—Romy.

Me aparto. Todd y Art se dirigen hacia mí. Todd levanta los estantes.

—Estoy listo. ¿Y tú?

—Sí.

Observo la navaja abierta mientras él paga.

Me pregunto si eso hubiera cambiado las cosas.

Leon me está esperando fuera cuando mamá me deja en el trabajo. Lo saluda tocando el claxon dos veces y él responde agitando la mano.

Clava los ojos en mí, preocupado, como cuando me vio por primera vez después de lo que pasó en el camino. No me gusta que me lo recuerden. Me pregunta si estoy bien y le contesto que no es a mí a quien sacaron del río. Él frunce el ceño.

—No se estarán metiendo contigo por eso, ¿verdad?

—Leon, se dedican a eso.

—Puedes hablar conmigo. Si lo necesitas.

—Lo sé.

—Lo siento mucho, Romy.

—No pasa nada.

Ni siquiera éramos amigas cuando murió.

Leon me abraza antes de que pueda evitarlo. Me gusta que me toque, pero no así. No quiero sentir nada por ella en la forma en la que me está abrazando. Cuando se aparta, le dedico una leve sonrisa y entramos. Holly me cuenta que ha estado teniendo pesadillas sobre Annie, que le suceden cosas horribles a Annie.

—No quiere hacerme caso —se queja—. Y no puedo vigilarla constantemente. Solo quiere presionarme, no *piensa*. Lo que le ocurrió a la hija de los Young... No puedo convencerla de que le dé miedo. No sé cómo asustarla lo suficiente.

—Ya se le pasará —contesto, porque no sé qué más decir.

Holly se saca un paquete de cigarrillos del bolsillo del delantal.

—Sí —murmura—. Si vive lo suficiente.

Me ocupo de mi zona de la cafetería e intento perderme en la repetición de ir de un lado a otro, atender las mesas, anotar pedidos, hacer pedidos... pero no lo consigo. Me siento inquieta, como si algo fuera mal, aparte de todo lo que ya va mal, y esa sensación empeora a medida que avanza la noche. Se vuelve tan intensa que termino deteniéndome en medio de mi turno, buscando la causa, para poder hacer que desaparezca.

Los carteles de «DESAPARECIDA» de Penny.

Hay que quitarlos. Me cuesta creer que nadie lo haya hecho ya, que no fuera lo primero que hicieran. Que ni un cliente haya dicho nada al respecto todavía.

Pero... lo habrían hecho, si la hubieran visto.

Penny me mira fijamente. Me mira hasta que arranco los carteles.

No la vieron y ahora ya es demasiado tarde.



Cuando llega el fin de semana, Leon sugiere que tal vez me distraiga ir a Ibis a conocer al bebé y digo «Sí» porque no hay ninguna forma adecuada de decir «No». Me pinto las uñas y los labios y, entonces, estoy lista. Me siento en el sofá a ver la tele hasta media tarde, cuando llega el Pontiac de Leon. Tengo el presentimiento de que no tiene sentido intentar llegar a la puerta antes que mamá, así que dejo que Todd y ella abran mientras lleno una nevera portátil con la comida congelada para una semana que preparamos para Caro y Adam.

—¡Tío Leon! —exclama mamá al abrirle la puerta y él se ríe—. Felicidades.

—Sí —dice Todd—. Está bien tener buenas noticias estos días.

Saco la nevera a rastras. Leon se queda mirando, impresionado.

—No hacía falta que lo hicierais, pero les va a encantar. Gracias.

—No hay de qué —contesta mamá—. Dales recuerdos de nuestra parte.

Leon y yo nos vamos. Hoy la lluvia ha dado una tregua, está lo bastante despejado para correr y yo preferiría estar haciendo eso. Leon enciende la radio y, como no sé de qué hablar, dejo que la música llene el silencio hasta que parece que él ya no puede soportarlo más.

—¿Los periodistas por fin se han largado? —me pregunta con torpeza, cuando ya casi hemos llegado.

—Sí. Se me había olvidado contártelo. El último se fue el miércoles. No sé por qué tardaron tanto.

—Tal vez estaban esperando a que apareciera el hijo de los Turner. Con la esperanza de poder incluir al heredero de Grebe Auto Supplies. Así sería un poco más interesante.

—Porque, de lo contrario, es muy aburrido.

—Oye, no he dicho eso. A la prensa le encanta una buena tragedia y disfrutan con las historias consabidas. Si consigues una historia trágica y consabida, das en el blanco.

—No creo que vayan a ver a Alek muy pronto. Ni siquiera sé si el martes podrá soportar el funeral.

—¿Vas a ir?

—Es privado. Habrá una ceremonia en el instituto el lunes y el velatorio es el lunes por la noche.

Cuando llegamos a casa de Caro y Adam, salgo del coche más nerviosa que la primera vez que vine. Si Leon se da cuenta, no dice nada. Lo veo sacar la nevera del asiento trasero y lo sigo por el camino de acceso. Caro abre la puerta antes de que lleguemos allí.

—Estabas deseando vernos, ¿eh? —dice Leon mientras deja la nevera en el suelo y la abraza.

—Ava está durmiendo. Quería llegar antes de que dieras un golpe en la puerta, para no tener que *darte* yo un golpe en la puerta. Pero debería despertarse pronto.

Suelta a Leon y se vuelve hacia mí. Nos miramos la una a la otra durante un breve momento. Yo quiero comprobar cómo le ha afectado la maternidad. Ella quiere comprobar cómo me ha afectado una chica muerta. Caro lleva una bonita túnica azul, mallas negras y zapatillas. Parece cansada, pero su aire de satisfacción hace que el cansancio le siente bien. Mientras me observa, tengo la sensación de que yo no salgo tan bien parada, porque las comisuras de su boca se inclinan hacia abajo.

—Siento mucho lo de Penny —me dice.

—No pasa nada.

No sé por qué no se me ocurre nada mejor que decir, porque es una respuesta horrible. Sí que pasa.

—Leon me dijo que las cosas eran complicadas, entre vosotras —comenta y él aparta la mirada—. Pero aun así... Es un duro golpe. Espero que estés bien.

—Estoy bien. Estoy... —Me obligo a pronunciar las siguientes palabras—. Estoy deseando conocer a Ava. Ah... y te he traído un poco de comida. —Señalo la nevera portátil—. La preparamos mi madre y yo. Ahí dentro tenéis comida para una semana más o menos. La hemos congelado.

—Ay, Dios mío, gracias. —Me da un fuerte abrazo y me permito saborearlo un poco—. Acabamos de terminar el último guiso que nos envió una amiga. Me centro tanto en asegurarme de mantener con vida al bebé que, cuando ya me he ocupado de ella, apenas me acuerdo de comer o beber. Dale las gracias a tu madre de mi parte.

Leon lleva la nevera dentro y lo seguimos. Caro le asigna la tarea de llenar el congelador «en silencio» mientras me pregunta si quiero algo de beber. Me pongo colorada, aunque no lo ha dicho en ese sentido.

—¿Dónde está Adam? —pregunta Leon—. ¿Anda por aquí?

—Fue a hacer unos recados. Volverá pronto. Sufre ansiedad por separación.

—Qué blandengue —comenta Leon mientras cierra la nevera.

—Bueno, ¿y cómo fue? —pregunto—. Tenerla.

—Asqueroso —opina Leon.

—Nadie te ha preguntado y tú ni siquiera estabas en el paritorio —le dice Caro con una sonrisa, antes de volverse hacia mí—. Asqueroso. Pero fácil, creo. Con epidural. Sin complicaciones. Aunque fue... repugnante. Dar a luz es un pringue.

—Siento no haber venido a visitarte la semana pasada —me disculpo—. Con lo de Penny...

—No, no te preocupes. —Caro agita la mano—. Me apetecía verte, pero mi querido Leon no lo pensó bien. Estábamos un tanto abrumados para recibir visitas *tan* pronto.

—Yo también te quiero —contesta Leon. Le echa un vistazo a uno de los platos—. Oh, lasaña. Esto tiene muy buena pinta. ¿Quieres que la meta en el horno? Me muero de hambre.

—No puedo permitir que mi hermanito pase hambre. —Pone los ojos en blanco—. Vinieron a vernos nuestros padres y también las hermanas de Adam, y con eso fue suficiente. Ha sido un *gran* cambio. Todavía lo es, pero, esa primera semana, me sentía como si me hubiera atropellado un tren de mercancías. Todavía me siento así, en realidad.

—No se te nota.

—Romy me cae bien, Leon —dice Caro—. No metas la pata con ella.

Él no dice nada. Mantiene la mirada apartada de mí.

—Si alguien mete la pata, sería yo —le aseguro—. Él es demasiado bueno.

Leon esboza una leve sonrisa, mete la lasaña en el horno y coge de la nevera una botella de agua.

—Bueno, Caro, ¿el recuerdo del embarazo ya se te ha borrado lo suficiente como para pensar en tener otro hijo?

—Cierra el pico —contesta ella con un tono cordial.

Un coche aparca en la entrada.

—Adam —anuncia Leon—. Voy a echarle una mano.

Y se va. Caro los mira desde la ventana.

—Bueno, ¿cómo elegisteis el nombre de Ava?

Ella vuelve a centrar su atención en mí.

—A los dos nos gustó. Así de simple. En realidad, fue el *único* nombre que nos gustó. Adam y yo no solemos pelearnos, pero te juro que tuvimos tres guerras mundiales a causa de los nombres. Fue horrible. Y luego vimos «Ava» y se acabó el problema.

—Pareces más... —Intento encontrar las palabras adecuadas—. Es decir, cuando te vi en Swan's...

—Ah, sí. Fue un día raro. No sé. —Se encoge un poco de hombros, avergonzada—. Es que... lo pasé muy mal durante el embarazo y sentía que no tenía el control la mayor parte del tiempo. Me gusta tener el control.

—A mí también.

—Así que pensé que solo debía tener al bebé y todo volvería a la normalidad porque recuperaría mi vida, esa parte volvería a ser como era. Pero el accidente me hizo darme cuenta de que nada está en mis manos... Me dio mucho miedo.

—¿Todavía tienes miedo?

Ella asiente con la cabeza.

—Pero tengo que lidiar con ello porque ahora Ava está aquí.

La puerta principal se abre. Leon y Adam entran cargando una bolsa tras otra de lo que sea que se te acaba en las semanas posteriores a traer un recién nacido a casa, que debe ser todo.

—¿Qué es ese delicioso olor? —pregunta Adam.

—La lasaña de Romy —contesta Caro—. Nos ha traído comida para una semana entera.

—Vaya. Eso es fantástico. Gracias.

—De nada y felicidades.

—Gracias por eso también. ¿Ya se ha despertado? —pregunta Adam y, como si fuera una señal, se oye un leve llanto crepitante a través del vigilabebés que hay en la encimera y en el que no me había fijado. A Adam se le ilumina la cara—. ¿Lo veis?, sabe que estoy en casa.

—Ve a buscar a tu hija —le indica Caro.

Adam sube los escalones de dos en dos mientras ella prepara un biberón. Me empiezan a sudar las manos. Me las froto contra las perneras de los pantalones e intento parecer... qué sé yo. Espero que no parezca que

quiero coger a un recién nacido. Poco después, Adam baja con Ava en brazos, envuelta en suaves mantas azules. La pequeña sigue llorando.

—Aquí está mi sobrina favorita —la saluda Leon. Le planta un beso en la frente.

—Muy bien, allá vamos —dice Adam. Caro le tiende el biberón—. Allá vamos...

—Problemas de lactancia —me explica Caro, como si fuera algo que tiene que justificar. O tal vez ya se ha visto obligada a hacerlo—. Así que...

—A mí me dieron biberón desde el primer día —aporto mi comentario. Ella me dedica una tímida sonrisa.

Adam observa a Ava. Apenas puedo verla desde aquí, solo un poco de pelo negro y un lado de la cara. Caro se vuelve hacia mí y me dice:

—No le gusta que la cojan antes de comer, pero, en cuanto come, se le pasa.

—Oh. —Trago saliva—. Vale.

Un intenso aroma a tomate y queso llena el ambiente mientras Leon les cuenta a Caro y a Adam que un escritor superventas del *New York Times* se ha puesto en contacto con él y quiere que rediseñe su página web. Gran proyecto, gran paga. Está muy contento.

—Mírate —contesta Caro—. Eso es genial.

—Sí —coincido—. Es estupendo.

Pero mantengo los ojos clavados en Adam y Ava, y siento un nudo en el estómago mientras espero el momento en el que me la pasarán. No sé por qué no dije sin más: «No quiero cogerla».

Justo antes de que la lasaña esté lista, Caro arrebató a Ava de los brazos de Adam. La arrulla un momento, acariciándole la mejilla.

—¿Quieres conocer a Romy? —Se le dibuja una amplia sonrisa en la cara—. Pareces aterrorizada.

—Nunca he cogido a ningún bebé.

Eso no la disuade. Caro me trae a Ava y la acomoda en mis brazos.

—No tiene truco. Solo asegúrate de sostenerle la cabeza, como si la acunaras, y listo. Ya lo tienes. Ava, esta es Romy. Tu tío Leon está colado por ella.

Leon se ríe levemente.

—Hola, Ava —susurro.

Noto su peso en mis brazos, sostengo con la palma de la mano la parte de las mantas que le protege la cabeza. Tiene más pelo del que pensé que tendría un recién nacido y su piel parece muy tersa, muy suave. Está adormilada y llena, sus ojos entornados no se fijan en nada. Bosteza y se mueve un poco, y lo noto a través de las mantas, cómo empuja con las piernas, y me sorprende tanto que doy un respingo.

Se hace el silencio mientras me observan, mientras la observan.

Debería decir algo, pero todavía no consigo encontrar palabra alguna, las correctas. Porque no puedo soportar esto. Porque Caro tiene razón. Hace bien en tener miedo. Nada está en sus manos ahora. No podrán controlar todas las cosas con las que se encontrará Ava, cosas que a veces le pasarán sin que lo pida porque es una chica. Todavía no sabe lo duro que va a ser, pero lo averiguará, porque todas las chicas lo hacen. Y sé que la vida va a ser dura para Ava de formas que yo nunca he tenido o tendré que experimentar y quiero pedirle perdón ahora, antes de que lo averigüe, como me habría gustado que alguien hubiera hecho conmigo. Porque tal vez sería mejor si nos pidieran perdón a todos primero. Quizá dolería menos si supieras que te van a hacer daño.

—Muy bien. —Caro me quita a Ava de los brazos con suavidad—. El horno está a punto de terminar. Voy a acostarla para que se eche una siesta y luego comeremos.

—¿Puedo usar el baño?

—Claro. Te mostraré dónde está. —Se vuelve hacia los chicos—. Poned la mesa.

Caro me lleva al baño de la planta baja. Cierro la puerta y me apoyo contra ella un momento, esperando a que se me pase esto, sea lo que sea, a que disminuya la opresión que noto en la garganta y el pecho, pero simplemente empeora.

«¿Crees que la violaron antes de que acabara en el agua?»

Me aprieto los ojos con las palmas de las manos.

Basta.

De camino a casa, Leon me pregunta si estoy bien.

—Es tan nueva —digo, porque tengo que decírselo a alguien, porque creo que me matará, aún más, si no lo hago—. Tan nueva...

—Sí —contesta él.

Cierro los ojos, concentrándome en el sonido de la carretera deslizándose a toda velocidad debajo de nosotros, intentando convencerme de que no vamos a ningún sitio, o de que no vamos a Grebe. Un rato después, me pregunta:

—¿Te has quedado dormida?

Pero, por si acaso, habla en voz baja para no despertarme. Finjo estar dormida.



Me pregunto si se siente algo, en la oscuridad.

Me pregunto si seguía viva cuando estaba en el río, con los ojos abiertos y deseando salir a la superficie. Me imagino los diminutos puntitos de luz, las estrellas a través del agua, pero ella no puede alcanzarlas antes de perder el conocimiento.

Un cuerpo se pudre en el agua. Su cuerpo en el agua, podrido. Esos preciosos mechones de pelo rubio se habrían desprendido de ella, arrastrados por la corriente, y toda esa piel apretada se habría aflojado. Todos esos colores que reflejan salud se habrían apagado formando una paleta de verdes, grises e imitaciones. Las entrañas se desparramarían, todo

sería incapaz de mantenerse unido, una descomposición final. Por eso, convirtieron lo que quedó de ella en cenizas.

Me quito el camisón y me miro en el espejo. Tengo el pelo apelmazado y enredado, apenas me roza los hombros inclinados. Mi piel es pálida, me salen marcas con demasiada facilidad. Deslizo las uñas por mi clavícula y veo aparecer allí unas rayas rojas casi al instante. Mi pecho, pequeño y plano, es más bien un indicio. Inclino el espejo hacia mi estómago, todo suave, sin definición, con una pequeña tripa que heredé del lado materno de mi familia. En el caso de mi abuela, venía acompañada de caderas apropiadas para tener hijos y el tipo de tetas que causan dolor de espalda. En el de mi madre, encaja muy bien con el resto de sus curvas. Yo solía mirar fotos de ambas y fijarme en mi vientre, creía que tal vez insinuaba mi potencial, pero solo resultó ser grasa de la que no creo que me deshaga nunca. Lo heredé casi todo de mi padre y, por supuesto, la forma en la que se refleja en mí solo sugiere lo que podría haber sido. Me quito las bragas y miro mi oscuro y áspero vello púbico, y luego estudio mis caderas. Son huesudas, me recuerdan lo incómoda que me hacían sentir los bailes del colegio. Cuando las manos de un chico notaban mis bordes. Me resultaba más personal que un beso.

No me parece bien tener todo esto.

Nunca me ha parecido bien tener todo esto, y menos aún hoy.

Elijo ropa que cubra todos los lugares de mi cuerpo que parecen un insulto. Me visto con colores oscuros, para pasar desapercibida. Manga larga y pantalones. Pelo suelto. Mis uñas están bien, sin desconchones, así que solo me pinto los labios y, entonces, estoy lista.

Cuando bajo, mamá está en la cocina, mirando por la ventana mientras bebe café.

—¿Dónde está Todd?

—Sigue en la cama. Te has levantado temprano.

—Entonces, tú también. La ceremonia por Penny es hoy.

—¿Tienes que ir tan temprano para eso?

—Sí.

Quiero ver lo que han montado antes que nadie. No quiero tener que compartir la conmoción al descubrirlo.

—Debería llevarte en coche...

—Hoy no va a pasar nada.

En realidad, no puedo prometer eso, pero mamá se lo piensa y, por lo visto, decide que parece poco probable que me vaya a pasar algo malo.

—Vale. Voy a enviar unas flores a la funeraria. ¿Quieres que ponga tu nombre en la tarjeta?

Trago saliva.

—Claro.

—Ven aquí.

Extiende los brazos. Me adentro en ellos. Me abraza tan fuerte que puedo oír el latido de su corazón y me pregunto si estará pensando que, muy fácilmente, nosotras podríamos haber sido las protagonistas de este día. Yo podría ser polvo. Ella podría estar esperando para enterrarme. Pero yo fui la que regresó. Y no hay ningún «por qué». No estoy aquí porque sea especial, porque esté destinada a serlo. Simplemente resultó así.

—Te quiero más que a mi vida —me dice.

El cielo está nublado. Hay periodistas en el aparcamiento del instituto. Otra vez. Han regresado por esto. No me preguntan nada cuando paso, así que tal vez solo han venido a por material visual. Para conseguir una toma de rostros desconsolados que complete algún bloque informativo.

El instituto está frío y vacío. No veo a nadie, pero escucho voces, ruidos que provienen del salón de actos. Si no supiera la verdad, podría fingir que están preparando un baile, cualquier otra cosa. Sigo los sonidos. Han colocado una fotografía junto a la puerta del salón de actos y hace que me detenga porque no es la que usaron en el cartel de «DESAPARECIDA». Es del anuario del año pasado y Penny resplandece en ella porque, cuando le sacaron esa foto, aún no habían sucedido muchas cosas. Si mirara mi foto de ese mismo anuario, me vería como la veo a ella ahora, todavía nueva.

Intento aferrarme a esa sensación el tiempo suficiente para absorberla, porque nunca volveré a ser tan nueva y quiero recordarlo. Quiero ese

recuerdo, pero me resulta difícil porque creo que él no quiere estar conmigo.

El señor Talbot sale del salón de actos al mismo tiempo que alguien entra por la puerta detrás de mí. Me quedo donde estoy, con los ojos clavados en Penny, mientras él dice:

—Oh... gracias por traerlas y dale las gracias a tu madre por donarlas. Quedarán preciosas al lado de su foto...

El empalagoso olor de las rosas se extiende por el aire.

—Sí, así es.

Una voz que es como una canción que no quieres volver a oír nunca. Una voz ante la que quiero cerrar los ojos, pero me da miedo cerrarlos. Una voz que me hace querer huir y me hace olvidar cómo hacerlo. No me puedo mover. Una corona de rosas rojas pasa a mi lado y el chico que la lleva se detiene al verme. Sus ojos se fijan en mis uñas, primero, y luego en mi boca, antes de abrir la suya y decir...



—Romy.

Apenas puedo oír a Leon por encima de mi corazón, de su latido errático.

Veo cómo se mueve su boca.

—Romy —repite, pero no es suficiente. Solo es un nombre, cualquiera puede decirlo.

Necesito que me muestre a quién pertenece.

—No podía estar allí —le digo, y me deja entrar—. No quería estar allí.

—Vale. Está bien.

Miro a mi alrededor mientras me guía por el pequeño piso, pero no puedo procesar su casa más allá de las paredes.

Leon intenta que me siente, pero niego con la cabeza. En cambio, me quedo de pie detrás de una silla de su diminuta mesa de cocina.

—¿Has venido caminando?

Lleva una camiseta interior. Los pantalones del pijama le cuelgan de las caderas. No esperaba a nadie, pero ahora estoy aquí.

Me pregunta de nuevo:

—Romy, ¿has venido caminando?

—¿Importa?

Abre la puerta de un armario y saca un vaso. Lo llena con agua del grifo y lo deposita delante de mí. No me apetece, pero cojo el vaso, que golpea con torpeza contra mis dientes. El agua no me sabe a nada, pero me la bebo toda y, cuando termino, me limpio la boca y me doy cuenta, demasiado tarde, de lo que eso podría perjudicar a mis labios. Compruebo el dorso de mi mano en busca de manchas rojas, pero no hay ninguna. Leon me observa con incertidumbre.

—Quería estar aquí —le digo—. Quería estar aquí contigo.

Él intenta analizar el significado que se oculta detrás de esas palabras, porque sabe que implican algo más. Esto es lo que significan, Leon: necesito verme.

—Vale —contesta.

Lo sigo hasta la sala de estar y nos hundimos en su sofá. Sus ojos recorren los fragmentos de mi ser que tiene frente a él, pero no los recompone como lo necesito.

—Rosas.

—¿Rosas?

—Trajeron rosas para la ceremonia. Me tuve que ir...

—Está bien —me asegura. Me agarra la mano—. Todo va bien.

No, no, no va bien. Está ocurriendo algo dentro de mí y necesito que pare, necesito detener esta sensación, el pasado intenta apoderarse de mí porque pesa demasiado para cargar con él.

—Leon, bésame.

—¿Qué?

Necesito verme.

—Por favor.

Vacila y luego se acerca a mí muy despacio, exasperantemente despacio. Las primeras partes de nuestros cuerpos que se tocan son sus piernas contra las mías. Lleva la mano hasta mi cara, la palma abierta contra mi mejilla. Desliza el pulgar por mi labio, por el rojo.

—Romy. Yo...

—Tú eres la parte buena —le digo, para que no siga hablando.

Coloca la otra mano en el otro lado de mi cara y se inclina hacia delante. Me besa, presiona la boca con suavidad contra la mía y luego empieza a apartarse, como si eso pudiera ser suficiente, pero no es suficiente. Le rodeo las muñecas con los dedos y mantengo sus manos donde están. Él suspira y luego se acerca a mí otra vez, me besa de nuevo. Su boca se abre contra la mía, pero todavía noto su indecisión, así que le devuelvo el beso, con fuerza, porque quiero sentirlo contra cada parte de mí para poder sentir cada parte de mí ser. Quiero que ella vuelva, esa chica por la que paró.

Las manos de Leon descienden y me recuesto poco a poco contra el brazo del sofá, colocando las rodillas entre nosotros, y él se apoya contra ellas como si le estorbaran mientras me besa por fin como quiero que lo haga. Me besa hasta que noto la boca magullada, pero no es suficiente. Pero ahora él está ansioso.

Me coloco debajo de él y entonces él está encima de mí, jadeando, y se aprieta tanto contra mí que sé dónde se le agolpa la sangre. Mis manos en su espalda. Su mano se mueve de arriba abajo por mi muslo, luego sus dedos se deslizan más allá de mis vaqueros y debajo de mi blusa, debajo de mi blusa. Mi rojo en su cara, en sus labios. Escucho otro latido debajo del mío y suena más fuerte que todo esto. La boca de Leon se aprieta contra la mía y lo único que puedo oír es el latido de otra chica, no... Cierro los ojos.

—Eh —dice Leon—. Eh, mírame.



Le tapa la boca.

Así es como haces que una chica deje de gritar: le tapas la boca hasta que el sonido se apaga contra la palma de tu mano.

Él dice: «¿Vale? Vale».

Cuando está seguro de que se va a quedar callada, la deja respirar de nuevo.

Le dice: «No pasa nada».

Se lleva dos dedos a la boca y se los mete dentro, y a ella le dan ganas de vomitar al verlo y, si vomita, tal vez él se detenga. Intenta que ocurra con todas sus fuerzas, pero no funciona. Él se saca los dedos de

la boca y coloca esa mano entre las piernas de ella, apartando las bragas, y entonces... una presión aguda y desagradable.

«Quiero que estés húmeda», le susurra.

Ella deja escapar la clase de sonido que nunca pensó que oiría salir de su propia garganta: leves gimoteos de súplica. Cierra los ojos, mientras los dedos del chico siguen dentro de ella.

Si no puede vomitar, simplemente desconectará.

«Mírame, mírame, eh, mírame.»

En algún momento, él apartó las manos de allí y ella vuelve en sí, con las piernas abiertas. Él se ha bajado los calzoncillos. Nota su peso sobre ella, aplastándola. Cierra los ojos otra vez. Él la obliga a abrirlos. «Despierta, despierta. Despierta» porque «Quieres esto, siempre has querido esto». Pero ella no quería esto. No quiere esto. La penetra a la fuerza. Está tensa y seca.

Duele.

«Abre los ojos.»

Pero duele.

«Abre los ojos.»

Entonces vomita, cinco-seis-siete-ocho-nueve chupitos salen de ella. Su cuerpo no tiene sentido para ella, no se puede mover cuando ella quiere que se mueva, pero ¿y esto? Gira la cabeza hacia un lado y el vómito se derrama de su boca, se acumula en las ondulaciones de la caja de la camioneta y él suelta una palabrota, pero no se detiene. Le dolerá demasiado si para. Pueden limpiarlo juntos, después. Como si fuera una promesa, como si ella quisiera hacerlo. Aunque eso da igual, porque la dejará allí de todas formas, semiinconsciente y en carne viva, con un sabor amargo en la boca. Le pesa mucho la cabeza. ¿Por qué esto no ha acabado todavía? Cierra los ojos y él la obliga a abrirlos de nuevo.

«Mírame, mírame, eh...»

—Romy...

«Despierta, despierta.» Despierta de esto, despierta de esto. Pero nunca acaba y ella no puede dejar de hacer esos sonidos y él dice:

«Romy...», y lo empujo por los hombros y sus ojos se posan en mí, fijándose en mi boca y mis uñas, pero ve más allá de eso, ve a la chica muerta y dice: «Romy», y la hace regresar.

—No me mires —susurro.



Leon está sentado a mi lado en el sofá.

Han pasado... unos minutos. Y quiero desvanecerme. Quiero desvanecerme y ponerme en pie, dejar esto atrás, pero he vivido cada uno de estos momentos horribles, así que estoy sentada al lado de Leon, en su sofá, esperando a que mi corazón se ralentice y el anhelo que noto entre las piernas desaparezca. Él está esperando a que yo hable y, si puedo hablar, si puedo averiguar cómo hacer eso, entonces puedo averiguar cómo caminar, y puedo marcharme.

—Me tengo que ir.

Son mis primeras palabras en todo este rato.

—¿Qué?

—Lo siento, Leon.

Me levanto. Mis piernas están rígidas, intentan moverse a pesar del anhelo, de la traición de mi cuerpo. Dejo atrás el sofá y voy a la cocina. Veo la puerta por la que entré.

—Espera, espera, espera —dice Leon—. Habla conmigo, vamos...

—Me tengo que ir. —Noto la lengua tan espesa como la mente, espesa como si me hubiera bebido nueve chupitos, y estas son las únicas palabras que puedo pronunciar. Llego a la puerta y digo—: Esto fue mala idea. Lo siento.

Él coloca la mano sobre mi brazo.

—No. No sé qué acaba de pasar...

Me alejo despacio. No quiero que me toquen porque siento que me han tocado demasiado. Me tengo que ir a casa. Tengo muchos kilómetros por delante. Apoyo la cabeza contra la puerta y Leon se queda allí de pie, sin poder hacer nada, pues todo esto supera lo que puedo o quiero explicarle.

—No quiero hablar. Me tengo que ir a casa.

—No sé qué he... —Se interrumpe—. No pareces...

No me digas qué parezco. Intento abrir la puerta con torpeza, me falta coordinación al principio, para salir por mi cuenta. Cierro los ojos con fuerza y luego los abro y hago todo lo posible por sonar firme.

—No pasa nada. No me sigas.

Salgo y cierro la puerta detrás de mí, pero él la atrapa y la mantiene abierta. Ojalá no lo hubiera hecho. No me sigue, pero noto sus ojos en mi espalda, en la forma torpe e incómoda con la que avanzo, intentando moverme a pesar de lo dolorido que mi cuerpo quiere creer que está.

Cuando ya he salido de Ibis, recibo un mensaje de Leon.

«TENEMOS QUE HABLAR SOBRE LO QUE HA PASADO»

Y, entonces, sé lo que tengo que hacer.

Me dirijo a Swan's. Tracey se sorprende al verme y me dice que tengo una pinta horrible. Nos sentamos en su oficina, donde hace demasiado calor y las luces fluorescentes del techo me dan dolor de cabeza. Le digo que tengo que renunciar. Le digo que tanto instituto y chicas desaparecidas es demasiado para mí. Me contesta que lo entiende, pero que eso podría haber

esperado, que Swan's es el último sitio en el que me conviene estar ahora. Parece querer añadir algo más, pero no lo hace.

—Siempre habrá un lugar para ti aquí —me asegura. Frunce el ceño—. Algunas personas se pondrán muy tristes por no haber podido despedirse.

—Tengo sus números de teléfono.

Me da un abrazo y me dice que revise los bolsillos del delantal antes de irme. Encuentro unos cuantos coleteros, un brazalete que debió caérseme de la muñeca en algún momento y una servilleta arrugada, con números escritos con rotulador negro. Me lo guardo todo en los bolsillos.

Empieza a llover de camino a casa. Cuando llego allí, ya estoy empapada, tengo frío y tiritó, pero no estoy entumecida. Un hormigueo se ha apoderado de mi piel.

—¿Romy?

Todd estaba en el sillón reclinable de la sala de estar, pero ya se ha levantado cuando llego al pie de la escalera. Me mira y se queda boquiabierto. Noto que tengo mechones de pelo mojado adheridos al cuello y la cara. La blusa se me pega al cuerpo.

—¿De dónde rayos vienes?

—¿Dónde está mamá?

No sé si quiero tenerla cerca o asegurarme de que está lejos.

—Quiso llevar las flores para Penny a la funeraria en persona. —Todd me observa detenidamente. Estoy dejando charcos en el suelo—. ¿Te encuentras bien? ¿Dónde has estado?

—Estoy bien.

Arrastro los pies escalera arriba y me encierro en el baño. Preparo la bañera, haciendo correr el agua lo más caliente posible porque quiero dejar de temblar. Permito que el agua esté peligrosamente cerca de derramarse mientras me quito la ropa, evitando el espejo. Cierro el grifo y entro en la bañera sin comprobar la temperatura primero, dejando que me queme. Así. Así es el dolor cuando lo experimentas ahora y le ruego a mi cuerpo que comprenda la diferencia.

No me quiere escuchar.

Me siento, pero ese anhelo persiste y no puedo... No puedo. Abro las piernas, apoyando el exterior de las rodillas a cada lado de la bañera. Coloco las manos en el espacio entre mis piernas, explorando con los dedos, separando la piel, casi esperando sentir lo mismo que entonces.

No es así.

Esto no es entonces.

Pero aún puedo sentirlo.

Echo la cabeza hacia atrás y me tapo la cara, dejo que el agua se enfríe a mi alrededor. Espero hasta que empiezo a tiritar de nuevo antes de salir. Cuando me seco y me arrastro hasta la cama, ya estoy sudando. Me paso la lengua por los labios y me saben a tierra. Me tapo la cabeza con la sábana y cubro mi cuerpo. El de ella. Ojalá no tuviera cuerpo.



Cuando abro los ojos, la casa está en silencio y me pregunto adormilada por qué mamá me ha dejado dormir después de que suene mi alarma, cuando me acuerdo de que hoy entierran a Penny. Sus cenizas.

Me levanto de la cama despacio y bajo la escalera. No hay ni rastro de mamá ni Todd, pero hay una nota.

Voy a hacer recados en Ibis, vuelvo antes de la cena.

Besos, mamá

Aunque me acabo de despertar, dormir es la única forma que se me ocurre de desconectar de nuevo, así que me acuesto en el sofá y, entre una

inspiración y la siguiente, oigo llegar el coche, aunque me parece demasiado pronto. Pero, entonces, alguien llama a la puerta.

—¿Hay alguien en casa?

Abro los ojos.

—¿Romy?

Me levanto del sofá y me dirijo al pasillo, pensando en echar solo un vistazo, atisbar a través de la puerta principal para comprobar si es él de verdad, y, si es así, me alejaré. Pero mamá y Todd dejaron la puerta abierta, permitiendo que Leon vea el interior de la casa a través de la mosquitera, así que no puedo esconderme. Me ve. Parece tan sereno y yo... no.

—Tenemos que hablar —me dice.

—No.

—Acabas de renunciar. Me debes una explicación...

No digo nada.

—Por favor.

Lo oigo, su necesidad. Me resulta difícil negarme cuando ayer usé esas mismas palabras y él respondió. Le debo algo, necesito terminar con esto, pienso.

Vacilo y luego abro la puerta. Él entra. Mantengo la mirada clavada en la pared, justo detrás de él, porque me da miedo mirarlo directamente a los ojos. Esto ya duele. Como si, cada vez que mi corazón late, me dejara un moretón.

—¿Hice algo mal? —me pregunta. Parece muy incómodo—. Porque solo sé que primero estás ahí... *Estamos ahí...* y luego, de pronto, tienes una expresión extraña en la cara y empiezas a empujarme, como si te...

—No hiciste nada.

—Entonces, ¿por qué no puedes mirarme?

El amargo impulso de llorar me acecha.

—No hiciste nada, Leon.

—Creo que te hice saltar.

—¿Qué? —Dejo escapar un resoplido, algo que pretende ser una carcajada, algo para hacerle reconsiderar lo que ha dicho y retractarse. Pero

suenan débiles y me delatan. Sé lo que significan esas palabras, pero él no debería—. ¿Qué? Crees que sabes algo porque...

—¿Porque qué? ¿Por qué no puedo saber algo así?

—Porque no sabes nada.

—Romy...

—Basta. No sabes *nada*.

Y él dice:

—Romy, lo siento.

Cuando alguien pronuncia «Lo siento» después de que le hayas dicho que no ha hecho nada malo, lo siguiente no será bueno.

Doy un paso atrás, distanciándome de ello de forma instintiva.

—Yo... —Hace una pausa—. Vine a verte anoche. Estaba preocupado y estaba... harto de tus excusas, porque tenía la sensación de que estábamos arreglando las cosas después de lo de la partida de búsqueda... Vine hasta aquí, pero no tuve agallas para hablar contigo y, en el camino de regreso, puse gasolina en Grebe Auto Supplies. Había un par de chicos allí, charlando acerca de Penny Young y el funeral, y mencionaron la «búsqueda malgastada» en Romy Grey. Les dije que se fueran a la mierda y me contaron...

Su voz. Su voz me envuelve. Quiero arrancármela de la piel. Y su cara... La vergüenza que se refleja en la cara de Leon por lo que está diciendo me hace querer arrancársela de la cara y...

Para.

—Romy, me lo contaron.

Se lo contaron.

—Lo siento mucho —me dice.

Lo siente mucho.

Cierro los ojos.

—Pero no me lo tragué, no me tragué todas esas gilipolleces. No sé los detalles, no necesito saberlos, pero, tu forma de comportarte en la partida de búsqueda, lo que dijiste sobre la gente de aquí, sobre tu padre y tu pelea con Penny... Todo empezó a encajar...

«Encajar.» Así es como tengo sentido para él, cuando soy una chica muerta. Ni siquiera puede creer que sea una mentirosa, lo único que hace mínimamente tolerable el instituto: que piensen que soy una mentirosa en lugar de que crean que soy una chica muerta.

—No quería enterarme así.

Abro los ojos.

—Pero lo hiciste.

—Siento mucho que pasara...

—No. —Mi corazón repiquetea, más moretones. Busco salidas, pero esta es mi casa y Leon está de pie delante de la puerta—. No hace falta que lo sientas. Solo vete.

—Lo siento —repite y es cierto. Parece sentir mucho haberse enterado así, haber tenido que decírmelo, que ahora me entienda mejor. Pero no es suficiente que lo sienta, porque, ahora, cuando me mire...

Seré ella.

—Tienes que irte —le digo.

—Romy...

—No quiero que estés aquí si lo sabes.

Retrocede, pone distancia entre nosotros y juraría que esa distancia hace que las partes de mí que intento ocultar sean más visibles. No se va. Quiero que se vaya.

—Dime qué puedo hacer.

—No hay nada que puedas hacer.

—Tiene que haber...

—Hazme sentir como si no... —Vacilo y luego las palabras empiezan a salirme con voz quebrada y no puedo impedirlo, no lo logro—. Como cuando no lo sabías. Porque la odio, Leon, y, cuando estaba contigo, no era... ella. Tú... paraste. Por eso, eras la parte buena. Así que, si quieres ayudar, finge que no lo sabes y podríamos...

No puedo terminar. Es demasiado imposible terminar. Así que espero a que él hable, mientras asimila todo esto despacio, demasiado despacio.

—Tienes razón —dice por fin—. No puedo ayudarte si eso es lo que necesitas de mí. Y, si lo hubiera sabido, todo este tiempo, que me estabas

usando así...

Me llevo la mano a la frente y me clavo las uñas en la piel de esa zona, lo más fuerte que puedo, porque por una vez quiero poder elegir lo que me hace daño.

—¿Cómo creías que me ibas a ayudar? —le pregunto con un hilo de voz—. ¿Diciéndome que lo acepte?

—Nunca haría eso. No tienes que aceptarlo. —Hace una pausa—. Pero tal vez deberías odiar a las personas responsables. Porque no eres tú.

—No quiero que estés aquí si lo sabes —repito.

Él suspira y se da la vuelta, sus pasos lo conducen fuera de la casa. Cierro los ojos hasta que oigo el chirrido de la puerta mosquitera, hasta que oigo cómo se aleja en su coche y lo único que siento después es a ella, esta raja, esta chica muerta, que intenta escapar de mí...



—¿Diga?

Estoy usando el teléfono de la cocina. La voz del hombre al otro lado de la línea suena áspera y medio dormida. Oírla hace que me invada una oleada de adrenalina, lo bastante potente como para marearme. Durante un momento, me olvido de cómo hablar.

—¿Quién es?

Ahora está más despierto, pero yo no puedo hablar todavía. Toqueteo uno de los botones del teléfono y lo aprieto por accidente. El pitido resuena en mi oído, en el suyo, y doy un respingo, apartando la mano.

—Soy la chica de la cafetería —logro decir.

—¿Quién?

—A la que no le gusta hablar.

Se produce una pausa larguísima antes de que él suelte una carcajada.

—¿Es una broma?

—Dijiste que me enseñarías.

—Vaya por Dios. Eso no suele funcionar.

Observo el cable del teléfono, que me he ido enrollando con nerviosismo alrededor del dedo. Me estremezco, un desagradable escalofrío me sube y me baja por la espalda a modo de advertencia.

—¿Quieres que nos veamos?



Garabateo un mensaje debajo del que me dejó mi madre. Me limito a un simple Te quiero porque siempre viene bien decirlo. Saco mi bicicleta del garaje y la deslizo sobre las enredaderas del camino de acceso, antes de pasar la pierna por encima del sillín y ponerme en marcha. Las calles están tranquilas, el sombrío velo del funeral de Penny lo cubre todo. Siento más alivio que nunca al dejar atrás el letrero de «ESTÁ SALIENDO DE GREBE».

El trayecto en bicicleta hasta Taraldson Road me pone a prueba. Todo el tiempo que he pasado sin correr me ha vuelto blanda donde debería ser más fuerte. Tengo que hacer una pausa a medio camino, con las pantorrillas doloridas y el estómago revuelto.

La carretera es una pesadilla, por la forma en la que los coches y los camiones circulan a mi lado a toda velocidad. Sentirlos, oírlos... Duele. Hace que me duelan los dientes. Empieza a llover y sigo alejándome, me abro paso en bicicleta a través de la lluvia. Puedo ver el punto en el que he dejado ese clima detrás de mí.

Transcurre una eternidad hasta que giro para salir de la carretera y tomo el camino de tierra que estoy buscando, mi camino. Freno arrastrando los pies. Me bajo de la bicicleta y la dejo caer de lado. Me tumbo en el suelo, de espaldas, y siento que no puedo respirar, no puedo respirar este aire y me pregunto cómo es estar debajo del agua, me pregunto de nuevo si estaba muerta antes de caer en el río o si eso pasó después. Me cuesta imaginar lo que queda de ella en medio de la oscuridad.

Espero, escuchando.

Espero, trazando letras en mi vientre.

Espero.

Y entonces lo oigo, el camión, delante de mí.

El camión disminuye la velocidad, se detiene en medio de un chirrido de frenos y, luego, solo se oye el sonido del motor al ralentí. Hundo los dedos en la tierra, los hundo allí, anclándome a ella, mientras el camión se queda donde está, con su conductor en el interior. Puede que sea alguien amable. Puede que alguien haya venido por fin a terminar lo que se empezó. Me da igual, con tal de que termine...

El corazón me late frenéticamente en el pecho.

El corazón de la chica le late frenéticamente en el pecho.

El motor se apaga.

Y yo...

Me levanto a toda prisa y me alejo de mi bicicleta a trompicones. La dejo allí y bajo por el terraplén lo más rápido que puedo, intentando llegar a los árboles antes de que él salga del camión. La hierba está resbaladiza debido a la lluvia y pierdo el equilibrio, acabo deslizándome sobre el muslo, manchándome un costado de hierba y barro.

Me pongo en pie y miro hacia atrás una vez, alcanzo a ver el camión aparcado y silencioso, y me imagino al hombre sentado dentro sin entender,

intentando comprender qué se supone que debe hacer con esta chica que estaba allí y ahora se ha esfumado. Me abro paso a través de un grupo de árboles tan densos que temo no caber entre ellos, pero lo consigo. Las ramas me arañan los brazos. Oigo que la puerta del camión se abre y se cierra y me detengo, apoyada contra un abedul moribundo.

—¿Hola? —grita el hombre. Ni siquiera sé cómo se llama, no se lo pregunté, igual que él no me lo preguntó a mí, y entonces no me dio miedo, pero ahora...—. ¿Estás ahí?

Aprieto las yemas de los dedos contra la corteza. Silencio. Espero oírlo alejarse en su camión, pero no ocurre. En cambio, oigo el crujido de sus zapatos en el suelo.

—Te he visto —dice en voz alta—. Tu bicicleta está aquí.

Retrocedo y el susurro de mis movimientos interrumpe el silencio seguro que he creado. No puedo ver el camino desde aquí. Tal vez el hombre no pueda verme. Me mantengo atenta por si lo oigo, sus pasos, me preparo para correr, si es necesario, y ruego ser lo bastante rápida.

Ruego ser lo bastante rápida.

—¿Esto te parece divertido? —suelta. Y luego—: ¿Te parecería divertido que me llevara tu bicicleta? ¿Y si me llevo tu puta bicicleta?

Lo oigo: el sonido de mi bicicleta mientras la levanta del suelo y la lanza en la caja del camión. Ese fuerte e inquietante repiqueteo me hace retroceder otro paso.

—No me lo puedo creer, joder. Sé que estás ahí.

Y entonces... el sonido poco elegante que hace al bajar por el terraplén, resbalándose como yo. Sus palabrotas llenan el aire, está furioso y me da igual si hago mucho ruido, echo a correr.

Atravieso casi un kilómetro de bosque antes de ver indicios de luz, a medida que los árboles se vuelven menos densos. Me abro paso entre ellos y me encuentro en un terraplén diferente, descuidado y lleno de maleza. No sabría decir si hay algo detrás de mí porque lo único que oigo son mis propios pulmones esforzándose por inhalar aire y, cuando por fin se calman, escucho.

No hay nada.

Y entonces rompo a llorar, lloro muy fuerte y no puedo parar. Solo quiero que pare. Me giro, pero no hay nada a lo que recurrir. Intento tranquilizarme lo máximo posible y veo... veo...

Las piedrecitas resbalan bajo mis pies. Avanzo hasta situarme sobre una Vespa blanca, medio escondida entre los árboles, volcada de lado, mostrando semanas de abandono.



—¿**Sabías que** estaba allí? ¿Lo has sabido todo este tiempo?

—No —contesto.

—¿Y qué estabas haciendo en ese camino si no lo sabías? —Antes de que me dé tiempo a responder, el sheriff Turner añade—: ¿Penny estaba contigo esa noche? ¿Me has estado mintiendo?

Me encuentro en el asiento trasero de su Explorer, detrás de la reja, y el espacio se va volviendo más estrecho a cada kilómetro que pasa. Procuro pensar en cualquier cosa aparte de lo que he descubierto. La Vespa de Penny en el bosque. Me estremezco. Estoy muerta de frío, pero tengo la piel húmeda, sudorosa. Tengo los ojos hinchados y doloridos de tanto llorar.

—No me siento bien.

—Responde la pregunta.

Ni siquiera sé si está bien que me haga esa pregunta. Pero, en este pueblo, nunca importa si algo está bien o no.

—No... no recuerdo nada de esa noche, ya se lo dije...

—Entonces, ¿se puede saber qué estabas haciendo allí? ¿Cómo pudiste encontrar la Vespa de Penny «por casualidad» si no sabías que estaba allí desde el principio?

—No lo sé.

—No te creo.

Vinieron cuando los llamé. Me senté en el camino a esperar, hasta que vi a la policía, y luego tuve que mostrarles la Vespa, tuve que decirles si la había tocado y dónde. No pude responder a algunas preguntas, la conmoción no me permitía pensar. El sheriff Turner ni siquiera debería estar aquí, pero, cuando se enteró de que se trataba de ella, y de que yo estaba implicada, vino. Acababa de llegar del funeral: se quitó el traje y se puso el uniforme. Su cara muestra un aspecto demacrado y horrible. Me da miedo. Odio a este hombre y le tengo miedo.

—Era como una hija para mí.

—Ya lo sé.

—Más te vale rogar para que esto no acabe señalándote a ti, Romy.

Mamá y Todd me van a buscar a la oficina del sheriff y, cuando llegan allí, ya he vomitado y solo se enteran porque Joe Conway se lo cuenta. Mamá me pone las manos en la frente y dice, con tono suave y sorprendido:

—Tienes fiebre.

De camino a casa, me esfuerzo por mantener los ojos abiertos.

—Ve arriba, Romy —me indica mamá cuando llegamos allí.

Obedezco.

Voy a mi habitación y me quito la ropa.

Cuando ya estoy en la cama, oigo a mi madre en el baño, el agua corriendo. Me quedo dormida. Ella entra unos minutos después. El colchón se hunde y me sobresalto, despertándome un poco, cuando me presiona una toallita fría contra la frente.

—¿En qué estabas pensando? —me pregunta en voz baja, como siempre—. ¿En qué demonios estabas pensando?

—Fue un funeral —contesto, porque tengo la sensación de que ahora puedo decir cualquier cosa.

Poco después, la oigo llorar y se me rompe el corazón. Le rompo el corazón. Le agarro la mano y le digo: «No pasa nada» y «No llores» y «No hace falta que llores», pero no consigo sonar lo bastante convincente.



El tiempo pasa o no, pero debe hacerlo... porque tiene que ser así.

Cuando baja la fiebre, no sé qué chica queda.

No sé qué me he hecho a mí misma.

El viernes, al abrir los ojos, el sol de media tarde brilla y el cielo está vacío. Sin nubes, sin azul, solo una nada blanca que se extiende por el pueblo.

Las voces de mamá y Todd me llegan a través de la ventana, junto con el sonido entrecortado de la música que suena en la vieja radio de Todd, una

emisora de éxitos antiguos. Me levanto de la cama y sigo la canción hasta el porche. Dejan de hablar cuando salgo.

—¿Por qué no me habéis despertado?

—Te venía bien descansar un poco —contesta mamá—. Y ahora deberías comer. Voy a prepararte algo.

Pasa a mi lado, entra, y Todd dice:

—Vamos, colega.

La sigo hasta la cocina, y él me sigue a mí. Abro la nevera y me quedo mirando la comida que hay en su interior. Nada le llama la atención a mi estómago.

—Dije que yo voy a prepararte algo. —Mamá me aparta con suavidad mientras la canción de la radio cambia. Señala la mesa. Me siento al lado de Todd—. Te haré tostadas, ¿vale?

—Vale.

Pienso en Alek. Me pregunto qué estará haciendo. Si sigue en cama, tan abrumado por el dolor que no se puede mover, o si experimenta la clase de dolor que no se calma, que lo empuja de un momento a otro tan rápido que nunca tiene que pensar en lo mucho que duele.

Me pregunto si puede prepararse sus propias tostadas.

Mamá deposita un plato delante de mí.

—Oh. —Toca la punta de una de mis uñas, un lienzo estropeado. Todo son bordes irregulares y esmalte descascarillado, el rojo va desapareciendo capa a capa. La chica que era, o que solo me engañé a mí misma pensando que era, se está marchando en silencio—. ¿Quieres que te las arregle?

Me dan ganas de preguntarle de qué serviría, cuando la voz del DJ interrumpe bruscamente la canción que suena en la radio.

«Tenemos noticias de última hora esta tarde. En este momento, hay un sospechoso detenido en relación con la desaparición y la muerte de Penny Young, de diecisiete años. De momento, las oficinas del sheriff de Grebe e Ibis no han hecho públicos más detalles. Vieron por última vez a Young en Grebe, en una fiesta en el lago...»

—¿Qué? —exclama Todd.

—Ay, Dios mío —dice mamá, mientras se lleva la mano al pecho.

Todd sube el volumen de la radio y el DJ cuenta cosas que ya sabemos, como cuándo vieron por última vez a Penny y con cuánta desesperación nos esforzamos por encontrarla, pero algo va acumulándose en los espacios entre lo que se dice y lo que no, acumulándose dentro de mí.

La Vespa, el camino.

«Más te vale rogar para que esto no acabe señalándote a ti, Romy.»

Pero, si no me señaló a mí, ¿a quién fue?

Subo la escalera, cojo mi móvil del escritorio y llamo a la oficina del sheriff. Contesta Joe. Pregunto por Leanne. Cuando se pone al teléfono, no parece contenta. Cuando le digo que soy yo, eso solo empeora las cosas.

—¿Por qué llamas?

—¿A quién habéis detenido?

—No pienso decírtelo.

—¿Y qué pasa con la Vespa? —pregunto, y la línea se queda en silencio—. ¿El lugar donde la encontraron tiene algo que ver con esto? ¿El camino en el que estaba yo? ¿Y qué hay de Tina Ortiz?

—No puedo hablar de esto, Romy.

—Por favor...

—No puedo —me espeta. Baja la voz—. Prometiste no repetir lo que te conté sobre que Tina te dejó en el camino y lo hiciste.

—Pero...

—Y me gané una reprimenda. Llevo detrás de un escritorio desde entonces. No puedo decirte a quién hemos detenido, Romy. Nunca lo haría. Debo mantener esta línea libre.

Me cuelga.

Más tarde, cuando mamá y Todd están en la cama, abro el portátil e ilumino mi habitación con el resplandor frío de la pantalla. Busco el nombre de Penny, una y otra vez, y mantengo abiertas las páginas web de las oficinas del sheriff de Grebe e Ibis para obtener más detalles. El único rastro de alguna novedad es que el sospechoso que tienen detenido es menor de edad. ¿Un desconocido... o alguien a quien conocíamos? Tal vez fue alguien de un curso inferior al nuestro o un alumno de último curso al que solo le faltan unas semanas o meses para cumplir años.

No consigo imaginarme una cara conocida, no para esto.

Todos los que la conocen la adoran.

Pero la gente les hace daño a sus seres queridos constantemente.

Intento vincular a muchos de nuestros compañeros de clase con su muerte, pero es imposible. Ni siquiera puedo vincularla con Alek, que era quien más la quería. En mi caso, sería diferente, podría trazar esas líneas con toda claridad de mí a ellos, y todo el dolor que querrían causarme.

Mi móvil suena. Lo cojo.

Mensajes de Leon.

«QUISE LLAMAR, PARA SABER CÓMO ESTABAS»

«PERO SUPUSE QUE NO QUERRÍAS QUE LO HICIERA»

Los borro y miro por la ventana, hacia las estrellas esparcidas por el cielo.

No sé por qué Leon se sigue preocupando por mí. Qué estupidez, preocuparse por una chica.



Pero nada puede permanecer en secreto durante mucho tiempo en Grebe. Las noticias vuelan. Se propagan mediante balbuceos en bares, murmullos entre vecinos por encima de las verjas, susurros en la sección de frutas y verduras del supermercado y de nuevo a la hora de pagar, porque la cajera siempre tiene algo que añadir. Cuando mamá me dice que Todd salió a hacer unos recados, aguardo a que regrese con un nombre.

Pasa una eternidad hasta que oigo el sonido del coche aparcando en la entrada, y creo que estoy preparada para cualquier cosa, pero, en realidad, no lo estoy.

Tengo miedo.

No me muevo hasta que oigo unos pasos pesados y desconocidos en el porche, hasta que mamá sale al pasillo y dice:

—Oh.

No es Todd.

Hay un lobo en la puerta.

—Hola, Alice Jane.

Lleva puesto su uniforme.

Me quedo atrás, rodeándome el cuerpo con los brazos, mientras mamá deja entrar al sheriff Turner. Se me forma un nudo en el estómago al verlo poner sus zarpas en casa, examinando el lugar con la mirada, captando a qué huele. Esto no me gusta y, cuando Turner dice: «Necesito hablar un momento con tu hija», me gusta aún menos.

Me mira como si se hubiera fijado en mí por primera vez, como si hubiera escapado de algún modo a su rápida inspección. Me encojo bajo esa mirada. No quiero pensar en por qué querría hablar conmigo, porque solo hay una razón para eso.

—¿Por qué? —pregunta mamá.

—Necesito repasar algunos detalles relacionados con la investigación en curso sobre Penny Young.

Ahí está. Y, aunque me lo esperaba, oírlo es diferente. La conmoción hace que todo lo que tengo delante se transforme en puntos negros durante un segundo. Parpadeo para apartarlos y, cuando han desaparecido, espero ver cómo se desmorona mi madre, pero no lo hace. Endereza la espalda y pasa la mirada de él a mí. Abro la boca, pero no sale nada. Mamá contesta:

—Por supuesto. Vamos a... sentarnos a hablar de todo esto.

Hace un gesto en dirección a la cocina. Me da la impresión de que lo último que quiere hacer el sheriff Turner es ponerse cómodo, pero ella se lo queda mirando hasta que sus botas lo llevan hasta allí. No quiero volver a oír nunca el golpeteo de sus pasos contra el suelo. El sonido que hace al apartar la silla y sentarse en ella. Me quedo donde estoy, pero mamá me dice:

—Romy, vamos. —Y, entonces, me hace una promesa que no puede cumplir, que nadie podría cumplir—. Todo va a ir bien.

Me tiende la mano y avanzo con cautela y, entonces, detrás de ella, a través de la puerta, veo que el New Yorker se detiene delante de la casa. Todd se ve obligado a aparcar junto al bordillo de la acera porque el Explorer de Turner ocupa la entrada. Sale con las manos vacías, aunque veo bolsas en el asiento trasero. Se acerca caminando rápido y cruza la puerta.

—¿Qué está pasando? ¿Qué hace él aquí?

—Levi quiere hacerle algunas preguntas a Romy sobre Penny —le explica mamá.

Todd mira hacia la cocina y me da la sensación de que quiere añadir algo, pero se limita a mover la cabeza y entrar.

—Romy —me llama mi madre.

Avanzo, mirando hacia la cocina. Turner se sienta en la cabecera de la mesa. Todd ocupa la silla situada frente a él. Mamá se sitúa al lado de Todd y yo me quedo donde estoy, justo en la puerta.

—Romy, siéntate —me indica mamá.

—Estoy bien aquí —respondo, y me cruzo de brazos.

Ella no insiste, pero creo que a Turner le gustaría poder hacerlo, como si no tuviera la intención de mantener esta conversación, ya sea sobre Penny o no, desde un lugar que requiere levantar la mirada hacia mí.

—Solo serán un par de preguntas —afirma—. Romy, no recuerdas la fiesta en el lago Wake ni cómo acabaste en Taraldson Road después, ¿es correcto?

—Sí —contesto.

—Según múltiples testigos, la razón fue que estabas en un grave estado de embriaguez, ¿esto también es correcto? —Asiento con la cabeza—. ¿Eso es un sí?

—Sí.

—Ese sábado, cuando hablamos por primera vez, me dio la impresión de que no sabías lo que hacías y habías vagado hasta el camino; pero, esa tarde, Tina Ortiz nos llamó. Nos contó que te llevó en coche hasta ese camino y te dejó allí para gastarte una broma...

—¿Qué? —Mamá me mira, y luego a Turner, y la veo ponerse tan furiosa como el día que le dijo a papá que se largara, algo que pensé que

nunca volvería a ver—. ¿Me estás diciendo que Tina Ortiz puso *en peligro* a mi hija y no nos lo contaste...?

—Venga ya, Alice —interviene Todd—. Es la hija de Ben Ortiz. Piensa en el club de golf.

—Tu hija lo sabía —dice Turner y mamá me mira, asimilando despacio lo que significa que yo lo haya sabido todo el tiempo. Se le entristece la cara y no puedo soportar verlo. Turner se recuesta un poco en su silla, le gusta haber provocado eso. Me pregunta—: ¿No lo recuerdas?

—No.

—Y, cuando te pregunté si estabas herida de alguna manera, me dijiste que estabas ilesa —continúa—. ¿Es correcto?

—¿Esto tiene que ver con el hijo de los Garrett? —pregunta Todd, antes de que yo pueda decir «Sí», aunque me estoy viendo en el suelo, con el sujetador desabrochado y esa palabra en el vientre.

Al principio, no entiendo a qué se refiere Todd, pero la pregunta afecta a Turner. Hace que se le ponga la cara roja, de un rojo que da a entender el nivel de control necesario para no desvelar nada. Pero ya es demasiado tarde.

El hijo de los Garrett.

—¿Brock? —pregunto.

—Sí, a él es a quien han detenido —nos informa Todd—. Y tenéis que acusarlo pronto, ¿no? Si no lo habéis hecho ya.

Turner se inclina hacia delante.

—¿Dónde has oído eso?

—Da igual —contesta Todd.

—Y una mierda. Esa información todavía no se ha comunicado de forma oficial. Si no me cuentas dónde lo has oído, Bartlett...

No sé cómo tengo cabida para esto, más de esto. Cada vez que creo que he llegado al límite, hay algo más. Brock Garrett, detenido por la muerte de Penny, y cada recuerdo que tengo de él me atraviesa como un cuchillo. Las cosas horribles que hizo, cosas que creo que... me haría.

Pero ¿a ella?

¿A Penny?

—¿Por qué me está haciendo preguntas si...? —Me llevo la mano a la boca. Veo un camino. Veo un camino y a dos chicas en él. No... no, no, no... —. ¿Yo estaba allí cuando ella murió?

El sheriff Turner no responde. Pero no hace falta. Mamá se acerca a mí, quiere apartarme de esto, pero niego con la cabeza, la hago quedarse donde está. No hay forma de apartarme de esto. Yo estaba allí cuando su luz se apagó.

He tenido eso guardado dentro de mí.

—Bartlett, ¿dónde lo has oído?

—¿Qué tiene que ver Romy con eso? —pregunta Todd.

—Eso da igual —responde Turner con voz tensa—. He venido a establecer que no es una testigo viable y ya lo he hecho. Ahora, *dime* dónde has oído...

—No puedes presentarte aquí y hacerle esto a mi familia. Después de por lo que Romy ha tenido que pasar... —Todd me señala con la cabeza—. No lo permitiré, Levi. Dime ahora mismo qué tiene que ver ella con esto y te contaré dónde oí lo de Brock. Fue alguien de tu departamento. Te lo aseguro, no te conviene andarte con gilipolleces con esa persona.

Turner aprieta la mandíbula. Es tan arrogante que no se le ocurre ni una sola persona de su departamento que pudiera traicionarlo, ni siquiera alguien tan evidente como Joe.

—Si *algo* de esto sale de esta habitación...

—No lo hará —le asegura mamá.

Turner está muy tenso, con los nervios a flor de piel. Nunca lo había visto así. Me mira, y hay en él una ira que reconozco. «¿Por qué ella?» Por qué ella, y no yo. Y, debido a eso, no puede decírmelo directamente. Me odia demasiado. En cambio, se lo cuenta a Todd y a mamá.

—No fue Tina quien dejó a Romy en ese camino. Fue Brock.

Permanezco inmóvil, reescribiendo una noche. Lo único que creía saber... no era verdad. Saco a Tina de la imagen y pongo a Brock en su lugar. Él me dejó en ese camino. ¿Qué significa eso? ¿Estuve en su coche? ¿En sus brazos? La idea de que me llevara en brazos a su coche...

—Fue una broma —continúa Turner—. Romy estuvo inconsciente todo el tiempo. Cuando Brock regresó a la fiesta, le contó a Tina lo que había hecho y ella se lo dijo a Penny. Al final, Brock decidió regresar al camino y traer a Romy a casa.

—Traerme a casa —repito con un hilo de voz, porque Turner lo dice como si pudiera ser verdad, que Brock descubriría que tenía conciencia, iría a ese camino y me traería a casa. Pero él no ha visto cómo me mira Brock, no me ha visto en la pista de atletismo con él...

—Penny tuvo la misma idea. Fue a por Romy para traerla a casa y llegó al camino poco después que Brock. —Turner se esfuerza por mantener un tono formal—. Discutieron. Brock afirma que no recuerda qué ocurrió en realidad, pero que su muerte fue un accidente. Se dejó llevar por el pánico y se deshizo del cuerpo. La mañana que encontramos a Romy, Brock le pidió a Tina que lo encubriera para descartar cualquier posible conexión entre las desapariciones de las chicas. Quería asegurarse de que buscáramos en otra parte.

Retrocedo un paso.

—Tina lo sabía...

—Tina *no* sabía que Penny estaba muerta. Creía que había desaparecido de camino a la casa de su madre, como todos los demás —asegura Turner—. Y, cuando recuperamos la Vespa, la trajimos para interrogarla. Nos contó la verdad. Y luego trajimos a Brock...

Se hace el silencio en la cocina, una luz tenue entra a través de la ventana. La miro fijamente, la miro mientras esta simple verdad me llena. Ella regresó.

Regresó a por mí.

La mató por eso.

Se me escapa el aliento. Todos me miran y les doy la espalda, viendo todas las cosas que ellos no pueden ver. Cosas que no he dicho, que no he dicho nunca.

—Romy —me llama mamá.

«Viólame.» Brock me echó algo en la bebida. Mi pintalabios en mi vientre. Mi pintalabios en su mano y su mano presionándolo contra mi

vientre. Sus manos. Mi blusa, ¿todavía abierta después del lago? Abierta de par en par para él. «Viólame.»

—Me iba a violar —digo.

—¿Qué? —exclama Turner.

Mamá y Todd se quedan mudos de asombro, noto su asombro, pero Turner deja que su furia acuda primero, sin escuchar, sin pensar... simplemente exige más, porque no cree lo que acaba de salir de mi boca, pero ella regresó a por mí y murió por eso. Me vuelvo hacia ellos y no quiero decirlo, porque no lo quiero, no me lo busqué...

Pero ella murió por esto.

—Sé que... —Se me quiebra la voz—. Cuando desperté en el camino, tenía la blusa abierta y el sujetador... desabrochado y tenía... «Viólame» escrito en el vientre con pintalabios. Brock me hizo eso.

Me pasaré el resto de mi vida intentando olvidar el sonido que escapa de la garganta de mi madre. «¿Sabes cuál es la peor parte de ser padre?» Se suponía que no debía ser esto.

—No. —Turner niega con la cabeza—. No nos dijiste nada de esto. ¿Tenías la blusa abierta y te habían escrito encima? ¿Cómo es que Leanne no informó haber visto nada de eso...?

—Me volví a abrochar la blusa antes de que me encontrara.

—¿Oh, en serio? ¿Y no crees que es posible que pasara en la fiesta? No quise mencionarlo delante de tu madre, Romy, en aquel momento, pero tengo varios testigos que te vieron quitarte la blusa allí...

—Levi, te lo advierto —lo interrumpe Todd.

—Brock llevó GHB —suelto—. Me drogó.

Turner se queda boquiabierto. Sé que no me cree, estoy segura, pero deseo desesperadamente que entienda lo que le arrebataron a Penny, el «porqué» de su muerte. Por ella... por ella, Turner tiene que entender.

—¿Cómo lo sabes? —me pregunta.

—Lo estaba repartiendo en la fiesta. Le dio... le dio un poco a Norah Landers. Pero creo que me drogó...

—Crees.

—No recuerdo haber bebido. No recuerdo haber bebido *nada* esa noche.
—Cierro los ojos un instante—. Estaba planeando violarme...

—¿Por qué iba a...?

—Porque sabía que se libraría, como... —Esto. Por esto está muerta—. Como Kellan.

Mamá está llorando, cubriéndose la boca con las manos, y Todd se ha quedado pálido. Pero Turner...

Turner suelta una carcajada.

—Oh —dice con suavidad—. Ya veo.

Dos chicas en un camino.

—Ella me salvó.

—No —dice Turner—. No...

—Ella me salvó.

—No —repite. Se pone de pie y yo retrocedo—. Alice, haz algo con tu hija. Nunca en toda mi vida he visto a nadie que busque atención con tanto desespero. —Me mira con muchísimo odio y asco, e intenta amedrentarme—. Quieres relacionar la muerte de Penny con tus mentiras... —Retrocedo otro paso—. Tus mentiras sobre mi hijo. No te lo permitiré... No...

—No soy...

—Estás mintiendo. Eres una...

Todd golpea la mesa con la mano.

—No la llames mentirosa...

—Romy —dice mamá—. Romy...

—¿Adónde cree que va?

Me voy. Me estoy yendo. Cruzo la puerta y la mosquitera, y llego a la acera y luego ellos me siguen, y oigo mi nombre a mi espalda.

—Romy...

Y echo a correr.

Corro y veo a Penny...

Veo a Penny, sentada frente a mí en una mesa de la cafetería, y la veo y me dice...

No. Me concentro en mi pulso. Respiro hondo, obligándome a llenarme los pulmones de aire, y corro y veo a Penny, sentada frente a mí en una

mesa de la cafetería, y me dice...

«Quiero hablar contigo y, luego, me iré.»

No, no. No tengo que escuchar esto porque ya te has ido, Penny. Ya no estás. Cambiaste tu vida por una chica que ya estaba muerta y lamento que renunciaras a todo por ella, pero no puedo escucharte ahora.

El sudor me cubre la piel. La blusa se me pega a la espalda. Corro y veo a Penny, sentada frente a mí en una mesa de la cafetería, y no sé qué puedo darle a cambio de lo que le han arrebatado.

«Por favor.»

Sé que puedo correr más rápido, sé que puedo correr más rápido. Puedo escapar del chico en la caja de la camioneta. Puedo escapar del chico en la caja de la camioneta y de todos los chicos que se comportaron como él solo porque podían, solo porque nadie les dijo que no podían...

«Godwit... y una chica... me dijo que no era seguro que me quedara a solas con él. No quiso decirme por qué, pero la expresión de su cara...»

«Todavía puedes denunciarlo.»

Y, entonces, la espantosa forma en la que cede mi cuerpo, el sonido que hace cuando choco contra el suelo. Presiono las palmas de las manos contra la grava, intento ponerme de pie, pero no puedo, así que me siento en el camino con las manos contra las rodillas, hundo las uñas en las heridas frescas y, cuando las aparto, están rojas.

Están muy rojas.



DESPUÉS





«Y yo me pregunto: ¿cómo puede una comunidad entera hacer la vista gorda...»

Ahora hace bastante frío afuera. El aire es como metal en la boca.

«... ante una fiesta donde los adolescentes no tienen supervisión y *se sabe* que beben en exceso? No se trata de una fiesta de la que nadie sabía nada. Es una *tradición*. Estamos tan ansiosos por culpar a este muchacho... y ojalá la gente dejara de llamarlo joven, porque es un *muchacho*... Pero ¿cuánta culpa tiene él de verdad? Se podría decir que era inevitable, ¿no? ¿Lo que pasó?»

Me encuentro en el porche, observando la calle, intentando ignorar las voces que salen de la radio en la cocina, a pesar de que fui yo quien la

encendió.

«No creo que el asesinato en segundo grado sea algo inevitable en una fiesta de instituto...»

«Siento interrumpir, pero ¿la violó? ¿Han...?»

«Sus abogados han negado *tajantemente* que la violara y las autoridades también han confirmado que no ha salido a la luz ninguna prueba que sugiera que lo hizo...»

Porque no fue allí para hacerle eso. Nunca le habría hecho eso a Penny. Solo a mí.

«... bueno, ahora que ese hecho ha quedado claro, espero que la gente deje de hacer esa pregunta; pero, volviendo a lo que estabas diciendo... Laura, ¿negarías que juntar adolescentes y alcohol suele tener como consecuencia decisiones muy muy malas?»

«Eso no es lo que estabas diciendo, Jean.»

Miro fijamente mi móvil. Ayer, Leon me envió un mensaje. «TENGO EL GORRO QUE DEJASTE EN SWAN'S PARA AVA. QUÉ DETALLE. GRACIAS DE PARTE DE TODOS NOSOTROS»

Esta mañana, mis dedos temblorosos respondieron: «DE NADA», y llevo mirando la respuesta de Leon desde entonces.

«SIEMPRE ME ALEGRA TENER NOTICIAS TUYAS»

Cierro los ojos. No soporto que lo sepa, pero también lo echo de menos, y depende del día no sé cuál de estos sentimientos es más fuerte que el otro.

«IGUALMENTE»

Apago el móvil y entonces la veo.

Tina. Acercándose por mi lado de la calle. Llega a la casa y vacila al ver mi silueta a través de la mosquitera. Levanto la barbilla y ella comienza a recorrer el camino de acceso. Abro la puerta, haciendo que se detenga en los escalones, porque no va a entrar. Levanta la mirada hacia mí, con la misma actitud de siempre, aunque ya no tiene el mismo aspecto de siempre. Está un poco demacrada, como si no estuviera durmiendo tan bien como le hace falta o comiendo tanto como debería. Pero a mí me pasa lo mismo. Últimamente.

—Gracias por aceptar verme —me dice.

No dejaba de llamar. La primera vez que su número apareció en la pantalla de mi móvil, no sabía quién era y, cuando contesté y escuché su voz, la oí pedirme que me reuniera con ella, colgué. Me dejó mensajes de voz, me envió mensajes de texto. Cada vez que me parecía que al fin se había rendido, empezaba de nuevo. Ayer, por fin, le dije que viniera y luego me dejara en paz. Ahora está aquí, esperando a que yo hable.

—No voy a estar aquí plantada para siempre, Tina. —Le voy a poner esto igual de fácil que ella me lo pondría a mí—. Tienes suerte de que esté aquí siquiera.

—Mira... —Hace una pausa—. Pienses lo que pienses de mí, no encubrí a Brock... por él.

—No fue por Penny.

—Sí, fue por ella —contesta con voz temblorosa—. Fue por ella. Brock me contó que te llevó a ese camino. Que sabía que Penny no estaba allí y que solo estarían perdiendo el tiempo si revisaban esa zona. Me dijo que no podía contar lo que había hecho o lo echarían del equipo de fútbol. Yo no quería que nadie perdiera el tiempo. Solo quería que la encontraran. Yo... la echo de menos.

—Lo encubriste aunque me escribió «Viólame» en el vientre.

—No sabía que te hizo eso hasta que lo dijiste en el vestuario.

—Pero sabías que Alek me sacó las fotos. Estuviste allí cuando pasó, ¿verdad? —le pregunto, y ella ni siquiera tiene la decencia de parecer avergonzada, se limita a mirarme, como si estuviera esperando algún tipo de descuido. Y ocurre porque soy débil—. Dijo que le dejé... —Me interrumpo—. Olvídalo. No necesito saberlo.

—Puedo contártelo —me ofrece y cuando no digo nada... lo hace—. Dijiste que tenías calor. Alek sugirió que te quitaras la blusa y tú dijiste que querías ir a casa y él dijo que si le dabas tu móvil llamaría a tu madre...

Clavo la mirada en la calle vacía. Yo tenía razón. No necesitaba saberlo.

—Brock llevó GHB a la fiesta —añade, como si fuera una novedad—. Puede que te diera un poco y por eso acabaste tan hecha polvo...

—Vaya. Creía que solo era la mejor imitación de mi padre que habías visto. —Vuelvo la mirada a tiempo para contemplar cómo se estremece. No hay nada satisfactorio en ello—. Alek iba a enviarle esas fotos a todo el instituto. Penny lo detuvo. Pero tú te quedaste mirando.

—Sí —contesta y eso, por fin, le hace apartar la mirada.

Me observo las uñas, desnudas. Ella no se mueve. No sé por qué, pues esto ha acabado por completo.

—Sé que Turner te excluyó del asunto. Mi padre dice que no puedo hablar de ello.

—Pues deja de hablar de ello. Y vete a casa.

—No —contesta. Entonces yo dejaré de hablar de ello. Le doy la espalda y me dice—: Romy, espera.

Me doy la vuelta.

—Tina...

—No, solo escucha. No creo que Brock te hubiera dejado en ese camino y ya está. No creo que Penny muriera porque te encontró, creo que murió porque le impidió... —Se le quiebra la voz, y eso hace que yo me quiebre, un poco—. En el vestuario, dijiste que, si la habían violado, estaría mejor muerta, y lo dijiste en serio. Pero no estabas hablando de ella. Estabas hablando de lo que te pasó con Kellan.

Ese nombre se enrosca con fuerza a mi alrededor.

—Lo siento mucho.

—Deberías haberme creído.

He estado guardando esas palabras tanto tiempo en mi interior que apenas puedo pronunciarlas. Las llevé al lago, cuando pensé en decírselas a Penny, y las he enterrado desde lo que pasó allí junto con todas las otras cosas que nunca voy a poder decirle. Me llevo una mano temblorosa a los ojos.

—No sé por qué no lo hiciste... —Y, entonces, unas lágrimas calientes se deslizan por mi cara antes de que pueda detenerlas—. *¿Por qué...?*

—Porque era más fácil.

Me mira fijamente. Sus manos están muy vacías.

—No estás mejor muerta. Lo siento mucho. No puedo... Sé que no puedo arreglar las cosas, pero solo quería decirte esto porque... no creo que aquí lo haga nadie más...

No puedo seguir escuchando estas palabras. La dejo allí, porque no quiero un «Lo siento». Eso no hace que las chicas muertas regresen. Voy a la cocina y me apoyo contra la mesa, escuchándome respirar. Esas voces en la radio.

«... debemos hablar acerca de que este muchacho tan prometedor ahora está acusado de asesinato en segundo grado. Su vida ha quedado arruinada y apenas sé quién es. Quiero conocer su historia...»

Estiro la mano y apago la radio tan rápido que se tambalea. «No estás mejor muerta.» Me asfixia, me asfixia oír eso cuando lo único que este sitio me ha ofrecido es la sensación de que estaría mejor si fuera una chica menos...

«No estás mejor muerta.» Cierro los ojos. Una furia va creciendo en mi interior, surge del centro de mi ser y brota de mí porque, incluso ahora, «No estás mejor muerta», pero «No puedo arreglar las cosas». Las mismas palabras que me dijo Penny en la cafetería. «No puedo arreglar las cosas.» Pero ¿quién podría?

¿Por dónde empezar siquiera?

Abro los ojos. Regreso afuera y veo que Tina se aleja por la acera, caminando despacio, como si esperase que le pida que vuelva. Digo: «Tina», y ella se da la vuelta. Mi corazón carga con el peso de mi cuerpo y mi cuerpo carga con el peso de mi corazón.

—¿Quieres ayudarme a encontrar a una chica en Godwit?



Antes de que les arrancara las etiquetas, uno se llamaba «Paraíso» y el otro, «Ataque relámpago». Da lo mismo cuál es uno y cuál es el otro. Ambos son de color rojo sangre.

La aplicación correcta del esmalte de uñas requiere un proceso. No puedes pintártelas sin más y esperar que dure. Primero, la preparación. Empiezo con un pulidor de uñas de cuatro caras, que elimina las rugosidades y le proporciona al esmalte una superficie lisa a la que adherirse. A continuación, uso un deshidratador y limpiador de uñas porque es mejor trabajar con una superficie seca y limpia. En cuanto se ha evaporado, aplico una fina capa de base. La base protege las uñas y evita las manchas.

Me gusta que la primera capa de esmalte sea lo bastante fina para que ya se haya secado cuando termine con la última uña de la misma mano. Empleo movimientos firmes y ligeros. Nunca arrastro el pincel, nunca vuelvo a mojarlo en el bote más de una vez por uña si puedo evitarlo. Con el tiempo y la práctica, he aprendido a calcular si la cantidad que hay en el pincel será suficiente.

Algunas personas son perezosas. Piensan que, si usas un esmalte con un color fuerte, una segunda capa es innecesaria, pero eso no es cierto. La segunda capa reafirma el color y te proporciona protección contra el uso diario de las manos, todas las formas en las que puedes provocar daños sin querer. Cuando la segunda capa está seca, cojo un bastoncillo mojado en quitaesmalte para limpiar cualquier resto de esmalte que pueda haberme manchado la piel. El último paso es la capa superior. La capa superior es la que fija el color y protege la manicura.

La aplicación del pintalabios requiere un proceso parecido. Siempre es mejor contar con un lienzo liso y se debe quitar la piel muerta. A veces, basta con una toallita húmeda, pero otras me froto la boca con un cepillo de dientes solo para asegurarme. Una vez hecho esto, añado una pizca de bálsamo, para que no se me sequen los labios. Además, eso le proporciona al color algo a lo que aferrarse.

Paso las finas fibras del pincel por la parte superior inclinada del pintalabios hasta cubrir mis labios y luego desplazo el pincel desde el centro de los labios hacia afuera. Después de la primera capa, me los seco con un pañuelo de papel y añado otra capa, siguiendo con cuidado el contorno de mi pequeña boca antes de difuminar el color para que parezca un poco más carnosa. Al igual que con el esmalte de uñas, las capas siempre ayudan a que dure.

Y, entonces, estoy lista.



Mírame.

Quiero que me mires.

OceanofPDF.com





Agradecimientos

Me gustaría darles las gracias a:

Amy Tipton, mi agente, por todas las puertas que me ha abierto. Ella fue la primera persona que vio El último grito, hace años, y lo ha leído un millón de veces desde entonces. Y lo leyó la millonésima vez con el mismo entusiasmo que la primera. No consigo imaginarme navegando por el mundo editorial sin su inteligencia, su humor, su apoyo o su e-mail «¿Cuándo es el apocalipsis?» en el momento perfecto. Es un honor contar con una defensora tan trabajadora.

Sara Goodman, por su perspicaz ojo editorial y todo lo que me ha enseñado sobre la escritura. Ha sido un privilegio explorar numerosos y sombríos caminos ficticios con ella como guía. Este fue más largo que la mayoría, pero eso es lo que ocurre cuando cuentas con una editora que nunca se conforma con menos de lo que eres capaz de dar.

Estoy agradecida de haber trabajado con ella y de haber aprendido de alguien a quien le apasionan tanto los buenos libros.

Todas las personas de St. Martin's que trabajan de manera incansable para llevarles mis historias a los lectores. Un agradecimiento especial para Lisa Marie Pompilio, Talia Sherer, Anne Spieth, NaNá V. Stoelzle, Anna Gorovoy, Stephanie Davis, Jeanne-Marie Hudson, Michelle Cashman, Angela Craft, Vicki Lane y Alicia Adkins-Clancy. Un agradecimiento especial para Lauren Hougen, por sus increíbles niveles de paciencia.

Ellen Pepus, de Signature Literary, por su arduo trabajo.

Mi familia, por supuesto. Parientes cercanos y lejanos. Siempre. Todo mi amor y gratitud para Susan y David, Megan y Jarrad, Marion y Ken, Lucy y Bob, y Damon. Estos son mis cimientos y son buenos.

Emily Hainsworth y Tiffany Schmidt, por conseguir que este libro, y yo, superemos más de lo que podría incluir en este espacio. Les estoy muy agradecida por sus increíbles críticas y, aún más que eso, por su amistad. Son unas damas asombrosas.

Kelly Jensen, por su maravillosa amistad y su forma de escuchar y porque, con ella, del dicho al hecho no hay un gran trecho. «Impresionante» es su configuración predeterminada. Resulta imposible sobrestimar su incansable apoyo, generosidad y entusiasmo y estoy muy agradecida por contar con ella.

CK Kelly Martin y Nova Ren Suma, dos mujeres asombrosas que me inspiran tanto a nivel personal como profesional. Les agradezco mucho su amistad, amabilidad y apoyo, y su talento para la escritura me tiene completamente pasmada.

Estos diamantes: Whitney Crispell, Kim Hutt, Baz Ramos y Samantha Seals, por años de una increíble amistad que valoro muchísimo. Brillad fuerte.

Stefan Martorano, por su amable ayuda con los detalles relacionados con la aplicación de la ley.

Gracias a todos mis amigos por su apoyo. Un agradecimiento especial y mucho reconocimiento para estas personas estupendas: Bill Cameron, Brandy Colbert, Kate Hart (por todo el buen trabajo que hace y la buena voluntad que inspira), Will y Annika Klein, Team Sparkle, Daisy Whitney, Brian Williams y Briony Williamson.

Mis lectores. El entusiasmo y el apoyo que le han demostrado a mi trabajo significa más de lo que podría expresar con palabras. Simplemente, no puedo agradecerse lo bastante.

Lori Thibert. Por último, pero nunca menos importante. Y por más de lo que podría enumerar aquí. Por su talento, humor, amabilidad, generosidad y por ser una persona asombrosa e impresionante, que me sirve de inspiración. Su inquebrantable aliento y fe en lo que es posible a lo largo de los años han significado muchísimo y han sido esenciales. Eso supuso uno de mis primeros peldaños para convertirme en escritora. En lo que se refiere a mejores amigas, nadie puede superar a la mía.

Gracias.

OceanofPDF.com

Primera edición: septiembre de 2020
Primera edición digital: septiembre de 2020

Diseño de la portada: evostudio.com
Imagen del interior: www.freepik.es / kjpargeter

© 2020 Courtney Summers
© 2020 Aida Candelario (traducción)
© 2020 La Galera, SAU Editorial (edición)

Dirección editorial: Ester Pujol

La Galera un sello de Grup Enciclopèdia
Josep Pla, 95. 08019 Barcelona

ISBN: 978-84-246-6931-7
Producción del ebook: booqlab

Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que autorice la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas.

OceanofPDF.com